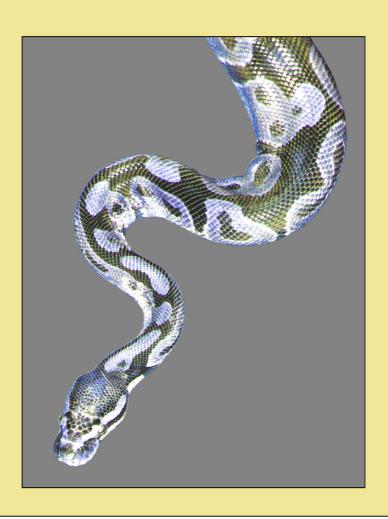
# Stig Dagerman

## LA SERPIENTE

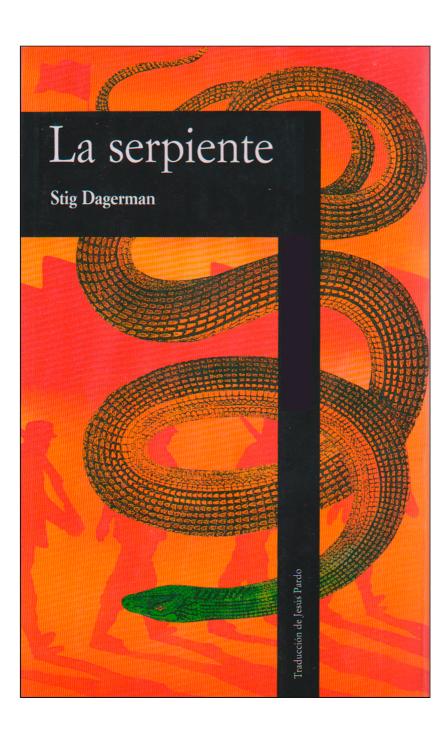


La conducta y las formas de aparición del sentimiento de angustia constituyen el asunto de la novela. De una parte la angustia de su tiempo, marcada por el fin de una era, por los desastres de la II Guerra Mundial y por la amenaza de la destrucción atómica; y de otra parte su propia angustia, caracterizada en especial por esa actitud de marginación y extrañamiento cuando el yo y la personalidad se van afirmando.

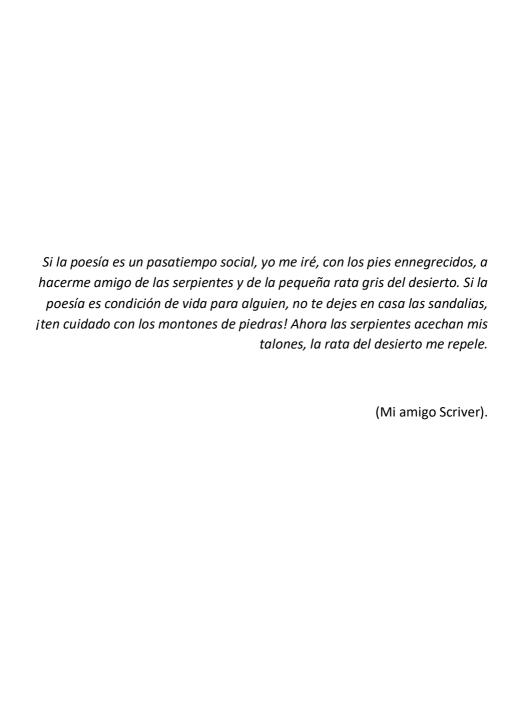
### Stig Dagerman

#### **LA SERPIENTE**

(Ormen)







#### Índice

Irene

No conseguimos dormir

El espejo

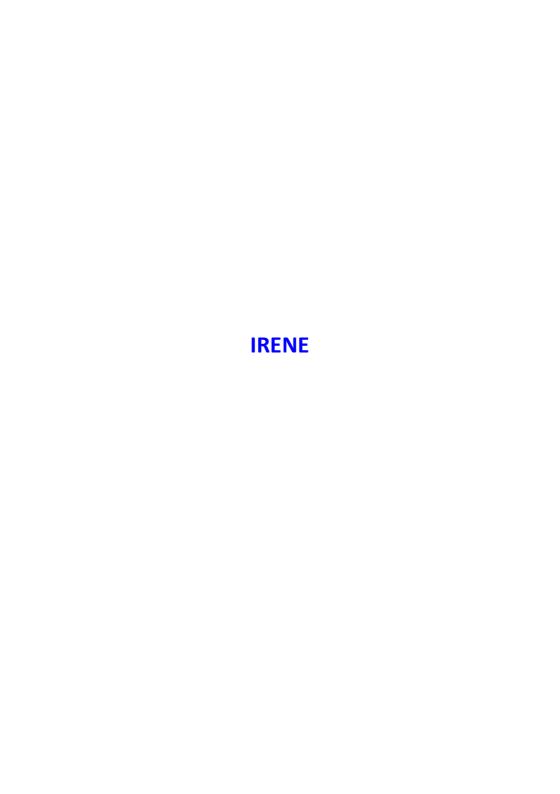
El fleje de hierro

La muñeca de trapo

La serpiente

La fuga que nunca ocurrió

Acerca del autor



Tanto calor hacía que casi se habría podido tostar café sobre los raíles del tren. Entre el guijo, las traviesas relucían cortantes y al otro lado de la vía se desvaía un campo de avena a medio madurar. Más allá del campo se arracimaban unas cuantas de las casas de madera color rojo oscuro de la aldea, y en medio del racimo se levantaba el palillo agudo de un asta de bandera. La estación, como un coloso, yacía sobre la llanura, oprimiéndola, y en la explanada que se extendía ante ella se levantaban pequeñas columnas de polvo. Muy lejos, saliendo de la inmensidad verde, se acercaba un tren. El humo flotaba sobre la chimenea de la locomotora y se volvía nubes que se cernían como champiñones a lo largo de la vía. Era casi la una y el tren llegaba como a empellones al borde del pueblo adormecido.

En el banco que había ante el retrete de la estación se sentaban dos viejas, emperchadas como gorriones en el hilo del teléfono. Una de ellas miraba al sol con un solo ojo y trataba de tostarse las verrugas. La otra miraba con curiosidad en torno a sí y sus ojos de rata registraban inmediatamente cuanto había de interés en las cercanías. Sobre el cemento del andén había una pequeña maleta solitaria con centelleantes apliques metálicos. La maleta tenía un asa de cuero muy resistente, y esto no tenía mucho de particular, pero, sujeto a uno de los lados, había un ramillete de muertas florecillas color naranja.

Exactamente igual que un ahorcado, pensó la vieja de los ojos de rata, dando un golpecito en el costado a su compañera.

-Este año hay mucha sequía -dijo, mirando el rostro de la otra tan de cerca que casi lo tocaba.

Era un rostro sombreado por el ala del sombrero, y los ojos pestañeaban impotentes, y las pupilas trataban de abrirse paso en aquella oscuridad. Los párpados estaban tensos como pellejos de tambor, y de la comisura de un ojo despuntaba una lágrima, tratando de bajar por el puente de la nariz y regando, a su paso, un par de verrugas, hasta ir, poco a poco, diluyéndose con la saliva que asomaba de la comisura de la boca. Y en este momento se entreabrieron los labios y la punta de la lengua serpenteó en la apertura como la cabeza de una serpiente.

- Sí –dijo-, tiempo de lavar.
- Jijiji los ojos de rata, hinchando los carrillos, es en verano cuando se piensa en agua.

Y volvió a mirar muy de cerca la boca de la otra. Tal era el silencio en aquel momento que se habría oído a un piojo subirse a un árbol en plena jungla, y ese silencio lo cortaba el tren como una hoja de afeitar.

Cuando las viejas se levantaron del banco sonó un crujido en la puerta de la casa secreta, y se oyó un ruido seco de pasos contra el guijo. La de los ojos de rata fue rápidamente hacia allá, pero sólo con la mirada, echándose sin embargo hacia atrás con mayor rapidez todavía, y la vieja del lavado entrecerró los rojos reflectores que le servían de ojos y, volviendo sus luces hacia su compañera de viaje, dijo:

Creo que mi hija se va por ahí, de viaje.

Y se dirigió hacia donde estaba el tren. La otra mujer recogió su paquete polvoriento del suelo y fue arrastrando los pies detrás de ella, exactamente como quien anda con los esquís puestos. Las dos viejas se subieron al tren como ratones tímidos y se introdujeron tan imperceptiblemente como les fue posible en el compartimento medio a oscuras. Estaba casi vacío, solamente había en él un sujeto gordo, pegado al tabique, y su rostro sudaba a chorros contra el cojín. Hacía mucho calor, pero también es verdad que todas las ventanas estaban cerradas; unas moscas zumbaban levemente en las rendijas, sin acertar a salir.

Bueno, nos sentamos -dijo la gorda de las verrugas.

Era ella quien tomaba ahora la iniciativa, haciendo un amplio gesto de invitación en dirección al sofá. La otra se dejó caer en él junto a la ventana, se quitó el sombrero y sintió un gran alivio, como quien consigue quitarse una corona de espinas. La gorda comenzó a desabrocharse las botas en torno a las pantorrillas hinchadas; era como arrancar restos secos de masa de las paredes de una artesa.

De pronto alguien se asomó a la puerta del compartimento, a través de la rendija se oyó un disparo bosque adentro, pero luego llegó como un torrente el tren que se cruzaba con éste, y el ruido de su llegada ahogó todos los ruiditos. El tren se puso en marcha.

- Pues, sí, mi hija también va en el tren -dijo la gorda, hincando una pequeña cuña en el recio silencio-, ¿a dónde irá?

Entraba aire por las rendijas de las ventanas. Un rayo de aire sutil y claro rozaba su rostro. Así no, pensó ella, así no. En casa cerró alguien una ventana en el primer descansillo de la escalera. La iglesia pasó deslizándose por la llanura con el campanario a la cabeza, luego llegó el fresco túnel del bosque. El sol chispeaba entre los troncos. El acalorado señor que estaba junto a la ventana se extendió un pañuelo sobre el rostro, que se le empapó de humedad como un papel secante y reprodujo en su superficie sus rasgos como una máscara mortuoria. Así no, así no.

-Sí, Irene -dijo María Sandström, sintiendo la corona de espinas en torno a su cerebro, a pesar de que ahora el sombrero estaba en el banco empapado en sudor.

Cuando despertó, el calor agobiante se había introducido en el barracón, la sábana parecía una toalla de baño empapada en torno a su cuerpo y la manta había caído al suelo. Las cortinas verdes seguían ocultando las ventanas abiertas, y ofrecían resistencia a la luz del sol, aunque ninguna al calor. Allí dentro reinaba una reverencial semioscuridad, igual que en la iglesia, pensó ella, y éste fue su pequeño y soñoliento pensamiento matinal, mientras comenzaba a liberarse de la sábana. Era como salir del baño, ahora tenía los pies descalzos y se hacía señas a sí misma con los dedos. Se le quedaron las piernas desnudas, todavía no se le habían tostado al sol, las tenía blancas como cera de cirio, y esto le hizo pensar de nuevo en la iglesia. Levantó las rodillas de modo que la sábana se tensó como un puente sobre la parte superior de su cuerpo, y estuvo así un rato, completamente inmóvil, y una sensación anestésica de calma y sereno deleite se extendió como alcohol por su sangre. Ahora estaba completamente sola, ni siguiera tenía encima a la encargada, que solía rondar por allí, como las moscas y los mosquitos, que también estaban por allí siempre. No, estaba completamente sola. Las otras siete camas se abrían ante ella como sacos vacíos, esparciendo un olor dulzón por toda

la estancia. De los extremos de las camas colgaban los camisones y las mantas húmedas, y junto a la puerta se veía, abierta, la bata de la encargada, tan florecida e hinchada como su dueña.

La condenada vieja, pensó la chica que estaba en la cama, sintiéndose llena de voluptuosidad. Bailaba entre la cortina una leve, suave brisa, entrando en el cuarto, y todo el largo, maravilloso viernes, se extendía ante ella allá afuera, esperándola. Lenta, pausadamente, dejó caer la sábana al suelo, y estuvo así echada un rato, desnuda, mirando al techo con los ojos cerrados. Su mente vagaba entre la perspectiva de propósitos del día iniciado como se pasea por una calle de feria bordeada de atractivos uno tenderetes. Ahora, lo que voy a hacer es asear un poco el barracón, pensó la chica, me baño y luego me voy a comer algo en la cocina, y después me cambio de ropa y me voy a casa de visita. Entro en la cocina, justo como de costumbre, y hago como si no hubiera cambiado nada. Hola, papá; hola, mamá; buenos días, les digo, cuánto tiempo hace, aquí todo sigue exactamente igual. Pues, fijaos, como tenía tiempo, pues fui y me dije: voy a ver cómo están. No creáis, que allí hay mucho que hacer. Hay trescientos hombres, bueno, más o menos, en el cuartel, de modo que ya os podéis suponer. Y entonces ellos, sin duda, le dirían algo, a lo mejor le preguntaban qué tal le iba, y ella entonces respondería que no le iba mal, no era como estar en casa, claro, después de

todo allí estaban en barracones: paredes desnudas y camas de hierro, pero no le iba mal a pesar de todo, y tampoco le convenía dar la impresión de estar muy angustiada. Y luego ellos a lo mejor le preguntaban a qué se debía que, desde que se había ido, ya no volvía nunca a casa. Y ella entonces, naturalmente, contestaría, pero, por supuesto, sin tono de ruego en la voz, que quizá se había comportado de una manera algo tonta, algo nerviosa quizás, esto es lo que diría, y así sonaba mucho mejor, había estado algo deprimida, eso es lo que diría, le pasaba algunas veces, esto su madre tendría que comprenderlo. Bueno, pero todo esto se iría resolviendo solo, todo era cuestión de ir acostumbrándose. Todo acabaría yendo de nuevo a pedir de boca. Lo que se dice todo.

Fue hacia la cama, levantó el colchón y apretó la frente contra el fondo de la cama: era refrescante como hielo, con el calor que hacía en el barracón. Ahora iba a estarse echada un ratito más, saboreando bien la dulzura de no tener nada que hacer. Y luego se levantaría y haría todo lo que se había propuesto. Justo eso, ni más ni menos. Al pie de la letra. Nada se interpondría entre ella y sus propósitos. Nada. Y así estuvo, echada, aclarándose sus propósitos en la mente, y el fresco escozor de la cama se esparcía por todo su cuerpo como una decisión serena, refrescante.

En aquel momento oyó de pronto rápidas zancadas contra la tierra crujiente de hojarasca, un tacón con tachuelas resonó contra una piedra, y la chica comprendió que el primer desayuno había terminado y que los trescientos hombres saldrían en seguida en masa del comedor y se distribuirían por los barracones y se formarían en pelotones y en grupos e irían corriendo en torno al bosque, echándose detrás de los troncos cortados, o bien se echarían con toda calma, como ahora, a hacer prácticas en el campo de tiro. Pero el paso que se acercaba era de un solo hombre, e iba derecho a su barracón, derecho a su ventana, sin la menor vacilación, y ella, entonces, se dio cuenta de pronto de quién era.

Bill, pensó, qué pesado, no, no me levanto, que se quede esperando ahí fuera si quiere, ya puede hacer carantoñas y charlar y silbar, que lo que es yo no me levanto. Siguió allí sentada, sin moverse, completamente desnuda, y dejaron de oírse los pasos contra la tierra. Está ahí, se dijo ella, está ahí fuera, pero no dice nada, está completamente silencioso ahí fuera. Levantó la cabeza y escuchó, y el fondo de la cama chirrió. Ahora sabrá que estoy aquí, pensó ella, irritada, escuchando con más atención.

Y entonces le pareció oír una respiración justo ahí fuera, y una brisa pasó por la ventana, y era cálida, y se sentía como un hálito, un hálito, una cálida vaharada que le enjuagaba la cara, y de pronto fue como si alguien respirase en sus oídos, como si alguien susurrase cálidas palabras, como si allí no hubiera pared alguna, como si el hombre que estaba ahí fuera hubiese llegado ya a ella, yaciese junto a ella, respirase en su oído. Sentía que le palpitaba la cabeza, se sentía complementa mareada y ardiente de inquietud. Voy a mirar si es él, pero no prometo nada, no prometo lo que se dice nada, pensó, agitadísima e incoherentemente, y se incorporó, apoyándose en un codo. Y entonces, de pronto, se dio cuenta de que estaba desnuda, y cogió la sábana del suelo y se envolvió con ella los hombros como si fuera un chal. La frescura de la sábana húmeda tan cerca de ella la sació, volvió a sentirse casi tan fría como antes, y extendió dubitativamente los brazos, y separó las cortinas verdes.

Le vio allí fuera, al sol que se precipitaba entre los pinos, y al principio no le veía muy claramente, porque la luz del día la cegaba. Cerró los ojos contra el sol y sintió el calor esparcirse cautamente sobre ella, y luego abrió por fin los ojos, y entonces le vio muy cerca de ella, sonriendo. La sonrisa estaba impresa oblicuamente en el rostro de él, como siempre, y ella vio sus dientecillos amarillentos, sus labios agrietados, y el cigarrillo a medio apagar que le colgaba, casi verticalmente, de una comisura de la boca. Tenía la cabeza desnuda, el gorro del uniforme lo llevaba metido en el cinto como un *scalp* indio, y el pelo le caía sobre la frente, sombreándole un ojo. Él dio un paso hacia atrás, pero como

indiferentemente, entrecerró los ojos y le dijo, sin quitarse el cigarrillo de la comisura de la boca:

- Vaya, algo has pensado. Y lo has pensado por ti y ante ti.

Y frunció los ojos y miró por encima de ella, hacia el interior de la habitación, y añadió:

- ¿Tienes una cerilla?

Ella entonces se bajó de un salto de la cama, y al bajarse de un salto soltó sin darse cuenta uno de los extremos de la sábana, y él pudo ver un atisbo de su pecho; volvió, apretándose la sábana muy prieta en torno al cuerpo, y le tiró una caja de cerillas.

- ¡Ahí tienes! -le dijo, su voz parecía un poco huraña, porque no quería aparentar interés-, ¿hay algo especial?
- Sí -dijo él, encendiendo el cigarrillo que tenía cogido en la mano-, vamos a tener una pequeña fiesta, algo que tenemos que celebrar.
- ¿Y qué es? -preguntó ella, y su voz no era ahora nada huraña.
- Pues un cumpleaños, por ejemplo -respondió él tirando la cerilla por encima de su cabeza-. Mi cumpleaños, por ejemplo.

- Ah, ya -dijo ella-, pues te vas a divertir.
- Sí, la verdad -respondió él-, vamos, lo que se dice una barbaridad.
- Pues yo voy a la fiesta -dijo ella, y ahora su voz era casi sumisa-, ¿a dónde pensáis ir? -añadió.
- No, nada, es que tengo fichada una casita -explicó él-, en Älvsjö, y es del padre de uno de la pandilla. Vamos varios. Pero el viejo no está en casa, de modo que la tenemos para nosotros.
- Y te diré, había pensado -propuso él, acercándose más a ella, todo lo que la pared le permitía que tú podrías adelantarte un poco para organizar las cosas esta tarde.
- Sí, claro, por supuesto que lo habías pensado -dijo ella-, ¿y qué si a mí no me apetece, y qué si me da igual todo eso?

Se puso de rodillas, echándose atrás sobre la cama para aumentar la distancia entre ellos; él, entonces, se sacó el cigarrillo de la comisura de la boca y lo dejó caer al suelo, y se la quedó mirando, fijo a los ojos, sin sonreír en absoluto, y ella entonces volvió a acercarse, de rodillas, a la ventana, tratando también de mirarle fijamente a la altura del tercer botón. Y vio inesperadamente que el brazo de él se movía,

que su mano caía sobre el cinto y volvía a subir rápidamente, y algo pasó silbando contra el marco de la ventana, y miró y vio una bayoneta hincada allí, entre ellos dos.

- Bueno, vale -dijo, y ahora él sonreía, y la sonrisa le caía oblicua sobre el rostro, como siempre.

Ella miraba la bayoneta, temblorosa aún como una jabalina que acaba de dar en el blanco, y vio la hoja cortante, y las astillas amarillentas saltadas junto a la punta. Su mirada fue más allá de la bayoneta y se fijó en el hombre, que seguía allí, detrás de la hoja, y de pronto volvió a ser enteramente como hacía un momento: cuanto calor, qué mareante, cuánta sangre se le agolpa a una. Y sin decir una sola palabra dejó caer la sábana y se quedó así, desnuda, ante la ventana. Su cabeza, atontada casi de puro confusa, se inclinó hacia adelante, pasando junto a la bayoneta, hacia el hombre, y él mordió su boca como si estuviera frenético, y mientras se besaban cayó al suelo la bayoneta, deshincándose del alféizar, y ella, entonces, se cortó en la muñeca con el filo, y fue como si hubiera sentido dos mordiscos al mismo tiempo. Uno allí y el otro en la boca. Él, entonces, la soltó y ella se dejó caer sobre la cama, y él cogió la bayoneta ensangrentada y se la volvió a meter en el cinto. Antes de irse de allí se inclinó sobre el marco de la ventana y dijo:

Ven a las doce a tomar café.

Ella asintió, incapaz de resistencia, y en seguida oyó sus pasos rápidos, seguros, que se alejaban hacia el campo de instrucción. Y entonces fue como si le odiase. Y oyó el nuevo día que empezaba, los trescientos o trescientos noventa y nueve hombres que salían ruidosamente del comedor, y en algún lugar se oyó a alguien aullar:

#### - iA formar!

Y el chirrido que hacía el bloque de cierre al encajar en las armas. Ella, entonces, se bajó de la cama y se puso a vestir su cuerpo desnudo, diciéndose al tiempo que era evidente que aquel día iba a ser muy distinto.

Ahora el sol se salía de una nube y un calor incandescente le caía sobre el cuello y la espalda. Todo el claro del bosque se bañaba en la luz implacable, y él se redujo a sí mismo al mínimo posible para encontrar lugar a la sombra de la losa. La frente empezaba a gotearle de sudor y se quitó el gorro y lo dejó sobre la piedra. Luego levantó la cabeza como un lince que husmea hasta que sus ojos estuvieron a la altura de la muesca practicada como una cuña en la piedra. Esparció entonces su mirada por la pendiente talada, que se hundía en serenas mesetas, cuesta abajo, hasta donde estaban los raíles del tren. Toda la cuesta estaba llena de mutilados tocones que parecían verrugas en la piel de la tierra, y entre las verrugas se asomaban, amedrentadas, las losas, tan regularmente emplazadas que casi daban la impresión de un campo de tumbas. Y detrás de cada losa, bastante grande para ocultar un cuerpo con su mole, yacía un soldado que parecía enterrado allí, y el más enterrado de todos parecía el sargento, echado, como si estuviera posando, en una hondonada, detrás de una de las losas de primera línea.

La luz del sol se derramaba sobre ellos como una lluvia caliente, y el cañón del fusil casi quemaba cuando él lo atrajo hacia sí y lo dejó deslizarse por la muesca. Se incorporó, poniéndose de rodillas, y se puso la culata contra la mejilla, cerró el ojo izquierdo y ajustó el arma de modo que la línea de tiro coincidiese con lo que exigía el reglamento, y que la boca del cañón se atuviese a la mira con la exactitud de un tornillo de banco. Dejó descansar el arma, insegura, en la muesca, y se dijo que aquello era como estar en el teatro y buscar con gemelos a los actores en un escenario desierto. Toda la tierra ennegrecida, oscurecida por el sol, se extendía ante él como vacilando, y justo donde la piedra terminaba, y donde él había ajustado la puntería, notó de pronto que el escenario no estaba desierto. La línea de visión que iba de su pupila, por la mira de su fusil, alargándose a saltos audaces sobre las trampas de la cuesta, tocaba tierra bruscamente en una nuca plana, y él entonces vio que era la nuca del sargento, y mientras buscaba la guarda con el dedo y lo adelantaba poco a poco hasta el gatillo, se dijo: Si es cierto que hay eso que se llama transmisión del pensamiento, el sargento Bohman tiene que sentir ahora que le escuece un pinchazo en la nuca, y tiene que volverse hacia aquí, y si tuviera yo ahora un cartucho en el cargador y apretase el gatillo, la bala le daría justo en la mandíbula, debajo de los dientes, y él caería de bruces contra sus rodillas, manando sangre por el boquete, justo debajo de los dientes, que tendría todo el aspecto de una boca extra.

Pero la nuca del sargento Bohman no se movió de donde estaba, el sargento estaba sentado, mirando, como una mosca tonta, bajo la visera de su gorro militar, y toda su figura, al amparo de la piedra que tenía delante, mostraba una estúpida, expectante indolencia.

Ojalá fuera el enemigo, pensó él, abiertamente hostil, y apretó el gatillo una y otra vez, pero el sargento no llevaba una cinta blanca en el brazo izquierdo, que era la señal convenida para distinguir al enemigo. Al contrario, era jefe de operaciones del grupo entero, y llevaba ya media hora echado allí, al sol, acechando al grupo de Svensson, que, según las previsiones, debería situarse en vanguardia, en el bosque, al otro lado de la vía del ferrocarril. Pero todavía no se había visto el menor atisbo de las cintas blancas en el brazo izquierdo, y una indolencia sorda que subía poco a poco, al ritmo mismo del calor, iba apoderándose del grupo de soldados. Desde un punto de vista militar podía decirse que estaba produciéndose un cierto relajamiento de la disciplina. Los que no estaban echados demasiado cerca del sargento, habían llegado a desabrocharse botones que debieran estar abrochados, y de detrás de muchas de las losas subían al cielo columnitas blancas de humo de tabaco, a pesar de que no se había ordenado descanso.

Solamente el sargento Bohman seguía echado igual que un ratón muerto en su hondonada. Miraba fijamente a la maleza que se extendía más allá de la vía férrea, tenso como un arco, pendiente del gran momento en que volvería a ser jefe de operaciones, fuerza unificadora que conduciría a sus tropas contra fuego y tempestades a aplastar al enemigo. Sus ojillos, disciplinadamente encajados bajo la breve maleza de las cejas, disparaban andanadas contra el borde del bosque, pero los matorrales las resistían impávidos, exudando verde malevolencia. De pronto volvió la mirada hacia atrás, y, justo cuando iba a fijarla en la losa, pareció como si se hubiera quedado paralítico, sus ojos se abrieron y giraron en sus cuencas y su frente se cubrió de goterones de sudor como diminutas alimañas. Todo su cuerpo se contrajo en un enorme músculo de espanto. La maleza se arrastraba hacia la piedra, reptando sobre su vientre de un verde venenoso. Se detuvo de pronto ante un destacamento de ramas resecas, que se abrieron de par en par mostrando un reptil gris de lengua cortante. La serpiente, la serpiente, la serpiente, pasó como un relámpago por su cabeza, calentándosela, oprimiéndole el cerebro, todo el fondo del paisaje desapareció y lo único que existía ya era el cuerpo de la serpiente, cada vez más grande. La serpiente oscilaba como el péndulo de un reloj vuelto del revés, y las miradas del sargento se salían de sus cuencas.

Pero enseguida toparon sus ojos con un relucir en el borde del bosque, y se le ocurrió pensar que fuera alguno de los oteadores del grupo de Svensson que acechaba entre los arbustos con la funda del mapa vuelta hacia arriba, de modo que el celuloide reflejaba el sol. Trató de ponerse tenso, de olvidarse de la serpiente que yacía con la lengua agitada entre las ramillas a dos metros de distancia de su cabeza, pero cuando volvió a refugiarse, agazapado, contra la losa, para ocultarse a las miradas de los oteadores, se extendió el cuerpo de la serpiente como una larga sombra sobre todo su campo visual, y él se quedó allí, jadeante, mientras una contracción se cerraba como un anillo de hierro en torno a su cuerpo.

algo, pensó febrilmente, v Tengo que hacer sus pensamientos fueron tanteando en torno a los troncos de los árboles como un borracho perdido en un bosque. Tengo que acopiar mis fuerzas, se dijo, tenemos que prepararnos para el combate. Tenemos que cruzar la vía del tren y cogerles por la espalda. Tengo que hacer algo, yo, yo, yo, esto palpitaba en su interior, mientras el anillo de hierro seguía contrayéndose y él sentía las miradas invitadoras del grupo hincársele en la espalda. Es preciso, se le marcaba a fuego en su interior, y trataba de salir de la contracción que le sujetaba mientras la sombra amenazadora de la serpiente se le enquistaba en el globo del ojo y una sensación de fracaso se derramaba por su interior, volviéndose tan fuerte que, finalmente, le pareció oír el zumbido de las risitas y las carcajadas retumbándole en las orejas.

Pero los doce del grupo de Bohman que estaban echados y dormitaban a la sombra de sus losas habían perdido toda sensación de participar en un combate, y solamente uno de ellos, el que se llamaba Bill, había visto al descuidado oteador con la funda del mapa abierta acechando en el borde del bosque, y en cuanto le vio se sacó a toda prisa del bolsillo un pañuelo más o menos blanco, fijándolo a la punta de la bayoneta y agitando a continuación el arma sobre su cabeza a fin de que el oteador pudiese localizarle. Evidentemente lo consiguió, porque el otro se puso a responder a la señal con el relucir de la funda del mapa, y, al cabo de un rato, estaba ya abriéndose paso entre la maleza, al otro lado de la vía del tren, y era de suponer que el grupo de Svensson empezaría a prepararse para el ataque.

Bill se estiró, contento, a la sombra fresca de su losa, y se puso a silbotear bajo entre los dientes. Mattsson, el número 16, que estaba echado, medio dormido, con el gorro contra los ojos, despertó bruscamente y volvió a él la mirada. Buscó perezosamente el arma con la mano abierta y apuntó a Bill. Apretó el gatillo, con un ligero clic. Bill, contento, entrecerró los ojos contra el sol y dijo, hablando al aire:

-Ahora ya no tenemos necesidad de seguir aquí, sudando la gota gorda.

Crujieron las ramillas en el borde del bosque y un matorral se agitó como sacudido por un temporal.

- -¿Por qué no hace nada el condenado sargento?
- -dijo Bill, abriendo la recámara de su fusil.
- -Sí, la verdad -dijo Mattsson, fijando la mirada en su losa.

Pero el sargento Bohman seguía rígido en su agujero como una rama cortada y no daba la impresión de ver nada.

- Sí, la verdad -dijo Mattsson.

En aquel momento se deslizó Bill de su puesto y cogió a Mattsson por el brazo con tanta fuerza que casi le tumbó.

- ¿No ves? -le susurró, y en el tono de su voz había algo ávido y casi aterrador-, ¿no ves la serpiente?

Los dos se inclinaron hacia adelante, echados por tierra, y vieron la serpiente, como una sombra negra, salir de la tierra como de un agujero, y vieron el cuerpo delgado agitarse melódicamente sobre la cabeza del sargento.

- ¿Crees que muerde? -dijo Mattsson a media voz, sintiendo ligeros estremecimientos subirle espalda arriba como burbujas de aire.

Pero Bill no contestó, y Mattsson le miró furtivamente el rostro. Allí vio algo extraño y cuando Bill le miró a su vez a los ojos su mirada era tan cortante que casi se los hendió.

- Tiene miedo -dijo Bill, y la voz sonaba como si saliera de medio pulmón sólo, muy asustada.
- jMira, mira!

Pero Mattsson se estremeció como presa de un escalofrío y volvió a agazaparse al amparo de su losa, comenzando a cargar su fusil con munición de fogueo.

A continuación se oyó el tren que jadeaba y estaba a punto de aparecer en la curva, y ligeras nubecillas de humo se esparcieron sobre las copas de los árboles. La locomotora apareció entre la maleza resoplando y jadeando con pesadez de hombre viejo, con su séquito de vagones a su zaga, ruidosos como un molinillo de café. El grupo de Bohman despertó y se pusieron a hacer señas perezosamente a unas chicas jóvenes que les miraban y se reían asomadas a la ventana de uno de los vagones. En la plataforma trasera del último vagón un capitán estaba ocupado con su pipa, y justo cuando el capitán pasaba delante de Bohman sucedió algo inesperado. Bohman saltó como si le hubiera picado la serpiente, dio unos pasos en zigzag y aulló a su grupo:

#### -i Cierren filas!

Y cuando los doce se situaron a sus espaldas, en fila cerrada, se oyeron los primeros disparos de fogueo al otro lado de la vía del tren.

En circunstancias más realistas esto habría sido catastrófico, y es seguro que la mayor parte del grupo de Bohman habría quedado muerto sobre el terreno, pero esta vez las consecuencias sólo fueron catastróficas para el humor del sargento Bohman, que se volvió hacia los suyos, gritando:

#### -¡Al ataque!

Y él mismo se lanzó hacia adelante como un caballo desbocado, seguido por once de sus hombres. El único que se quedó en el campo de batalla fue Bill, pero no porque estuviera herido, todo lo más un poco soñoliento. Bill dejó a un lado su fusil, se quitó la mochila y fue con mucha cautela al lugar donde la serpiente se balanceaba un momento antes como una flor al viento.

Había desaparecido, pero a Bill le pareció ver una sombra oscura esconderse rápidamente bajo las ramillas, y se puso a apartar de allí a patadas la maleza seca. Oyó un irritante silbido y los movimientos deslizantes cesaron, y, sin que Bill supiera a ciencia cierta cómo había sido, el reptil se enroscó en torno a su bota y se vació de veneno contra su pernera. Hecho esto quedó como exhausto, colgado, lacio, de la pierna a la que seguía enroscado, y Bill se quitó entonces el

gorro y se lo puso a la serpiente en la cabeza, cogiéndola como en una tenaza contra el dedo índice y el pulgar. Tiró de ella hasta forzarla a soltarle la pierna; la parte que estaba libre se agitó violentamente en el aire, y cuando Bill trató de meter a la serpiente por la abertura de la mochila, ésta le opuso fuerte resistencia, pero acabó fatigándose y entrando en el boquete, y Bill empujó el gorro, con la cabeza de la serpiente dentro, hasta que sintió el contacto del fondo de la mochila. Entonces la soltó, sacó rapidísimamente el gorro y cerró la mochila, sin dejar de oír durante todo este tiempo los movimientos del animal, que daba vueltas y revueltas en el fondo de la mochila, en busca de una salida. Al cabo de un rato quedó en silencio, y entonces Bill se levantó, ató cuidadosamente la mochila, se la echó a la espalda, cogió su arma y salió al trote en busca de sus compañeros.

Cuando llegó al pequeño claro ya la lucha había terminado, y heridos y muertos estaban formados en fila y escuchaban una conferencia sobre estrategia del sargento Bohman, que, según todas las reglas estratégicas, debiera haber sido yo matado siete veces.

El calor se derramaba entre los troncos y todos sudaban a más no poder. Ni la menor brisa les refrescaba, y el calor era tal que casi torcía las piñas. Las mochilas colgaban de las espaldas como jorobas, los cañones de los fusiles quemaban y las palabras del sargento Bohman caían en oídos sordos y sin obtener reacción alguna, como agua de un grifo goteante. El sargento levantó la vista, fijándola en el verdor lacio, como buscando en él alguna especie de inspiración, pero el verdor le deparó la misma falta de comprensión que los rostros sudorosos y hoscos de su grupo. De pronto oyó un crujir en el sendero de la vía del tren, y cuando el sargento miró hacia allí vio a Sternberg, el número 62, acercarse pesadamente. No me cae a mi muy bien el muchacho éste, pensó Bohman, y cuando terminó de pensar esto se dio cuenta de que tenía que haber habido alguna pausa en su conferencia, porque no conseguía dar con el hilo de lo que había estado diciendo, y se dijo que a ver si el número 62 llegaba de una vez para poder echarle una buena riña antes de que la pausa se hiciera demasiado larga.

#### Por fin.

- Llega usted tarde, 62 -dijo el sargento-. No ha estado usted oyéndome, 62. ¿Es que ha estado usted cazando mariposas, 62?

Estuvo un momento en silencio, para que se oyeran las risas, o, por lo menos, las sonrisas, pero no las hubo, y el sargento tuvo que continuar, algo desconcertado:

- Usted, 62, no participa en los ejercicios con el condigno -¡vaya palabra bonita!- interés. Hoy es miércoles. La compañía, por lo tanto, tiene permiso esta noche. Pero

los que no participen en las sesiones de instrucción no pueden disfrutar de él. Queda claro, ¿no? Por lo que se refiere a usted, 62, me gustaría tener una pequeña charla con usted antes de que volvamos hoy. Bueno, ahora vamos a adecentarnos un poto y en tres minutos nos ponemos en marcha. Bueno, a ver, usted, cabo Svensson, dé orden de formar. ¿De acuerdo?

- Sí, mi sargento.

Bohman se retiró a la sombra de los pinos contiguos y disfrutó de un momento de contemplativo frescor. Sí, eso es, pensó, así es como hay que hablarles: al grano y militarmente, ni una palabra que sobre, justo así. Luego se miró el reloj, que le colgaba de la muñeca como un tarugo caliente. Apenas pasados tres minutos, el cabo gritó:

#### ¡Aaaatención!

Se oyeron taconazos y salpicaduras, y Bohman salió de la sombra y dijo en voz alta:

- Tomo el mando. Y luego:
- ¡Pelotón!, ¡maaaarch!

El paso regular de la marcha se oía como un ruido sordo y seco contra la tierra. La tropa cruzó la vía del tren, pasó por la zona talada y se encauzó por el camino que conducía al cuartel. Nubes de polvo surgían en torno a las piernas, y los fusiles les colgaban como objetos muertos sobre el hombro derecho. Bill marchaba junto a Mattsson, que llevaba la culata de su lado, golpeándole al andar.

- Oye -le dijo, en voz bastante baja-, te vienes conmigo esta tarde. He hablado con Irene.
- Mmmmmm -murmuró oscuramente Mattsson-, de modo que Irene viene también.
- Buena chica -dijo Bill-, sí, viene también, tengo que...

En aquel momento gritó alguien, fila abajo:

- ¡Silencio en filas!

Y justo entonces la cabeza de la fila torcía camino del cuartel, y el sargento Bohman se adelantó, gritando:

#### iAtención!

Los tacones chocaron contra el guijo, alguien tropezó con un tocón y masculló un juramento; tanto calor hacía que el sudor casi calaba la guerrera y los zapatos estaban casi blancos de polvo y los cuerpos exhalaban un olor ocre. Los doce se pararon delante de su cuartel, fue un parón tan en seco que más bien pareció caída de bruces, y después de ponerse firmes con la culata del fusil contra la cadera izquierda se fueron dispersando todos en grupos perezosos por los alrededores.

Sólo Bill se quedó allí, a unos metros de distancia del sargento Bohman, que estaba ocupado en explicar al cabo Svensson ciertos sutiles matices tácticos, y se puso a limpiar con los dedos el cañón de su fusil, que tenía arena. Luego cogió la mochila y tiró de las correas de modo que se le acomodase mejor a la espalda. En aquel momento se oyó ruido como de algo que se arrastra y una especie de silbido como un chorro de vapor poco potente. El animal volvió a tranquilizarse y Bill dio los pocos pasos que le separaban del sargento, taconeó, y dijo:

- Mi sargento, el soldado Sternberg, número 62, presente.

Bohman le miró con una pequeña sonrisa de irritación en la comisura de la boca.

- Muy bien, 62 -dijo, apartándose del cabo con un ligero movimiento de cabeza y dirigiéndose hacia el cuartel.

Bill le siguió de cerca, y cuando el sargento se volvió para mirarle se le acercó unos pasos más sin poner en absoluto cara de haber faltado al reglamento. Había algo altivo y desdeñoso en aquella manera de presentarse, y el sargento Bohman tenía ya en la punta de la lengua algo cortante, pero Bill se le adelantó, sin darle tiempo a decir nada:

- Mi sargento -dijo-, he encontrado una cosa, una cosa muy curiosa. ¿Quiere verlo, mi sargento?

Dejó caer a tierra la mochila y se inclinó sobre ella para soltar las correas, la volvió de pronto del revés y salió del boquete algo reptante y negro y muy serpenteante, y el sargento dio un paso atrás, dándose casi con la pared. Bill se le acercó unos pasos hasta casi echársele encima y le dijo:

- No es más que una pequeña serpiente. La cogí hace un momento en la ladera. Mi padre colecciona serpientes en tarros. Las tiene de todas clases.

El sargento se apretó más aún contra la pared y se puso del color de su uniforme, sus ojos parecían muy solitarios en sus grandes mares blancos, y sus dedos se asieron nerviosamente al correaje.

- Sí -dijo, la voz se le atascó en la garganta, de modo que no pudo decir más que «sí».

El animal marcaba sus violentos movimientos contra la tela de la mochila y el trozo de su cuerpo que salía de ella parecía desagradable y hasta siniestramente vivo. Se le notaban con claridad los movimientos tanteantes de la cabeza contra la tela, era como estar en el muelle y ver un pez nadando en el agua. De pronto se le notó que se acercaba a la apertura, y entonces las manos de Bill se volvieron precavidas. Metió para dentro la cola serpenteante y cerró a toda prisa las correas de la mochila. Luego volvió a echársela a la espalda y

todo el tiempo se oía la fuerte lucha de la serpiente por salir de su cárcel.

- Bueno, pues ya ve, mi sargento, esto es lo que era dijo Bill, dando la impresión de que lo que acababa de decir era una especie de prolongación de la exhibición de la serpiente, una especie de chantaje, medio pensó el sargento, pero se sentía demasiado agotado para oponer resistencia.
- Bueno, pues eso -siguió Bill-, lo que quería decirle es que me gustaría que me excusase de hacer más ejercicios por hoy. Ha sido muy agobiada esta semana, con tanta marcha, y luego, pues eso, que tenemos permiso esta noche y a lo mejor resulta que también me sale algún trabajillo.

El sargento se apartó de la pared. Salió a la luz del sol y cuando se volvió hacia Bill los rayos del sol le atacaron y se le metieron por las orejas de tal manera que se le volvieron rojas y como inflamadas, y su rostro, que estaba aún en una inquieta semisombra, parecía pálido de una manera malsana, obscena casi. Diablos, pensó Bill, pero el sargento Bohman se le acercó:

- Sí, muy bien, tiene usted permiso esta noche -le dijo, muy bajo, y, sin más, dio media vuelta bruscamente y fue a buen paso hacia el comedor de los suboficiales. El sol le caía a plomo sobre la estrecha espalda ligeramente gibosa, y el

color de la pared se le había pegado como una calcomanía a la guerrera precisamente donde los omoplatos iniciaban su curva; se podía pensar que había estado crucificado y que era allí donde le habían hincado los clavos.

Bill volvió al frescor oscuro del cuartel. Fue pesadota y algo ruidosamente hacia su catre, se quitó fusil y mochila y se echó cuan largo era. Las ventanas estaban cerradas y de los cincuenta y dos catres le llegaban indecisos olores acres. Un momento después dormía profundamente y sudaba, y cuando despertó se dio cuenta, por el ruido reinante dentro y el zumbido de voces que llegaba de fuera, de que ya tenía que haber pasado la hora de la comida, o sea, que tenían que ser más de las doce del mediodía.

Se acordó de Irene y del café y siguió echado un rato, dormitando, pensando en ella solamente, y así siguió, amodorrado, un poco más de tiempo, entresoñó con ella, y en el sueño veía a Irene y al sargento Bohman sentados en el banco del campo de golf y se besaban, y él se acercaba furtiva, subrepticiamente al grupo, y tenía bien apretada en la mano una granada lista para tirar. Pero no conseguía decidirse sobre la distancia apropiada para tirársela, y mientras daba vueltas en torno a ellos con la granada en la mano comenzó a sentir que la mano le quemaba, y de pronto oyó como un silbido y la granada le reventó en la mano. Pero no le hizo daño, y cuando miró se dio cuenta con

horror de que los fragmentos de granada que le cubrían la mano eran pequeñas serpientes ondulantes.

Y entonces se sintió de pronto completamente frío, y al mismo tiempo empapado en sudor, y despertó y se bajó del catre. En el suelo vio la mochila, en su interior se percibía un silencio de mal agüero, y Bill se inclinó y la cogió con gran cuidado, como si estuviera llena de explosivo, y la metió en su armario, dejó encima el fusil y lo cerró rápidamente. Luego oyó al teniente de turno que llegaba para inspeccionar el cuartel y se refugió detrás del armario, y sólo cuando hubo pasado el peligro reapareció sigilosamente y consiguió llegar hasta el borde del bosque sin que le viera nadie. Una vez allí echó a correr por un sendero cubierto de agujas de pino y el corazón le latía violentamente y tenía las manos bañadas en sudor. Recordó de pronto su reciente sueño y tan intenso fue el recuerdo que no pudo menos que mirarse las manos.

Pero tenían el aspecto de siempre, un poco demasiado anchas y quemadas por el sol, con venas azules a flor de piel. Y entonces se sintió un poco avergonzado de sí mismo y aminoró el paso y volvió a ser el mismo de siempre. Frío. Tranquilo. Y cuando llegara al café, pensó, tenía que ser exactamente el mismo de siempre. ¿Ves, Irene?, diría, aquí estás, tan tranquila, esperando a alguien. No será por un casual a mí a quien esperas, ¿eh?

Se notaba la brisa contra el tejado zumbando como un moscardón extraviado. El aire fresco se derramaba por el cuarto regando el aire caliente. Sobre una vacilante mesita redonda con superficie de mármol situada junto a la máquina tragaperras se desvaía un ramillete de agostadas dalias amarillas en un jarrón sucio con cuello de jirafa, y, a veces, cuando el aire descendía en picado del techo, se sobresaltaban las flores como en espasmos de agonía y la boca abierta del jarrón derramaba un goteo de agua podrida.

Sólo estaban ellos dos en el café, si exceptuamos a la camarera, pegada al mostrador, cuyos pies danzarines se reflejaban en un espejo tan polvoriento que habría podido tomarse por una lápida de concentrado polvo reflejante. La camarera ladeaba a veces la cabeza y miraba con ojos entrecerrados bajo tupidas cejas a la pareja que estaba sentada junto a la ventana, y entonces se percibía cierta tolerancia y cierta curiosidad en el ángulo de la cabeza, pero en cuanto dejaba de oír, por poco que fuese, lo que se decían, se encerraba de nuevo en solitaria y ruin irritación y volvía a reflejar en el espejo sus piernas danzarinas, desde los tobillos hasta el tenso pliegue de las rodillas.

Pasó rugiente un coche ante la ventana entre nubes de polvo que flotaban tensamente inmóviles, y se habría podido pensar que era la carretera misma que respiraba. Y Bill pensó decírselo así a Irene, al tiempo que la desportillada jarrita de la crema escupía su última y tenue gota en el café con sabor a tierra, pero, justo en aquel momento, oyó a la camarera canturrear un fragmento de *Black Fantasy* y sus ojos se fijaron, pasando de largo junto a Irene, en el oscuro interior de la estancia.

Lo primero que vio entre una media luz indecisa fue su propia imagen reflejada en la superficie mohosa del espejo, y, muy pegada a él, la nuca castaña y nunca quieta de Irene. Pero Irene se apartó de pronto y entonces apareció la camarera, que se llamaba Wera y era muy apetecible para bailar con ella, llenando el espejo con su figura carnosa. Se había levantado de puntillas y hasta donde estaban ellos se oyó el crujir de la falda al subírsele un poco por encima de las rodillas, y Bill pensó entonces que sus ojos y los de ella se encontrarían en el espejo, y esta idea le acaloró mucho. Encontraba. en cierto modo, muy estimulante emocionante estar sentado junto a una chica que quizás le quería o, por lo menos, le encontraba muy audaz, y desnudar al tiempo con los ojos a otra situada detrás de ella. Pero justo entonces sonó airadamente el teléfono en la habitación contigua y Wera dejó a Irene su puesto en el espejo y se dirigió perezosamente al otro lado del mostrador, y mientras andaba había como un contacto entre sus ojos y los de Bill; desapareció en la habitación del teléfono con tanta pachorra y tanto cimbreo que ni la puerta rompió ese contacto, el cual, por el contrario, se prolongó cuarto adentro hasta el teléfono mismo, rompiéndose solamente al sonar la voz ronca de tabaco de ella, que decía:

-Hola, Åke.

Y si se rompió entonces fue porque ella, al decir esto, cerró la puerta de una patada tan fuerte que la hizo encajar en el marco con un ruido muy hosco, y en la vasta estancia del café reinó el silencio y Bill e Irene se quedaron solos, completamente solos. Muy solos.

Irene estaba sentada de espaldas a la ventana y sentía el sordo calor del día entrar a hurtadillas por la apertura, llenando sus miembros de un sopor triste y hueco; allí sentada, en silencio, y dejando que su mirada rebotase como una pelota contra la recia y gris pared trasera de la estación, pensó de pronto que toda la vida, o, por lo menos, todo aquel día, era igual de indescriptiblemente gris y triste, y ansió intensamente algo que pudiera manchar de sangre tanto gris. Se cruzó de piernas y, aunque sabía que Bill no podía ver a través de la superficie de mármol de la mesa, no se preocupó por bajarse la falda, lo que hizo fue pasarse los dedos por la costura de la media, pero, a pesar de que recordó convulsivamente lo ocurrido aquella mañana, no se

sintió de nuevo invadida por la misma ola de embriaguez. Todo estaba mudo y muerto e Irene cerró los ojos y se pasó la mano pierna arriba, por el seno de la rodilla, y luego por el muslo palpitante; se imaginó que era la mano de Bill y no la suya, y sintió calor, pero luego abrió los ojos y vio los de Bill pasar por encima de su hombro, y entonces cayó de nuevo sobre ella la gris apatía.

Levantó la taza llena de café negro, pegajoso, en cuya superficie flotaban islotes de crema, y se acordó de pronto de que, en otros tiempos, solía ser ella quien llevaba la crema a aquel sitio por las mañanas, y esto le provocó una añoranza sentimental de su casa que le surgía del más oscuro fondo de sí misma, donde comenzaban a crecer pequeños y sutiles champiñones de arrepentimiento; dejó entonces la taza en el platillo de borde parduzco y se dijo, decisiva y enérgicamente: Nada, me voy a casa, hoy me voy a casa. Que se vaya él solo a su condenada fiesta. Pago y me voy.

Y volvió un poco la cabeza para llamar a la camarera, pero en aquel preciso momento sonaba el teléfono en la cocina, y oyó a la chica que seguía charlando con su voz tabacosa, y se dijo: Bueno, espero a que vuelva. Y la oyó responder con su voz desagradable y rasposa, y por su mismo tono acariciante se dio cuenta de que era con un hombre con quien hablaba, y cuando la puerta se volvió a cerrar comprendió que la cosa

iba para largo, y pensó: Bueno, pues me voy y que le den morcilla, me da todo igual. Se levantó de la silla como un rayo y se sacó un peine del bolso que llevaba en bandolera, y que, por cierto, le colgaba de una manera muy moderna, y se puso a peinarse con mucha energía. Y mientras tanto miraba por la ventana, evitando los ojos de él; oyó moverse una taza sobre la mesa y miró a ver qué pasaba, pero fue más por descuido que otra cosa, y en algún lugar de su cuerpo sintió calor y fue entonces cuando hubo de reconocer de golpe que todo aquello de levantarse e irse no servía de nada.

Nada servía de nada. Se entregó a él con la mirada, y él seguía allí sentado con ojos que turbaban su paz. Su ancha mano tanteó en el bolsillo del pecho de la guerrera, del que sacó un cigarrillo abollado y doblado que se puso descuidadamente en la comisura de la boca; luego alargó la mano en busca de cerillas, pero la manó pasó junto a ella y, de pronto, voló hacia arriba y la asió por encima del escote y se puso a acariciarla una y otra vez el pecho con los nudillos. Ella entonces se propuso no mostrar agitación alguna, porque, se dijo, alguien podía verles, y apartó de sí la mano con cierto enfado, sintiendo al tiempo surgir en su interior un leve deseo de resistencia, y se decidió a ofrecer resistencia, una cierta resistencia estimulante, como parte de su misma rendición.

- Mi amor -dijo, abriendo de par en par la voz en forma de abanico-, hale, dame un cigarrillo, uno entero.

Quería dar a su voz un tono muy mundano y voluptuoso, a pesar de que fumaba muy raras veces, y luego, cuando él le dio el cigarrillo, se lo puso muy torpe y retadoramente en medio de la boca, y cuando le ofreció fuego tragó el humo y lo sintió revolvérsele en los pulmones y tuvo que exhalarlo muy modosa y finamente por la comisura izquierda de la boca. Y él, durante todo este tiempo, tenía la llama ante sus ojos, exactamente como si quisiera iluminarla, y ella cerró el ojo derecho, con lo que la llamita se le volvió grandísima y ocultó, como chamuscándosela, toda una gran parte de su rostro en forma de corazón.

## Estás jugando -dijo él.

Parecía muy divertido, y le sonreía, y su sonrisa se volvió tan grande que el cigarrillo se le soltó del asidero de la comisura de la boca, cayendo en el pequeño fangal del fondo de la taza de café, donde se ahogó con un levísimo chisporroteo. Los dos prorrumpieron en risas y ella se sintió incluso un poco halagada al ver que reían al mismo tiempo, y se notó cálida y ligera, casi volanderamente ligera y se dijo, dándose cuenta de ello por el calor de su cuerpo, sentada como estaba junto a un hombre a quien apenas conocía, que algo tenía que estar a punto de ocurrir. Lo gris y lo triste se hundió como un pegote informe en lo más hondo de la

bóveda cubriendo pesadamente los champiñones, y ella entonces pensó casi con júbilo: Algo me está pasando. Algo nos está pasando. Y volvió a coger el peine y se arregló un ricito castaño sobre la frente, y le miró a él a través del ricito y a través del humo de tabaco, más y más espeso, y le dijo:

- ¿Qué?, hay juerga esta noche, ¿no? ¿Viene con nosotros tu amigo, el Pato Donald?
- Sí, Mattsson viene con nosotros -dijo él.
- Vaya, hombre -dijo ella, con un gran ademán, y rompió a reír, risa cortante entre dos chupadas al cigarrillo.
- Amor mío -dijo él; se levantó de la silla y fue dando la vuelta a la mesa hasta llegar frente a ella, se inclinó sobre ella y aspiró en su cabello.

Luego le pasó los labios hasta la oreja y la mordió muy suavemente en el lóbulo, diciendo a media voz:

-Ahora sabes exactamente cómo te tienes que poner los chismes esos, ¿no?

Y ella asintió, muy obediente y graciosa, levantando el rostro hacia él y acariciándole los labios con la lengua y torciendo la parte superior de su cuerpo de modo que sus pechos sobresalieran como limoncitos, y cuando iba a apoyar el codo contra la mesa dio con él de lleno en la taza. La oyeron

quebrarse y saltar sus pedazos sobre la superficie de mármol, y él, entonces, susurró, apresurado:

- Eso lo arreglo yo luego con Wera.

Y apretó su cuerpo contra el de ella, cuyos labios se apretaron contra sus dientes; se besaron largamente, hasta que los labios de ella se apretaban contra las encías de él y los dientes de ambos se frotaban.

Ella se levantó suavemente de la silla y tan cansada y mareada estaba que no se tenía en pie, y en medio de su confusión sentía un rayo refrescante disolvérsele en el calor que la invadía. Wera, pensó angustiada, él y Wera, y recordó de pronto lo frío que había estado él antes de sonar el teléfono. El y Wera, pensó, pero entonces se le acercó él y la limpió de todo esto, diciendo:

- Ahora en seguida vienen los trenes, a lo mejor tienes que salir.

Le trajo la maleta, y justo cuando ella iba a cogerla vio él las florecillas que se desvaían en el asa, y preguntó con un cierto tonillo áspero de recelo:

- ¿Quién te ha dado esas flores?

Un diablillo subió de pronto por su interior, induciéndola a decir con mucha desvergüenza, con tal desvergüenza que pareció tremendamente creíble.

- El sargento ése me las dio, esta misma mañana, Bohman me parece que se llama.

Y él la creyó y se ensombreció un poco, y apretó con mucha fuerza la maleta entre las manos:

-Ah, ya, el mierda ése -dijo.

Oyendo esto se arrepintió un poco, sólo un poco, de haberlo dicho, pero ya era demasiado tarde, porque iban los dos camino de la puerta, y él la tenía cogida por los hombros, y cuando estaban a punto de salir, ella se dio cuenta de que iba sola. Bill se había quedado en el vano de la puerta, y cuando la vio volverse, un poco sorprendida, le hizo un alegre y pomposo ademán de saludo, frunció los labios y dijo:

- Bueno, a las siete. Y espero que te pongas bien lo que ya sabes.

Y ella entonces se quedó allí fuera completamente desconcertada y melancólica, paseándose por el patio de la estación hasta que oyó voces chillonas de viejas en la calleja que iba entre la casa de la estación y el seto florecido del chalet del médico, y miró y vio a su madre y a una vieja vecina, comprendió que se iban en el tren, en el mismo tren que ella, y se dio mucha prisa para que no la vieran en el patio de la estación y tuvo justo el tiempo de encerrarse en

el retrete cuando ya las voces chillonas de las dos viejas resonaban por todo el patio.

Al entrar Bill vio a Wera apoyada sobre el mostrador jugueteando un poco descuidadamente con sus pechos.

- Pensaba que los señores se habían ido -dijo, sacando de su gruta la punta de la lengua.
- Pues te equivocaste -dijo Bill, poniéndose justo delante de ella.

Se inclinó sobre el mostrador y se puso a tamborilear sobre el cristal: allí había muchas cajitas que parecían empapadas de calor.

- Manos de soldados -dijo ella, y parecía que estaba esperando a que le pagase.

Él se sentó de un salto en el mostrador.

- Cuidado, ten cuidado de no caerte -le dijo ella, casi complaciente-, porque a la vieja le da un patatús.
- Bueno, pues que le dé -respondió él, acercándose más.
- Anda, bájate -dijo ella-, y no tengas tanto temperamento.

Él pasó las piernas por encima del mostrador y se puso a su lado.

- -Cuando venga la vieja no puedes estar así -le dijo ella, y parecía muy poco inquieta.
- ¿Y cuándo viene? -preguntó él, tampoco, al parecer, muy preocupado.
- En el tren próximo que llega de la ciudad -dijo ella, cada vez menos inquieta en apariencia-, a las cuatro.
- Al diablo, dijo él, mirando al interior del cuartito.
- Buenas noticias -añadió, señalando con la cabeza el teléfono.
- Vaya -ella tragó saliva, casi con apuro.
- No, no es eso -dijo él, cogiéndola bajo la barbilla.

Ella entonces se estremeció ligeramente y miró por la ventana para asegurarse de que no venía nadie, se volvió hacia él, y él se inclinó sobre ella y la besó apresuradamente. Luego se apartó y había algo áspero, algo natural e incontroladamente retador en su voz y en su manera de mirarla al tiempo que le dijo:

Hale, pues, a telefonear.

Y dio una patada a la puerta, encajándola de golpe en su marco como una gran sombra pálida, y entonces se oyó el tren que llegaba resoplando a la estación, y se oyó el chirriar de los frenos, pero a él no se le ocurrió ninguna razón para inquietarse lo más mínimo por su llegada.

Resiste, pensó ella, tirando la puerta hacia sí por el picaporte fresco. Sintió el aire cargado del compartimento y estuvo un largo rato inmóvil, mirando el pozo oscuro de la escupidera. La apartó de sí de una patada, dejándola bajo uno de los asientos, y entonces oyó pasos arrastrarse en el andén y sintió un sobresalto en el lado izquierdo del pecho y se cogió fuerte al picaporte y casi corrió la puerta hasta cerrarla del todo. Pero los pasos se alejaban. Dejó de respirar y trató de dejar de escuchar los pequeños ruidos que entraban como un torrente a través de las cortinas bajadas de las ventanillas; alguien respiraba a través de la rendija, un zapato se frotaba contra la madera del suelo y le pareció oír una mano que se apretaba contra el exterior de la puerta; ella entonces se apretó también de tal forma contra la puerta que casi sintió que le arañaba la piel. Resiste, se dijo con mucha energía, con la energía que le inspiraba el calor, no pueden entrar, no pueden entrar aquí ahora. Oyó un portazo en el otro extremo del compartimento y miró a la otra mitad del vagón a través del cristal sucio. Un rostro grande y exuberante apareció de pronto como una naranja sudorienta en el vano de la puerta, y con él llegó inmediatamente el resto, llenando por completo el cuadro que la puerta enmarcaba. Era un acalorado joven de uniforme militar que parecía pertenecer al cuerpo de objetores de conciencia. No le reconoció, pero se dijo que él sí la tenía que reconocer a ella, porque en el cuartel había poquísimas chicas, y las poquísimas que había eran, sin duda, tema de numerosos sueños indecentes todas las noches, y se dijo que tenía que parecer ridícula dando la impresión de bailar contra la puerta, de modo que lo que hizo fue abrirla y salir.

Naturalmente no había nadie en la plataforma, y ella se sintió un poco animada, aunque no tanto como para echarse a reír a carcajadas. Miró andén abajo y allí no había ni un gato, solamente el inspector de la estación, que miraba el reloj con los ojos abiertos de par en par como un perro bulldog encolerizado, y el reloj le miraba a él con la misma fijeza, moviendo su minutero huesudo con pequeñas e irritantes sacudidas. Pero el tren que llegaba de la ciudad era un tren de mercancías, y pocas veces llegaba puntual; sonaba ya, chillón y cortante, en algún lugar aún muy lejano, y a ella entonces se le ocurrió pensar que si se fuese corriendo hasta el primer vagón podría ver el café desde allí.

No sabía a ciencia cierta de qué le podría servir, pero pensó un momento, un momento bastante largo, por cierto, que así, por lo menos, podría ver a Bill y tener a alguien a quien hacer un guiño. Pero enseguida se dio cuenta, aunque esto

no se lo dijo a sí misma, y le cogió por los labios al que quería decírselo, de que lo que a ella le apetecía era ver a Bill sentado solo a la ventana del café, o a Wera sola a la ventana, mientras él salía solo del café, y, sin decirse nada de esto a sí misma, comenzó a sentir que en su corazón le hacían pellizcos como con tenacillas, y en su interior se agitó algo parecido a la angustia sólo de pensar que a lo mejor no veía a ninguno de los dos, o los veía juntos. Pero se sentía más curiosa que asustada, y se deslizó por la plataforma y abrió de golpe la puerta del vagón siguiente. Fue exactamente como si se abriera un dique, porque, justo cuando abrió la puerta, irrumpieron las veces chillonas de las viejas como un torrente amarillo, mezclándose con el ruido venenoso de los disparos de armas de fuego que se desperdigaban desde el bosque. Vaya, las viejas, pensó, echándose atrás apresuradamente y cerrando de nuevo la puerta de golpe, quizás demasiado de golpe, pensó, y casi se le ocurrió volverla a abrir y cerrar otra vez, sólo que más suavemente, para hacer ver así que no lo hacía por mal humor. Pero en aquel momento entró torrencialmente el tren de mercancías por la vía lateral, la locomotora resoplando como si estuviera constipada, y todos los vagones, a su zaga, rebotando contra las vías. Y su tren, de pronto, se puso en movimiento con una sacudida, y ella se olvidó de la puerta y se asomó con mucho cuidado a pesar de que no había nadie a quien agradar bajo el letrero del andén, donde ponía NO FUMADORES, y vio la casa de la estación, el inspector, los bancos, todo, saliéndose de su campo visual como en una película.

Y aunque tenía un cuchillo contra la garganta para no decirse nada, ni siquiera a sí misma, sabía muy bien que vería el café, por rápidamente que fuese, en cuanto pasara el tren delante de él, pero lo único que vio, llegado el momento, fue una cortina blanca que se agitaba fuera de la ventana como se agita un pañuelo en despedida. Y aunque pensó muy enérgicamente, tan enérgicamente como cuando se muerde una nuez: Vaya, qué lástima no haber podido ver nada, algo le decía, subiéndosele por la garganta, raspándole casi la piel: No estaban allí, ni Bill ni Wera estaban allí, estaba vacío. Se habían ido los dos juntos, juntitos, los dos: Bill y Wera.

Pero el filo del cuchillo penetró en su cuello susurrante, llegando hasta las cuerdas bucales, cortándoselas, y ella entonces se encogió un poco de hombros, como excusándose, aunque la verdad era que no tenía nada de qué excusarse, y pensó, tercamente:

Vaya, qué lástima no haber visto nada. Y pensó en la cortina que se agitaba fuera de la ventana, y la vio agitarse con vuelos cada vez mayores, hasta que, de pronto, se dio cuenta de que hacía frío, y entonces, algo confusa, levantó la vista y comprendió que era porque ya habían entrado en el bosque. Hacía sombra y fresco y el sol rebotaba entre los

árboles con inquietos brillos. Cuando pasaron por una pendiente quemada, cuyos árboles habían sido consumidos por el incendio, el sol volvió a arder un poco como antes, pero enseguida volvió a caer la sombra, y ella fue en equilibrio por la inquieta placa metálica que unía a ambos vagones, llegando de esta manera al suyo, y precisamente cuando iba a abrir la puerta se dio cuenta de que unas de las portezuelas se agitaba al mismo ritmo que las sacudidas del tren, y entonces combinó en su mente los movimientos de la portezuela con los de la cortina ondulante del café, y cuando se inclinó sobre el pesado objeto de hierro y fue tirando poco a poco de él hasta cerrarlo, se quedó, aunque sin darse cuenta de ello al principio, justo delante de la ventana, agitando nerviosamente los dedos a través del tul fino que cubría la rendija, mientras las vivas superficies espejeantes de sus ojos grises oteaban el panorama entre troncos de árboles y veía el irrespirable café, la máquina tragaperras, las sillas rengueantes, la mesa llena de manchas, el sucio mostrador reflectante y la puerta medio abierta que daba a la cocina, y, a través del ligero chirriar de las ruedas contra los raíles en las curvas, un ligero murmullo de voces acaloradas fue subiendo hasta ella por la ventana, llegando a quemarla, como si se hubiera encendido una cerilla en el interior de su pecho, en cuanto reconoció las voces: la de Wera, un poco chillona, y la de Bill, un zumbido raspante y lleno de superioridad.

Y en cuanto se dio cuenta de esto, en cuanto la punta del cuchillo se apartó de su garganta y su voz dijo con toda claridad, como en la radio: «¿A dónde se habrán ido Bill y Wera?, ¿qué estarán haciendo?, ¿porqué no están allí?», se asió convulsivamente a la portezuela y se inclinó sobre su borde mismo, hasta llegar a ver el relucir bien engrasado y suave de los raíles bajo el peldaño. Y se infiltró en su cerebro un pensamiento desesperado que comenzó a martillear contra el yunque como un pequeño macho de fragua; se asomó más a la ventanilla, apoyándose sobre el borde, de manera que levantó los pies del suelo y su punto de equilibrio se desplazó al diafragma. Y, a veces, cuando los raíles se alargaban en las curvas, se estiraba ella también, de modo que casi podía ver la rueda zumbadora bajo el fondo del vagón, y todo el tiempo martilleaba en ella el descarado, terco pensamiento, y se acordaba, como si estuviera viéndolo en una película, de todo lo que acababa de ocurrir en aquel café. Y el pensamiento le decía, muy enérgica y rítmica y mesurada, y, al tiempo, monótonamente, como el golpeteo de los cascos de un caballo contra el empedrado: Dale, dale, hasta que se arrepienta, y aunque ella, con frecuencia, sí, justo, siempre que estaba sola, se decía a sí misma con fuerte énfasis que no estaba enamorada de él, pero nada, lo que se dice nada en absoluto, ardía ahora en celos como arden en el cielo las Pléyades, y sentía un violento deseo de vengarse, y esto era tan sencillo como inmediato, bastaba con soltar los dedos y dejarse deslizar hasta el peldaño, cabeza abajo, golpeársela bien contra el metal, y se acabó todo.

Y el dolor en el lado izquierdo le salía, como un torrente, por los labios, volviéndosele pequeña y amarga sonrisa de adiós, y ella sentía que estaba muy cerca del adiós, pero, de pronto, se dejó de ver el bosque, y salió de nuevo el sol, y ella se vio en medio de una llanura muy llana y ancha, con hierba pastada y vacas delgadas y un cruce de vías con el paso a nivel estúpidamente bajado, y delante había dos que miraban el tren muchachos en bicicletas sus vacuamente, masticando algo, y ella entonces se vio de pronto tirando de sí misma para bajarse de la ventanilla, y se echó hacia atrás el mechón de pelo que le cubría la frente, y se ajustó el cinturón del abrigo, y trató de quitarse, frotándola, la suciedad que se le había pegado, como un fleje de barril, al abrigo en la parte del estómago. Y frotó y frotó con mucha energía, tratando de pensar en su abrigo nuevo y en cuándo tendría suficiente dinero para comprarse otro, y luego, cuando el tren se deslizó hacia las tiendas de dos pisos de la metrópoli en miniatura, y ella comenzó a ver, a través de los escaparates exuberantes, gente que compraba y vendía, esta visión, como la de los dos muchachos en bicicleta de hacía un momento, la ayudó a meter los vagones de subconscientes mercancías por el túnel oscuro del subconsciente. Estuvo así un momento,

indiferente y distraída, contando las estaciones que aún quedaban por pasar, pensando en lo que tendría que hacer cuando llegase a su destino, y luego, sin pensarlo, dio media vuelta, un poco tanteante, y fue, despacio, del brazo de la chica que era ella misma, en busca de su compartimento.

El muchacho de uniforme militar, que era redondo y tenía todo el aspecto de ser objetor de conciencia, se había sentado junto a la puerta y parecía querer compañía, porque, en cuanto la vio entrar, se la quedó mirando con una mirada curiosamente intensa para muchacho tan grueso. Pero ella estaba dispuesta a defenderse, y él no tenía la menor posibilidad de apuntarle a los ojos, de modo que su mirada fue costeando ansiosamente las indefensas líneas de su cuerpo, y no resultaba agradable estar así, agitándose nerviosamente junto a la puerta, buscando febrilmente un lugar protegido en el que sentarse. Y, a pesar de que no le miraba directamente, veía de reojo que tenía la boca entreabierta, mostrando los dientes; y el muchacho comenzó a mover las piernas, y poco a poco, torponamente, acabó levantándose del asiento y diciéndole, un poco tímida, entrecortada, a todas luces inhabituadamente (y así es como ella se dio cuenta de que no era peligroso):

- ¿No querría..., señorita..., sentarse aquí..., por favor?

Y esto le permitió a ella dar media vuelta y quedársele mirando a los ojos, vivamente sorprendida, todo el tiempo que quiso, porque sabía que los muchachos que miran como aspiradoras de polvo y hablan con mucho tartamudeo son tan peligrosos como culebras de campo. Tontas culebras inofensivas, pensó sin ningún respeto, haciéndole cosquillas al joven en las cejas con sus generosas miradas.

Gracias -dijo al cabo de un momento, con una graciosa inclinación de cabeza y cuello, como las que se hacen en las películas, y que comienzan en el principio mismo de la espalda. Y, sin más, con un leve suspiro que podía querer decir cualquier cosa, se dejó caer en el asiento, fijando una mirada franca y poco respetuosa en los ojos lánguidos y llenos de deseo de indígena de Samoa del muchacho, que, entretanto, iban perdiendo fuerza poco a poco como reflectores a medio descargar; su rostro se arreboló con irreprochable homogeneidad, como un pañuelo de intenso color carne, y ella, divertida, le miró al blanco de los ojos, hasta que el muchacho se puso a mirar las manecillas de su reloj de pulsera.

Entonces ella se dijo que el chico aquel era aburrido, y cuando le vio prepararse para un nuevo ataque, se volvió, en decorativo medio perfil, hacia la ventana, mientras las estacas de las vallas bailaban ante sus ojos lánguidos. El tren se había metido en la estacioncilla de la pequeña metrópoli y no tardó en perder velocidad, y entonces la valla que venía siguiéndole acabó apartándose de él, y unos vagones de

mercancías descargados que había en una vía lateral ocuparon su puesto como límites del campo de visión. Ella los fue contando según surgían ante sus ojos en el marco de la ventana, y no porque le interesasen los vagones de mercancías, sino a modo de excusa para dejar de pensar, excusa que, por cierto, es muy corriente entre los pasajeros de tren. Pero enseguida terminaron los vagones, y el tren iba tan despacio como le era posible, a la sombra de un enorme hangar que se extendía a la izquierda y convertía todas las ventanas de la izquierda en verdaderos espejos. El joven aprovechó la oportunidad que se le presentaba, clavó la mirada en el espejo y trató de captar en él la mirada de ella, lo consiguió, porque a ella también le emocionante, y además porque ahora, en el cristal sucio, el muchacho parecía mucho más audaz y experimentado, tanto que casi comenzó a considerarle como un enemigo a su propio nivel, como alguien de quien tendría que defenderse hasta que un fuerte portazo en el hangar resquebrajara el espejo. Sintió necesidad de mirarle para ver si era el mismo, y sí lo era, era él, no cabía duda alguna, y ella, ante esto, cerró decepcionada los ojos, mientras el tren seguía adelante muy lentamente y todos los espejos resquebrajaban; sintió que las miradas peludas del joven le tocaban, tanteantes, los párpados.

Se entregó al placer de soñar despierta, la islita de los recuerdos diurnos. Qué estará haciendo ahora Bill, pensó, y

entonces entró Wera en su sueño, como es natural, y en primer término, y precisamente por lo decidida que estaba a relegar todo recuerdo de Will y Wera al saco de los olvidos, apenas le fue posible pensar en otra cosa. Y de pronto algoque había dentro del saco se agitó, y el saco mismo cayó al suelo, quedando allí vuelto del revés, y lo que se agitaba en su interior y debiera haber quedado abajo de todo se encaramó sobre el montón de recuerdos y rompió a reír. Ella buscó en el montón para ver si daba con algo más agradable, pero aquella cosa molesta rodó al suelo entre sus dedos, y cuando, finalmente, trató de tirar el saco vacío y cerrar la ventana contra otros mundos, el objeto aquel voló como una pelota y penetró como una explosión en su cabeza, y entonces ella se sintió decisivamente derrotada, y decidió, con mucha diplomacia, pensar en sí misma, en Bill y Wera, pensar clara y fríamente, tal y como era, exactamente como era.

Oyó llamar en su párpado y comprendió inmediatamente que era él quien llamaba; entreabrió lo menos posible sus puertas cerradas, pero enseguida las abrió de par en par, porque súbitamente se dio cuenta de que podía ayudarla. Y le sonrió con aquel aire de impotencia que tan bien tenía ensayado, y que servía para hacer comprender a los hombres que lo que ella pedía era ayuda y no galanteos, y, finalmente, pequeños riachuelos de pena de sí misma comenzaron a fluir por su interior. Se sintió reforzada como

después de una copa, y la invadió una ligera sensación de revancha, la cual, poco a poco, fue subiendo como un girasol, echando raíz en ella al tiempo que sentía en sí la presencia de él, sentado enfrente, como si formase pareja con ella, mientras Bill se convertía en espectador pasivo, como una estatua curiosa y reconcomida a la salida del pasillo. Y pensó con tanta intensidad en esa estatua de Bill que, finalmente, llegó a verle con los rasgos del rostro contraídos de ira y la cabeza calva llena de manchas que no eran excremento de paloma, sino de celos, y muy cerca de ella.

Bill y Wera, este pensamiento se introdujo subrepticiamente en ella, pero ya no era tan ardiente o hiriente como antes, porque tampoco ella se sentía ya leal a Bill, y además estaba débil. Y los celos fueron disolviéndose y cediendo su lugar a una sensación mareante de triunfo que casi siempre llega en pos de los celos vencidos con ayuda de la infidelidad.

El joven se puso a leer toda una novela, o, por lo menos, una novela corta, en las promesas de los ojos de ella, y sus miradas se quedaron completamente inexpresivas de puro embriagadas, como un mar recién helado; finalmente se puso a hablar, totalmente solo, y con tanto deseo de tratar de atarla con sus palabras que se saltaba los puntos y las comas, pero de pronto recordó que había que poner un signo de interrogación, y, hecho esto, paró en seco para

dejarle responder. Y ella respondió, y no porque la pregunta le hubiera interesado en absoluto, sino porque se había persuadido a sí misma de que, de esta manera, las ataduras se hacían más profundas y menos inocentes, y empezó a hablar de sí misma, pero sin destellos, y él le dijo cómo se llamaba, y ella estaba tan ansiosa de profundizar en este contacto y de añadirle peligro que le pidió le escribiese su nombre y su número y el número de su compañía en un papel, y él reaccionó con el entusiasmo de un pescador de perlas que ve una buena oportunidad. Le pidió un papel donde escribir todo aquello, y ella se transformó en una perla evidentemente muy dispuesta y dócil, y se subió graciosamente su bella maleta a las rodillas y la abrió como un rayo, y él se unió a sus esfuerzos con manos tanteantes y sugerentes, que emprendieron un pequeño viaje de descubrimiento, tan improvisado como mal disimulado. El joven estaba encantado, casi peligrosamente encantado, y ella decidió cortar este viaje de investigación con el mayor tacto posible, y darle, sin más, el papel y la pluma que necesitaba. En sus rodillas sintió entonces que la invitación que estaba implícita en la dirección del joven era torpe y tosca, pero quería conservar el pedacito de papel como una especie de recibo, un testimonio de que realmente había ocurrido algo, para sacarlo y mostrárselo a sí misma, y también a él, cuando la idea de la revancha la guemase de nuevo. Pero el joven, que se llamaba Berndt Claeson y era

soldado de verdad, y no objetor de conciencia contra todo cuanto habría podido pensarse, se sentía cada vez más una especie de Livingstone camino de las fuentes del Nilo. Y ella sentía tales deseos de tener en sus manos el papel escrito que se quedó muy sorprendida cuando, súbita y brutalmente, entraron en escena un par de botas altas bien llenas, enredándose en los vuelos de una capa de luto muy rellena que descabaló por completo el campo visual de su ojo izquierdo.

-Buenos días, Irene -dijo María Sandström, rematando este acto con un gran signo de admiración.

El joven se quedó como si acabase de morder a un semental y trató de emprender una discreta y silenciosa retirada ante situación tan comprometedora. Las manos le pesaron de pronto como pesas de diez kilos, le parecieron lámparas relampagueantes, y su retirada resultó torpe y demasiado evidente. Maria Sandström persiguió a las fuerzas en retirada con implacable celo hasta que el joven consiguió refugiarse en territorio neutral.

Entonces se dejó caer de golpe sobre el banco, junto a Irene, cuyas manos salieron del fresco interior de la maleta; Irene movió lentamente la cabeza como la caseta emperchada de una grúa y fijó su mirada en el rostro de su madre a la altura de la base de su frente comba.

-Buenos días -dijo, casi perezosamente, poniendo un pequeño signo de interrogación, como una tijera, en el banco, entre ambas.

Y María Sandström se acercó un poco más, hasta casi apretarse contra Irene en el alféizar de la ventana con su gran sombra, e Irene palideció lentamente como una anémona, tratando de apartar su mirada de la frente de la otra, pero estaba pegada a ella y no consiguió despegarse. Y María Sandström inclinó pesadamente su hinchado torso, su rostro, amarillento y de líneas deformes, se inclinó sigilosamente sobre Irene, y abrió la boca para hablar, y un pequeño hálito de mal aliento penetró en la nariz de Irene, donde se hinchó. Algo supurante comenzó a burbujearle en el cuello, y se dejó caer contra el respaldo en una especie de niebla de indefensión, sintiendo sin cesar que los ojos interrogantes del joven le mordían la piel. Es preciso que él no sepa esto, pensó, y se redujo a una honda concentración, es preciso que no sepa que ella es mía, sí, eso, mía.

Y se sintió llena de vergüenza, una vergüenza intensa y ardiente, y fue doble la vergüenza cuyo filo se volvió contra él y al tiempo contra su madre. Es preciso que él no sepa esto, martilleaba de nuevo en su mente, al tiempo que afilaba el puñal de la resistencia y se lo hincaba entre los dientes. Y así, cuando María Sandström abrió la boca y las palabras salieron de ella precipitadamente entre nubes

venenosas de aliento, ella se sintió abrumada por el asco y estimulada a resistir, ansiosa de contraatacar en la misma medida. Su mirada se deslizó hacia los ojos de su madre, y había en ella muda, punzante insolencia, y se dijo: No tengo nada de qué avergonzarme, no he hecho nada, no ha pasado nada, si era esto lo que temías. Así era como pensaba y se sentía atrevida porque sabía que era la verdad, de forma que dejó a un lado la vergüenza, la semivergüenza, que era algo más que resistencia, que era odio, se sentó en el banco junto a la mitad de la vergüenza que todavía le quedaba.

Es preciso que se vaya de aquí, pensó, candente, el puñal se le encabritaba entre los dientes y el odio sereno se le infiltraba en todas las junturas, y cuanto mejor recordaba cómo había sido antes su vida tanto más ardía en su interior y tanto más odiaba, porque se avergonzaba de él y porque le daba asco y porque sabía, sabía con claridad transparente, que no había pasado nada, que ella era inocente y no tenía nada que oponer a Bill y a Wera. Y los celos surgieron del boquete del saco del olvido y se hincaron en ella, y se sintió desnuda ante sí misma, y mientras las palabras de su madre disparaban por la estancia como duras balas, se incrustaban y relucían en ventanas y bancos, dejó que todos los sentimientos que la ahogaban se ocuparan de ella y la condujeran al levísimo límite donde los amenos prados del buen sentido y la meditación se diluyen en el pantano de los sentimientos, y al pasar ese límite experimentó esa leve sensación de triunfo enloquecido y pensó: Me da todo igual. Y le daba igual saber que la vieja aquella era su madre y que las duras balas de palabras charloteaban y decían que acababa de llegar de casa, que ella no se comportaba como la gente normal, que tenía que comer algo y que debía darle vergüenza. No, a ella le tenía completamente sin cuidado lo que se decía, sólo le preocupaba quién era la que lo decía, y entonces dejó el límite a sus espaldas, muy lejos, y se sintió ardientemente fresca y libre y supo de pronto cómo había que hacerlo. Y cuando el joven, torpona y tímidamente, se deslizó del banco como una serpiente y se metió en el retrete, ella se dijo que ahora era cuando tenía que hacerlo.

Se levantó despacio y midiendo cada movimiento como un tigre antes de dar el salto, manteniendo todo el tiempo la mirada fija en su madre, y cuando estuvo ante ella, larga y calmosamente, con las manos en los bolsillos del abrigo, vio su madre por primera vez la insalvable distancia que había entre las dos, y las palabras comenzaron a caer en menos gotas y, finalmente, cayó el silencio del techo y lo único que se oía eran las protestas monótonas de las junturas de la vía del tren. Y entonces lanzó Irene el pie hacia adelante y se levantó con todo su peso sobre él, se llevó las manos a los costados y dijo con toda claridad y sin nerviosismo alguno:

iAhora te vas!

- Sí, me voy -dijo María Sandström, levantándose de su asiento con un ligero y maloliente jadeo-, mi propia hija me dice que nos tenemos que ir. Bueno, pues nada.

Y las manos de la vieja se levantaron hacia el cuello de Irene, pero se detuvieron en las solapas del abrigo, se cogieron a ellas y las apretaron, y escupió, como un rayo de vapor irritado:

- De esto te vas a arrepentir de verdad, chica, sí que te vas a arrepentir, di que te lo digo yo, so zorra.

Y la apartó de sí de un empellón, hasta el punto de que casi la hizo caer, y se volvió pesadamente y fue, silenciosa y arrastrando los pies, camino de la puerta.

Pero en la apertura misma de la puerta, cuando el ruido del tren llegó impetuoso contra ella, sintió de pronto que la cogían fuertemente por el brazo un poco por encima del codo, y entonces dio media vuelta y vio ante sí un enemigo que tenía fijos en ella los ojos llenos de amarga ira. Y solamente entonces se sintió un poco asustada, y dijo, en voz baja y llena de súplica:

- ¡Hija! -pero nadie la escuchaba, e Irene se la llevó al andén y cerró la puerta a sus espaldas, y su rostro estaba rojo de calor y su voz era estridente y acalorada como de un animal perseguido.

- ¿Qué es lo que dijiste que soy? -dijo, sin soltarle el brazo-, a ver, ¿qué es lo que dijiste que soy?

El tren pasó por medio de un montículo y a la derecha se levantaban altos montones de arena amarilla. Luego llegó el bosque y el sol relucía entre los troncos. Irene miró entre los árboles con ojos vacíos sobre el hombro de su madre y apretó más la mano en torno a su brazo sin que ella pareciera notarlo, y de pronto el sol le dio de golpe en los ojos de tal manera que tuvo que entrecerrarlos. Pasaron por un claro con algunos árboles y oyó relinchar a un fuerte y grande caballo negro que corría y pastaba por allí, y le vio lanzarse en pos del tren, y miró a la valla que costeaba el camino, porque el caballo galopaba a lo largo de ella, y luego, cuando comenzó a perder velocidad, fijó la mirada en torno a sí y vio algo que le hizo temblar en su interior. Y bajó la vista y miró a su madre e inmediatamente supo que nada de esto habría ocurrido de no ser por la boca, por la boca de madre; la había visto desagradablemente cerca, a bocajarro, y ahora la iba a recordar desnuda -la piel que parecía goma en torno al boquete desdentado, la tenue cinta de caucho de los labios, la lengua como de jalea que le colgaba del boquete-, desnuda también la palabra, la palabra que hubiera debido servir de respuesta, saliendo como a empellones de la lengua viscosa.

Y cuando lo oyó fue como si la levantasen en una balanza, y sus manos se alargaron y sus piernas y sus pies chocaron fuerte contra los de su madre, de modo que su madre tuvo que dar unos cuantos pasos hacia atrás, hacia la portezuela y cuando le echó las manos a la espalda para que su cuerpo no cayese contra el hierro de la portezuela resultó que no había allí portezuela alguna, y tuvo que volver la cabeza y la parte superior del cuerpo llena de sorprendido terror, alargando los brazos como quien se zambulle en el agua, lanzándose contra el guijo del terraplén. Y sus pies y sus piernas, que, durante un breve instante, se asieron reciamente al andén, se volvieron pesada, sorprendidamente, hacia la misma dirección que el torso, y mientras, poco a poco, el cuerpo entero se hundía en el terraplén, los pies se rezagaban tercamente en el peldaño, hasta que, finalmente, fueron rechazados por el tren, que se ladeó para emprender una curva.

Y el tren se lanzó ahora por una llanura, y un joven que iba por allí con una hoz y tiraba de un reno, arrojó de sí la hoz y le hizo a ella una señal con el pañuelo de colores. Y ella le vio y vio toda la llanura cubierta de exuberantes trechos de tréboles y vacas indolentes y un chalecito rojo con reluciente mirador de cristal y chimenea rota, y todo esto lo vio con ojos vacíos, muertos, y de pronto notó que se sentía mal, y abrió convulsivamente la puerta y entró con piernas vacilantes y débiles. El joven estaba sentado de espaldas a

ella y no miró por encima del hombro al oírla entrar, y esto ella se lo agradeció. Abrió de golpe la puerta del retrete y empujó el cerrojo con dedos temblorosos. Luego dejó correr el agua en el lavabo y cogió un pañuelo, lo lavó y se frotó con él el rostro calenturiento. Y enseguida se sintió un poco más fresca y también más refrescada de humor, y trató de verse en el espejo, y se dijo a sí misma, lenta y persuasivamente: Ten serenidad, no te alteres, no pierdas los nervios, y sintió que la invadía una especie de serenidad apática, producto de la indiferencia, y sacó la polvera del bolsillo y se frotó bien los trozos de piel brillante del rostro, amortiguándoles el brillo.

Y al guardar la polvera en el bolsillo notó con los dedos el pedazo de papel donde él le había dejado escritas sus instrucciones: crujía en la maleta, y entonces lo sacó y leyó qué autobús tenía que tomar en qué estación, dónde tenía que bajarse, dónde estaba el chalet y dónde estaba todo en su interior. Y lo leyó con un interés pesado, lento, indolente, y miró el reloj y vio que ya pronto iban a llegar, y entonces salió y cogió la maleta y se asomó a la plataforma, y todo el tiempo estaba preguntándose si no estaría soñando. Y llegó el revisor y marcó su billete y tiró de la portezuela y ella seguía preguntándose si no sería que estaba soñando, y cuando frenó el tren y ella se bajó, seguía pensando todo el tiempo si no estaría soñando. Pero cuando pasó a lo largo del vagón hasta ver el rostro rechoncho de Agda Morin

mirándola fijamente a través del cristal sucio, se dio perfecta cuenta que no había soñado, y todo el tiempo, yendo camino de la salida, sentía las miradas de Agda como rayos X contra su espalda, y trató de andar con firmeza, bien firme, aunque ahora sabía que no había estado soñando, y cuando cruzó la sala de espera con sonoro taconeo y la mirada dejó la espalda, comenzó de hincársele en a pensar, intensamente y con terco frenesí, en otras cosas. Y todo el tiempo, yendo por el camino ardiente de calor hacia la parada donde el autobús esperaba tosiendo en la plaza con el morro humeante, pensó en otra cosa. Mientras caminaba pensaba en otra cosa, y todo el tiempo se repetía a sí misma en sus pensamientos lo que tenía que hacer, exactamente como un buzo que se zambulle y se hunde hacia el fondo.

Se oía un débil zumbido en la estancia. El aire susurraba suave y fresco entre los árboles. Una mosca se ahogaba en un jarrón. Un moscón zumbaba sobre una jarrita de crema. El reloj de pared rechinaba roncamente y marcaba las dos y media. El sol se filtraba entre los arbustos de lilas. La ventana estaba abierta y su pestillo chirriaba. En la mesa de la cocina había un montón de tazas y una torre de platos limpios. En un plato había un bizcochuelo cortado en pedazos. La cafetera silbaba sobre el fogón.

Él se levantó y dio unos pasos tanteantes hacia la puerta cerrada, luego se adelantó con decisión y se situó junto al marco de la puerta. Las voces susurraban allí dentro, casi como un débil zumbido. Y aunque trataba de aguzar el oído a través de la rendija de la puerta, sólo un susurro flotaba hacia él, por más que, a veces, se aguzase hasta convertírsele en un ariete de sonido contra la oreja. Al cabo de un momento se retiró sigilosamente de allí. Crujía el suelo bajo la estera de corcho, y esto, en el relativo silencio, resonaba como una detonación de máuser. Pero a ninguno le alcanzaban los tiros allá afuera. Se echó, tranquilamente,

en el sofá y se puso a mirar el techo, que se ondulaba en suaves curvas.

Seguía con las miradas las grietas del papel del techo y trató de sacar una sonrisa a sus labios. Debía sonreír, quería sonreír, pared por medio del peligro. Y la sonrisa revoloteaba con llama indecisa, mientras él se estiraba todo lo largo que le permitía el extremo del sofá: No tengo miedo. Lo que se dice nada. Hale, que vengan si quieren. Pero, a pesar de todo, sentía que temblaba en su interior, y el miedo se le derramaba en perlas negras.

Ahora era como si las voces allá fuera bajaran y se dirigieran hacia la puerta de la cocina. Trató de acomodarse bien y estar sereno y fresco y estirarse y convencerse a sí mismo de que todo aquello no eran más que imaginaciones suyas, de que Wera se encargaría de mantener al otro alejado. Pero, por si acaso, acabó incorporándose y midió con los ojos la distancia que había entre él y la ventana. Ahora reinaba de nuevo el silencio afuera, y él dio por supuesto que Wera se las había arreglado para convencer a Åke, el encargado de la tienda de Larsson, donde se vendía de todo, de que la vieja Blomgren estaba dormida, roncando a todo roncar, en el sofá de la cocina, y que había dicho que no se la molestase por ningún motivo. Era a él, en realidad, a quien se le había ocurrido esto, porque cuando Wera estaba sentada en su rodilla, abrochándose la blusa, había entrado alguien en el

café llamándola a gritos. Y entonces los dos se dieron cuenta al tiempo de que el recién llegado era Åke.

- Haz como si nada -le dijo él-, arréglatelas para que el sujeto ése no entre aquí. Que se vaya. Dile que es la vieja Blomgren la que está aquí, o dile lo que se te ocurra.
- Ya -dijo Wera-, lo que te pasa a ti es que tienes miedo, muchachito. Tú, que eres tan fuerte -le dijo, tirándole de la oreja-, casi tan fuerte como el mismo Åke.

Y entonces Åke volvió a gritar y los dos le oyeron golpear contra el mostrador como un pájaro carpintero impaciente.

- Hale, vete -susurró él, un poco amenazador y, al tiempo, urgente.

Ella, entonces, le había echado una mirada, terminándose de abrochar la blusa en el cuello, exactamente como si hubiera podido ver en su interior.

- Estás ronco -le dijo.

Un poco demasiado alto, pensó él, y se sacó del bolsillo las manos sudorosas, diciéndose que aquella situación no era nueva para él, un enemigo que se iba, un enemigo derrotado que se levantaba y salía de los dolores de la derrota después de haber sabido por primera vez lo que es la lucha. Miró los músculos voluntariosos del rostro de ella, que ahora se volvían a tensar, como se tensa un tiragomas, después de la

laxitud impuesta por el calor. Y él sabía que únicamente el miedo a ser descubierta induciría a aquel enemigo que ahora se iba a no traicionarle.

Y el miedo continuó goteando, y él seguía echado, escuchándolo de la misma manera que escucha uno por la noche, en el mayor silencio, un grifo de agua que gotea. Pero, naturalmente, él no tenía valor para levantarse e ir a cerrarlo. Pensó en lo cómoda que era una bonita cobardía camuflada en un momento como aquél: No son más que imaginaciones eso del goteo, sí, era por cobardía por lo que él no iba más allá de lo que suele ser normal en casos como aquél. Y pensaba: Es evidente que en esta casa no hay cañerías.

Ahora sí que se movía alguien fuera, alguien que daba patadas a una silla, alguien que movía de sitio una mesa, alguien que tosía, alguien que dejaba caer una moneda. Y él seguía echado, completamente silencioso, pero tenso de miedo, el miedo se había apoderado de las funciones de su voluntad, se había nombrado a sí mismo jefe supremo de todas las fuerzas de resistencia. El miedo estaba allí, espoleando todas sus reacciones con su bastón de mariscal. Tanto más rápidamente se piensa en un momento de miedo, de modo que cuando vio moverse el picaporte ya estaba en pie junto a la ventana y tenía un pie sobre la mesa y el otro en camino, pero de tal manera se precipitaron las cosas en el

último momento que fue como si el miedo hubiera perdido el compás.

-¡Para, diablo! -gritó alguien.

Y esto paralizó su miedo, y él se quedó quieto sobre la mesa, como la Estatua de la Fuga inmovilizada en pleno movimiento. Y mientras él todavía era una estatua, la chica que estaba detrás de Åke pensó: Ahora sí que se le ha cargado, Åke le va a dar para el pelo.

Ella creía pensar así porque le veía con los zapatones sucios de soldado plantificados sobre la mesa («¿Qué va a decir la vieja?»), o se convenció a sí misma de que era eso lo que estaba pensando, pero en el fondo era su integridad ultrajada lo que quería vengar. La voluptuosidad de sentirse vencida la había abandonado ahora que veía que el vencedor era más cobarde que ella, indigno de haberla vencido. Se sentía a sí misma como un gran matón que, dominado por una cobardía momentánea, se había dejado tumbar por un barbilindo para quien luchar no era otra cosa que una forma de cobardía.

-¡Bájate de la mesa, so bribonazo! -gritó Åke.

Åke gritaba chillonamente, porque sabía que estaba perdido si se le oía más que a los otros. Se quitó la gorra con un ademán violento y retóricamente heroico y la tiró al sofá con el aire de no saber que había un sofá allí. Estas cosas impresionaban. En la tienda se había acostumbrado a causar impresión y le salía de manera automática. Luego, saltando sobre sus suelas de goma, dio unos pasos a un lado.

-Cierra la puerta -le dijo, por encima del hombro, a Wera, mirándola apenas con un cierto brillo de broma en los ojos.

Este gesto lo había ensayado cuidadosamente con el chico de los recados. Wera asintió, animándole, y el compartimento de su yo que se ocupaba de causar impresión en torno a sí dio también orden a sus dedos de que le desabrocharan la chaqueta; después de todo, una chaqueta negligentemente tirada al suelo completa la actitud heroica.

Comenzó a quitársela, trató de salir de ella como sin esfuerzo, como se escabulle una anguila de la mano que oprimirla. Se concentró intenta por un momento completamente en llevar a la perfección este ademán, y hasta tal punto se sumió en esta tarea que llegó incluso a olvidarse de lo que estaba haciendo. En este instante vio Bill su oportunidad o, mejor dicho, la vio su miedo, que ahora había vuelto a la vida, porque ahora era la fuga lo que requería valor; sus ojos observaban con atención todos los movimientos de su enemigo, y le dijeron con exactitud de cronómetro cuándo tenía que saltar. Se había tensado ya entero para el salto sin que su pensamiento lo supiera, y con una oscura sorpresa mezclada de terror vio el rostro de su

enemigo, como una reluciente manzana color rojo claro, abalanzarse contra él como el morro de una locomotora. El temor dirigió la cabeza de Bill como un tenedor, la bajó y se tiró, cerrado, contra el estómago de su enemigo. La hebilla del cinturón le desgarró la frente y un eco tardío de la mesa volcada que él había roto al saltar le atravesó entero sin quedarse en su interior. En varias etapas y a intervalos temporales claramente marcados llegó a él el ruido resonante, frágil, de tazas de café que se hacen añicos, el estrépito sordo de platos al despedazarse, mientras el ariete caía por tierra junto con el muro que había echado abajo, y la mesa, rematando el estruendo, se derrumbaba pesadamente sobre toda aquella ruina.

Su enemigo se retorcía debajo de él como un gusano, lleno de dolor y de ira. Pero el miedo daba a sus manos tal fuerza que el cuerpo que tenía debajo acabó vaciándose de toda fuerza de resistencia y quedándose quieto. Solamente los brazos, cogidos en la chaqueta, que sólo a medias había podido quitarse, se agitaban como peces en la red, y sus labios se abrían tan de par en par en torno a los dientes blanco hueso que parecían cogidos en un marco rectangular de madera. Bill levantó deliberadamente las rodillas y las apretó, implacable, como punzones, contra la ingle de su enemigo. Vio cómo chillaba algo dentro del otro del dolor que esto le causaba, pero el grito se le quedó quieto detrás de la lengua, que estaba alerta dentro de la boca. Entonces

Bill se apoyó bien en el suelo con ambas manos, levantó las piernas y dejó que todo el peso de su cuerpo gravitara sobre sus rodillas, para ver si así conseguía que el otro soltara el grito contenido. Vio que la lengua parecía luchar más y más por salir, se estiraba como un cuello.

Ahora, pensó Bill, ahora grita y se rinde. Pero en aquel mismo momento resonó algo en su cabeza, que se le llenó de un gran dolor sordo, y, entre redobles de tambor, sintió que algo salía líquidamente de su nuca. Sangre, gritó algo dentro de él, y olvidó la llave con que tenía sujeto a su enemigo y trató de levantarse con ambas manos cogidas a la nunca. Seguía zumbándole la cabeza, pero el golpe ahora parecía menos denso. Se levantó y trató de ponerse firme bajo el peso de sus manos. Lo consiguió, aunque tenía la lejana sensación de que se le estaba hinchando la nuca como un balón de plomo que trataba de volcarle entero con su peso.

Pero entonces llegó un grito cortante que le agujereó la vejiga y se sintió súbitamente casi lúcido. Sacó las manos de su escondite y se las quedó mirando como si acabasen de nacer. Estaban húmedas en las palmas como piedras resbaladizas. Estoy soñando, pensó, esto no puede ser sangre. Lanzó sobre ellas a los sabuesos de su olfato. Era café, un tenue, descolorido aroma que se adhiere al mármol

húmedo de las mesas. Demonios, pensó, no era más que café.

Y entonces llegó el eco del grito. Se volvió lenta y torponamente, y tanto tiempo pensó que tenía que haber pasado desde que se había vuelto de plomo que le sorprendió ver que le era posible reconocer la habitación. El rollo de película tenía que haberse desenganchado y ahora giraba vacío en la bobina.

-¿Qué pasa? -dijo, en pleno silencio.

Wera estaba en pie junto a la pared y tenía en la mano el asa de una cafetera. Todavía caían gotas de ella. Åke estaba apoyado contra el extremo de la cama y trataba de deshacerse de la chaqueta. Y la película volvió a girar de nuevo.

Åke saltó sobre él como quien arranca en una carrera de cien metros. No gritaste, demonio, pensó Bill perezosa, torponamente, y se dio cuenta de que ésa era la razón de que ahora Åke cayese sobre él tan rápido. El grito vibraba en todo el rostro de Åke, hasta en las orejas, que le temblaban como grandes hojas de flores, y en los ojos, que casi le reventaban de no haber gritado. Y en el golpe que le llevó a Bill desde abajo contra la barbilla, traidor como un torpedo, que le penetró cortante como una aguja y recto como un clavo, y duro y fuerte cabeza adentro. Se te da bien, pensó,

se te da bien, y eructó como después de tragar un aguardiente inesperadamente fuerte. Pero no se derrumbó, aunque lo deseó. Se puso a defenderse, pero no porque sintiese ganas de lucha, sino por causa de algún efímero principio. Igual se habría puesto a pegarse en un sótano o en una habitación oscura o con los ojos vendados. Åke era un caballero.

- Ten la bondad -dijo, con los puños cerrados, al tiempo que le soltaba los golpes más torpes.

Se quería hacer el boxeador con estilo, y soltaba y paraba puñetazos, y ganchos y directos con la derecha. El perfecto tendero, enfrentándose con nobles *uppercuts*.

De pronto Bill dejó por completo de pelear. Dejó caer ambos brazos, sin más, contra sus costados, como un par de alas a las que el viento ha dejado sin plumas ni fuerza ascensional. Åke estaba tan metido en su papel que pensó: El cliente está cansado. Vaya, ahora quiere terminar. Tiene bastante. Pero estaba airado, se sentía ofendido como un vendedor que creía tener al comprador cogido en sus redes y, en el último momento, le ve escabullírsele entre torbellinos. Se oyó el cántico del fuselaje de un coche que pasó zumbando ante ellos, pero no fue más que el prólogo de un largo capítulo de silencio.

- Ya puedes tirar la cafetera ésa -dijo Bill finalmente-, ya puedes tirarla con el resto de la chatarra.

Dio unos pasos hacia adelante y levantó la mesa en vilo y dio una patada a la porcelana despedazada. Luego miró a Wera y trató de sonreír a pesar de que tenía como un clavo hincado en la barbilla que le atravesaba la papada y le llegaba hasta la nariz.

- ¿Es que no me has oído que te dije que hicieras el favor de tirar la cafetera ésa?

Y, sin más, le dio una patada a Wera en la mano, con lo que lo único que le quedó a ésta colgando del dedo índice fue un asa de porcelana.

- Ah, vaya, también esto -dijo ella-, no te vayas a meter ahora también con los cacharros, so cobardón, so barbilindo.
- Mírame -dijo él, sereno, moviendo el talón contra los fragmentos de loza. Tenía los zapatos salpicados de blanco-, ahora puedes abrir tu propio taller de loza. ¿A quién diablos piensas que le tengo yo miedo?

Åke se acercó como en zigzag, iba como un gorrión y sus ojos se fijaban en las huellas. Por qué no me peleo, pensaba, ahora sí que podía darle para el pelo al tipo éste. Pero, en lugar de hacer esto, sus piernas se acercaron al sofá, sus manos asieron la chaqueta y ayudaron a brazos y espalda a

endosársela. Todo esto puede muy bien prescindir de mí, se dijo.

¿Por qué no le das para el pelo?, preguntó alguien. Y se oyó una risotada. Bueno, tú, espera un poco. Le hacía falta una cuchara para sacarse la respuesta. Estaba en el fondo mismo de la gran caldera. Sí, muy honda estaba, le hacía falta una cuchara bien grande. Tenía que hacerse un mango bien largo.

- Bueno, a lo mejor coges miedo ahora -dijo Wera, acercándose a la ventana.

El viento traía aroma de lilas y el silencio era completo, pero ya empezaba a oírse el raspar de llantas de bicicleta contra el camino.

- Bueno, ¿y qué? -dijo Bill, mientras ella cerraba la ventana.
- Imagínate si coges miedo -dijo ella-, pues tendrías que saltar por la ventana. Y a lo mejor entonces te rompes las piernas.

Cogió súbito miedo y se volvió más rápidamente de lo que le habría parecido posible, pero ya era demasiado tarde, los cuatro llevaban bayoneta, y se iba a pinchar si se le ocurría tratar de salir por la puerta. Dio unos pasos hacia atrás, aunque sabía que la ventana estaba cerrada.

- Les llamaste, so demonio -le dijo a ella, en voz baja y sin volverse.

Las bayonetas le apuntaban por todas partes y el sargento se adelantó y dijo con toda solemnidad, como si estuviera hablando desde un balcón:

- Por causa de la ausencia del jefe de la compañía se aplaza el interrogatorio del detenido hasta mañana.

Y luego, bajándose del balcón:

- Los que estén mezclados en este asunto deberán comunicar con la administración de la compañía mañana por la mañana. ¡Adelante, maaaaaarch...!

Wera abrió la ventana y dejo entrar el grito de un pájaro estival. Entró en la estancia una cuña de angosto dolor. El pesado peso de los pies de la patrulla moría en la oreja. El pájaro fue bajando de rama en rama por el polvoriento arbusto de lilas. ¿No quieres llorar conmigo?, pensó ella, diciéndose que el verano yacía muerto bajo las hojas requemadas de las lilas.

Ahora ella está sola. Hace un instante se bajó del autobús en el desolado cruce de asfalto ardiente y gris de polvo. Sobre un círculo rodeado de guardacantones hay un poste de señales. Alto y severo como un faro o como una gran cruz con cuatro brazos, se levanta sobre el paisaje plano al que los caminos negros y derechos como plomadas dan aspecto de torta cortada en cuarterones. Ella está un momento completamente inmóvil y ve que un rostro con ojos sobrenaturalmente grandes la está mirando desde la última ventanilla del autobús. El autobús arranca, traqueteando, por la llanura y va volviéndose más y más pequeño hasta que desaparece, con su pequeño furgón rebotando alegremente, detrás de las colinas bajas, casi imperceptibles, que se desparraman por la llanura hacia el oeste.

Pero los ojos se vuelven más y más grandes. Es como si se saliesen del pálido rostro y colgasen de hilos invisibles bajo alguna de las farolas muertas que se ciernen sobre la carretera y allí se inflasen como balones. Ella se pasa la mano húmeda por los ojos, y cuando vuelve a levantar la vista ve que la cruz sigue allí con sus cuatro brazos

amenazadores y se le queda como grabada a fuego en la retina. Le da la impresión de estar sola en toda la tremenda llanura, sin otra cosa que negros caminos y grises hórreos planos que parecen asustados de ser vistos por ojos extraños. Y ella, aterrada, baja la mirada de los brazos de la cruz y es entonces -cuando descubre el círculo crecido de hierba, pero ahora cuidadosamente recortado por el sol punzante y el viento ardiente.

Hierba quemada, piensa ella, angustiada, ¿dónde la vi? Y no necesita hacer un gran esfuerzo para recordar. La pendiente abrupta del terraplén con su estera rala y chamuscada de lastimosa hierba parda pasa de nuevo, incierta y temblorosa, ante sus ojos; aunque los cierra, no quiere ver nada.

Allí fue, piensa, llena de espanto. Y entonces, sale corriendo, llena de pánico, bajando por uno de los caminos negros que a distancia parecen gruesas cintas aislantes que algún gigante se ha divertido en extender por el paisaje. Corre a la derecha por la parte de la carretera donde el asfalto linda con el bordillo de guijo, y se le meten piedras en los zapatos, y no se le salen y le hacen daño en los talones. Pero, así y todo, sigue corriendo, como si se tratase, nada menos, que de devanar la cinta negra entera.

Finalmente llega un momento en que no puede más. Casi se cae de bruces de exhausta que está y tiene que sentarse un rato al borde de la carretera. Es empinada y la cuneta ha sido excavada hace poquísimo tiempo, tan poco que todavía crecen en ella gruesas malas hierbas. Se sienta cuidadosamente en una piedra y se quita los zapatos y se los vacía de grijo. Esto lo hace minuciosa y reflexivamente, como si fuera algo sumamente importante. Luego estira las piernas sobre el arroyo y deja que las plantas de los pies le cosquilleen contra las hojas verdes a través de las finas medias. El sol le da ahora de plano en el rostro y no le queda más remedio que estornudar.

- ¡Atchís! -dice, alta, alegremente, y así se rompe el silencio que tanto pesaba sobre la llanura.

Levanta la vista de la tierra plana y ya no encuentra el paisaje tan aterrador porque se siente a la misma altura que la superficie de la tierra. Se pone serenamente los zapatos y se sale de la cuneta y pasa por debajo de la alambrada, que cuelga suelta. Se ve de nuevo en la vasta llanura de hierba parda que comienza ya a adquirir un leve tono rojizo. Atraídos por el rocío algunos tímidos tallos verdes de hierba han comenzado a asomar entre los penachos de césped requemado. Ella se inclina sobre la tierra como se inclinaría sobre un niño y coge uno de estos tallos verdes que apenas surgen de la dura tierra, que es como una costra. Se lleva el tallo a la boca y continúa su camino por la pendiente herbosa.

Todavía no se han llevado el heno, aun cuando ya debiera haberse secado bajo las alas de las segadoras mecánicas. Todavía está hacinado en planos almiares juntados que parecen tortas mal fermentadas. A distancia se diría que son tumores que le han salido a la tierra. Ella se deja caer despacio entre el heno, que está tan seco que casi se rompe como ramas resecas.

Se echa de espaldas y mira con ojos entrecerrados las nubes de verano que ruedan por el cielo. Entre las nubes se ve el cielo tan implacablemente azul y su profundidad es tan infinita que casi se marea, y la sensación de liberación ante la posibilidad de desaparecer allá lejos es tal que casi le duele.

¿Qué es, a fin de cuentas, lo que ha pasado?, piensa, con la mirada fija en el azul, pero no hay nada que pueda responder a su pregunta. Entonces cierra serenamente los ojos y sabe que si se deja tragar por el azul nunca podrá ocurrirle nada. Pero en su interior sabe también que esta esperanza es, ciertamente, engañosa. Sólo el cobarde que baila en la cuerda floja se cree salvado solamente porque ha cerrado los ojos. Y es que en su interior le corroen los dientes puntiagudos de un animal al que ella tiene encerrado en una cajita; pero comienza ya a asomar el colmillo a través del quebradizo envoltorio. Ella entonces se guarda apresuradamente la cajita en una caja de cartón, y

ésta, a su vez, en otra mayor, y así sucesivamente, en cajas más y más grandes, y cada vez siente la misma alegría infantil y la misma insinuación de abismo que cuando le pasa rozando el terror.

Finalmente tiene que levantarse del almiar porque su provisión de cajas de cartón más y más grandes amenaza agotársele. Se cepilla bien las briznas de heno que se le pegan a la ropa y se saca del maletín un espejo, pero el animalito ya se ha vuelto a salir y ella tiene que volver a encerrarlo, aunque sin atreverse a mirarlo. En su lugar lo que hace es levantar la vista y mirar las nubes, que ahora tienen bordes negros dentados y se dirigen en dirección al sol. Y, de pronto, una de ellas, la más negra y amenazadora de todas, golpea el rostro del sol con el puño cerrado y todo se vuelve tan oscuro que ella piensa que está lloviendo.

Comienza a correr a pasos cortos hacia el camino por la tierra blanca y cedente. Tengo que ponerme bajo cobijo, piensa apresuradamente, sintiendo un gran alivio por haber tomado esta decisión. Pero no necesita correr muchos metros para darse cuenta de que se ha vuelto a dejar engañar. El animal sigue allí, royendo. Ha conseguido abrirse camino con los dientes a través de toda la capa de cajas y cartones y mueve triunfantemente la cola en torno a su espacio vital, más y más amplio. Y no llueve.

Cuando ya casi ha llegado junto a la alambrada descubre que se acerca un ciclista. Va en dirección hacia ella, cruzando la carretera en amplias vueltas como el que tiene mucho tiempo o está demasiado borracho para ir derecho. Una esperanza desesperada la posee y cae de rodillas y se arrastra rápidamente bajo la alambrada. Se resbala por la cuneta y ve entonces que el ciclista es un recadero. Es largo y delgado y lleva un delantal a rayas azules tendido sobre las caderas. Silba estridentemente algo que nunca termina y agita a intervalos iguales los mechones rubios que le caen como una ola sobre la frente. Ya la ha visto y ahora la mira mientras la bicicleta sigue haciendo fijamente sus movimientos circulares a través de la carretera, de manera que a veces se diría que él y la bicicleta van en direcciones distintas. La caja que lleva sujeta, aunque algo suelta, a la trasera de la bicicleta se agita al compás de estos arriesgados altibajos, pero él le da un empujoncito con el pie cada vez que la ve a punto de dar la vuelta. Es la despreocupación disciplinada en persona.

Ella se sube de la cuneta y pone una caja fuerte en torno al animalito, que sigue royendo, a modo de sudario. El ciclista todavía no ha llegado a donde está ella, que se sitúa al borde de la carretera, de espaldas a la cuneta, y espera como si estuviera junto a la parada del autobús. El ciclista se para en pleno silbido como un pájaro disparado en medio de un gorjeo. Pone elegantemente el pie en el asfalto como en un

pedal y frena justo delante de ella. Vuelve el manillar de la bicicleta apuntando hacia su cuerpo de modo que la bicicleta entera parece mirarla como un toro con los cuernos listos.

Pero entonces ella levanta los ojos y le mira y le ve tan distinto de como había pensado que se queda un poco sorprendida. Es posible que incluso me haya sonrojado, piensa inmediatamente. El chico es muy joven y si parece alto es porque tiene muy bajo el sillín de la bicicleta. Es mucho más joven que yo, se le ocurre pensar.

El chico le dice «hola» y la mira entrecerrando los ojos, a pesar de que está a la sombra de ella. Luego se pone a buscar precipitadamente en los bolsillos para ver si encuentra cigarrillos y cerillas, de esta manera disimula su confusión y el sonrojo que se le esparce por el rostro delgado como zumo de frambuesa en paño. Primero se busca en todos los bolsillos imaginables que puedan tener el delantal y la chaqueta, y así va ganando tiempo. Dios santo, pero qué guapo se pone cuando se ruboriza, piensa ella en una jerga forzadísima, y siente un escozor en los dedos de ganas que le entran de acariciarle la pelambre que le cae sobre la frente, impidiéndole ver con uno de los ojos. Comparte su confusión como una madre comprensiva. Y sin necesidad de carraspear antes, le dice:

- Lo único que quería preguntarle es si sabe dónde cae el camino de Maj.

El otro acaba encontrando un cigarrillo muy estropeado en el bolsillo izquierdo del pantalón. Si ha tardado tanto tiempo en dar con él es precisamente porque sabía que lo tenía justo allí, razón por la cual se había dejado ese bolsillo para el final de la búsqueda. También acaba encontrando una caja de cerillas muy magullada y trata de componerse el rostro en una mueca de mala intención que no deja por eso de ser una sonrisa, mientras se enciende el cigarrillo en el hueco de la mano.

- El camino de Maj -dice, reflexivo, mientras exhala una bocanada de humo hacia el sol y hace sonar, con la mano desocupada, el timbre enmohecido de la bicicleta, pues el camino de Maj tiene que caer por allá abajo.

Diciendo esto hace un movimiento con la cabeza indicando el lado de la carretera por donde ella ha llegado. Ella mira la carretera de asfalto, que ahora se diría que está pasando sus vacaciones bajo un sol que se levanta de nuevo, repuesto del golpe decisivo que le dio la nube, y comienza a dar calor como antes. Ella mira, un poco distraída, el poste de señales que se levanta en su isla en medio del mar de asfalto. No acaba de comprender que sea tan pequeño, es como un sueño entre entonces y ahora.

- Voy yo en esa dirección -dice el chico con la boca llena de un humo que se le va filtrando entre los dientes-, ¿por qué no vamos juntos?

Se sube de nuevo al sillín y se estira recatadamente el delantal sobre las rodillas. Ella nota entonces que el delantal tiene manchas de sangre oscuras, casi negras, a intervalos tan regulares que casi forman un patrón.

- ¿Por qué no vamos juntos hasta el Camino de Maj? -repite él, casi tercamente, y ella se da cuenta de que lo ha repetido solamente para poder decir la palabra «vamos».

La saborea tanto como le resulta posible sin que pierda su significado, y esto ella lo encuentra conmovedor, y piensa en ello de una manera maternal; ansiosa de complacerle, dice:

- Bueno, pues sí, vamos.

Tiene que correr casi para ir a su ritmo. Es como si él se hubiese percatado de su responsabilidad al poner de nuevo en marcha la bicicleta. Ha adoptado una expresión casi hosca, levantando el labio superior sobre los dientes relucientes exactamente como hacen, los caballos, de manera que se ve que muerde el cigarrillo. Ella lo nota yendo al trote corto a su lado, y casi se siente afectada por tan increíble y tímida torpeza.

Y él entonces baja los ojos y la mira, pero solamente por un corto instante de extrema vacilación. Se saca el cigarrillo de la boca y lo apaga apretando el fuego entre el índice y el pulgar, luego se guarda la colilla en el bolsillo del delantal, y dice, como hablando al aire, como si estuviera hablando a un

micrófono, sin la menor expresión, y con tono agrio, casi hostil:

-Este trabajo mío es de lo que no hay. Tengo que ir por toda la zona con esta condenada caja como un azacán. A veces tengo que ir hasta Erstavik. Ayer, una vieja, maldita sea, llamó de Stuvsta, pidiendo chuletas, justo como si en Stuvsta -no hubiera cerdos. Pero estos recorridos, como mejor se hacen es con calma, entreteniéndose por el camino. Así y todo hay días en que no para uno. Pero ya pronto me va a tocar echar una mano en la matanza, para ponerle la careta al cerdo, y entonces se acabó este trabajo.

Ahora va a paso ligero, y la bicicleta rueda con más ganas, de modo que ella tiene que correr para ir a su ritmo. El chico habla sin parar, como un corneta que tiene que seguir tocando mientras le quede aire en los pulmones, pero esto último lo dijo con tal aire de convicción que ella se da cuenta de que le parece muy importante.

Si sigue hablando así, sin parar, piensa ella ansiosamente y sin aliento, por lo menos no estaré sola, y el animalito está ahora tan encerrado, entre recias paredes, que apenas se oye el eco del morder implacable de sus dientes.

¿La careta? -dice ella, con cierta deliberada vacilación.

Él reacciona inmediatamente, como una troupe de gimnastas que escucha el silbato, y hasta pone el pie en el

pedal, y así frena y le da tiempo de alcanzarle, para que le entienda bien.

- Sí -explica-, es una especie de careta con un agujero que les ponen a los cerdos, bueno, y también a los bueyes y a las vacas.

Tiene la voz tensa y hasta un poco emocionada. Con la mano libre hace ademanes expresivos: se lleva el dedo índice a la frente como si fuese el cañón de un revólver y deja caer la cabeza como una flor para mostrar lo que ocurre cuando se dispara el tiro.

- Pero -dice ella, mirándole con ojos malévolos el rostro tenso, serio-, ¿no le parece siniestro matar animales?
- Bah -dice él, y sigue adelante, un poco más despacio, y más cerca de ella-, ni se dan cuenta. Lo único que hay que hacer es ponerles el asunto en la frente, y ¡zas!, dejan caer la cabeza y se les agitan las patas y parece que tienen un agujero en la frente.

Es como un mal actor que repite una escena de mucho efecto, en la que acaban de aplaudirle.

- Los cerdos no sienten nada, qué diablos, se mueren tan enseguida que ni tiempo tienes de pestañear -dice, con voz alta y cortante de joven idealista-. Casi es peor para el que los mata, que tiene que estar así, en pie derecho, y a lo mejor el cerdo va y le muerde.

Se baja de un salto de la bicicleta para hacerle ver la escena más pormenorizada. Va a su lado, ansioso y rojo y con la pelambre a punto de caérsele sobre la frente. Es algo menor que ella, y ella le puede mirar a través de las orejas al rojo vivo, tan infantilmente abiertas que no puede menos de volverse a sentir conmovida.

Luego hay que descuartizarlos, y eso es lo peor, claro. Coges el cuchillo -vuelve la cara, serio y un poco conmocionado, hacia ella, y se pone el dedo índice bajo la barbilla levantada, y ella entonces le ve el bozo plegarse como hierbecillas de pantano contra el viento suave, y siente un deseo casi irresistible de arrancárselo de raíz-, y se lo hincas en la carne -y se pasa el dedo índice hacia abajo, por la piel tensa del cuello, por el pecho y el estómago, y así, hacia abajo, hasta la ingle-, y le abres así, de arriba abajo. Bueno, claro que esta parte todavía no la he tenido que hacer yo -dice, esforzándose, con éxito, por asumir una actitud de indiferencia, al tiempo que escupe contra la barra de la bicicleta.

Ella se siente como una vieja señora llena de buena voluntad que escucha las cosas que le cuenta un muchachito sobre su día escolar; y le dice, fingiéndose cálidamente interesada, y quizás lo esté de verdad, o debiera estarlo, aunque sólo sea por causa del animal:

- Ah, ya, ¿es que ahora piensa hacerse matarife?

Ya están cerca de la encrucijada, y ella mira el poste de señales con distraído interés: en él se indican Salare y Estocolmo, y Alvsjo y Nynashamn, cada uno de estos lugares en un brazo distinto, y uno de los brazos cuelga malhumoradamente, como cansado de apuntar tanto tiempo en la misma dirección. Y no es que sea muy grande, al contrario, es demasiado poca cosa para estar donde está, cerca de la ciudad, piensa ella, vengativa.

- Bueno, sí, desde luego, pero antes voy a tener que seguir todavía un tiempo de recadero -dice él, volviéndose a montar en la bicicleta, como si se acordase de pronto de su deber.

Ahora viene una pequeña cuesta, y ella tiene que ir al trotecillo para alcanzarle, mientras él le da fuerte a los pedales y se lanza pendiente arriba. El terreno llano, cuadriculado de campos sembrados y pendientes herbosas, va dominando poco a poco a lo largo de un angosto cinturón de prados silvestres, y de otro, algo más ancho, de umbroso y frondoso bosque semejante a la gran floresta norlandesa. Enquistadas en el cinturón boscoso hay cabañas con sus huertas; están medio ocultas, y hacia el límite del bosque de

pinos van transformándose gradualmente en casitas y chalecitos.

Desde la carretera sólo se nota la comarca está habitada por los toscos puentecillos de madera que hay sobre la cuneta alfombrados de arena, y también por los grandes cubos de la basura que están perezosamente apoyados contra algún tronco de árbol. Y ella, sin aliento y con la ropa empapada, llega a la cumbre, mal señalizada, de la cuesta, mientras el muchacho continúa pedaleando un poco delante, con la misma expresión de esfuerzo concentrado y hosco en el rostro que antes de la matanza.

Pero, de pronto, salta sobre el pedal y aprieta el freno, haciéndolo chirriar ligera y malhumoradamente, y se baja de la bicicleta con una ligera sacudida de los pies y los muslos.

-Aquí está el camino de Maj -dice con voz inexpresiva, como buen guía, haciendo al tiempo un ademán de indiferencia con el brazo libre en dirección a un camino angosto, pedregoso, cubierto de plantas ruines y que desaparece por completo detrás de un tupido grupo de abetos. Y entonces ella se siente de pronto muy angustiada, aterrada por el silencio que sigue a estas últimas palabras del muchacho, que le cayeron encima como un saco y ahora le aprietan el cuello. Tiene miedo de asfixiarse, de no tener aire con que hablar antes de ponerse en camino. Los abetos se le caerán encima, la aplastarán bajo sus copas si ahora se queda sola.

El animalito está ya casi libre, y ella oye ya sus dientes que perforan el último obstáculo a su libertad. El muchacho se ha vuelto. a montar en la bicicleta. Está sentado, con las piernas abiertas y los pies firmemente pegados al suelo de la carretera. No da la impresión de estar a punto de ponerse en camino. Sus manos se hurgan nerviosas en los bolsillos, en busca de cigarrillos y cerillas y ella, de pronto, con una violenta alegría que es como una súbita embriaguez, se da cuenta de que lo que le pasa es que está esperando a oírle decírselo. Y las palabras le salen atropelladas, se disputan la salida como la gente que se apretuja en una cola discorde:

- Entiéndame, quizás sepa usted que..., bueno, que tengo que ir al chalet de Tiborg..., sí, eso, de Tiborg..., debe de estar aquí, cerca del camino de Maj..., quizás usted lo conozca..., usted...
- Ah, sí, bueno, el chalet de Borg -dijo él, llevándose, bien apretado entre el índice y el pulgar, un cigarrillo a la boca-, bueno, he hecho algunos recados para ellos, pero suelen salir los sábados. Simpático viejo, suelo jugar al badminton con su chico en la huerta. Por eso, hoy seguro que no están en casa.
- Ah, -dice ella, alegrándose de poder charlar sin necesidad de pensar-, pero compréndame, es que vamos a tener un pequeño festejo allí esta noche, vamos a ser unos

cuantos, y yo voy un poco antes para echar una mano, eso, para asear un poco la casa.

- Ah, si, bueno, entonces es por eso, ahora no hay nadie en la cocina -dice él, y su mano tiembla un poco al levantar la cerilla y encender el cigarrillo.

Pero ella se siente demasiado agitada para notar esto, e inmediatamente, sin dudarlo, le dice:

- ¿No quiere venir conmigo, enseñarme el camino?
- Sí, la verdad es que resulta endiabladamente difícil, por estos recovecos, cuando se viene por aquí por primera vez -se apresura él a decir, volviéndose a bajar de un salto de la bicicleta; va delante de ella por el camino, tirando del manillar-, hay que tirar del trasto éste por toda la comarca -dice de su bicicleta con voz casi acariciadora cuando rebota por el camino pedregoso.

Ella va detrás y se fija en su grácil espalda y en su cuello fino bajo el pelo abundante. El nudo del delantal le cuelga grande y torpón sobre el trasero, que le llena el fondillo de los pantalones azules, descoloridos, remendados, demasiado cortos. Tiene que habérselo anudado él mismo, piensa, sonriendo y sintiéndose de nuevo extrañamente conmovida.

Ahora cruzan la espesa cinta de abetos, donde reinan el silencio y la semioscuridad, y donde relucen por todas partes

latas de conserva vacías, cáscaras de huevos, bolsas rotas. Pero el bosque termina enseguida y el camino se ensancha inesperadamente y la estacada comienza a flanquearlo por ambos lados. Se convierte casi en una verdadera calle, con grueso guijo y alguna que otra gruesa raíz de árbol descarriada que alguien se ha dejado allí de recuerdo. Al otro lado de la estacada, a ambos lados del camino, hay cabañas o comienzos de chalets separados unos de otros por vallas de madera de diversos colores. Sólo del lado del bosque están las parcelas sin valla, quizás para que nadie tenga necesidad de abrir la cancela si tiene prisa por entrar a hacer sus necesidades. Porque, detrás de cada chalet, donde terminan las parcelas y empieza el bosque, se ve, como soldados que desfilan, una línea casi recta de retretes cada uno de los cuales refleja la fantasía del carpintero que lq, construyó. Se diría que los dueños de los chalets se han gastado toda su fortuna en esos pequeños, pero necesarios cobertizos, haciéndolos tan expresivos y dignos como estaba a su alcance.

Ella va junto a él, él sigue tirando de la bicicleta y de vez en cuando ella baja la vista para fijarse en su pequeño rostro tenso y un poco hosco. El cigarrillo sigue los movimientos de la marcha y deja un exiguo hilo de humo azul que sube desde la punta misma. Los labios de él están tensos en torno al cigarrillo, y si dejan que el humo suba es muy contra su voluntad. Ella piensa que esta tensión muchachil es la misma

que observara en él antes, en la carretera, y, para disiparla, le dice de pronto: - Le diré, mi abuelo trabajó una temporada en un matadero, pero no podía con el trabajo. Papá me cuenta que vomitaba cuando veía carne en la mesa.

Los ojos del muchacho relucen de interés, un interés que ella comprende mal, y le oye decir, casi estridentemente:

- Sí, bueno, esas cosas pasan, pero sólo hasta que se acostumbra uno. Y luego, en cuanto uno se acostumbra, todo va a pedir de boca, y se puede vaciar una carcasa de cerdo sin sentir ningún asco. Lo peor, me parece a mí, son algunas cerdas medio salvajes, que tienen muy malas pulgas.

Tiene la bicicleta en equilibrio con una mano y con la otra aferra repentina e inesperadamente la de ella. Es la primera vez que la toca. Ella siente su mano sudorosa apretarse contra sus nudillos, y no tiene más remedio que bajar la vista y fijarse bien para ver si no estará ensangrentada.

- El otro día, por ejemplo -dice él, y su voz se vuelve confusa de lo excitado que está-, pues nada, que a uno de los muchachos le hicieron un desgarrón todo por aquí -diciendo esto, le acaricia los nudillos para mostrarle bien el sitio-, y la condenada cerda le rompió los nudillos como si fueran de cristal -al mismo tiempo se los aprieta de tal manera que ella llega a sentir el mordisco de la cerda.

La suelta y ella se frota discretamente la mano contra la manga. Él cruza el camino y deja la bicicleta contra una valla de estacas verdes con puntas blancas.

-Aquí es donde viven los Borg -dice, señalando con la cabeza de modo que la pelambre se le eriza contra la frente.

Es la última casa del camino de Maj, que termina un poco más allá tan modestamente como empieza, de nuevo entre abetos.

La casa tiene el aspecto de haber sido pensada en un principio para chalet, pero luego, por algún error del contratista de obras, o por falta de dinero o de interés, se vio interrumpida en pleno crecimiento. Tiene un solo piso y un magnífico mirador de cristal, que, por cierto, le va a la casa más o menos como le iría a un foxterrier una capucha de monje.

A ella se le ocurre invitarle a que entre, le parece lógico después de todas las molestias que se ha tomado, y también por causa del animal, al que ahora va a haber que meter en cajas más grandes todavía. Pero él ya se le ha adelantado, y ha entrado en la parcela.

- Vaya, al tonto ése se le olvidó bajar la red del badminton -grita, tan alto que le oirían todos los vecinos, pero da igual, porque no hay una sola alma en todo el camino de Maj.

Ella se busca la llave en el bolso y acaba dando con la que necesita. Abre la puerta del mirador y entran. El aire es sofocante de humo rancio de tabaco tanto tiempo encerrado allí que ha terminado por solidificarse.

- Dejamos la puerta entreabierta -dice ella.

La mesa del mirador está llena de botellines de cerveza vados. Una botella de medio litro sobresale entre las demás. La puerta de la derecha conduce a la cocina, en uno de cuyos rincones hay una cocinilla. Luego, una habitación grande con un sofá-cama hecho sobre el que se ve un gramófono portátil; hay también un gran armario esquinero, una mesa insegura y varias sillas de mimbre. En las paredes, viejas portadas de El Semanario de Todos pegadas con tachuelas. En la otra habitación se ve una chimenea enmohecida, un aparador y un par de sillas. Pegadas a una pared hay dos camas, la más baja de ellas con un colchón esponjado, mientras en la superior está el jergón metálico al descubierto.

Cuando ella vuelve de su visita de inspección ve al muchacho sentado en el banco del mirador con las manos en las rodillas. Dentro de la casa parece todavía más joven, se dice ella, y le da pena verle ahí sentado, mirando tímidamente el bosque de botellines de cerveza vados.

-Aquí ha debido de haber una batalla campal

dice ella animadamente.

No recibe respuesta alguna y se pone a recoger los botellines de la mesa, esperando que él se decida a ayudarla, pero sigue allí sentado, pellizcándose el delantal.

- No sé, la verdad, donde estará la bodega en este tugurio -dice ella a media voz.

Lo sabe muy bien, porque se lo sabe todo de memoria, pero el otro pica y se pone de rodillas y levanta una escotilla.

Aquí abajo -dice, hosco.

Ella, en pie, le mira el cuello estilizado y las orejas rojas, que, desde arriba, parecen casi normales. Lo oye moverse entre los botellines y las latas de conservas que hay allí abajo, y no puede resistir la tentación de tirarle un poco del nudo del delantal.

- La verdad es que aquí hay para un regimiento -dice él, y se pone a subir botellas y latas de conservas y bolsas, una tras otra.
- Aquí ha estado ya otra persona -añade, con la cabeza metida en el agujero, y su voz resuena como en una iglesia.

El bosque de botellas y latas va creciendo en torno al agujero. Hay cantidad de cerveza, un par de botellas de aguardiente, una botella de tipo extranjero en la que pone Whisky, botellas de agua de soda dulce, latas de conserva con toda clase de etiquetas. Pero enseguida se acaban las provisiones, y él entonces baja de nuevo la tapa de la escotilla y comienza a ponerlo todo sobre la mesa después de limpiar su superficie con el delantal. También hay un saco de patatas, y ella dice, con verdadera astucia femenina, a media voz y hablando consigo misma:

-No sé dónde habrá un pozo por aquí.

Él, oyéndola, coge un cubo y sale a buscar agua.

Mientras vuelve, ella encuentra un paño limpio en el armario de la esquina. Lo deja sobre la mesa y abre las latas de conserva, poniéndolas luego en platos. Cuando vuelve el muchacho, hosco y malhumorado, con el agua, se pone ella a lavar las patatas en una palangana, la vacía en una cazuela y enciende la cocinilla. Todas estas ocupaciones imprimen un ritmo ordenado a sus movimientos y levantan patentes barreras al animalito, que ahora tiene un material cada vez mas grueso por roer.

Ella vuelve a salir al mirador. Le ve sentado en el banco, muy ocupado en abrir latas de conservas.

- Esta de aquí es de la empresa -dice él, y su rostro se ilumina de orgullo profesional-, ésta mejor es no abrirla.

Ahora ya no me hace más falta, piensa ella pragmáticamente, sintiéndose muy lejana del pequeño animal, pero quiere mostrar al muchacho su gratitud por haberla acompañado hasta allí, y le dice:

- ¿Le apetecería una copita? (La mesa tendría buen aspecto toda llena de botellas). Ustedes los matarifes beben como cosacos -añade, para hacerle perder la timidez.
- Sí, por supuesto -dice él, y sonríe de oreja a oreja-, me gustaría verla a usted en el matadero un sábado por la tarde. Los muchachos llevan la cerveza y las medias botellas de aguardiente escondidas en las carcasas de los cerdos o en los barriles de sal. Un sábado se llevaron por error a un cerdo muerto donde uno de los muchachos había escondido su media botella de aguardiente y a él por poco le da un ataque cuando se dio cuenta de que el cerdo había desaparecido. ¡A ver quien es el desgraciado que se encuentra con mi media botella en la sopa de guisantes!, se pasó diciendo la semana entera.

Los dos rieron. Los ojos del muchacho relucían, pero ella también interpreta mal esto, piensa que es por el entusiasmo de lo que ha estado contando. Va a coger seis vasos de aguardientes del armario de la cocina y al mismo tiempo coge también seis platos, que dispone en torno a la mesa. Coge una botella de medio litro, se la pone entre las rodillas y va sacando el corcho. Suena muy bien cuando llena

el vaso del muchacho, luego se llena también medio vaso para ella.

-A tu salud -dice, levantando el vaso, aunque sólo prueba un sorbito; así y todo siente la bebida en su interior como paredes de fuego.

Pero el muchacho vacía su vaso casi de un solo golpe. Su rostro se retuerce entero en amarga mueca, pero cuando levanta la vista y la mira sus ojos relucen y están extrañamente frígidos. Como jalea, piensa ella, diciéndose que es por causa de la bebida.

Va a la cocina y coge cuchillos, tenedores y cucharas del armario, y vasos de la pila. Cuando vuelve ve que su vaso también está vacío. Hace como que no se da cuenta y se pone a distribuir cubiertos y vasos.

-Tómate uno más -le dice, al tiempo que le escancia. Echa también un poco en su vaso, pero sin beber nada.

Luego va a la cocina y toca las patatas con un tenedor para ver si ya están hechas; apaga la cocinilla y pone un paño sobre la cazuela para que las patatas sigan calientes cuando lleguen los otros. Saca al mirador unos platillos para poner en ellos las cáscaras de las patatas. Los dos vasos están vacíos. Vuelve a poner el corcho en la botella y pone las demás botellas debajo del banco.

Los ojos del muchacho están ahora más relucientes aún, y ella piensa que tiene que ser la bebida; la pelambre se le ha caído sobre la frente, sombreándole casi los ojos. Ella siente un violento deseo de despejarle suavemente el rostro frígido y esta vez se decide a hacerlo. El está sentado, completamente quieto, y su rostro se vuelve rojo profundo. Tiene que ser la bebida, vuelve a pensar ella, y se siente maternalmente inquieta por haberle descarriado. Pero sigue encontrándole muy atractivo, y le perdona. Va a por unas sillas al cuarto contiguo y las coloca cuidadosamente en torno a la mesa.

Se acuerda luego de las camas sin hacer del cuarto interior y va a hacerlas, llevada por un expansivo deseo de hacer algo. Por el camino piensa en el muchacho y se dice que lo mejor va a ser que se vaya antes de que lleguen los otros. Piensa, con inquietud, que no debiera haberle dejado entrar allí, pero se perdona el haberlo hecho, porque es lo que se dice a sí misma, que no tenía otro remedio. Le acariciaré el pelo y le mandaré a casa, piensa, como una madre que tiene a un chico extraño de visita con sus hijos y ve que está empezando a hacerse tarde.

Y por esto mismo, precisamente por esto, se siente invadida por una honda, indescriptible sorpresa, cuando él, de pronto, se arroja sobre ella y la tumba de espaldas como una silla junto a las camas. En sus ojos hay un destello de animal salvaje, pero no tanto que le asuste al principio. Durante un largo momento se siente muy escandalizada, pero sin llegar a hacerse una idea clara de lo que significa. Al principio no se puede defender, porque lo que le ha ocurrido es tan insólito que ofusca por completo su capacidad de comprensión, pero el pesado cuerpo que gravita sobre el suyo y los vapores del delantal ensangrentado acaban despertando en ella un sentimiento de oposición.

- Apártate, so bestia -le grita, golpeándole con los puños cerrados en el rostro calenturiento, cuyos ojos relucen como luces de neón.

Abre las manos y le coge por el pelo largo y tira y tira. Él, frenético, lucha por conseguir que lo suelte. Lo consigue finalmente y se pone de rodillas, y entonces ella se desase de él y se pone en pie. Siguen luchando, como cachorros, torpona, pesadamente, sin herirse, pero con tosquedad, y él es el que acaba dominando la resistencia de sus uñas y de sus dientes cortantes.

Cae de golpe en el duro suelo. Si, por lo menos, me hubiera echado en la cama, piensa, extrañamente exhausta, extrañamente separada de la realidad, mirándole desabrocharse como si estuviera al otro lado de un escaparate. Y el espectáculo, que ella siempre ha sabido que tenía que ser así, la llena de asco y terror, pero está tan

exhausta por la derrota sufrida que cuando el muchacho se le echa encima lo único que se le ocurre es susurrarle:

Por lo menos guítate el delantal.

Y él entonces se lo arranca, y la cinta se rompe, y lo tira al suelo. Ella está separada, aislada de todo, y tan dispuesta a hundirse que él ni siquiera tiene que hacer el esfuerzo de abrirla de piernas. Con los ojos cerrados y el aliento de él vertiéndosele contra las comisuras de los ojos, y el cuerpo joven y crudo muy apretado contra el suyo, espera lo inevitable. Que ocurra rápidamente y que termine lo antes posible.

Pero no ocurre nada. La presión del cuerpo del hombre es constante, y cuando ella, al cabo de un largo momento de disociarse de toda capacidad de los sentidos, vuelve a mirar y a observar, siente que las manos cálidas y húmedas de él hurgan en sus ropas, y es allí donde está el secreto. Ella entonces abre, lenta e involuntariamente, los ojos y se da cuenta, con una cierta desconcertante sorpresa, de que el rostro joven del muchacho se agita nerviosamente y la brutal relajación sexual de los músculos del rostro ha cedido a una tensión espasmódica. La mirada de él se mueve y apunta en sus ojos la angustia, y ella ve, grotescamente ampliada, una gota de sudor colgarle de la pelambre como rocío en una brizna de hierba.

¿Qué es lo que siente? ¿Compasión acaso? No, ni tampoco debiera ser decepción después de tanta lucha por evitarle, pero, a pesar de todo: súbitamente ve, o siente, la mano de él soltar su cuerpo y tantear impotente en el aire como si se hubiera vuelto ciego de pronto. ¿Estará tratando de acariciarla?, no, tantea hacia adelante, por el suelo, y cuando ella vuelve la cabeza bajo su peso ve que ahora el brazo tantea en torno al pie de la cama que está casi tocándola. Y el brazo ciego se abraza al pie de la cama como si fuera su amante, y entonces, de pronto, sin que pueda impedirlo, o intentarlo siquiera, ella rompe a reír. Es la risa amarga de la hembra frustrada por un amante incapaz.

Sigue echada, completamente inmóvil, oyendo su propia risa, que sale, estridente e histérica, de su garganta como de la de un pájaro. Y mientras se escucha a sí misma se da cuenta de que el cuerpo que tiene encima se pone rígido y tenso como un pedazo de madera. Y su risa sigue esparciéndose por el cuarto y empapándolo todo. Ya nada la oprime. El hombre la ha abandonado y está en pie junto a ella, tratando, sin conseguirlo, de anudarse de nuevo el delantal. Su rostro se agita, nervioso. Los músculos se le han vuelto incontrolables y actúa con independencia, se diría que ahora están tratando de hacer de una vez todo lo que les resulta imposible cuando se encuentran controlados por la voluntad.

Ella está echada en el suelo con las piernas abiertas y la ropa en desorden y no hace más que reír y reír y las carcajadas siguen saliendo de su boca incluso cuando, lenta y vacilantemente, y escuchando atentamente al tiempo, acaba por incorporarse. Y mira, sin dejar de reír, los músculos del rostro joven y pálido de angustia que de pronto se rompen, cuya tensión se diluye en llanto, en llanto violento, ciego, indiferente a todo, en lugar de ponerse a dar gritos. Y, sin dejar de reír, estentórea, triunfantemente, le ve abalanzarse de nuevo sobre ella. Y vuelven a luchar, él como un gato macho salvaje y enloquecido, brutal e indiferente a todo, mientras su rostro se arrasa en lágrimas; ella, la boca llena de risa, se defiende con los ademanes entumecidos de un borracho.

En vista de que la risa no cesa de brotar de la boca de ella, por más que le salga sangre de las comisuras de la boca, renuncia él a seguir luchando; agitado por el hipo, dominado por el llanto, se limita a arrojarla de sí, tirándola sobre la cama. Y ella, sin dejar de reír, le oye ir como un loco por los cuartos, por la huerta, abrir la puerta, salir al camino. Oye ruido de ruedas de bicicleta, chirriante y crujiente, un ruido que a ella le recuerda el de un papel grande que se pliega.

Se vuelve entonces de bruces y su risa cesa gradualmente, transformándose de manera imperceptible, en un hipo que no es más que el comienzo de un llanto espasmódico, pero la transición es tan suave que ella misma tarda algún tiempo en darse cuenta de que lo que está haciendo es llorar. Y llora, allí echada, como sabe que nunca en toda su vida ha llorado, porque hasta entonces no ha tenido motivo para ello, y la almohada se humedece y se refresca bajo su cuerpo. Llora y se siente más fresca. Y detrás del llanto no cesa de sorprenderse de llorar de tal manera por la pérdida de algo que nunca había sido suyo.

Todavía llora cuando oye voces chillonas de chicas y voces sordas de hombres mezcladas por el camino de Maj. Y entonces se levanta tímidamente, sollozando aún, y tira la almohada ensangrentada y húmeda a la cama de arriba. En la cocina llena una palangana con agua y trata de borrar las huellas de lo ocurrido. Por la ventana del mirador les ve llegar por el camino y se pregunta, casi con indiferencia, si los chicos se sorprenderán mucho cuando noten que falta medio litro de aguardiente.

La habitación es pequeña y caliente como una cámara de calderas, aunque no da al sur. Tiene tres veces tres largos pies cuadrados, pero en el tercero hay que incluir la pared. Además está cerrada por fuera a fin de que al prisionero no se le ocurra salir. Como una vez a la semana la habitación le sirve al jefe del almacén de oficina de comprobación de quejas, tiene una taquilla en la pared detrás de la cual se esconde el teléfono comunal del edificio de la administración.

Cuando hay presos la estancia se llama cuarto de arrestos y la taquilla se cierra con un pequeño candado para que el preso no pueda llamar al cuerpo de bomberos y decir que está encerrado en un edificio incendiado. La estancia se convierte facilísimamente en cuarto de arrestos quitando de allí la máquina de escribir, una Continental algo cojitranca que traquetea como una ametralladora en cuanto se le pone el dedo en la tecla del doble espacio, y cerrando la ventana, que en los veranos cálidos suele estar siempre abierta. Gracias a estas sencillas precauciones se consigue que el preso no pueda escribir cartas a sus amigos y ponerlas en circulación para que le saquen de allí, y también que no se

sienta innecesariamente tentado a salir por la ventana si, por un casual, tuviera un recado que hacer en el mundo exterior.

Por el contrario, el armario donde guarda los formularios el encargado del almacén está siempre abierto, y ni siquiera se saca de allí, en parte porque se piensa que el preso, durante el tiempo que pase encerrado, podría tomar ciertas resoluciones, por ejemplo la de casarse, y, en tales circunstancias, puede tener necesidad de los buenos consejos que contiene el armario de los formularios en lo referente a la cuestión de los subsidios familiares. De una pared cuelga un calendario, pero de éste los presos no pueden sacar mucho beneficio. Lo que el preso necesita no es contar los días, sino, más bien, las horas que faltan para el momento en que un sargento de confianza le abra la puerta y se le lleve al despacho del jefe de la unidad, donde el prisionero será interrogado en presencia del testigo o de los altos jefes militares y, por supuesto, de un encargado de escribir lo que allí se diga, el cual, con la mayor exactitud, apuntará toda esta importante conversación. Y entonces es importante también que el prisionero tenga reloj, a fin de que pueda dar los respectivos momentos en que tuvieron lugar sus acciones durante el día de autos. Y si estaba borracho, puede especificar cuántos y de qué tamaño eran los vasos de whisky que vació, cuánto aguardiente consumió antes de cometer el acto delictivo. Estas cosas dan solidez y precisión al caso, que luego se guarda en una gran carpeta en la oficina de la compañía y puede ser releído por el prisionero una vez puesto en libertad, cuando esté aburrido y no tenga otra cosa que hacer.

La ventana del cuarto de arrestos está justo enfrente del alero de uno de los barracones del cuartel, y, como las puertas situadas a ambos extremos del barracón están abiertas, Bill puede ver por ellas la entrada del suyo propio, y ha calculado que si quisiera escapar podría ir corriendo como por un túnel casi todo el camino hasta salir, por el último barracón, al centro mismo del bosque. Luego podría hacer un largo rodeo por el campamento y llegar a la vía del tren donde la cubre el puente. Y todo esto se puede hacer en un cuarto de hora, a menos que le descubra el centinela y le persigan, porque entonces la cosa tendría que ir más rápida. Junto al puente lo que tendría que hacer es esconderse en los arbustos de la cuesta v allí arrastrándose hasta llegar al tren y echar a correr para cruzar el pequeño trecho que hay hasta la vía muerta, donde podría meterse en un vagón de mercancías y quedarse allí escondido hasta que llegue el tren.

Está sentado a la mesa que, como los demás muebles de la oficina, sufre de cojera, y hace planes, pero, más que nada, para ayudar a que pase el tiempo.

Todo este procedimiento de fuga es demasiado sencillo para que ocupe sus pensamientos más de una sola vez. Su éxito no requiere escalas de cuerda ni ganzúas ni centinelas drogados. No requiere ni siquiera un poquitín de valor. El valor haría falta, todo lo más, más tarde, cuando tuviera que volver a casa, pero se persuade a sí mismo, como todos los cobardes ante una decisión audaz, de que su acción supondría un punto en el tiempo, que la eternidad llega cuando él mismo la crea, que la vida se para y no se mueve, casi como una aguja de gramófono que se ha atascado en el disco.

Para que no le asalten pensamientos inoportunos lo que hace es coger la pluma de anilina del encargado del depósito y ponerse a dibujar un esbozo del campamento en el revés de un formulario. Hace varias versiones, a cuál más exacta. Poco a poco va ampliándolo hasta convertirlo en un plano de todo el pueblo, y se hurga en la memoria para poner en su sitio todos los caminos y hasta los cobertizos. Se ingenia hasta para situar puntos de apoyo en los alrededores del pueblo, poniendo fortines y barreras de tanques. Indica también carros blindados enemigos en el terreno y, finalmente, pone un cementerio de guerra en la parcela del médico. Así es como expresa él, de paso sea dicho, la idea que tienen los soldados del resultado de las actividades del médico militar.

También dibuja la confitería. No pone gran esmero en el diseño de este edificio. Con exactitud y corrección lo provee de patio, rotonda, setos y un aparcamiento de bicicletas. Fría y metódicamente dibuja también el camino que conduce a la confitería: pasa por la vía del tren y, como al azar, roza el campamento. Dibuja el camino con tanta calma como si aun no hiciera una hora que iba por allí con el fusil al hombro.

Cuando se le llevaron en medio de la patrulla, como delincuente de cuidado, y llegó allí por el camino polvoriento y quemado por el sol, Bill lo despachó todo sin ninguna vacilación, como un cirujano a quien ponen delante a la persona a la que tiene que intervenir. Tan rápidamente y tan a fondo lo hizo que ya estaba todo terminado cuando pasaron junto al centinela, que se puso firme ante el sargento. El centinela le miró con ojos abiertos como mariposas clavadas con alfileres. Y entonces él se puso a silbar, aunque solo fuera por darse el gustazo de verles desconcertarse. El sargento corrió a decirle con voz chillona que guardase «silencio», pero esto él lo había oído como si estuviese sordo.

Se pone a pulir y rematar el esbozo del pueblo, define bien el mercado que hace como una cuña entre el matadero y el banco. Dibuja tablares para cohombros y apio y deja la exigua banda de fresas a lo largo del cauce del arroyo, que está seco y agrietado durante el verano, pero así es mejor, porque, por lo menos, no se moja uno los pies cuando tiene que cruzarlo en tardes de permiso.

Y ahora oye abrirse puertas y volverse a cerrar, y tan fuerte que los cristales de la ventana resuenan y el pasillo que conduce a la sala de arrestos se llena de gente ruidosa que se tropieza entre sí. Bill se da cuenta de que son los escribientes que han terminado el trabajo del día y se van de la oficina. Son las cinco. Coge un formulario de subsidio familiar y se pone a rellenar metódicamente todos sus espacios en blanco. Calcula que esto le lleva cinco minutos. Luego rellena otro al mismo ritmo exactamente que el anterior, y, hecho esto, se levanta de la silla y va con gran sigilo por el suelo crujiente hasta la puerta, donde se pone a escuchar con el oído pegado a la rendija.

Pero no se oye otra cosa que el ruido terco, periódico, de una máquina de escribir que está siendo usada por algún escribiente. Tranquilizado, va hacia la pared de enfrente y allí aplica el oído a la taquilla del teléfono. Del cuarto de los centinelas no le llega otra cosa que un murmullo de voces bajas.

Va luego, más tranquilo aún, a la ventana, la abre rápidamente y se asoma para airearse. Levanta con cuidado la mesa y la aparta de la ventana. De pronto entra en la estancia un ruido estridente como un rayo caliente, y él, entonces, suelta la mesa y salta por el alféizar de la ventana

como un corredor de obstáculos, y el ruido va rápido y le alcanza en pleno salto: es el estrépito de la mesa al caer y el cortante timbrazo del teléfono.

En el barracón número uno la hilera de camas pasa ante él, que tropieza con la manguera de bomberos de que se sirven los perezosos encargados de la limpieza para limpiar el suelo; y él suelta un juramento al volcarla ruidosamente.

-¡Qué diablos pasa ahí! -grita una voz a sus espaldas, pero él no se atreve a mirar atrás para ver si es el encargado de la limpieza o algunos de los vigilantes. Cierra de golpe la puerta y se mete en su barracón.

Allí busca a ciegas entre los armarios que están en fila junto a los catres. Los va registrando hasta dar con el suyo. Abre el candado rompiéndolo, lo deja caer, no se ocupa de recogerlo, coge su mochila. El arma golpea el suelo. Se echa la mochila a la espalda, mete de cualquier forma el arma en el armario y se va corriendo por el pasillo del barracón. Salta al aire libre y allí toma tierra igual que un paracaidista.

Entra en el barracón siguiente. Allí se llena de pronto la apertura de la puerta ante sus ojos con una espalda gibosa perteneciente a alguien que entra del revés en el barracón hablando muy animadamente con alguien que está todavía fuera. Un grueso cinto le ciñe como un anillo de hierro. Y Bill, sin aminorar el paso se mete en el cuarto de los lavabos,

resbala por el suelo húmedo, se da con la rodilla contra una chapa metálica y siente el golpe como si le hubieran penetrado el muslo unas tijeras increíblemente largas. Y todo dolorido da un torpe salto por la ventana abierta.

Cae al suelo y allí se queda, cuan largo es y jadeante, y de la tierra sube por entre la alfombra de pinochas, un humo acre de polvo. La mochila le aprieta contra el cuello y mientras él sigue allí echado, dejando que el dolor le penetre como olas por todo el cuerpo, se imagina la situación en que está metido como si estuviera sobre una hoja de afeitar cortante y helada. Ve la ventana, que se ha olvidado de cerrar, y el gorro, que no lleva consigo, porque, con el pánico, también se le olvidó, y la manguera de bomberos, que volcó ruidosamente, y el armario, que no volvió a cerrar, y el terreno poco arbolado que se extiende ante él y que ahora va a tener que cruzar sin que le descubran.

Y en tanto el dolor se le vuelve oleadas que le absorben, y se pone de rodillas y la mochila le resbala espalda abajo en esta postura. Oye, con una rápida sensación de miedo que le sube cuerpo arriba, al animal que se arrastra como una astilla por el fondo de la mochila. Entonces se arriesga y sale corriendo hacia el pinar, que está limpio y claro y cuya tierra es tan lisa como una pista de baile. Cruza el camino, muy pisoteado, que conduce a los retretes, y oye crujir una puerta a sus espaldas. Súbitamente le llega el ruido de una

tropa en marcha que se le echa encima por delante, de lado. Suena como cuando se muelen semillas en un molinillo de mano, y Bill se da cuenta de que no tiene otro remedio que tomar otra dirección y correr paralelamente a los barracones, que no se deciden a hundirse bosque adentro detrás de él, sino que siguen mirándole fijamente con tercos ojos de animales.

Pasa junto a los retretes a distancia de varios tiros de piedra y se sobresalta cuando alguien, de pronto, rompe a silbar. Se precipita a buscar cobijo detrás de un protector tronco de árbol y se le llenan las manos de tierra seca y agujas de pino pegajosas. Otea cautamente al amparo de las raíces nudosas. Luego se levanta, más tranquilo, pero irritado por haberse dejado asustar tan fácilmente. No son más que los que limpian los retretes, que se han tomado un pequeño descanso antes del fin de la jornada oficial de trabajo y se han sentado, cada uno en su tonel, a echar un juego de cartas con una cerveza vespertina.

Acaba llegando al bosque tupido y cerrado, donde están arrancados de cuajo los arbustos y la tierra parece sangrar por heridas negrísimas. Aquí es donde se hacen los ejercicios de camuflaje, y se diría que un gran perro enloquecido o algún jabalí hociqueante lo haya recorrido entero. Ahora ya puede ir despacio, porque se siente protegido. No quiere salir demasiado temprano a la estación, donde es seguro

que se apostará una patrulla la tarde entera, por lo menos cada vez que salga un tren. Acá y allá, en el bosque, se ven algunos restos de pinos reducidos ahora a simples astas de bandera sudorosos de resina. Bill sonríe de oreja a oreja y da una patada a una de estas astas, haciéndole saludar con una inclinación a los pinos normales.

Las astas de pino no son árboles defectuosos, sino consecuencia de la manera que tienen en el cuartel de acopiar ramillas para las escaleras de los barracones y para los suelos de las tiendas. En lugar de recurrir a la tradición regimental, pero poco práctica, de ir arrancando ramas acá y allá por el bosque, lo que hacen es, simplemente, tirar de hacha y darle de hachazos al primer pino adecuado hasta que a poco que sigas lo tumbas. Y entonces se coge el pino por las ramas y por el tronco y se le pone en posición horizontal para pelarle de ramas a hachazo limpio hasta que ya no gueda más que volver a levantarlo, y esto lo hacen entre todos, uniendo sus fuerzas, de la misma manera y con la misma técnica con que se levanta el poste de mayo, dejándolo allí tieso como un interesante fenómeno de la naturaleza para que lo vean los oficiales que pasen por allí. Este sistema tiene, además, la ventaja de que apenas se oye.

Ahora empiezan las voces de mando a resonar por el bosque y el ruido de las marchas crece hasta convertirse en un pequeño huracán. Bill, preocupado, sigue su camino. Poco a

poco va oscureciendo y llega a un charco que, en la estación húmeda, se vuelve pantano. Ahora la humedad apenas se nota en que el color de la tierra es un poco más oscuro. El pinar se va volviendo antiquísimo y degenerado, y sus árboles se abren sobre la tierra como grises paraguas y su luz parece de iglesia.

Aquí la tierra desciende de manera desagradable a cada paso que se da, y se siente como si hubiera grandes pájaros negros posados en los árboles, listos para hincar el pico en la nuca del que pasa por el bosque. Bill siente que se le reseca la boca de tensión inmitigable. Va vacilante y mirando hacia arriba y hacia abajo en plena oscuridad bajo los paraguas gigantescos. De pronto oye un piar estridente a su lado y se sobresalta y se pone en posición de defensa.

Lentamente, como un reflector, otea el ambiente con la mirada y su cuerpo está rígido como una tabla hasta que acaba despertando en él una sensación de seguridad.

No es más que un pequeño ratón de bosque que corre chillando estridentemente por el claro que cubre el paraguas. Describe un pequeño círculo, corriendo como loco, casi como un tren de juguete por sus raíles, y cuando Bill se le acerca, sigiloso, escapa llevándose los raíles consigo.

Vaya diablillo, piensa Bill, quedándose quieto y mirando al bultito gris que se agita en la medialuz. Da un salto hacia adelante y lo hace gemir bajo su zapato. El animalito yace de espaldas con las patas estiradas al aire, como si alguien le hubiese gritado: «Hands up!». Bill se quita la mochila y le suelta las correas con gran cuidado, abriéndola de par en par. En el fondo de la mochila reina el más completo silencio. Bill no se atreve a mirar allí dentro. Lo que hace es coger al ratón por una pata y dejarlo caer en su interior. La mochila se curva de tal manera que casi se parte en dos a la mitad. El aprieta bien las correas lo más rápidamente que puede y sacude la mochila hasta que el bultito que está en el medio acaba deslizándose al fondo.

Hecho esto se la vuelva a echar a la espalda y va corriendo por aquella tierra suelta y traicioneramente blanca. ¿Por qué correrá tanto?, piensa mientras las ramas le azotan el rostro y va creciendo la luz ante sus ojos. Cuando vuelve a haber luz se siente de nuevo más tranquilo, y puede correr solamente por la prisa que tiene. El bosque sigue siendo tan tupido que no vale la pena tratar de buscar con los ojos salida alguna, y por esta razón sólo el ruido de ramas rotas y los gritos bajos le indican que ha caído en medio de una tropa que vuelve al cuartel, entrenándose al tiempo en la técnica del avance en plena batalla.

Se tira al suelo dando con la barbilla contra una mata de maleza y con el cuerpo en actitud de marcha para no despertar sospechas. Más allá ve las figuras grises de los soldados. Se empiezan a oír detonaciones de fogueo y el ruido de cuerpos que caen entre la maleza en torno a él. Se desliza hasta situarse detrás de un pino frondoso y mira con cuidado entre las ramas. Ve a Mattsson, echado en el claro en posición de defensa, y le llama sin alzar la voz tres o cuatro veces, hasta que, por fin, consigue que le oiga.

- ¿Qué pasa? -dice Mattsson, impaciente, sin levantar la cabeza.
- ¡Soy yo, Bill, ven aquí! -le grita él a través del pino.

Mattsson mira en torno a sí con gran cautela antes de deslizarse hacia donde está Bill. Los dos se hablan como a través de las rejas de una cárcel.

- Me he fugado. No le digas a nadie que me has visto, por lo que más quieras.
- ¿Fugado?
- Sí, fugado, demonios, me pegué con el amigo de Wera en el café y la condenada me denunció.
- Vaya, mala suerte.
- Sí, desde luego, pero yo tengo mis planes.

Ven al tren y nos escapamos juntos.

- Muy bien, de acuerdo. Silencio, que viene el sargento de los cojones inspeccionando el ejercicio. Sal corriendo. El tren sale en media hora, ¿no?

El bosque cruje a espaldas de ellos y Bill corre mucho y sin hacer ruido entre sombras grises de maleza. Enseguida se sale del camino. Va perpendicularmente a él. El último trecho del camino es bosque arrasado por el fuego y cruje mucho bajo sus pies cuando da con las suelas en montones de madera carbonizada que yace retorcida sobre la tierra ennegrecida que el fuego ha penetrado hasta la roca misma.

Encuentra de nuevo el camino y lo cruza rápido como una liebre. Ya ve la vía del tren que se prolonga perezosamente en el fondo, hasta donde está quemada una ancha cinta de bosque. Es el tren el que lo incendia; cuando está oscuro las chispas arden en el humo como antorchas de duendes. Sólo algunos troncos ennegrecidos por el fuego se levantan solitarios hacia el cielo. Aparte de esto, la tierra parece una pista de carreras. Bill corre por la honda cuneta de la carretera hasta que vuelve a comenzar el bosque. Aquí el fuego sólo ha tocado las copas de los pinos, que están quemadas de modo que los árboles parecen casas con la buhardilla incendiada y negras huellas de llamas que han lamido las paredes.

Entra en el bosque, hasta llegar al puente del ferrocarril. Aquí el tren hace curva para llegar al pueblo y luego corta la montaña. Las paredes son demasiado empinadas para poder escalarlas, de modo que lo que hace es seguir la vía hasta que da con una grieta en la que puede hincar el pie y bajar.

El guijo áspero suena como sal bajo sus zapatos y el sol quema como un infiernillo. Bill pasa la curva y el puente despliega su arco sobre el hondón ante sus ojos. De pronto se levanta ante él la silueta, fina como un cuchillo, de una pequeña procesión que se destaca sobre la baranda del puente. Bill no ve más que cuatro cabezas en fila. Se mecen como si estuvieran en alta mar y arrojan sombras grotescas, violentamente deformadas, sobre la pendiente de roca viva del monte. Los cañones de los fusiles salen sobre sus cabezas como dedos índices que les hubieran crecido pegados a las orejas.

La patrulla, piensa inmediatamente Bill, y se apresura a refugiarse contra la roca del monte, y se aprieta bien contra ella, mirando entre las hojas chamuscadas de un pequeño abedul que se aferra tercamente al fondo de una grieta. Desde allí ve la hilera de cabezas desaparecer detrás de la roca agitándose cómicamente. Entonces se aparta de la pared del monte y corre entre las vías para ir más deprisa. Se da cuenta de que la patrulla se acerca a donde está el tren de la tarde para buscarle a él entre los que salen de permiso.

Cuando está debajo del punto más alto del puente se detiene y se sitúa a la sombra de los contrafuertes. Se saca un cigarrillo maltrecho del bolsillo del pecho y se lo pone en la boca para calmarse los nervios, sobresaltados, pero no lo enciende.

Comienza a deslizarse con gran cautela a lo largo de la pared de roca que desciende tan áspera y verticalmente que tiene que ir muy agachado para que no le vean desde el camino. De vez en cuando estira el cuello como si fuera un periscopio para localizar a la patrulla que va por el borde del camino como una apresurada procesión funeral. Cuando se vuelven para cruzar la vía cerca de la estación, sale Bill corriendo y cruza así los pocos metros que le separan del tren de mercancías que está en la vía muerta. Es un magnífico momento, no hay un alma en el andén. Uno de los vagones de mercancías cubiertos del centro del tren está abierto, y Bill da un salto y se mete en él, y justo cuando cierra la puerta oye el ruido de los tacones de la patrulla contra el cemento del andén.

Deja abierta una pequeña rendija y oye a través de ella al jefe de la patrulla comunicar sus órdenes con altavoces a toda la zona de la estación y a todos los bribones que le estén escuchando. Las culatas de los fusiles chocan contra el cemento del andén y de pronto se acerca una serie de pisadas fuertes que le rebotan contra el oído. Se retira un

poco de la rendija y oye con el aliento contenido los pasos sonoros acercársele. Pero de enérgicos y certeros que parecían al principio se han vuelto ahora lentos y tanteantes, y Bill se da cuenta de que el resorte se está destensando.

Se esconde detrás de una gran caja en un rincón del vagón de mercancías y oye al otro pasar junto a él tan cerca que casi cree oírle respirar. Se echa contra la pared y cierra los ojos, y es entonces cuando lo siente, primero en la espalda, como si de pronto se abriera un grifo. Se cubre entero de sudor, al tiempo que, súbitamente, la mochila cobra vida. Es como si una mano infantil le tantease la espalda, y él estira las piernas cuan largas son, y solamente por haber cerrado los ojos y sentirse incapaz de hacer nada ve la boca de la serpiente abrirse de par en par y cerrarse lenta sobre la rata. Se estira cuan largo es en el suelo del vagón y levanta la vista hacia el pequeño rayo de sol que baila inmediatamente debajo del techo.

Ahora empieza a crecer el ruido fuera, en el andén, y él está echado de espaldas, oyendo el blanco oleaje estrellarse y las montañas de espuma desplomarse como casas con la llegada del tren. Se levanta y va hacia la rendija. Ve una plataforma en su exiguo campo visual, y lentamente, con las puntas de los dedos tensas de nerviosismo, abre la puerta. El «¡Al tren!» del conductor resuena como un latigazo contra el andén y un lado de vagón entra lentamente en su campo

visual. Bill lo deja que pase y luego se baja al andén y sube el peldaño que le conduce al vagón. Ya está cogiendo velocidad el tren y el humo de la locomotora oprime el puente y él se inclina y se asoma y ve a través de la blanca niebla de humo a la patrulla, con sus dedos índices a la espalda, que va llena de pachorra a lo largo de la hilera de vagones de mercancías.

Y él entonces va vagón adentro, indiferente y lleno de una sensación de victoria. Unos cuantos artilleros de costa juegan a las cartas sobre una maleta. Una chica está sentada de espaldas a él, hojeando un periódico. Y él va despacio, sin hacer apenas ruido, al sitio donde está sentada, y cuando ve que no se da cuenta de su cercanía se queda en pie justo detrás de ella, se inclina y le dice, bastante alto y apremiantemente, al oído:

-Vaya, veo que se va usted de viaje.

Y, sin más, pega un mordisco, rápido y cortante como una hoja de afeitar, en la oreja de Wera.

La semioscuridad cae como una tímida lluvia de cenizas. Apaga las lamparillas de las flores de los manzanos y los botones blancos de las vallas. Acalla la hierba y silencia a los saltamontes verdeclaro. Ella está junto al tonel agrietado por el sol intenso, que se abre vorazmente debajo del alero. En la hierba silenciosa, llena de la ceniza del crepúsculo, ve una piedra caída. Su relucir se ha ido con el día, y cuando ella se inclina sobre el tonel se dice que es un perro que se ha pasado allí el día entero echado en la hierba, pero que, ahora, a la medialuz, despierta lentamente y se estira.

Tiene que acariciar a ese perro. Suelta el tonel, reseco y agrietado, contra el que se apoyaba mientras se le pasaba la indisposición momentánea, y da unos pasos entre la hierba que, perezosamente, se frota contra sus tobillos. Entonces el perrito se levanta y desaparece, moviendo el rabo irritablemente, mientras ella les dice a sus piernas que corran, pero sólo una le obedece, en vista de lo cual cae de bruces sobre la hierba. Sigue así, caída sobre la hierba. Pierde interés en volverse a levantar, ni siguiera en broma. Se limita a volverse, penosamente, para ponerse de espaldas, de modo que se precipita de pronto sobre ella el

exiguo cuenco del cielo con los dolorosos pinchazos de las estrellas. Y mientras ve una estrella de boca rojo sangre aguzarse contra una brizna de hierba que le hace sombra en los ojos, piensa: «Ah, vaya, esto es lo que quiere decir estar borracha».

Le sube a la cabeza, como un globo, este pensamiento ligero, de verano, y ella entonces suelta todo el racimo de globos del mismo tipo y, finalmente, se dice que ella misma está llenándose de un gas embriagador, y tan ligera se vuelve que oscila en el espacio, sentada sobre el perrito. Pero todo este tiempo, y esto es lo notable del caso, sabe, con una fría y lúcida sensación de desagrado, que no se ha movido de como estaba, o sea, echada de par en par en la hierba, con las piernas impotentes extendidas cuan largas son, con el rostro enrojecido y los ojos relucientes que parecen espejos empañados.

Y mientras siente que su peso se llena de este alegre gas, oye, con dolorosa claridad, las voces estridentes que le llegan de lo alto de la casa, y la música estridente del gramófono que está sobre el alféizar de la ventana. Sweetheart, chilla una voz, y suena como si se quebrase, y luego es una voz de chica, que ríe alta y alocadamente, y una puerta que se cierra detrás de la risa. Y luego termina la música, pero no súbita, sino lentamente, como una señal de alarma aérea, y ella siente el arrastrarse de pies que aún se

mueven mecánicamente al compás de la música, a pesar de que la música ha cesado.

-Dale cuerda al gramófono, por Dios bendito -dice una voz ruidosa, y ella se da cuenta de que pertenece a Erik, que ha querido pegarse con alguien en cuanto ha bebido la tercera copa.

Lentamente vuelve la cabeza de modo que su ardiente mejilla se humedece del frescor de la hierba. Y siente como si su rostro entero ardiese, y piensa que debiera relucir de tal manera que se viese desde la casa, pero no ocurre así, porque, si la vieran, los que están allí irían a ofrecerle una copa y un canapé, piensa ella, diciéndose que se siente como en el aire.

Ahora asoman dos cabezas por la ventana y el gas que la eleva burbujea por su cuello y penetra en su cabeza, que ahora se vuelve tan ligera que le da la impresión de salirse volando por su propia cuenta, y, cuando abre los ojos de par en par y los levanta en dirección a la casa, ve las dos cabezas como pintadas en un cuadro. La luz cortante que sale de la habitación tiende un halo en torno a una de las cabezas, que está cubierta de rizos, y a la otra le atraviesa una oreja roja como la sangre. Lucía y Anders de Wahl, dice ella a media voz, y bosteza cuan grande es su boca, y trata de alcanzar una estrella con el pie derecho, pero entonces el tío dios saca su yoyó y ella nota que todas las estrellas son yoyós que

suben y bajan en el espacio sobre su cabeza hasta que no le queda más remedio que cerrar los ojos porque parecen que van a darle en la frente. Y, de pronto, también tiene ella un yoyó en el cuello, y baja la cabeza hacia la hierba y vomita suave, serenamente.

Cuando vuelve a despertar está tan oscuro que al principio piensa que está echada en el barracón y que lo único que ha pasado es que ha arrojado de sí la manta de una patada, porque lo que siente es mucho frío. Pero cuando quiere levantar la vista para ver el techo, después de haber buscado vanamente la manta, lo único que ve son estrellas que lo puntúan todo, y entonces su mente se despoja gota a gota recuerdo de de todo dónde se encuentra. Quiere incorporarse, levantarse, irse, pero entonces siente que la cabeza le pesa tantísimo que no le queda otro remedio que seguir allí echada, impotente. Mira al cielo, llena de desesperación, y allí está la luna, como una linterna bajo una sábana. Poco a poco va volviendo la cabeza, y el globo se le rompe, y lo único que le queda es un solo, agobiante, dolor de cabeza. El boquete de la ventana parece un cuadrado implacablemente amarillo, clarísimamente definido por la luz en plena oscuridad, y ella lo ve como algo amenazador, y toda la casa está completamente silenciosa, como si de pronto se hubiese vuelto muda.

¿Qué ocurre?, piensa ella, tratando de levantarse, pero entonces llega a sus oídos un murmullo sordo, castrado, que viene de allí dentro, un resonar de cristal y de risitas. O sea, que hay allí alguien que está desgarrando la sábana da la luna, y ella entonces piensa que es como si estuviera en una botella verde. Dentro de los cobertizos suena un chirriar, y ella piensa al principio que será algún pájaro nocturno, pero cuando mira en esa dirección ve una puerta abierta de par en par y alguien ríe con una risita estridente y larga al tiempo que sale a la luz de la luna. Y entonces se da cuenta de que son dos. Uno es un muchacho con pantalón de golf, y luego Erik, y muy junto a él, tan junto que se diría que están pegados, la chica de las risitas. Y todo el tiempo que pasan los tres, minuciosa, insólitamente, como quien aprende a andar, dando vueltas por el patio, cuya hierba se les enrolla en torno a las piernas, la chica no hace más que reír y reír, exactamente como si reír fuese tan necesario para ella como respirar.

Irene sigue echada dentro de la botella verde, y, cuando los otros se acercan más, ve que Erik aprieta con un brazo a la chica hacia sí, y que ella, si no, se habría caído al suelo. Es más alta que él, y tan delgada que se diría un girasol cuya flor es más grande de lo que el tallo puede soportar. Y como Irene sigue echada en la botella verde, Erik acaba viéndola y se queda allí parado, con su girasol, al que dice, con voz

desleída, por más que la otra no sea capaz de oír nada excepto sus propias risitas:

- Mira, ahí está la chica que trajo Bill, ¿pero qué va a hacer el pobre con dos chicas?, ¿tanto apetito tiene?, ¡jejeje!, bien rápido que se entrompó la tipa ésta.

El girasol responde con una risita estridente, y trata, con movimientos de ciego, apartar el pelo que le cae sobre una mitad de su rostro.

- Jijijijij! -ríe, abriendo la boca, como si quisiera decir algo, pero lo único que sale de su boca es un par de hipidos como ranas.

Y entonces ve Irene desde su botella verde que su pelo, su cuello, su espalda y sus piernas relucen fantasmalmente blancas de serrín.

Dos chicas, oye en su cabeza como un martilleo, mientras sus ojos ven al girasol tropezar y caer en la escalera.

- Hale, arriba, *Ing-Lis* -chilla una voz áspera que ayuda al tiempo a Irene a quitarse de la cabeza el pequeño martillo.

¿Y por qué no puedo yo ser como ella?, piensa, acordándose de lo que había dicho Erik cuando los muchachos, y las otras, empezaron a ponerse a la altura de las circunstancias: - Estos dos grillos son *Ing-Lis* e Inga, *strong girls*; estas chicas conocen por dentro todos los matorrales que hay desde la sala de baile hasta la estación.

Y oyendo esto se rieron todos, pensando que tenía muchísima gracia, e *Ing-Lis* e Inga se rieron más que nadie, sí, justo, *Ing-Lis* se rio tanto que tuvo que echarse al coleto el vaso entero, lo malo es que le entró por mal camino y tuvieron que darle golpes en la espalda para que no se ahogase. Pero ella se puso muy colorada y no sabía a dónde mirar, y entonces Mattsson se dio cuenta y les gritó a los demás:

- Hale, mirad a la pequeña Irene, mirad lo tímida que es la muñequita.

Y, sin más, le dio unos golpecitos en la mejilla, pero de manera insultante, y ella entonces se enfadó y se dijo que ahora iba a ser como las otras.

Y es que quería ser como las demás. Lo que ella quería era que los otros la encontrasen bien. No quería en modo alguno que los otros la encontrasen rara o estirada, quería sobre todo que Bill la encontrase bien a pesar de que casi había prorrumpido en lloros al principio, cuando llegaron y vieron que traía consigo a Wera. Y, por esto, para que todos la encontrasen bien y no pensasen que estaba de morros, era por lo que se había forzado a sí misma a beber más

diligentemente que las demás chicas. Sí, eso, llegó incluso a entonar una canción de taberna que les había oído a unos oficiales una vez que servía a la mesa en el comedor del cuartel en uno de sus festejos. Y consiguió que las demás la cantaran al alimón con ella, y hasta consiguió, o eso le pareció al menos, que Erik la mirase con admiración. Y tanto la animó este éxito que corrió a poner el gramófono, pensando que ahora los chicos competirían en bailar con ella, pero cuando empezó a sonar la música entraban ya las parejas por la puerta, y eran tres las parejas, jy nadie había pensado en ella! Y lo que hizo entonces fue salirse al mirador y servirse aguardiente, o lo que fuera, en el vaso más grande de todos, total, que se puso a beber hasta que ya no pudo con una gota más.

Luego salió a la intemperie, y vio el perro y los globos, y se sintió contenta y borracha y volandera, pero ahora está echada sobre la hierba, cubierta de ceniza, y levanta sus ojos muertos hacia la casa, que ha recuperado la facultad de hablar y resuena de gritos y de alegres risas: ¿Qué será lo que me pasa a mi?, piensa, ¿por qué no quiere bailar nadie conmigo?, ¿por qué no me lleva nadie a la leñera? Y entonces le susurra la memoria lo del anuncio de la pasta de dientes Colgate que ha visto en algún periódico: la chica con quien no quiere bailar nadie porque le huele mucho el aliento.

Y de pronto se pone a hipar de risa, pero se da cuenta demasiado tarde de que su memoria quiere engañarla, inducirla a llorar, y, sacudida por los sollozos, se vuelve de bruces y patalea contra la hierba. Y siente que ya no tiene fuerzas para levantarse e irse a donde están los otros, y decirles:

-Bueno, pues aquí me tenéis, ¿es que no hay nadie que quiera bailar conmigo?

¿De qué serviría, y por qué está echada ahora, hundida más y más en la hierba, hasta tocar la tierra reseca?

Y en medio de su llanto vuelve a ella el pequeño martillo y se pone de nuevo a darle golpes y más golpes. Dos chicas, piensa su pensamiento, citando a Erik. ¿Y por qué la trajo entonces también a ella? Con lo bien que habría ido si todo hubiera pasado de otra forma, porque entonces yo no estaría de sobra. Arranca la hierba con sus dedos y araña la tierra como un gato la corteza de un árbol. Y los gemidos salen de ella como con una bomba, sin que le sea posible hacer absolutamente nada por impedirlo.

Entonces, de pronto, rechina la puerta del mirador y alguien sale a grandes zancadas a la escalera y está allí quieto, tratando de apartar la nieve a patadas. Luego baja la escalera y ella oye que son dos personas. Siente como si alguien le tapara la boca, y está completamente callada

cuando se vuelve de nuevo de espaldas. Ahora la oscuridad es completa, cuelga una espesa capa delante de la luna, y ella piensa que está echada en la botella azul de la noche. Alguien canta, alguna de las chicas tiene que ser, en la habitación donde está el gramófono, y es un pequeño conejito blanco, malísimamente tratado, que sale a saltitos al silencio y da unos cuantos saltos mortales de lo más torpe hasta que alguien le tira una botella y él entonces jura alto y alegremente.

Pero los dos que han bajado las escaleras se están quietos en la botella azul de la noche sin decir una palabra, y se diría que hablasen entre sí a través de la brasa de sus cigarrillos, que dan saltitos en torno en plena oscuridad, y a veces se acercan el uno al otro, y otras veces dan como animadísimos y vivos saltos, alejándose el uno del otro. Y nadie tiene necesidad de explicarle a ella quiénes son, porque lo sabe tan bien como que donde ella yacía era en el interior de una botella verde. Y ahora la brasa de los cigarrillos vuela como pequeñas falenas por entre el negror, y caen en la hierba delante de ella, y un débil hálito nocturno le trae el ligero aroma del humo de tabaco hasta sus mismas narices.

Y los dos que están delante de la escalera comienzan a ir por entre la hierba. Se oye un murmurar de hierba contra sus piernas, y los dos llegan hasta donde está ella, y ella trata de hacerse tan plana como le sea posible, porque así no se darán cuenta de que está allí. Pero no hay miedo, porque tan ocupados están los dos el uno con el otro que no notan su presencia, aunque pasan a sólo unos pasos de sus pies. Las piernas de Wera parecen casi tener brillo propio en la oscuridad. Bill tiene un brazo en torno a sus hombros, y ella, que está echada por tierra, siente esto como un anzuelo gigantesco que se le hincase en el pecho.

Ahora no se oye otra cosa en el mundo entero que los pasos de esos dos, y ella trata de abrir la boca y gritar para penetrar en ellos, pero no le es posible. En su lugar oye lo que está diciendo Wera, y lo dice bajo y con ansia, pero se oye con tal claridad porque es el único ruido que hay en todo el mundo:

## Oye, ¿a dónde vamos?

Y entonces Bill dice, y lo dice también muy bajo, pero para los oídos de ella, que está echada por tierra, es tan alto y tan claro como si lo dijera por un megáfono:

#### - Nada, ya veremos.

Y entonces Wera ríe con una risa que parece un arrullo, y el anzuelo se le retuerce en la carne a la que está echada por tierra. Se incorpora y se apoya con el codo en la tierra, y ve que la puerta de la leñera está abierta e invitante. No, ellos no, quiere gritar, como si se diese cuenta ahora por primera vez de lo que está a punto de pasar, jno, ellos no! Pero si no

lo grita es porque el mundo no está allí para escuchar su grito, y los dos tampoco se meten en la leñera, sino que se están quietos junto al pozo, que, más que otra cosa, es un boquete redondo con una tapadera encima. Sobre la tapadera hay up cubo que sirve para que lo metan en el pozo los que quieran sacar agua de él.

- ¿Y por qué no nos echamos en la hierba, eh? -dice Wera, con voz ronca, baja y apremiante, y esto es lo único que se dice en todo el mundo en este momento.

Pero Bill no contesta a esto. Wera se sienta en la hierba, que es bastante alta en torno al pozo, y solamente sus piernas relucen en la noche. Y Bill levanta la tapadera del pozo y enciende una cerilla para ver el brocal. Luego la deja caer como una estrella para que se ahogue en el pozo.

¿Qué va a pasar ahora?, piensa Irene, y se sienta dentro de la botella azul. Ahora ve a Bill mirar en torno a sí, y ella entonces se agacha rápida y silenciosamente contra la hierba. Cuando se atreve de nuevo a mirar por encima de la hierba ve que Bill está junto a Wera y, con una voz que es lo único que existe, le dice:

- Hale, ven, que sé un sitio.

Dice esto corta, brutalmente, casi como una orden.

- Vaya, ¿pero es que no se está bien aquí? -dice ella, acariciadora, ronroneantemente, corno un gato, tratando de tirar de él con sus largas piernas para tumbarle.

Y entonces él la coge por los hombros y la levanta de forma que ella se queja y trata de desasirse, retorciéndose como una serpiente.

- Hale, ven conmigo, so joyita -le dice, sin soltarla.

Y ella rompe a reír, dúctil y gustosa, y el anzuelo se hinca más y más en la carne de la que está echada por tierra. Los dos dan unos pasos atrás, acariciadoramente, jugando, y entonces suena un chillido dentro de ella y quiere gritarles a esos dos que tengan cuidado, porque la tapadera del pozo no está donde debe, tapando el boquete, pero como no tiene voz alguna en el mundo entero, pues, eso, que no puede gritar.

Y ocurre lo que ella sabía que tenía que ocurrir. Súbitamente Wera sale despedida y en el pozo se oye un sordo chapoteo, y un grito corta el aire saliendo de su fondo, como si el pozo, de pronto, hubiese cobrado voz. Puede esperar perfectamente a ver si los otros la sacan de allí, piensa ella, súbitamente serena, y el grito se corta de pronto como por una tijera, y ella, al principio, no alcanza a captarlo, pero luego le ve a él en la botella azul, pisando fuerte sobre la tapadera del pozo y saliendo a todo correr por el patio y

cayendo como un gran pez en la red del badminton. Y, antes incluso de que a ella le sea posible comprender de verdad lo que ha ocurrido, lo oye jurar y desvincularse de la red y seguir corriendo, a todo correr, azul adentro.

Ha tapado el pozo, piensa ella entonces, la ha echado allá adentro, al pozo, para que no pueda salir de él. Y al principio se siente inconscientemente contenta, porque no acaba de aclarársele del todo en la cabeza lo que ha ocurrido, pero no tarda en salir el grito al aire libre, finos rayos de gritos que salen por la tapadera del pozo, y entonces sí que se asusta. Y entonces alguien deja la luna al descubierto, y ella salta llena de pánico en la botella verde, por entre la hierba agitada, hasta bajar a donde está el pozo. Quizá se muera, siente más que piensa en su interior al echar a un lado la tapadera y abrir la espita del tonel de los chillidos.

- Silencio -grita al fondo del pozo-, silencio, que te va a oír él.

Y entonces cesa el grito, disolviéndose en gemidos angustiosos, y el rostro que mira hacia arriba desde el fondo del pozo es tan verde como una rana arbórea a la luz de la luna.

Pero Wera está como petrificada en el fondo del pozo y no hace otra cosa que gemir y crujir los dientes de terror. Santo cielo, tendré yo la cara tan verde como ella, piensa Irene, con una súbita sonrisa, pero sin perder un ápice de su eficacia.

- Lo que tienes que hacer ahora es cogerte bien al cubo éste, ahora mismo te lo tiro.

Va soltando cuerda pozo abajo y Wera se acerca, chapoteando a la pared mientras Irene comienza a tirar de la soga. Tira de ella con todo su peso, pero, de pronto, se oye un chasquido, la soga cede e Irene cae de espaldas en la botella verde. Con tal de que ahora no se me ponga a chillar otra vez, piensa Irene, llena de eficacia, inclinándose sobre el brocal del pozo.

- Bueno, ahora lo que tienes que hacer es encaramarte, con que te encarames tú un poco, ya me encargaré yo de tirar para arriba.

Y mira Wera para arriba desde la sombra del fondo del pozo, donde su rostro es azul con listas negras. Sus ojos relucen blancos y parpadean como linternas de bolsillo, y, sin más, se pone a gatear pozo arriba, pero, ya en el primer reborde, se le coge el zapato en la piedra y tiene que sacar el pie para poder seguir subiendo.

- Quítate los zapatos, tíramelos a mí -le dice Irene, y Wera se quita, obediente, el único zapato que le queda, y saca el otro de la rendija de piedra como puede, tirándole los dos a Irene con toda su fuerza, con lo que caen a espaldas de Irene, aterrizando en la alfombra herbosa. Luego Wera se coge bien firme a la pared del pozo y va subiendo pared arriba, tercamente, como sorbida por el aire.

Cuando llega tan alto que puede tocarle las manos, Irene alarga las suyas, las coge y se pone a tirar haciendo palanca contra el borde del pozo. La otra es más pesada que ella y a veces parece como si quisiera caer al fondo, pero Irene está llena de gozosa fuerza, porque es feliz y porque va tirando de Wera centímetro a centímetro, hasta sacarla del brocal. El rostro de Wera, que todavía expresa la angustia de la muerte en cada uno de sus pliegues, reluce, verde, con los ojos blancos. No puedo estar yo así de verde, piensa Irene. Poco a poco va saliendo del brocal del pozo el cuello verde, la blusa blanca negra de tierra y madera podrida, desgarrada por clavos, y las rodillas, desgarradas y ensangrentadas, y las piernas húmedas, goteantes, con medias de seda hechas trizas.

Se levanta, vacilante, e Irene se apresura a poner la tapadera en el pozo a fin de que no vuelva a caer en él, y Wera tirita, muda, en la botella verde. Irene corre a buscar sus zapatos y se los pone.

- Ahora tienes que irte de aquí -le dice en voz baja, rápida, apremiante-, antes de que él te vea.

No se imagina lo que podría pasar, y, por eso, trata de tener en cuenta el interés de la otra en la medida de lo posible. Trata de dejar de pensar que Bill quizás se alegrara de ver que Wera estaba salvada, pero sin haberla tenido que salvar él.

Y entonces dice amenazadoramente al oído verde de la otra:

- Nunca se sabe lo que podría hacer si te viera aquí ahora. Hale, ven, que te enseño la salida.

Va a toda prisa por la hierba, hacia el borde del bosque, y no tiene necesidad de volverse para comprobar que la otra la sigue. Sus zapatos empapados chapotean e Irene no puede menos de hacer una mueca. Pasan ante toda la hilera de chalets, y Wera la sigue, fiel como un perro. Aquí sí que no hace falta azúcar, piensa Irene, sin volverse una sola vez hasta llegar a la carretera.

- Ahora lo que tienes que hacer es bajar por ahí -le dice, señalando a la carretera, que se alarga, soñolienta, pendiente abajo a la luz de la luna. Están así un momento, la una frente a la otra, en medio de la carretera, y la luz de la luna ilumina a Wera en pleno rostro, juguetea con el blanco de sus ojos, e Irene se da cuenta de que ella es un poco más alta. La mira al rostro sin la menor hostilidad, y ahora parece carente de toda expresión que no sea un vago reflejo de la

sorpresa que se siente al verse, así, de pronto, arrojado a un pozo.

Pero no dice nada, y sus labios, grotescamente deformados, como hinchados, porque se le ha corrido el lápiz de labios, no se mueven absolutamente nada. Se oye un súbito chapoteo y Wera sale en dirección a la encrucijada, vacilante como una bailarina en la cuerda floja. Irene se mete en el bosque y encuentra el camino por el que había ido antes con el muchacho, y se pone a correr y se siente llena de una violenta, loca alegría.

La casa está en silencio, equilibrando su cuadrado de luz dorada. Irene entra por el mirador, que está a oscuras, pero le ve a él sentado en el banco del rincón, con la cabeza apoyada en la mano. No tienes por qué estarte ahí sentado, siente deseos de gritarle, ahora puedes ponerte tan contento como yo. Pero no se lo grita, a pesar de que también ella tiene ahora voz y voto. En lugar de gritar lo que hace es encender la luz y apartar la mesa para deslizarse hacia donde está él. Entonces se da cuenta de que está dormido y se siente un poco decepcionada, pero, así y todo, le pone el brazo en el cuello y le sopla en la cara.

Él entonces despierta, se sobresalta y abre los ojos. Mira, entrecerrándolos, a la luz, y cuando acaba viéndola se limita a murmurar:

- ¿Pero dónde diablos has estado la noche entera? Salí a buscarte por toda la huerta.

A ella le parece oír un leve, levísimo deje de recelo en su voz, y por esto mismo le señala hacia la carretera, lejos de donde está el pozo:

- No, es que me fui a dar un paseo por el prado.
- Ah, vaya, de modo que te has dedicado a coger patatas -dice él, mirando las manos negras de Irene.
- No -dice ella-, es que estaba un poco borracha y me caí.

Ya está él completamente despierto y se echa a reír y la levanta y la sienta sobre sus rodillas.

- Pero a lo mejor te apetece ahora otra copita, ¿eh? -le dice, acariciándole las rodillas, y ella sonríe y alarga la mano para coger la única botella que no está vacía. Haz conmigo lo que quieras ahora, piensa ella, ofuscada, ahora lo que quiero es ser como las otras, gustarte como te gustan Ing-Lis e Inga y Wera.

Le arde la garganta cuando bebe, pero sonríe valiente entre sus lágrimas y le muerde a su vez cuando él la muerde a ella en la boca. El se echa pesadamente sobre ella en el banco del mirador, pero ella no se escabulle como habría hecho antes. Y entonces hay algo que se mueve por la habitación, y los dos se sobresaltan y se incorporan.

- Ven -dice él, haciéndole un guiño-, esta noche tu y yo no hemos bailado todavía.

Y los dos van a la estancia cuya lámpara, desde el techo, lo inunda todo implacablemente de luz blanca.

Ing-Lis está echada en el sofá, junto a la ventana, dormida, como un cuadrúpedo, sobre los codos y las rodillas. Erik, asomado a la ventana, fuma.

- Diablos -dice al verlos entrar, y se lo dice a la noche, como si allá fuera le oyese alguien-, diablos, me pareció oír a alguien gritar aquí cerca hace un rato, ¿lo oísteis también vosotros?

Y ella entonces mira a Bill y ve que su rostro está pálido y que la piel se le tensa como si estuviera a punto de rajarse. Querido mío, le gustaría a ella gritar, no te preocupes de lo que diga éste, no sabe nada. Erik vuelve hacia ellos su blanco rostro carnoso y les mira, entrecerrando los ojos, entre la niebla de humo de tabaco.

- Ah -grita Bill, encogiéndose de hombros con tal violencia que a ella le dan ganas de gritar-, tonterías, tonterías todo, ite voy a decir una cosa!, tan borracho estás que no oirías nada si se le ocurriese gritar a alguien. Lo que

tienes que hacer es despertar a la chica ésta y a ver si lo pasamos bien entre todos. No hemos venido aquí a dormirnos, qué diablos.

Y tira de Irene tan repentinamente que ésta casi se cae, y se la lleva al sofá, y le da al girasol un azote en el trasero que resuena como en todo el cuarto. Luego pone un disco, le da cuerda al gramófono y pone la aguja en el surco, y vuelve a donde está Irene al mismo tiempo que suena el primer acorde de un solo de saxofón como un galope por el cuarto entero. Los dos se ponen a dar vueltas, y ella aparta el pozo lejos, muy lejos de su mente, y todo lo demás también, y nota que todo el cuarto empieza a dar vueltas en torno a ella, primero despacio, como un disco de gramófono, y luego más v más rápidamente. Es como si sintiera de pronto un nudo en su interior, y una ola la arroja al olvido. Y cuando el boquete de la ventana pasa zumbando a su lado ve Irene que fuera hay una botella azul. Ahora sí, piensa con violencia, y se aprieta contra él, y le muerde la oreja roja que le roza los ojos, ahora sí que quiero.

De pronto cesa la música y ellos se quedan quietos, y ella se siente arrojada de pronto por la habitación, y la severa mano ordenadora lo va poniendo todo en su sitio: la ventana, la lámpara, el sofá, el armario. - Estás un poco desbocada -le dice él al oído, y ella piensa: ¡ahora me lo dice, ahora, y echa una ojeada a la botella azul, ¿por qué no salimos afuera?, a ver, ¿por qué?

Se oye súbitamente alguien que chilla a espaldas de ellos como una rata que ha caído en la trampa, y es Ing-Lis. Erik la ha levantado y la ha puesto en pie, pero ella no quería despertar todavía y él entonces le ha hincado el cigarrillo encendido en la juntura de la rodilla.

- ¿Por qué no tengo yo derecho a dormir, pobre de mí? -dice ella, huraña, haciendo una mueca.

Todavía se siente lacia, pero más serena.

- No puede nunca dormir una -dice, pendenciera-, ¿por qué no despiertas a mi hermana y a su amigo y me dejas a mí en paz?

Diciendo esto se quita el zapato y golpea con él fuerte en la puerta:

- Eh, vosotros, salid de ahí -grita, empujando la puerta. ¿Por qué no haré yo también cosas de esas?, piensa Irene, ¿por qué no me quito nunca los zapatos y golpeo la puerta con ellos?, ¿por qué no me vuelvo nunca loca para que los demás no vayan por ahí diciendo que siempre estoy de morros? Está sola bajo la luz fría que se derrama de la lámpara y vuelve a sentirse deprimida. Bill está junto a la

ventana, dando cuerda al gramófono. Y de pronto se oye un estrépito al otro lado de la puerta del dormitorio:

- ¿Qué diablos queréis? -grita alguien, y ella entonces ve que es Mattsson.

Tiene que apoyarse en el marco de la puerta y está en pantalones de soldado. Y detrás de él se ve de pronto una gran pelambre despeinada en torno a un rostro enrojecido que se asoma por la rendija de la puerta, y la voz de Inga penetra entre el ruido cortante como una sierra. Luego sale a la habitación y se pone en posición de defensa, como un boxeador.

Irene mira en torno a sí, ve los rostros de los demás, pero no consigue percibir en ellos la menor sorpresa o emoción, y entonces se siente perpleja y piensa que está indefensa: ¿Por qué no puedo ser yo como las demás?, ¿qué pasaría si saliera yo por ahí entre todos estos completamente desnuda y dispuesta a pegarme?

- A ver quién es el valiente que se atreve a despertarme a mí en plena noche -silba la sierra, mientras el girasol señala con su brazo lacio a la ventana:
- Ahí le tienes -dice-, si lo que quieres es pegarte.

Y justo entonces suelta su trino el clarinetista, y Bill se acerca a la sierra, que se ha quedado en silencio en medio de la habitación, y le dice:

- Bueno, muy bien, conque quieres pegarte, ¿eh? Pero la otra ya se ha arrepentido y no ofrece ninguna resistencia cuando Bill la coge por la cintura y los dos salen bailando por la habitación.

Y entonces vuelve a sentir Irene el anzuelo y éste es nuevo y muy puntiagudo y más cruel que nunca. Es una mano experta la que se lo retuerce en su interior. ¿Por qué no me desnudo y me pongo a reír y quiero pegarme y hago algo y así los otros no irán por ahí diciendo que lo que me pasa a mí es que no me atrevo a nada?

Y entonces siente que la cosa no tiene remedio, que tiene menos remedio de lo que ella misma pensaba, porque no tiene nada que esperar, porque todo en ella es pasado y porque lo que ella esperaba, lo que iba a ocurrirle, llegó ya y al tiempo no llegó.

Y por esto mismo el animalito que lleva dentro encuentra fácil roerla, hincar sus dientes en cosas frágiles. Una ola de desesperación roja como la sangre surge en su interior, y ella sabe que todo está perdido ahora que sus ojos muertos, sin hincarles cuchillo alguno, reflejan a la chica que está desnuda en medio del cuarto, y es tan superior a ella porque puede vivir como quiere sin que le cueste el menor esfuerzo.

Y entonces ocurre algo que la asusta, al menos por un instante. Mattsson, que sigue apoyado contra el marco de la puerta, chilla de pronto algo que resuena triunfalmente en toda la habitación, como suelen gritar los borrachos cuando creen notar algo que ha escapado a la atención de los que están serenos.

- ¿No sería Wera quien gritó? -chilla Mattsson, curvando el cuerpo en arco hacia adelante.

Y, sin más, se echa de nuevo contra el marco de la puerta y se pone a sonreír tontamente contento con su observación.

- Sí, claro que era Wera -grita Erik, como un eco, y da una fuerte patada en el suelo para acallar el ruido de la música.

Entonces Bill arroja de sí a la chica desnuda, que cae de espaldas, y corre hacia el gramófono y da un puñetazo al disco, con lo que el clarinetista muere en pleno final de un solo.

- Me cago en vuestras fantasías -grita, saliendo de pronto de la botella azul-, voy a enseñaros algo para que os riáis de vuestras imaginaciones, hale, venid conmigo.

Pasa corriendo delante de Irene y la piel de su rostro se tensa como un tambor contra los pómulos.

- Hale, a ver si os atrevéis a venir, ya veréis lo que es bueno.

Todos se congregan ante la puerta abierta y le ven dar vueltas como un loco por el mirador. Coge las botellas de cerveza y todas las otras botellas y las pone en fila en torno a la mesa. Luego se mete debajo del banco y coge una mochila.

- ¡Hale, a ver si os atrevéis, atreveos a poneros todos alrededor de la mesa!

Y los cinco, y la chica desnuda entre ellos, al oír esto se apretujan y abren la boca de asombro, e Irene se sitúa junto a la chica desnuda, y se da cuenta de que tiene moratones en el hombro. Y ella mira a Irene con ojos puntiagudos y dice, lo único que le ha dicho en lo que va de velada:

- Sí, mira, me los hizo mi papá cuando volví a casa el sábado un poco más borracha de la cuenta, y desde entonces ni yo ni lng-Lis hemos vuelto a casa.

Irene siente un escalofrío.

- Sí, señoras y caballeros -dice Bill, casi como un pregonero de parque de atracciones-, ahora háganme el

favor de volverse de espaldas y cerrar los ojos hasta que yo diga.

Todos le obedecen, y se vuelven porque están cansados de ofrecer resistencia, o demasiado borrachos para poder concentrarse en un pensamiento concreto. Oyen que algo se arrastra por la mesa, oyen caerse un vaso, no, vanos.

- Señoras y caballeros -dice Bill, y su voz parece ahora congelada, y todos se vuelven, y los primeros que gritan son Inga e Ing-Lis.
- ¡Socorro! -chillan con los ojos cómicamente abiertos de par en par, y se diría que sus voces colgasen todas del mismo hilo.
- No sigo un momento más en esta condenada casa -grita Ing-Lis, estridente como una sierra, con los ojos clavados en la mesa, retrocediendo despacio sin que sus pies delicados hagan el menor ruido.

Y ya no grita más, ni tampoco escapa. Está como petrificada y con la boca abierta, como si quisiera tragarse todos los gritos que haya por ahí sueltos. Todos se están quietos, mirando a la mesa, y parecen más serenos ahora que tienen el rostro blanco. Irene está en el extremo de la mesa, no quiere gritar, no quiere correr, pero siente que algo está sucediendo en su interior, algo que es peor que el anzuelo.

La chica desnuda desaparece y nadie se mueve en la habitación, es decir: nadie, excepto la serpiente. Todos la ven despertar y cobrar vida. Se diría que se hubiese encendido una linterna en sus ojillos crueles. Poco a poco va estirando su cinta delgada por entre el bosquecillo de vasos de aguardiente y platos. Las escamas hacen un ruido como un susurro de mal agüero al rozar el borde de los vasos, y todos piensan que la plana cabeza de la serpiente se eleva y les espía por encima del bosque de botellas de cerveza.

Y ahora están los cinco en torno a la mesa, como cuando eran pequeños y se juntaban con sus compañeros de juegos alrededor de los calderos de lejía al borde de algún arroyuelo y veían el fuego arder debajo de los calderos, y luego, de pronto, salía una llama y señalaba a alguno de ellos, que, a partir de entonces, quedaba marcado y ya no podía jugar con los demás. Esto es lo que piensa Irene, y ahora todos se dan cuenta de que la serpiente se dirige hacia ella. Vuelca vasos con su larga cinta, e Irene comprende de pronto que está perdida.

Es el espanto lo que agita en ella su pequeño látigo de púas, y ahora se ve desnuda ante el espanto, y sabe que es verdad. Y sabe que ha sido verdad durante todo el tiempo, y que todo lo que ella ha hecho y todo lo que ha dicho sólo ha servido para ir manteniendo en jaque al espanto. Y el espanto es ese animalito al que nadie puede ya poner coto.

Y de pronto prorrumpe en chillidos, sí, es el animalito el que chilla, porque ella, por su parte, no quiere nada, y los chillidos salen de ella como burbujas de ácido carbónico en una botella de bebida refrescante. Y los gritos Se vuelven palabras, y siente miedo de esas palabras, y corre:

-Es verdad -se oye a sí misma chillar-, es verdad, está muerta.

Sale a la escalera del mirador y se tira de cabeza a la botella azul. Tropieza y cae de bruces en la hierba, pero enseguida vuelve a ponerse en pie. Corre por el camino que pasa junto a los chalets, dormidos con ojos ciegos en plena noche. Las ramas de los pinos la golpean en el rostro como duras alas de ave, pero el sendero termina y la arroja a la carretera. Y allí se siente insegura sobre la dirección por la que debe seguir corriendo. Y oye pasos que llegan de dentro del bosque, pasos apresurados, y quiere huir de ellos, pero entonces se rompe la manta y sale la luna de entre sus nubes, y ella, en la botella verde, sabe que no conseguirá nunca escapar de allí.

Pensad en lo que ocurre cuando el día sucede a la corta noche de verano. Alguien va con una escoba empapada en espíritu de sal barriendo las estrellas de la bóveda tensa y reluciente como una capucha de acero. Alguien arroja pequeñas gotas de tinta roja en el espacio, y éstas se esparcen como si encontraran allí arriba una hoja de papel

secante. Y la luz llega, y es como si la noche se arrancara toda una capa de telas de araña, gruesas, negras telas de araña que se dejan coger fácilmente, pero las grises y finas siguen colgando, tercas, sobre la tierra, y por eso el que pasa debajo de ellas cruzando el bosque de norte a sur piensa que todavía es de noche, hasta que ve relucir la maleza delante de sus ojos. Y esto ocurre de manera tan súbita y apresurada que él quizás creyera en un principio que era alguna mariposa que revoloteaba con alas amarillas en el claro, y quizá salga corriendo por entre la maleza húmeda para ver si la coge. Pero entonces se da cuenta de su error, y cuando se vuelve ve que el cielo, a sus espaldas, desde el extremo mismo del bosque y hasta a una milla de altura, es ahora tan intensamente candente, de un rojo oscurísimo, que casi podría temerse que toda la bóveda celeste fuera a derrumbarse del calor. Pero, a pesar de todo, hace frío, es la hora más fría del día, y el momento más claro del día, cuando la escoba acerina de la mañana barre las últimas telarañas de la noche.

Ellos se detienen un momento, antes de que empiece a congelar, en la pequeña cresta de ola que, llena de insolencia, surge del mar del bosque y mira hacia la salida del sol. Cada uno enciende su cigarrillo y la cerilla se apaga silbando entre la hierba húmeda. Luego vuelven ambos la espalda al sol y van ola abajo y se pasean sin rumbo entre las hojarascas del bosque, cuyos árboles se alzan recién lavados

y tiritando contra el viento de la mañana. Mantienen, tercos, la misma dirección que han seguido durante toda la noche, y que saben que acabará llevándoles al ferrocarril.

#### Lo que ha ocurrido es lo siguiente:

El la ha encontrado en la carretera y se ha juntado a ella y ha marchado a su lado a la luz verde de la luna sin decir una palabra. Va más rápido que ella, y ella tiene que esforzarse por ir a su paso, a pesar de que es él quien ha optado por acompañarla. Pasan junto a la cruz del camino y continúan derechos, y el silencio se equilibra entre ellos sobre un cordoncillo. Pero de pronto va él y dice, directa y brutalmente, y ella comprende perfectamente que ha tenido que andar todo este camino para poder decírselo:

### Bueno, ¿qué es lo que sabes tú?

Entonces ella comprende lo que piensa él, y rompe a llorar, y él la coge por el brazo y la conduce bosque adentro. Se echan en la maleza, donde el calor de la noche persiste aún residualmente. Ella se encoge como una mata de berzas en la maleza y él le hace cosquillas bajo el pelo de la nuca con una ramita de brezo. Ella siente el áspero brezo contra los labios y le cuenta, sin levantar la cabeza, lo que le ha sucedido. Pero no le habla de Wera, porque se le ha olvidado ahora que el espanto haya pasado tan cerca de ella.

Él se echa de espaldas y se pone a fumar, y a mirar la luna, escuchando lo que ella le cuenta y luego, cuando ha terminado de hablar, le dice:

# - ¡Todo esto podrías haberlo soñado, chica!

Esto no lo dice, sin duda, para consolarla, o siquiera para ser amable. Él piensa que lo dice para que se olvide lo del pozo. Él piensa que si lo que le ha ocurrido a ella se le transforma en su propia mente en un sueño, también todo lo que le ha ocurrido a él tendrá que transformársele en sueño, siguiendo la ley de la compensación. Y, con este objeto, se asegura de dos salidas de reserva. Y la segunda es: es evidente que tienen que haberla oído y sacado del pozo, y nadie se muere por haber estado encerrado en el fondo de un pozo durante un corto rato.

Por este motivo le dice a ella que es un sueño, pero ella no le cree, está echada de bruces y tiene la mirada fija en el bosquecillo de brezos. Y cuanto más ansiosamente protesta que todo lo que dice tiene necesariamente que ser verdad, tanto más solapados se vuelven los argumentos de él en su contra. Él le dice que a una persona que está borracha y dormida en una huerta le puede suceder cualquier cosa, y, finalmente, le cuenta la larga historia de Olle, que despertó una mañana convencido de que había matado a golpes a alguien de su pandilla. Hay sangre en el cuello de una botella. Con la cabeza doliéndole a todo dolor, Olle va por la

habitación buscando al muerto. Revuelve la ropa del armario hasta dejarla patas arriba y levanta la cama y mira detrás de la estufa. Finalmente se da cuenta de que tiene que haberle enterrado en el sótano para esconder así su crimen, y, con las rodillas temblorosas, baja vacilante las escaleras. Le parece ver un manchón de sangre reseca en una de las bolas del balaústre, y la resaca de la noche anterior se le revuelve en el intestino. Al fondo casi de la escalera se encuentra con la mujer del portero, y le parece que le mira con timidez y recelo y que sube las escaleras con la mayor rapidez que puede a fin de evitar su cercanía. En vista de esto se escabulle él escaleras abajo hasta llegar al sótano, pero va cada vez más despacio a medida que se va haciendo cargo del espantoso espectáculo que le espera allá abajo. En cuanto llega ve a alguien caído de bruces cuan largo es en el pasillo del sótano, y él quiere maldecirse por su torpeza al dejarle allí en medio donde cualquiera le puede ver. Levanta a su compañero y le sujeta con ambos brazos para llevarle a la oficina del sótano. Y entonces el compañero comienza a moverse y a jurar y a poner a Olle como chupa de dómine por haberle despertado en plena noche. Y agita los puños para golpearle, y entonces es cuando Olle se da cuenta de que su compañero tiene una ancha pero superficial herida en la palma de la mano y esto le recuerda de pronto que se había cortado con una lata de conservas durante la cena. Y el compañero le cuenta que su patrona le había echado de la

pensión aquel mismo día, pero él no se había vuelto a acordar de esto hasta que se vio abajo, en el vestíbulo, dispuesto a volver a su pensión y entonces estaba ya demasiado borracho para emprender de nuevo la subida, y los demás le habían ayudado a bajar a dormir en el sótano.

Mientras le cuenta todo esto, comienza ella a tiritar y le castañetean los dientes, y se encoge más aun, con la cabeza bajo la chaqueta desabrochada. La luna se aleja del cielo y no deja de sí otra cosa que un pequeño agujero que en seguida se cubre de nubes claras. Es como estar echados en un gris, transparente tarro de botica. Ella sabe que es verdad, pero, a pesar de todo, comienza el laborioso juego de las cajas, para encerrar a su animalito. A lo mejor hay alguna manera, piensa, entre el brezo pinchoso, y ve aclararse el cielo a través del ojal.

-Cariño -dice ella, y sale del rebuño en que se ha refugiado y hace una mueca con los labios pidiéndole su cigarrillo-, ¿por qué no vamos a ver?

- ¿A dónde? -dice él, distraído, y la tumba de espaldas junto a él.

La brasa del cigarrillo arroja una sombra reluciente contra las comisuras de los ojos de ella, y sus ojos relucen también un poco contra el relucir del fuego.

¿Por qué no hacemos como el otro?

- ¿Qué otro? -dice él, montándose a caballo sobre ella.
- El sujeto aquel de quien hablabas -dice ella, tratando de incorporarse, pero él la retiene por tierra entre la maleza, sujetándola bien con sus duras manos.

Luego él se echa a su lado pero ella se desaferra con movimientos serpentinos y se pone en pie. En la cerradura reluce un candado de acero sin enmohecer y dentro de la jaula forcejea el animalito, impotente para salir de su encierro. Ella se siente invadida por una alegría completamente loca ante la decisión tomada. Es lo más sencillo del mundo, se dice, lo único que hay que hacer es ir allá y ver lo que hay. No puede ser más fácil, fácil como decir amén.

- Anda, ven conmigo -le dice, atusándose el pelo en torno a las orejas.

Él ha encendido una rama de brezo que arde inmóvil y digna como una antorcha en medio de la noche. Enciende con ella un cigarrillo y la apaga soplando fuerte. Luego se pone a su lado en el frío amanecer que despeja todo hálito de calor sobre las matas.

De modo que han andado la noche entera, y él no le ha preguntado todavía cómo sabe exactamente lo que pasó y dónde pasó, y ella, por su parte, tampoco se lo ha preguntado a sí misma. Pero él piensa en la salida de reserva que tiene lista: Si no es verdad para ella, entonces, ¿cómo va a ser verdad para mí?

Poco después de la salida del sol van los dos por un estrecho bosque frondoso que termina súbitamente, acotado por un ancho foso que, con buen apetito, devora campos de avena y pendientes herbosas. Se diría que soplase un leve viento entre la avena, rizándola, pero al cabo de un rato los dos se dan cuenta de que es el sol, que todavía no tiene mucha fuerza.

Después de saltar sobre el foso, indecisos en cuanto al camino a tomar, se quedan los dos al otro lado y ella ve un chalet rojo que reluce como una fresa en la pradera. El sol respira con ligeras bocanadas contra los ojos del mirador de cristal, que parece como si estuviera erguido, pestañeando contra la mañana. La chimenea cuelga como borracha sobre la casa. Una grieta negra la recorre entera como una lombriz de tierra. Se oye ruido en la puerta de uno de los cobertizos, y una persona que no se ha despertado todavía del todo sale al rocío luminoso y se dirige hacia la casa.

Lentamente va abriéndose camino la memoria. Ella se muerde el labio inferior y grita algo con precisión cristalina. Luego echan a correr los dos, uno junto al otro, por el campo de avenas cuyos pesados látigos, húmedos de rocío, les azotan los muslos. Sin aliento llegan a la vía del tren, cuyos raíles paralelos yacen, retorciéndose, en pleno despertar.

- Ahora lo sé -dice ella.

Su pecho se agita con violencia y él la aprieta ligeramente contra sí. Ella le mira al rostro y está seria y pálida y tensa como un arco de violín. Emprenden la subida por el guijo grasiento. El bosque termina en torno a la vía del tren como un boquete.

- Justo aquí -dice ella, y ahora va despacio. Se apartan de la vía y van juntos, despacio y reverentes, como si estuvieran en un entierro. Se paran y respiran delante de cada matorral, pero nada acecha sus espaldas, excepto la luz de la mañana. Finalmente se hincha el bosque brutalmente a un lado y caletas de campo penetran como cuñas hasta las vías. Ellos se detienen junto al borde del bosque y ven las vías como una regla cortar el cerrillo de guijo. Un camino gris y muy apisonado juguetea campo adelante y cesa junto a un pequeño refugio sostenido por postes junto a la vía. El sol escupe contra las ventanas y las seca con su plumero.

-Fue un sueño -dice ella, desconcertada, como hablando al aire.

Luego lo chilla, y cae sobre él.

Pues entonces tampoco puede ser verdad para mí, piensa él, poniéndose contento. Pero de pronto se le tensa un músculo en el pecho y se da cuenta de que no es así. Nota que ha estado andando la noche entera y se le han empapado las

perneras de los pantalones y se le ha puesto la cara en carne viva, y todo ello solamente por ver si encontraba cerrada la salida de reserva. Esto es injusto, esto es espantoso, piensa, invadido por el frío.

Ella se aprieta contra él, y todavía no nota nada. De pronto le nota la mochila a la espalda y por un instante oye un ruido crujiente en la cerradura y siente un temblor en el candado.

-Anda, quítatela -le susurra sobre su hombro, sintiendo una dulce fatiga invadirla como vino en las venas.

Pero él se libera de ella y se va, con pasos irritados, hacia el refugio. Y ella se sienta allí, confusa, sobre una piedra, y se baja los calcetines mojados.

Vuelve al cabo de un rato y ella se fija, sorprendida, en lo rápido que va. Tiene que haber pasado algo, piensa, y se siente un poco, muy poco, asustada. Cuando está más cerca ve que el acaloramiento arde con dos claras llamitas rojas en sus mejillas. Y cuando le tiene más cerca todavía ve que le arden también en los ojos, que ahora están extrañamente inmóviles y relucen con un relucir de ciego.

Él se para delante de ella y la mira allí sentada, en una piedra, por más que ella se de cuenta de que no la ve. Pero se sorprende de lo bien que se domina al hablar:

- Está claro que tu has pasado mucho por aquí, ¿no es eso?
- Sí.
- Y también está claro que conoces todas las estaciones de por aquí.
- Sí.
- Entonces también conocerás, claro, una que se llama L angtorp, ¿o no?
- No.
- La parada esa que hay allí abajo, es tan pequeña que no la habrás visto.
- Eso.
- ¿Y qué dirías si supieses que esa parada se llama Langtorp?

Ella, desesperada, da un grito en pleno silencio:

- ¿A dónde vas a parar? No entiendo lo que quieres decir.

Él, calmoso, dice entonces, al tiempo que se sube las perneras de los pantalones.

- Lo único que quiero decir es que no me parece buena idea que te pongas a buscar a una vieja en el tren de Nynas cuando se ha bajado del de Sodertalje, porque son dos líneas distintas. Quiero decir que la próxima vez será mejor que estés más fuerte en geografía. Es una verdadera lástima que no estés ente-

rada de que el ferrocarril se bifurca muy cerca de aquí. Esto es lo que quería decir, chica, nada más.

Y le da un golpe en la cara, y ella, dolorida, se cae de la piedra y se derrumba, de bruces, contra la hierba y contra el rocío. Cuando se atreve a levantar el rostro ardiente, le ve correr entre las vías a velocidad de loco, con la mochila saltándole contra la espalda. Y todo el tiempo va riendo como una ametralladora, como una fuente, y cuando el bosque aprieta sus puños en torno a la vía del tren, su risa se encoge hasta convertirse en fino hilo de gritos y chillidos que se quedan colgando sobre ella toda la mañana en el claro aire azul como huellas de latigazos. Y el sol sube más y más alto cielo arriba, y seca toda la hierba, excepto el trozo donde descansa su cuerpo. Y ella no llora, ni tampoco piensa, ni sueña siguiera. No hace más que estarse allí echada, quieta, sobre la hierba, bajo el aliso, y primero la asperge un sol débil, y luego la baña otro sol más fuerte, y finalmente llega el sol maduro, que va quemando, sin que

ella, impotente, pueda impedirlo, sus piernas extendidas, su cuerpo rígido bajo la ropa tenue, su nuca temblorosa, como a través de un vaso a prueba de llama con asa de madreperla.

Sí, imaginaos cómo son los días después de las cortas noches de verano.



Nada, que no nos dormimos. Somos ocho hombres, echados en nuestros catres, en un cuarto demasiado grande, donde hay sitio para veinte hombres, y los demás están haciendo maniobras. Pero no es la gran habitación lo que nos impide dormir. Ni tampoco la lámpara de noche que vigila entre los cuarteles, duchándonos con su luz. Ni, menos, el eco de la retreta que redobla entre los muros de los cuarteles en cuanto dan las diez. No es el ruido de grandes coches que pasan a veces de noche bajo nuestras ventanas lo que nos tiene despiertos con su zumbido. Ni siquiera el pensamiento de que por la mañana quizá nos llame el comandante y nos pregunte por qué está tan sucio el pasillo.

Nada de todo esto nos impide dormir. Es, simplemente, que cuando el cabo apaga la luz del techo después de terminada la jornada y nosotros nos refugiamos bajo nuestras gruesas, polvorientas mantas, percibimos de pronto todos y cada uno de nosotros el tenue y pegajoso olor a terror que se levanta de las rendijas del suelo. Tratamos de defendernos de él. A lo mejor hasta nos tapamos la cabeza con la manta y nos taponamos las orejas con las manos, que están frías como el

hielo después de la visita a los lavabos. Pero al cabo de un rato no tenemos más remedio que rendirnos, porque no puede uno pasarse la noche entera con una gruesa manta militar sobre la cabeza. Se asfixia uno.

En fin, que nos estiramos suspirando y respirando el crudo aire cuartelero que nunca parece cambiar, sino que parece siempre el mismo, quinta tras quinta: un poco de sudor, un mucho de grasa de limpiar zapatos, un poco más de grasa de limpiar armas, un poquitín de establo, residuo de la época de la caballería, y lo demás polvo. Es como si alguien estuviera barriendo y echando polvo por las ventanas en los pasillos y las oficinas. Aquí estamos, echados y respirando aire de mil novecientos nueve, como lo llamaba un bromista en los tiempos en que todavía podíamos dormir.

No hace tanto tiempo que es de noche como creemos, y nos arrebujamos bajo las mantas mirándonos el reloj de pulsera. Y tampoco nos hace falta mirarlo, porque podemos oír las campanas del reloj de la iglesia de San Osear. Pero, a veces, se nos hace tan largo el tiempo entre las campanadas que pensamos que hemos estado dormidos bastante tiempo, pero en cuanto nos miramos el reloj de pulsera nos damos cuenta de que sólo han pasado diez minutos desde la vez anterior.

Tenía gracia al principio, cuando nos echábamos y cada uno de nosotros pensaba que era él el que no podía dormir, y en las primeras mañanas ninguno les decía a los otros que no había podido dormir lo que se dice nada en toda la noche, excepto en los cortos minutos en que el sol relucía enrojecido contra los cristales más altos de las ventanas del cuartel de enfrente, hasta que oíamos tocar diana. Todos trata-ban de hacer como si se sintiesen tan descansados y bien dormidos como el que más a la hora de formar y de mostrarse tan descarados con el oficial del día como les aconsejaba la prudencia.

Pero al llegar el descanso del mediodía del primer día todos nos sentimos un poco sorprendidos y molestos cuando, de la manera más inesperada, nos dejamos caer en los sofás, y cada uno, cada cual a su manera y sin contar con los otros, trató de descabezar un sueñecito. Pero cuando volvió a pasar lo mismo al día siguiente, la sorpresa y la irritación se hicieron un poco mayores sobre todo porque aquel día escaseaba el sitio en los sofás.

- -Es increíble la de sueño que se tiene de día
- -nos dijimos unos a otros, bostezando.
- -No resulta tan extraño cuando no se pueden cerrar los ojos en toda la noche -fue la respuesta.

Y así es como reventó la burbuja. Nos sentimos liberados de un penoso secreto y comenzamos a bostezar tranquilamente entre nosotros. Era la misma sensación de alivio que se siente cuando a la compañía entera le ha dado diarrea por culpa del rancho y nos tenemos que pasar la noche corriendo al retrete.

Y cuando tocaron a retreta al día siguiente ya no nos sentíamos tan mal. Cuando apagaron la luz y cerraron las puertas nos pusimos todos a charlar, aunque sabíamos que estaba severamente prohibido. Pero nada le hace a uno tan desesperado como la falta de comida, de modo que no tardaron en oírse carcajadas provocadas por las atrevidas ocurrencias del chistoso del grupo. Es un error pensar que si nos reíamos tan alto era solamente por lo graciosas que nos parecían esas ocurrencias, lo que pasaba era que la risa, al ayudarnos a contener la angustia que sentíamos, hacía el papel de amplificador.

No era, por tanto, de extrañar que el oficial del día, al cabo de un rato, abriese la puerta, encendiese la luz y nos gritase:

-¡Que se ponga firme el que está hablando! Pero, naturalmente, todos nos callamos, sintiéndonos solidarios, y nos tumbamos de lado, tratando de dormirnos, y él no consiguió sacarnos ni una palabra siquiera, a pesar de que fue de cama en cama, cogiéndonos por el hombro y sacudiéndonos. Finalmente se cansó, murmuró algo, apagó la luz y se fue. Pero nosotros seguimos callados como muertos hasta que llegamos a la conclusión de que ya no estaba escuchando al otro lado de la puerta.

Y entonces empezamos otra vez, pero con más prudencia, porque no queríamos que nos interrumpieran; pensábamos que sería una estupidez estarnos allí, en silencio y quietos, sin hacer otra cosa que respirar ese leve y pegajoso olor a espanto una noche más. Y para que no se nos oyese tanto nos pusimos de acuerdo en que cada uno, por turnos, contaría una historia y nadie se reiría por graciosa que fuese. Esa noche nos contamos así tres historias solamente, y no porque fueran muy largas, o porque las contáramos muy detalladamente, sino porque fuimos durmiéndonos poco a poco uno tras otro, y eso se debió simplemente a que las tres historias, y la verdad es que algunos no las llegaron a oír todas, sino solamente dos, o incluso una sola, consiguieron hacernos olvidar por completo el olor a miedo. Y no es que fueran muy notables, sino, posiblemente, que había que contarlas en voz tan baja que teníamos que aguzar el oído para no perdernos la gracia, que sabíamos que llegaría al final de cada historia.

El primero que tomó la palabra no fue el humorista de la compañía, aunque su lengua estaba constantemente en movimiento, incluso cuando no decía nada. Nos reíamos de él y decíamos que tenía que tener la boca untada con grasa de limpiar cuero de primerísima calidad para poder resistir tanto. Y la verdad es que todo él olía a grasa de limpiar cuero.

Esto se debía a que trabajaba en el almacén, cuyos olores dominantes eran la grasa de limpiar cuero y el armol. Quizás era esto lo que le hacía también insensible al penetrante olor a espanto, al menos no tan sensible como los demás, porque al día siguiente, a la hora de formar, nos dijo que no había podido oír el final de la historia de Joker, a pesar de que todos la habíamos oído, incluso el que tenía el sueño más ligero.

Bueno, pues el primero que habló fue Joker, y esto nos sorprendió un poco, porque siempre habíamos pensado de él que sería el último en abrir la boca. Y es que muy pocos de nosotros habíamos oído decir una palabra a Joker desde su llegada a la compañía, haría cosa de un mes. Por esta razón sabíamos muy poco de él. Lo único que sabíamos era que pertenecía a la leva diecinueve, que era el más alto de nuestro cuarto, y que estaba inscrito en el registro como trabajador no cualificado, nacido en Órebro. Sí, bueno, luego nos enteramos también, y llegó a saberlo la compañía entera, de que él era el que había perdido sesenta coronas jugando al póker antes incluso que le dieran el uniforme en el almacén.

Era Glader [Nombre sueco de uno de los enanitos de Blancanieves (N. del T.)] el humorista del almacén, el que solía juntarse con los recién llegados que parecían algo echados para adelante, y jugar con ellos a las cartas detrás de una cama y apostarse

con ellos la camisa, y con frecuencia les dejaba en cueros. Y esto es lo que le pasó al pobre Joker; bueno, la verdad es que no se llamaba así. En fin, que en sólo diez minutos, porque Glader no se atrevía a estar más tiempo fuera del campo visual del sargento del almacén, ya tenía bien guardados en el zapato cinco billetes de diez coronas muy dobladitos, uno muy gastado de cinco, cuatro monedas de una corona y una corona más en moneditas de plata y cobre.

Fue también entonces, estando todos detrás de la cama de Glader, cuando entró en el barracón el teniente y les descubrió. Fue como si hubiera olido en el aire los efluvios de Glader, contaban luego los muchachos, porque había pasado delante de todas las puertas del pasillo de la compañía y entrado directamente en el cuarto donde estaba.

- Hum -dijo como lo que era: un viejo zorro-, me pregunto qué estarán ustedes dos haciendo aquí dentro.

Pero los dos eran veteranos en el arte de jugar a escondidas a las cartas, y ya las tenían escondidas en las mangas de la guerrera.

- Pues nada -dijo Glader, mostrando triunfante el zapato-, que estaba enseñándole al chico éste cómo hay que hacer para dejar bien limpios los zapatos de reglamento. Me parece que es bien necesario -añadió, dejando en el aire una

acusación implícita contra todos cuantos quisieran sabotear tan noble misión.

En cuanto se fue, habló Joker, a quien todavía no habíamos puesto este apodo, y esto fue lo primero que le oímos decir:

-Menos mal que no había calderilla en el zapato.

Pero vino después, cinco minutos después, cuando Glader salió a buen paso hacia el almacén, que estaba en el extremo del pasillo, con sus piernas cortas y torcidas, cuyos pies llevaban bien apretaditas contra la suela las sesenta coronas y una baraja entera. Pero no había andado mucho cuando oyó a sus espaldas una voz de trueno que le gritaba:

## -¡No tenías joker en tu baraja!

Glader se metió a toda prisa en el almacén oscuro como una rata en su agujero, y el oficial Boll, que iba husmeando las cerraduras de los armarios del pasillo y no tenía las reacciones demasiado rápidas, no llegó a darse cuenta de lo que se trataba hasta un cuarto de hora después, y para entonces Glader ya había encontrado una explicación, pero tan complicada y astuta que tuvo que aprendérsela bien de memoria, para poder ir contándola luego. Esto, al menos, era lo que él mismo decía.

Y así fue como dieron a Joker este apodo, aunque la verdad es que le habría ido mejor Boquicerrado, porque

precisamente uno que había tenido ese apodo, muchacho desdentado y pálido, matarife de oficio, por increíble que pareciera, acababa de abandonarnos. Y lo cierto es que nadie había oído a Joker decir lo que se dice una sola palabra desde el día mismo de su llegada, cuando Glader le desplumó de sus sesenta coronas en doce minutos, y por eso nos quedamos todos casi perplejos cuanto le oímos de pronto ponerse a hablar como los demás. Y a todos nos pareció la suya una historia bastante buena, porque la verdad era que aquella noche sintonizábamos todos, a pesar de que, de ordinario, cada uno tenía sus propios intereses, pero su historia encajó exactamente en el estado de ánimo en que nos encontrábamos. Y además había algo en su voz que nos cautivó. Sonaba como si hubiera estado largo tiempo conservada en hielo y acabase, aquella misma noche, de liberarse y servir para lo que sirven las voces. Al principio, claro, hablaba como tanteando, como inseguro, tanto que miedo de que acabara acobardándose y dejándonos con la miel en la boca, a solas con el olor a miedo. Pero, nada de eso, el tío acabó, como ya tengo dicho, sintonizando con todos nosotros.

-Yo he trabajado un poco por todas partes en esta tierra -dijo-. La parte más al sur donde he estado es un lugar deprimente llamado Kristianstad. Allí teníamos que abrir un

pozo para un campesino rico, pero no sé qué es lo que pasó, el caso es que uno de nuestros compañeros se cayó en el pozo y al día siguiente llegó el viejo gritando que él no quería tener cadáveres en su pozo, porque envenenan el agua. Nosotros entonces le dijimos que se fuera al diablo, y le cogimos su mejor carro, con caballo y todo, y nos fuimos todos a la ciudad con el viejo, gritando y pidiendo socorro, atado a la guía del carro, y nos paramos en la plaza y atamos el caballo a la fuente y de allí fuimos a la taberna, donde saciamos nuestra sed antes de coger el tren. Pero no creáis que habíamos olvidado a nuestro compañero sólo porque queríamos ir a tomarnos una copa y reír y armar un poco de bulla. Lo que pasa es que en un trabajo como ése, y cuando se pone la dinamita nadie sabe a ciencia cierta si se apagará la mecha, por ejemplo, ni tampoco si le va a taladrar uno a un compañero cuando se pone a barrenar de nuevo un barrenado antiguo, como dicen los periódicos que ocurrió el otro día sin ir más allá; pues eso, que en ese tipo de trabajo se llora a los muertos de una manera distinta.

»Quiero decir que nadie se pone a gritar ni se asusta, pero cuando se sienta uno después del trabajo a comer cosas grasientas sobre un montón de traviesas de cemento en un terraplén, pues puede ocurrir muy bien que alguno de los compañeros vaya y diga: ¿Qué diablos habría dicho hoy Olle cuando el ingeniero estaba de puntillas en la vagoneta gritando como una bestia porque nadie iba a iluminarle el

camino para que no tropezase y se echase a perder su mejor traje entre toda aquella porquería? Y a lo mejor va alguien y se acuerda de que fue Olle el que subió al jefe de ingenieros por la escalera para sacarle del hoyo de la turbina cuando se construyó la central eléctrica en 1915, y le sacudió el polvo, y le dejó allí, a medio metro del hoyo, y luego volvió a bajar de nuevo, tranquilo como un requesón, sin gritar ni ponerse nervioso. Y entonces todos se echan a reír, y se acuerdan del muerto, y piensan en lo que pasó cuando la vagoneta de cemento se le cayó encima en el pozo junto a Kristianstad.

»Bueno, en fin, cuando volvimos a salir a la plaza los gritos del viejo ya habían atraído a media ciudad, y todos estaban allí, delante del carro, junto al viejo, el jefe de la policía de la ciudad con los dedos metidos en el cinto y las piernas abiertas como un trípode. ¡Ahí vienen los asesinos!, gritó el viejo, señalándonos, y el policía tuerce el gesto, y nos mira ceñudo, y se toca la porra, y la gente nos mira y todos esperan a ver qué va a pasar, y entonces va Pelle el de Uppsala, que es el más alto y más fuerte de todos nosotros, y cruza la plaza con toda calma y se pone delante del jefe de la policía, y todo el mundo se queda en silencio, como si Kristianstad entera se hubiese vuelto muda de pronto. Con la mayor tranquilidad del mundo, Pelle el de Uppsala le da un golpe con la mano en la tripa al gordo jefe de la policía, le tira patas arriba y se le pone bajo el brazo y le lleva a la bomba de agua de la plaza de Kristianstad. El jefe de la

policía jura y patea como un energúmeno con sus piernas rollizas, pero de nada le sirve, porque Pelle el de Uppsala le quita el gorro al jefe de la policía, se lo cuelga de la manivela de la bomba y luego le pone a él el cráneo justo debajo de la espita y se pone a darle a la bomba; no le da muchas vueltas, y cuando termina le vuelve a poner la gorra y le lleva a donde están el caballo y el carro. El agua le empapa el rostro al pobre y el pelo le cuelga como una escoba. Pero Pelle el de Uppsala como si nada, tan tranquilo, pues coge al gordinflas y le monta a horcajadas en el caballo y le ata las piernas con las riendas de manera que no se pueda caer. Al tiempo que hace esto coge al viejo, que está aterrado, y le sienta detrás, y luego le da al caballo y el carro arranca por la plaza de Kristianstad. Y entonces comienza la gente a desternillarse de la risa y a dar gritos y nadie mueve un dedo por sacar al pobre jefe de la policía del aprieto en que está.

»Lo que hacen todos es rodearnos y vitorearnos y para que no nos pase nada varios hombres nos acompañan hasta la estación.

»Yo era entonces un muchacho y no sabéis la admiración que le cogí a Pelle el de Uppsala, tanta que prácticamente no me separé de él más de diez minutos durante los cinco años siguientes. Íbamos juntos de chapuza en chapuza y siempre que pasaba algo que no tenía que pasar iba Pelle el de

Uppsala y lo ponía todo en orden en un periquete, como si nada.

»Una vez estábamos en Noruega y fue allí donde Pelle el de Uppsala perdió un ojo. Trabajábamos en un ferrocarril y la vía tenía que cruzar un monte. Iba mal la cosa. Hacía un frío tremendo y temblábamos todos y hasta los barrenados se congelaban en cuanto terminábamos de barrenarlos, y el barracón donde vivíamos estaba tan mal hecho que entraba la nieve por las grietas, y podía pasar que estando quietos allí dentro se nos pusiese la barba blanca de nieve. Claro está que todos estábamos deseando irnos de allí lo antes posible, y por esto los jefes no querían que fuésemos a la ciudad, porque había muchos que desaparecían por el camino: pero un sábado iba a haber no sé qué fiesta y todos los que trabajábamos allí decidimos ir a ver. Pero alguien tenía que quedarse en el monte para cuidar de las herramientas, para que no desapareciera la dinamita, por ejemplo, y Pelle el de Uppsala se ofreció voluntario. Durante el año que pasamos en Noruega se había vuelto muy silencioso, y la verdad es que yo estaba preocupado porque no sabía lo que le pasaba. Y como me pareció que la cosa, sin él, sería bastante triste, pues me dije que iba a ser mejor quedarme haciéndole compañía allí.

»Estuvimos un rato en el barracón charlando y calentándonos a la chimenea después del frío que habíamos

pasado fuera, y entonces entró uno de los muchachos. Era el más joven de todos nosotros, tenía sólo diecinueve años y era noruego. Aunque era tan joven ya llevaba años yendo por ahí de chapuza en chapuza, como nosotros, de modo que parecía más viejo de lo que era. Esto quizás se debiera a que había perdido los dientes, como suele pasar después de un par de años de no tomar otra cosa que café y azúcar. Bueno, pues el chico ése había tenido una novieta en la ciudad a la que solía ir a ver a veces por las noches sin que se enteraran los jefes, pero esto se había acabado aquella misma semana y el muchacho iba por ahí con aire decaído, diciendo que la culpa de todo la tenían sus dientes. Pero nosotros nos decíamos que a ver, porque a una chica no tiene por qué parecerle mal un buen novio aunque no tenga dientes. Bueno, pues a lo que iba, que el chico aquel entró en el barracón y le vemos decaído y pálido como un sudario. ¿Qué?, ¿es que no vas con los otros a la ciudad?, dice Pelle el de Uppsala, pero el otro no le contesta. El chico, sin más, desaparece por la montaña. Total, que, al cabo de un rato, se levanta Pelle el de Uppsala y sale a echar una ojeada por los cobertizos aprovechando que aún hay luz, y mira en la pared donde solían estar las llaves y de pronto se da cuenta de que falta la llave de él. Reina un silencio mortal en el monte y no se oyen ni siquiera las gaviotas que suelen llegar del mar para ver lo que pescan en los montones de basura. Y entonces vemos una nubecilla de humo que sube entre la

nieve allá por el borde de la montaña, donde empieza la pendiente hacia el fiordo, y parece como una sombra azul en el fondo. Pelle el de Uppsala tiene más experiencia que yo y se da cuenta en seguida de lo que es el humo ése y sale corriendo entre la nieve. Pero apenas ha llegado se oye la explosión, suena como si alguien hubiese tirado un florero desde un quinto piso, y le veo que cae de bruces sobre la nieve y se queda allí, quejándose. Yo voy a todo correr y le levanto y veo que le sale sangre entre las manos que tiene apretadas contra el ojo. Me digo que lo que pasa es que está sudando sangre y me lo echo a la espalda y vuelvo corriendo a donde está la vagoneta, que la teníamos en vía muerta. Del otro, del muchacho, nada, no había nada que hacer. Tiro de la vagoneta todo el camino hasta la ciudad y allí le llevamos en barco y en coche hasta el hospital más cercano. Y cuando sale lo único que queremos él y yo es sacudirnos el polvo de aquel lugar y no volver más a él. Yo tengo una chica en Suecia, y me voy a casar con ella y mi suegro me puede encontrar un trabajo fijo y puedo olvidarme de los ferrocarriles que era lo que había estado haciendo aquellos años con Pelle el de Uppsala. Y esto tenía que pasar precisamente en los últimos días que me tocan de estar allí. La verdad es que parece extraño, después de haber pasado juntos todos los días, o casi, durante cinco años. Pues, en fin, que estamos tendiendo una vía en trinchera y hay una roca suelta que tenemos que dinamitar. Es el último turno del

sábado antes de la semana de pascuas, y para pascuas terminamos. Vamos a poner una última carga, aunque ya es bastante tarde, y sábado, y podría esperar muy bien hasta el lunes por la mañana. Pero todo está listo para la explosión y Pelle el de Uppsala tiene ya el estopín y no le falta más que encenderlo. Total, que le prende fuego a la mecha y todos nos acurrucamos en el bosque, bien protegidos, y vemos el humo azul subir por el aire, y en cuanto ha encendido sale despacio, como de costumbre, pero entonces nos damos cuenta de que vuelve atrás corriendo, y pensamos que la explosión puede saltar en cualquier segundo, pero no podemos hacer absolutamente nada por salvarle. Y así es, que salta la explosión y le vemos que los pedruscos le caen encima y le machacan y le echan por tierra, y enseguida le cubre un montón de piedras el cuerpo. Vamos corriendo en cuanto podemos, pero ya no hay nada que hacer. Como lo que habíamos volado era una roca suelta, pues se formó allí una pirámide de grandes pedruscos que estaban muy separadas entre sí, y a uno se le ocurrió ver si podía moverlos del fondo con una palanca. Pero estaba claro que no había manera, y por eso pensamos todos al cabo de un largo rato que lo mejor iba a ser subirnos a la punta de la pirámide, y entonces alguno de nosotros gritó: ¡Mirad, si vive todavía! Como dije antes, las piedras estaban algo separadas unas de otras, de modo que había boquetes entre ellas, y uno de los compañeros, por pura chiripa, echó una

ojeada al fondo de la pirámide, y allí estaba Pelle el de Uppsala, mirándonos. Y nada más recuerdo, excepto ese terrible ojo vivo, y todos estábamos emocionadísimos y no podíamos apartar la vista de él, y al fin, al cabo de un momento, muchos de nosotros nos avergonzamos y nos dijimos que nos estábamos portando como enjaulados, y entonces se oye gritar al ingeniero, que está pálido como un muerto: ¡Hale, dejad eso!, ¡cubrid el agujero con un pañuelo!, y, sin más, me da a mí su pañuelo, porque yo era el que tenía más a mano, pero justo en aquel momento se oye la voz de Pelle el de Uppsala desde el fondo de la pirámide y lo curioso es que sonaba casi justo como siempre: No os preocupéis, dadme un poco de agua, que tengo sed. Y entonces yo tiro el pañuelo del ingeniero y paso por la pasarela, y me abro camino a codazos, y corro como loco al barracón, que era donde estaba el cubo del agua, y cojo un cazo y vuelvo corriendo a la pirámide, pero es demasiado tarde. Cuando llego allí me dicen que el compañero acaba de morirse y que alguien ha puesto su pañuelo doblado sobre el agujero. Entonces yo voy y tiro el cazo, y fue una vergüenza que ni siguiera pudiera darle un poco de agua antes de morir, después de haber pasado cinco años trabajando juntos. Nos pasamos la tarde del sábado entera desmontando la pirámide, y cuando lo encontramos no podíamos comprender cómo era posible vivir ni siquiera un segundo con tantas heridas, y cuando terminamos, y la

última hora tuvimos que trabajar con lámparas de acetileno, uno de los compañeros dijo: Un monumento como éste que se había construido Pelle el de Uppsala no lo tienen muchos señorones cuando mueren.»

Estuvimos un rato en silencio, en nuestros catres, cuando hubo terminado Joker y todos sentimos a partir de entonces un extraño respeto por él. La mayor parte de nosotros, o quizá todos, nunca habíamos tenido ninguna experiencia realmente notable, nada tan grande que mereciera ser contado allí. Tratábamos de recordar nuestras pequeñas aventuras, nuestros lugares de trabajo, y de acordarnos de alguna persona que hubiéramos conocido y que fuera tan grande como Pelle el de Uppsala, pero, por notables que fuesen, no dábamos con ninguno capaz de comparársele. Naturalmente, se puede pensar que era el ambiente y la sensación de liberación que teníamos por poder salir un momento de aquella tremenda angustia lo que agrandaba las proporciones de lo que acabábamos de oír, pero ni siguiera en circunstancias normales habríamos podido evitar el sentirnos impresionados.

Algunos de nosotros sentíamos también envidia por lo bien que sabía contar, y fue pura envidia, por ejemplo, lo que indujo después a Glader a afirmar que se había quedado dormido a la mitad de la historia de Pelle el de Uppsala, porque con frecuencia suele ocurrir que los que son más ingeniosos y más dados a darle a la lengua en todo momento encuentran mucha dificultad en contar una historia con meollo y seriedad.

Y la envidia fue también, sin duda, lo que animó a Sorenson, el ex marino del perfil puntiagudo. Bueno, la verdad es que todo en él era puntiagudo, desde la frente, que parecía que pinchaba, hasta la nariz cortante y la barbilla que casi le salía como una barbucha de chivo. Era un tipo pequeño, delgado, y los hombros y las rodillas y los codos los tenía puntiagudos como jabalinas. Pero lo más puntiagudo en todo Sorenson era la voz, estridente y chillona como la de una vieja, pero lo cierto era que había en ella algo que cohibía a la gente y les hacía no tomarla a broma.

Había en toda su persona algo que inducía a tenerle respeto, a pesar de lo poca cosa que parecía. Es posible que respeto no sea la palabra adecuada, pero el hecho es que la gente parecía como que se echaba atrás cuando Sorenson se les acercaba y les decía o les pedía algo. Quizá fuera solamente el hecho de haber sido marinero lo que le daba un cierto halo, a pesar de que no podía decirse que él se jactara de su pasado. Indirectamente sí que se jactaba, claro, pero así no irritaba a nadie.

Por eso, cuando Sorenson tomó la palabra, muchos de nosotros pensamos que no era él la persona más adecuada para suceder a Joker, y no teníamos mucha fe en él como narrador. Mentiría si dijese que su voz tenía lo que se entiende por encanto. Podía ser una voz eficaz, sin duda, para asustar o para salirse con la suya, pero verse forzado a estar ahí echado oyéndole contar una larga historia con esa voz resultaba tan agradable como sentarse en el cine con un alfiletero debajo del culo. Eso es verdaderamente lo que pensamos, pero tratamos de engañarnos a nosotros mismos, diciéndonos que, después de todo, su voz no era tan mala, y a pesar de que contaba bastante mal, con larga pausas y muy cortado, la verdad es que lo pasamos bien con su historia, y nos asustó mucho, y tuvimos que reconocer luego que quedamos muy impresionados, pero de una manera, la verdad, algo estúpida.

-Durante la guerra anterior, hacia el final -comenzó a narrar Sorenson, y al principio lo agudo de su voz nos pareció un poco desagradable-, yo tuve que hacer el servicio militar como marino en la armada. No os contaré mucho de eso, y la verdad es que ya lo había olvidado casi todo para cuando terminó la guerra y seguí navegando, pero fue un infierno, un infierno mucho peor que esto, y si alguno de vosotros ha estado alguna vez en una base naval sabrá sin duda lo terrible que puede llegar a ser. Todo el mundo le mira a uno con recelo, y no sólo los jefes, sino también la población civil, y si uno no se anda con cuidado, hasta por las calles, se expone uno en todo momento a cualquier cosa. Y ya sabéis

lo que son las chicas en esos sitios. Los chicos para ellas tienen que tener galones, si no ya se pueden ir al infierno, porque ni siquiera se dignan mirarles de pasada.

(¡Vaya, hombre!, nos dijimos, ahora va a empezar a contarnos sus cuitas.)

-Sólo había realmente un sitio en toda la ciudad donde se pudiera ir, un café que se llamaba «La Casita Verde». Los rumores corrían de quinta en quinta entre nosotros y allí estábamos los marineros en grupos en torno a las mesas y tratábamos de repartirnos con más o menos justicia a las pocas chicas que había. Porque eran, por así decirlo, propiedad nuestra, y no había nada que hacer si lo que querías era una relación seguida. Bueno, pues sobre una de estas chicas corrían rumores. Se decía en la nueva quinta, y todos los que lo contaban aseguraban que era una de esas historias que se heredan de quinta en quinta, bueno, pues, como digo, se decía que una noche de domingo unos muchachos habían conseguido meter de contrabando en el cuartel a una chica sin que se enterase el centinela, y lo habían hecho, naturalmente, haciendo que uno de ellos se fingiera borracho para distraer al centinela y alejarle de su puesto, y entonces fueron los otros y pasaron con ella, y luego lo habían pasado muy bien en el cuartel toda la noche, y cuando tocaron diana la pobre estaba tan molida que apenas si se podía tener en pie. Bueno, pues uno de los

muchachos faltaba al pasar lista aquella mañana, había estado de juerga toda la noche en la ciudad y no pudo volver a tiempo antes del toque de retreta, y para salvarle, pues se le ocurrió a uno de nosotros que era muy despierto poner a la chica en su lugar en la fila. Pues nada, que le pusieron a la pobre unos pantalones, una guerrera y un gorro de marinero y, sin más, se la llevaron entre ellos y la pusieron en el sitio del otro. No había mucha luz, y menos mal, porque así la maniobra iba saliendo bien, y ella se las arreglaba bastante bien para hacer como los demás y todo eso. Y habría salido bien del todo de no ser por el oficial de turno, que de ordinario era un viejo medio ciego, pero que, justo aquella mañana, le tocó a un teniente llamado Wester, que era recién llegado, y, pues eso, que fue a él al que le tocó pasar lista. Y se le ocurrió que los muchachos no eran lo bastante ágiles, de modo que dio orden de saltar del trampolín, cosa que nunca había pasado hasta entonces antes del desayuno, y entonces, cuando los chicos comenzaron a saltar en torno a ella, pues la pobre chica no sabía qué hacer del miedo que tenía, como es natural, y el teniente se le echó encima y le dio un puñetazo en el pecho, tumbándola: Si no puedes, no saltes, le gritó, pero de pronto se le ocurrió que aquel pecho era demasiado blando, y, sin más, se inclinó sobre ella y la cogió por los hombros y le quitó el gorro y así fue cómo descubrió que era una chica.

»Lo que pasó luego nadie lo supo nunca, pero hubo gente que sostuvo que toda la historia no había sido más que una invención del teniente Wester con el único objeto de hacerse popular. Y no me habría extrañado, la verdad, porque el teniente Wester era increíblemente astuto, pero el hecho, de todas formas, es que no le sirvió de mucho, porque no había un oficial de quien todos pensasen tan mal como de él. En cuanto llegabas al cuartel te lo decían: cuidado, no te coja el teniente Wester. Si te coge todo va patas arriba. Y lo notable era que todos le tenían miedo al teniente Wester. Hasta sus superiores, se susurraba, le tenían gran respeto.

»No tardé mucho tiempo en darme cuenta de verdad de por qué los muchachos le tenían tanto miedo, y eso que la primera vez que topé con él era el oficial más amable de toda la armada, pero luego conocí a muchos que decían que a ellos les había pasado exactamente lo mismo que a mí, y que la primera vez, por lo regular, habían hecho algo tonto, como tirar algo u olvidarse de saludar o encaramarse por la puerta del cuartel, y entonces él se les había mostrado de lo más amable y les había ayudado y ellos se sentían llenos de agradecimiento para con él durante toda una semana, hasta que alguien iba a decirles que habían sido asignados al guardacostas del teniente Wester.

»Esa gente decía que no había otro como él para eso de castigar, y yo no les hacía mucho caso, me parecía charlar por charlar. Un día, o una tarde, mejor dicho, andaba yo por ahí e iba a la ciudad completamente solo. Había, desde luego, poquísimos sitios donde reunirse en plan cachondeo, como suele ocurrir en las ciudades de guarnición, y como las chicas de la ciudad eran tan inasequibles, pues los marinos hacíamos nuestras redadas por los alrededores, para ver si así conseguían levantar alguna falda que otra. Muchos de ellos pensaban que lo mejor era salir de caza solos. Por lo que a mí se refiere, yo me iba de merodeo por el campo completamente solo, como ya he dicho, y aquella vez vi que se acercaba una chica en bicicleta por detrás de mí, y me puse a esperar hasta que llegó justo enfrente de mí, y entonces voy y le cojo por el manillar y le preguntó por qué no nos íbamos juntos por ahí un rato. Ella no tiene otra cosa que hacer que bajarse de la bicicleta, claro, de modo que nos vamos por ahí a charlar de tonterías, y cuando me digo que ya hemos ido bastante lejos le pregunto si no sería mejor dejar a un lado la bicicleta y sentarnos al borde del camino. Bueno, total, pues que la cosa fue como tenía que ir y todo va *olrait* y cuando terminamos vemos a alguien que viene por la carretera. Es un sujeto vestido de civil, bajo y grueso, que lleva en la mano un bastoncillo y tiene un puro en la boca. Chist, viene alguien, le digo a la chica, y tratamos de hacernos invisibles. Al principio pensé vo que el sujeto aquel

pasaría de largo, pero luego me doy cuenta de que se nos queda parado delante. Ah, dice la chica, ése es el teniente Wester. No, no es teniente, susurro yo, tratando de tranquilizarme a mí mismo. Pero entonces el sujeto que está en la carretera, y da la impresión de ser muy amable y estar lleno de interés por nosotros, va y nos dice: ¿No os vais a mojar de estar tanto tiempo echados en la hierba? Y yo la creo a ella, y hago un esfuerzo y le digo, audaz e indiferente: No, teniente, no es peligroso. El, entonces, se saca el puro de la boca y nos hace un amable movimiento de cabeza y nos sonríe, y pone bien la bicicleta de la chica, en la cuneta, para que no estorbe el tráfico, y luego, sin más, pues, eso, que sigue su camino agitando al aire su bastoncillo, tan contento como antes.

»Pues vaya tipo simpático, me digo yo, mientras le cepillo la espalda a la chica, pero no tuve tiempo apenas de decirle una palabra, porque se subió a la bicicleta como un rayo y siguió su camino como si la estuvieran persiguiendo. Y entonces me di cuenta de que lo había hecho por miedo. Nunca me sentí tan desconcertado y decepcionado por una cosa de estas en toda mi vida.

»Luego pasaron unos días, y se me olvidó toda la historia, y, con eso de que tenía la espalda algo pachucha, pues me las arreglé para conseguir un buen puesto. Es una barcaza del archipiélago requisada por la armada y que había que

repintar. Pero un buen día me avisan que tengo que incorporarme al guardacostas del teniente Wester. Ah, vaya, pues muy bien. Por la tarde aparece el amable gentleman en la barcaza, pero esta vez va de uniforme, aunque también con su puro en la boca, y tiene la cara igual de abotagada, pero lo que pasa es que ya no está tan amable. Tienes que incorporarte mañana sábado a las tres, me dice, y ya sabes por qué. Y se va, sin más, y yo me digo que esto sí que es mala sombra. Y sobre todo en día de permiso.

»En fin, que me presento en el muelle y entonces veo que no voy a estar solo. Hay otros tres conmigo, que contemplan sombríos el agua grasienta. A las tres en punto sale el teniente Wester al puente de mando y nos ordena subir a bordo. No nos grita cuando nos reunimos con él en la cubierta de proa, al contrario, se diría que lo que quiere es llevarnos por ahí de excursión. Nos llama señores y está tan amable con nosotros que pensamos que los que decían tantas cosas de él tenían que estar equivocados. Lo primero que tenemos que hacer es un poco de gimnasia, y la vamos a hacer abajo, en la sala de máguinas, porque allí se está muy fresco y muy bien. Esto a nosotros nos parece muy solícito por su parte, y nos quitamos encantados los zapatos y los calcetines cuando él nos lo manda, pero no hace tanto fresco después de todo en la sala de máquinas, porque los fuegos arden y la boca de las calderas está abierta de par en par y nos ponemos a sudar como locos con nuestros

uniformes gruesos antes incluso de tener que movernos. Y cuando empieza la gimnasia nos damos cuenta de la razón de que nos mandara estar descalzos, es porque ha esparcido una capa de trocitos de carbón por el suelo, y tenemos que saltar como desde un trampolín y ponernos de puntillas y en posición de caer de bruces, y siempre pisando los trocitos cortantes de carbón. Al principio, antes de empezar a ir más rápido, se las puede arreglar uno para no pisar los trozos más cortantes, pero cuando se acelera el ritmo resulta imposible andarse con esos cuidados, y al cabo de un cuarto de hora de este tipo de gimnasia nos sangran ya los dos pies, y encima las manos también, y se llega a pensar que casi sería preferible estar en el infierno. Pero al cabo de media hora ya se ha parado de sangrar, y piensa uno que es curioso lo fácilmente que se acostumbra, porque la verdad es que no se siente nada, y las heridas están cubiertas de polvo de carbón, con lo que se deja de sangrar, pero tiene uno polvo de carbón hasta en la boca, y tal es la sed que se siente que se daría cualquier cosa por un vaso de agua. Al cabo de tres cuartos de hora ya no se siente absolutamente ningún dolor, y ni se tiene sed siguiera. Lo único que pasa es que está uno tan terriblemente cansado que se sentiría feliz de poder dejarse caer sobre los carbones y quedarse dormido. Pero no es posible, porque la lección de gimnasia dura una hora entera, y para cuando ha pasado la hora ya uno no es nada, y se llega a pensar que qué lástima que no siga la gimnasia

ahora que ya estaba uno lanzado y le daba todo igual. Pero cuando se empieza a subir la escala de cuerda, entonces sí que se da cuenta uno de que tiene los pies y las manos hechos una pura llaga, y se vuelve todo rojo en cuento se abren los ojos, y le vienen ganas a uno de retorcerle el pescuezo al causante de todo esto, pero sólo por un rato, porque en seguida vuelve uno a sentirse tan cansado que sería capaz hasta de vitorear a su atormentador. Estoy seguro de que los cuatro sentimos lo mismo cuando tratamos de localizar nuestros zapatos y nuestros calcetines en la cubierta. Y no tuvo ninguna gracia cuando quisimos ponérnoslos, porque iba a tardar mucho el pie en poder aguantar zapatos normales, y notamos lo terriblemente difícil que era andar por un suelo sin trozos cortantes de carbón.

Y si no llega a ser más que esto, bueno, pues no habría sido nada, porque habíamos llegado a un estado de ánimo en que nada nos parecía peligroso. Uno se siente así, a veces. La primera media hora está uno irritadísimo, enloquecido, pero en la segunda le vence la apatía, y luego llega una fase en la que vuelve uno a enloquecerse. Y cuando el teniente nos reunió en torno a sí en la cubierta de proa, señaló al palo de trinquete y dijo que le gustaría vernos ahí subidos, sosteniendo un buen lastre en el penol de la verga, los cuatro comprendimos, sin el menor género de dudas, sin siguiera mirarnos unos a otros, lo que quería decir aquello.

En fin, que fuimos primero, con nuestros pies heridos, a por una larga escalera que había en el muelle, y la levantamos contra el palo de trinquete con unos dolores que no os podéis hacer idea. Luego tuvimos que ir a por el lastre, que también estaba en el muelle. Era un enorme pedazo de hierro y apenas si lo pudimos levantar entre los cuatro. Y cuando lo hubimos llevado a bordo tuvimos que pararnos un poco los cuatro para mirar al penol de la verga, que estaba altísimo, y nos sentíamos muertos de cansancio, y entonces llegó Wester con su máquina fotográfica y nos gritó «si no habíamos levantado ya el lastre», y fue notable lo fácil que nos pareció cuando lo levantamos entre todos comenzamos a subir por la escalera, que era tan ancha que podíamos ir de dos en fondo, con el lastre a cuestas. Fuimos subiendo, peldaño a peldaño, y teníamos mucho miedo por si la escalera se volcaba con nosotros y todo, pero la inclinación era buena, y, la verdad, no nos parecía que hubiese mucho peligro. Finalmente, ya estábamos casi arriba cuando va el teniente Wester y se pone unos peldaños por debajo de nosotros, mirando a la punta del penol de la verga, y nosotros nos ponemos a mirar hacia abajo, y aunque no nos miramos los unos a los otros ni una sola vez, nos dimos cuenta inmediatamente de lo que iba a ocurrir. Nos quedamos mirando atentamente a la frente blanca como la nieve que, desde donde estamos, nos parece como una cinta blanca. Todo lo demás lo tenía atezado, pero la

frente era completamente blanca, casi como si se la hubiesen untado con pomada. Miramos en torno a nosotros pero no vemos a un solo ser humano en todo el puerto. Me acuerdo de que vi un gato negro que saltaba justo en aquel momento de la cabina de una grúa y que el lastre en seguida comenzó a resbalárseme de las manos, y no sé, la verdad, quién lo soltó primero, o si fuimos todos al tiempo, pero el hecho es que sólo tuvimos tiempo de mirar una vez más a la frente blanca cuando el lastre ya se le caía encima.

»Sí, claro, hubo interrogatorios e investigaciones, y todo lo que queráis, y todos pensaron que había sido una desgracia de lo más lamentable, y ahora viene lo bueno: ninguno de nosotros cuatro, los que habíamos soltado el lastre contra la frente del teniente Wester, dijimos o pensamos que había sido otra cosa que eso, una desgracia, sí, porque, claro, si alguno de nosotros hubiese dicho a los demás: le dejamos en el sitio a propósito, pues los demás le habríamos mirado como si estuviese mal de la cabeza, y por eso dormíamos tan bien por las noches. Apenas nos veíamos entre nosotros, casi no volvimos a hablar del asunto, y enseguida dejamos de vernos cuando nos mudaron a cada uno a un sitio distinto. Y pasó por lo menos un año sin que soñara yo con ello. Y una noche me desperté sudando y pensando que le tenía allí, en la habitación, con la frente partida, y así una semana, hasta que no tuve más remedio que mudarme, y me mudé a un sitio distinto, esperando que allí podría dormir mejor, pero como si nada. Total, que tuve que acabar yéndome a la mar para escapar de aquella obsesión, y a bordo, entre los camaradas, conseguí olvidarlo, aunque, no creáis, su tiempo me llevó.

»Cuando atracamos en Lisboa contratamos a un sueco y a los pocos días nos reconocimos. Y yo creo que los dos esperábamos que hubiera sido otro y no el que pensábamos, y hasta que llegamos a Málaga no nos atrevimos a preguntárnoslo, y llevábamos mirándonos de reojo y durmiendo mal desde Lisboa. En Málaga el otro desembarcó y no le volvimos a ver, y nadie entendía porque..., bueno, nadie excepto yo. Pero no dije nada entonces ni he hablado a nadie del asunto hasta hoy.»

Cuando terminó de hablar Sorenson todos nos quedamos tan callados que hasta se oía el leve resonar del reloj de la iglesia de San Osear casi como una llamada de corneta. No había nada que decir sobre aquella historia, ni nada que preguntar. No había en ella nada por esclarecer, ni tampoco estaba lo que se dice rematada, y todos nos quedamos con la extraña sensación de haber sido cómplices de ella. Era exactamente como si nosotros mismos fuéramos los cuatro que una cálida tarde de verano dejaron muerto al teniente aquel. Poco a poco acabamos dándonos cuenta de que era eso lo que nos pasaba, induciendo en nosotros la extraña sensación de complicidad en un acto repulsivo, pero, al

mismo tiempo, comenzamos a reflexionar en la verdadera culpa de Sorenson y sus compañeros y en si realmente fue aquello un asesinato, y fuimos llegando a distintas conclusiones. Posiblemente los más avanzados de nosotros, que no sé quiénes serían, comenzaron a reflexionar sobre la verdadera diferencia que puede haber entre el asesinato y lo que a primera vista parece una simple desgracia, pero lo cierto es que resulta peligroso darle vueltas a esas cosas, sobre todo cuando es de noche y está uno asustado y no se puede uno dormir precisamente por el susto que tiene.

Por eso nos alegramos y nos sentimos aliviados cuando, por fin, se rompió el silencio. Pareció de pronto como si alguien hubiera vuelto a unirnos, arrojando de nosotros aquel siniestro estado de ánimo que nos oprimía. Y lo mejor de todo fue que el que había empezado a hablar era tan tranquilizante y nos inspiraba tal confianza que nos dijimos que lo que estaba a punto de contarnos no nos iba a asustar. Era rollizo de cuerpo y rostro, pero de una manera, como si dijéramos, estable, sin llegar a gordo y abotargado. Y esa estabilidad se le notaba también en la voz. Raras veces decía algo, aparte de una que otra palabra, pero lo que sabíamos de él nos predisponía a pensar que lo que íbamos a escuchar sería una historia que, por decirlo así, borraría la anterior; no sé si me explico bien, quiero decir que sería algo que suavizaría las aristas de las del Buton y Sorenson, que todavía nos hacían daño. Por esta causa nos sobresaltamos todos algo cuando le oímos decirnos con su voz estable que ahora nos iba a contar una experiencia suya en España en 1938, donde estaba «disparando un poco», como lo expresó a su manera desapasionada y rolliza. Y fueron dos las razones de que nos sobresaltáramos cuando Edmund, a pesar de la estabilidad rolliza y casera y confianzuda que hasta su nombre respiraba, comenzó su historia con estas palabras. La primera razón, y la más importante, dado el estado de ánimo en que nos hallábamos, era que pensamos que nos iba a contar algo sobrecogedor, y no estábamos seguros de poder soportarlo después de las otras dos historias, y la segunda que nos pareció increíblemente sorprendente el que Edmund hubiera luchado en España. Y nos parecía increíble precisamente por lo difícil Edmund. resultaba relacionar rollizo. tan а tan invariablemente calmoso, con una cosa como la guerra; por ejemplo: con la posibilidad de que hubiera matado a alguien. Resultaba extraño también por otra razón, y era que muchos de nosotros no empezábamos a darnos cuenta de lo que la guerra de España había supuesto para la paz mundial ni siguiera ahora que la verdadera guerra llevaba ya varios años en marcha, y nos sorprendía que Edmund se la hubiera dado tan pronto, y esta idea a muchos nos llenó de envidia.

Pero una vez que Edmund comenzó a hablar y a contarnos su historia, comprendimos enseguida que los temores que nos habían inspirado sus primeras palabras eran innecesarios. Parecía propio de la forma de ser de Edmund que no nos contara algún ataque con bayoneta o una lucha cuerpo a cuerpo entre los cipreses, en algún pequeño lugar desolado de España, pero sí lo era, en cambio, que nos contase lo siguiente:

-Estábamos en plena retirada en algún lugar de la costa mediterránea oriental de España. Es difícil dar nombres, porque acababa uno de llegar a España y había ido derecho allí, y luego los nombres de lugares españoles resultaban difíciles de recordar; además, cuando uno está en retirada no se preocupa mucho de aprenderse de memoria los lugares por donde pasa. Cuando se avanza la cosa es completamente distinta, porque entonces tiene uno los ojos abiertos y se fija en cualquier letrero que vea, pero en las retiradas es como si estuviera uno todo el tiempo con los ojos mirando a la tierra y sin la menor idea de por dónde pasa. Pero no creáis que la nuestra era una retirada en desorden, porque todavía no habíamos llegado a la conclusión de que la situación era desesperada, y no nos sentíamos ni nerviosos ni deprimidos. Era, simplemente, como si nos hubiéramos tomado unos días de permiso y contásemos con volver enseguida al trabajo. Muy distinto, claro, cuando los que huían eran los otros. En los primeros días que había pasado yo allí hicimos una ofensiva, bueno, no una ofensiva en gran escala, sólo un pequeño avance rápido, y cogimos muchos prisioneros. Los pobres temblaban

como hojas cuando les cercamos, serían una veintena que habían tirado las armas para correr mejor, en una cañada. Eran casi todos italianos y no hacían más que gritar, hasta el punto de que tuvimos que amenazarles con disparar si no dejaban de meter bulla. Bueno, pues lo que pasó es que este episodio nos indujo, al principio, a subestimar al enemigo, o, por lo menos, esto es lo que nos pasó a los recién llegados cuando empezaron a llegar refuerzos y nos vimos obligados a retirarnos, que nos sentíamos optimistas y pensábamos, como ya he dicho, que sólo era cuestión de un par de días de vacaciones. Pero, también como ya he dicho, por voluntaria que sea una retirada, los que se retiran miran al suelo a pesar de todo, y nosotros íbamos o conducíamos por un pueblo tras otro, por una pequeña ciudad tras otra, sin darnos cuenta siguiera de cómo se llamaba. Y aquellos lugares contribuían también a esta actitud nuestra, porque todos ellos eran bastante iguales entre sí. Los pueblos, o bien estaban como relegados a un lado del bosque, o se emperchaban, relucientes y orgullosos como pavos reales, en las laderas de los montes, y todos tenían una cosa en común con las ciudades por las que pasábamos: estaban tan despoblados e incendiados como ellas. Ciudad tras ciudad, pueblo tras pueblo, todos cuidadosamente bombardeados por la aviación enemiga, que, por otra parte, nos fue pisando los talones durante toda la retirada. Y en uno de los últimos días nuestra retirada se vio complicada además porque nos dieron en los carros de provisiones y pasamos más hambre que las ratas, hasta que, por fin, nos unimos a los refuerzos y pudimos volver de nuevo hacia el sur.

»Todos los que han visto una casa incendiada pueden imaginarse lo que tiene que ser no ver otra cosa durante días. Llegamos a sorprendernos de las pocas ruinas que había en los lugares por donde pasábamos, pero, en vez de ruinas, lo que había era casas con las ventanas convertidas en bocas abiertas y con paredes ennegrecidas por el humo, fijamente cuando pasábamos. Parecían mirándonos cadáveres, vacías y abandonadas como estaban. Es notable lo que cambian hasta las líneas de las casas en cuanto quedan abandonadas, cuando se les quitan las cortinas y las flores de las ventanas, cuando se les saltan los cristales, se les arrancan las puertas y el fuego les lame las paredes por fuera. Parecen tan amenazadoras y asustan tanto que uno casi no se atreve a entrar en ellas. Y tal era el silencio que reinaba cuando nos acercábamos a los pueblos que el único ruido que se oía era, realmente, el de nuestros propios pasos. No se encontraba un solo ser humano, y a veces se diría que estábamos completamente solos en todo el planeta. A veces llegábamos a alegrarnos en cuanto la aviación enemiga asomaba por las cimas de los montes y comenzaba a girar en torno a nuestra columna. Sin darnos mismos cuenta, íbamos más silenciosos nosotros baiábamos la voz cuando pasábamos por los pueblos

incendiados V abandonados, exactamente como si temiéramos despertar a alguien. Pero el caso es que no teníamos más remedio que pasar la noche, o, mejor dicho, dormir unas cuantas horas, porque tanta prisa teníamos que nunca pudimos gozar de un solo descanso nocturno que durase la noche entera, en algunas de esas casas aterradoras, y en los últimos días de la retirada, después de que nos bombardearan los carros de las provisiones, llegamos incluso a husmear por las casas para ver si no quedaría algo de comer en ellas, pero, como es natural, no quedaba absolutamente nada. Bueno, excepto las ratas, que salían corriendo en cuanto metíamos ruido al entrar en las habitaciones; es curioso lo poco que tardan las ratas en hacerse las amas de un pueblo desierto: si toda la especie humana desapareciera de la tierra de un día para otro, es seguro que en seguida se convertirían las ratas en las amas del planeta.

Un atardecer, después de un día insólitamente caluroso, llegamos a uno de esos pueblos vacíos, que, por cierto, se parecía muchísimo a todos los demás por donde habíamos pasado, y nos pusimos de acuerdo en que lo mejor iba a ser quedarnos allí un rato y continuar luego en plena noche. Durante todo aquel día un avión solitario había estado dando vueltas tercamente sobre nosotros, y a todos nos había sorprendido apáticamente, abrumados por el calor como estábamos, el que no se decidiera a atacarnos, hasta

que nos dimos cuenta de que era de los nuestros. Tan raro era aquello que nos sentimos más animados que si hubiéramos topado con todo un escuadrón blindado de nuestras fuerzas, y nuestra moral subió mucho de esa manera irracional, como el hombre que se siente completamente desesperado porque está arruinado y de pronto se encuentra una monedita de unos céntimos en el bolsillo; pues lo mismo nosotros, que nos invadió una de esas alegrías frenéticas al llegar aquella tarde a las afueras de un pueblo abandonado, cuando ya comenzaba a oscurecer.

»No esperábamos mucho del pueblo aquel, triste es decirlo, lo único es que hicimos la ronda tradicional por las casas para ver si algún campesino descuidado no se habría dejado olvidada una ternera o un buey que nosotros podríamos aprovechar; y la búsqueda resultó infructuosa, como de costumbre. Pero cuando la patrulla de la que yo formo parte llega al otro extremo del pueblo sin que hayamos visto otra cosa que lo de siempre, vemos detrás de unos matorrales una escena que nos sobresalta hasta el punto de que aprestamos los fusiles para disparar. Hay allí una casi incendiada como las otras, pero con mantas colgando de los boquetes de las ventanas, además conservaba la chimenea, y sale humo de ella. Nos acercamos cautelosamente a la casa encantada, dispuestos a hacer frente a cualquier sorpresa. Pero no ocurre nada, y nos atrevemos a entrar por

la puerta principal, que está completamente intacta, con todos sus goznes.

»Uno de nosotros la abre de golpe y se hace a un lado rapidísimamente para que no le disparen en el pecho si hay alguien escondido allí dentro. No se oye absolutamente nada y todos nosotros empezamos a sentirnos un poco raros, pero ya veréis. Alguien suelta un juramento dentro de la casa en un español de lo más puro, y los españoles que había entre nosotros rompen el silencio, riéndose a carcajadas. Gritan algo al que está dentro de la casa; por el tono de sus voces nos damos cuenta de que no es nada peligroso, y un momento después aparece un viejecillo reseco, el tipo más notable que he visto en toda mi vida, y le vemos salir por la puerta como si tal cosa. Y en cuanto nos ve se pone a saltar como un balón de fútbol y a gritar y a hacer grandes ademanes, llevándose las manos al cuello. Pero los españoles le dan al viejo golpes en el hombro y le hacen callar de pronto.

»Un camarada que sabe español me susurra que el viejo pensaba que éramos las tropas de Franco, pero que los españoles le habían hecho callar. Yo echo una ojeada al viejo, que ahora está callado ante la puerta de su casa. Parece un pedazo de carne reseca que lleva demasiado tiempo a la intemperie. En los pies lleva las sandalias españolas de costumbre, alpargatas, pero, por lo demás,

parece casi un cowboy con sus pantalones anchos de cuero con flecos que le cuelgan de un par de cuerdas del cuerpo delgado. De la cintura para arriba lo único que lleva es una camiseta blanca de tela muy fina, y en la cabeza un enorme sombrero de paja del que le salen mechones de pelo blanco. Pero os aseguro que no se quedó callado mucho tiempo. De pronto le relucen los ojillos y comienza a hablar en español como una cotorra, y os aseguro que nunca había oído yo hablar más de prisa a nuestras ametralladoras, y mi camarada, el que sabía un poco de español, sólo para andar por casa, no tiene la menor posibilidad de entender nada a tal velocidad. Pero los españoles rompen a reír a carcajadas, y la patrulla entera, con el viejo a la cabeza, se pone en camino hacia el patio donde vemos una especie de cobertizo de maderas que amenaza caer de pura debilidad senil.

»El viejo coge el picaporte y abre la puerta del cobertizo, y enseguida se oye un cacareo que realmente nos hace daño en los oídos, que tanto tiempo llevan sin oír nada parecido. Dentro hay una gran caja cubierta por un grueso disco de cartón, sujeto por cuatro grandes piedras, una en cada esquina, y con grandes agujeros redondos perforados en él. Entramos uno tras otro y miramos en el interior de la caja, y qué diréis que vimos en aquella semioscuridad, pues nada menos que gran número de gansos allí metidos. No hay forma de contarlos, pues lo único que se ve es una confusión de cuellos largos y picos, y los españoles vuelven a reír al

verlos, pero los que no somos españoles pensamos que es una verdadera lástima, y el que sabe un poco de español le pregunta al viejo por qué no los deja en libertad para que salgan a picotear por ahí.

»Y entonces el viejo le suelta una andanada de palabras, pero uno de nuestros españoles se lo traduce, hablando despacio y claro: dice que el viejo tiene sus gansos guardados dentro de aquella caja, en aquel cobertizo, desde que empezó la guerra, y que piensa seguir teniéndolos allí hasta que termine, que ya le ocuparon una vez las tropas de Franco (por eso está todo tan incendiado, pensamos nosotros), y que el viejo, con todo lo simple que es, hizo entonces grandes servicios a la república, y no quiere perder sus gansos por nada de este mundo; pero, así y todo, añade el español, con un guiño taimado, esta vez va a ser inevitable que eche de menos uno o dos.

»Nos invita el viejo a vivir en su casa y nosotros aceptamos encantados. Hasta nos da algo de comer y todo, y esta es la primera vez en varios días en que nos sentimos ahítos cuando nos echamos a dormir. Nos envolvemos en nuestros capotes con las armas bien a mano. Hemos llegado a acostumbrarnos de tal manera a dormir con el fusil al lado que la verdad es que no podríamos dormir sin él. Pensábamos que podríamos cerrar los ojos en pocos minutos, pero de pronto nos despierta un irritante zumbido

que va en aumento, y es exactamente como si un abejorro nos estuviera zumbando en los oídos.

»Cogemos los fusiles y salimos a apostarnos fuera, bajo la luna clara, plateada, y vemos la escuadrilla enemiga que, por alguna macabra brujería, parece salir del disco mismo de la luna. Nosotros apretamos los dientes y maldecimos el estúpido optimismo que nos indujo a pensar que el avión aquel que giraba sobre nosotros era de los nuestros. Ahora nos damos cuenta de que era un avión de reconocimiento. Pero aquel avión, sin duda alguna, era de un tipo muy corriente en nuestra aviación, si es que realmente se puede hablar de tipos de avión en un batiburrillo de aviones dispares como era la nuestra; en fin, que llegamos a la conclusión de que lo que había pasado era que el enemigo se había apoderado de él en alguna incursión súbita en uno de nuestros campos de aviación.

»Nos apostamos en el patio y vemos tres formaciones de bombarderos que vienen sobre nosotros, y mentiría si dijese que no estábamos asustados. Claro que lo estábamos. Hay que estar allí para saber lo que es estar en un pueblecito situado en una hondonada. Los otros no habrían tenido trabajo más fácil si llegan a estar en pleno Mediterráneo, y nosotros, por nuestra parte, nos sintamos como quien está en el punto mismo del blanco justo antes de que empiece una competición de tiro al blanco, porque lo que hicimos fue meternos en buen orden en la casa y cerrar la puerta, como si esto fuera a servirnos de algo. Y una vez dentro nos sentamos en un banco que había contra una de las paredes y esperamos.

»No tuvimos necesidad de esperar mucho tiempo. Ni era tampoco aquella la primera vez que veíamos un bombardeo, tanto en ciudades como en campo abierto, pero nunca hasta entonces, como ahora, en una ratonera. En las ciudades se sienta uno y se pone a escuchar las explosiones lejanas, deseando que las bombas caigan de una vez cerca de uno, para así no tener que sentirlas acercarse poco a poco. Hasta que se empiezan a oír en el barrio de al lado y entonces uno se dice que por esta vez está salvado. En campo abierto la cosa es muy distinta, muy implacable, porque está uno echado en la hierba, a sabiendas de que con eso no se consigue absolutamente nada. Piensa uno que la tierra reluce como una bala de acero y tiene tantos agujeros donde esconderse como una bala de acero. Se piensa que está uno abandonado a la misericordia del cielo y que ya casi sería lo mismo estar flotando en el aire como un globo de cortina, haciendo de blanco a las ráfagas de ametralladora. Y se echa uno y se pone a pensar cuándo empezarán a silbar las bombas. Esto es lo único que sirve de algo de verdad cuando suenan en el aire las explosiones y uno se siente loco de alegría porque no le dan, y esta sensación de locura persiste mientras siguen oyéndose explosiones alrededor y uno está salvado por esta vez.

»Pero ahora la cosa era completamente distinta, más siniestra, más implacable. Yo creo que ni siquiera nos preocupamos de pensar cuándo empezarían a silbar las bombas. La casa entera se estremecía con las explosiones, aunque nosotros pensábamos que las bombas estaban cayendo por el otro extremo del pueblo. Luego los silbidos desaparecían entre las explosiones y parecía como si estuviéramos en un barco que se bamboleaba. Nos tiramos al suelo de bruces y oímos ruido de ametralladoras. Pensamos que la columna tenía que haberse desplegado y había sido descubierta. Seguro que era eso lo que nos había salvado a nosotros, los que nos encontrábamos en la casa.

»Estábamos echados, con la frente bien pegada al suelo, esperando la siguiente oleada, pero no llegó, y aquellas gruesas nubes de estruendo se disolvieron, reduciéndose a un irritado zumbido y un traqueteo de ráfagas de ametralladora, nada más. Pero luego oímos un ruido que hasta entonces no habíamos notado, y que dominaba todos los demás; nos miramos llenos de asombro al tiempo que nos levantábamos despacio para ver si seguíamos sanos y salvos. Y entonces uno de nosotros se dio cuenta de que el ruido aquél estaba en la habitación misma, y que no era otra cosa que los ronquidos del viejo.

»No pudimos menos de echarnos a reír, aunque fuese por lo bajines, y nos acercamos a él sin hacer ruido, y allí le vimos, en un rincón, envuelto en una gruesa manta. Y entonces empiezan a caer bombas aisladas a buena distancia de nosotros, y vimos a la luz de la luna que llenaba el cuarto, al tiempo que las mantas salían despedidas de las ventanas, que el viejo abría la boca, y murmuraba algo. Daba vueltas, inquieto, y acabó arrojando de sí la manta. Nos apresuramos a envolverle de nuevo en ella para que no se despertase, y mientras seguían oyéndose explosiones por la parte del bosque, muy lejos, a nuestras espaldas, nos congregamos en torno al viejo dormido, sin preocuparnos de otra cosa en el mundo entero que de su sueño. Era, ni más ni menos, como si aquel momento la guerra no tuviera más consecuencia que turbar el sueño del viejo, como si con sólo que él despertase perderíamos nosotros la guerra.

»Pero después de un silencio que no duraría más de un par de minutos comienza a oírse de nuevo una orquesta de silbidos en el aire sobre nuestras cabezas, y las explosiones siguen un segundo después. Tan cerca es que de pronto nos da la impresión de que el aire nos arranca de donde estamos y los pulmones se nos van a salir por la boca, y es como si la cabeza nos estallase con tanta explosión. Nos tiramos unos sobre otros, y en medio de todo aquel estrépito oímos una especie de cacareo, pero quizá no sean más que imaginaciones, y de pronto empiezan a entrar cosas volando

por las ventanas y a tropezar con las paredes y por el suelo con gran confusión y ruido. Damos gracias a Dios porque no estamos delante de una ventana, y justo cuando todo aquel ruido cede vemos al viejo quejarse y nos inclinamos inquietos sobre él. Sus párpados se agitan, pero no abre los ojos, no hace más que dar vueltas lleno de inquietud. Se queja a media voz y comprendemos que ya está medio despierto. Entonces uno de los españoles se inclina sobre su rostro y le susurra algo, bajo y suave, y vemos que el viejo vuelve a tranquilizarse y a sumirse de nuevo en el sueño y a roncar. Sólo entonces nos atrevemos a acercarnos a la ventana, y vemos que es el cobertizo del viejo lo que ha sido alcanzado por la bomba. Luego el zumbido de motores de avión se va haciendo más y más débil, y cuando salimos al patio les vemos volando luna adentro como pequeñas pulgas plata. Se acabó, salimos en busca de de nuestros compañeros. Les vemos llegar de distintos lados, vuelven al pueblo, y enseguida comprobamos que las bajas han sido pocas, gracias a que tenían centinelas y habían sido más atentos que nosotros y se habían podido refugiar en el bosque antes de que les cayera encima la primera ola. Aparte de esto, la mayor parte del pueblo estaba en ruinas, y en la calle del pueblo yacían cinco de nuestros compañeros, habían sido sorprendidos ráfagas por las aue ametralladora. Los enterramos en un campo, en las afueras del pueblo, y dejamos sus fusiles sobre sus tumbas.

»Fuimos a dar una vuelta por el pueblo al amanecer, para inspeccionar los daños. Nunca había visto yo en mi vida un pueblo tan completamente destruido por bombas como el pueblo aquel, y era un verdadero milagro que la casa del viejo no quedara hecha escombros. Muchas de las casas de la calle del pueblo estaban totalmente arrasadas, y de la copa de uno de los cipreses colgaba una mesa de tres patas. Donde antes había habido casas había ahora grandes hoyos, y en un lugar la bomba tuvo que caer justo sobre una corriente de agua subterránea, porque uno de los hoyos estaba completamente lleno de agua, a pesar de lo terriblemente seco que era aquel verano.

»Finalmente volvimos a la casa del viejo y ya comenzaba el sol a salir y hacía mucha luz. Nos pusimos a mirar la casa y la devastación que sacudió la puerta, la cual, por notable que parezca, seguía en pie a pesar de la onda expansiva. Un segundo más tarde vemos al viejo salir por la puerta con los mismos pantalones, camiseta, sombrero y sandalias de antes, pero lleva en el brazo un cesto y alargamos todos el cuello y vemos que dentro hay comida para los gansos. El viejo se queda quieto un momento, pestañeando contra la luz, y luego le vemos bajar al hoyo donde estuvo antes el cobertizo, y entonces nos damos cuenta de que hay un sendero bien apisonado que va derecho de la puerta de la casa hasta el cobertizo, y cuando le vemos poner los pies con tanto cuidado en el sendero como si estuviera hecho de

porcelana nos damos cuenta de que todavía no ve nada, lo que pasa es que está tan acostumbrado a bajar por ahí que es capaz de recorrer ese trecho dormido. Alguna vez tropieza con una piedra, pero no debe darse cuenta de ello, porque se limita a levantar pacientemente el pie y seguir adelante. Y entonces comprendemos lo que va a suceder y contenemos el aliento.

»El viejo sigue andando hasta que llega al lugar donde termina el sendero y comienza el boquete que hizo la bomba. Allí deja el cesto en tierra, se atusa un poco el sombrero para ponerse presentable cuando dé a los gansos su comida de la mañana, y, sin más, alarga la mano para coger el picaporte. Vemos la mano delgada tantear en el aire y, finalmente, levantar, sorprendido, la vista, pestañear y, finalmente, abrir los ojos. Le vemos ponerse rígido y tenemos miedo de que le de un ataque por la sorpresa. Pero cesa su estupefacción. Se quita el sombrero, lo tira, lleno de ira, al suelo, y lo pisotea. Todo esto al tiempo que grita en español, profiriendo juramentos contra el cielo matinal. ¡Mis gansos, mis gansos!, grita, y sigue dando saltos, y no nos ve, a pesar de que estamos allí mismo, junto a la calle del pueblo, a menos de un tiro de piedra de donde está él.

»Y es curioso lo que nos conmueve la escena, lo avergonzados que nos sentimos. Es exactamente como si toda la tragedia de aquella guerra se hubiera concentrado en

el pequeño viejo que está ante el boquete hecho por la explosión lamentándose por la pérdida de sus gansos en la clara luz matinal. Nos vamos de allí furtivamente, como delincuentes, mientras sus gritos desesperados nos resuenan en los oídos. Luego continuamos la retirada y nos unimos a la fuerza principal y recibimos refuerzos y conseguimos recuperar el territorio perdido antes de que comience la gran derrota. Quiso la casualidad que durante la ofensiva acertase vo a pasar por el pueblo destruido, y dispuse de un corto descanso para buscar, con un compañero que también había estado con nosotros, la casa del viejo, pues queríamos ver si podíamos consolarle. Pero ahora la casa estaba vacía, no colgaban mantas de las ventanas, y sentimos por el olor que allí hacía mucho tiempo que no vivía nadie. Entonces fuimos dando una vuelta para ver los alrededores, y de pronto mi compañero dio un grito. Había ido a investigar un poco por la parte de la casa que daba al bosque, y allí dio inesperadamente con el viejo. Colgaba de una rama fuerte, y tenía debajo, por tierra, sus pantalones de cuero, porque se había quitado las cuerdas con las que se los sujetaba para colgarse con ellas. Nos hicimos a un lado y encendimos cigarrillos, y luego le bajamos de allí con las bayonetas. Ya olía, lo que había que hacer era enterrarle cuanto antes. Le cogimos entre los dos, tratando de respirar el humo del tabaco, y le llevamos al boquete, y allí fue fácil cubrirle de tierra. Luego comenzaron a tronar los motores, porque esta vez teníamos vehículos blindados, y tuvimos que correr para no quedarnos empantanados en el pueblo muerto».

Esta fue la historia de Edmund. Nos causó la misma impresión, como un espasmo, que las otras dos, pero ésta tenía algo especial que diluyó en cierto modo nuestra angustia. Se puede decir, sin duda, que nos sentíamos algosentimentales en las circunstancias en que estábamos, y que fue eso lo que nos ayudó a dormirnos casi inmediatamente después. Solo uno de nosotros no conseguía dormir, o, por lo menos, eso es lo que nos dijo después él mismo, y es perfectamente creíble que no fuera capaz de pegar el ojo por muchas píldoras que tomase. Era Gideon, el más raro, sin duda alguna, de todos nosotros, y no pudimos menos de tomarle el pelo, aunque sólo fuese por lo prepotente y voceras que era de ordinario. Sí, nos aseguró, no podía dormir, y nosotros pensamos que no sería nada raro que cualquier día le pasase algo que nos obligase a abrir los ojos de par en par y pellizcarnos en el brazo y preguntarnos cómo podían ocurrir cosas así. Pero nos guardamos estos pensamientos para nosotros solos.

Bueno, pues, como decía, después de la historia de Edmund nos dormimos por fin todos los que no habíamos podido dormirnos hasta entonces, bueno, todos menos Gideon, si es

que hemos de creer sus palabras, y no despertamos hasta que el cabo de turno vino a nuestro cuarto a gritarnos por segunda vez que nos teníamos que levantar. Entonces nos despertamos, y conocimos aquel despertar: era igual que las dos mañanas anteriores. Estábamos un rato echados, luego nos despertábamos bajo las mantas polvorientas, con la cabeza pesada por tan corto sueño, luego abríamos los ojos y nos volvíamos a nuestros vecinos para que se levantasen ellos primero. Pero, en vista de que nadie mostraba signo alguno de levantarse, nos incorporábamos apoyándonos en los codos, y mirábamos al suelo, mirábamos bajo las camas, pero allí no veíamos otra cosa que gruesos tochos de polvo cuartelero. Finalmente nos poníamos en pie, tirábamos las mantas e íbamos por el suelo a saltitos, echando miradas de reojo y esperando que alguien nos gritase: Aquí está.

Pero el miedo que flotaba en ligeros vapores de amanecer por la estancia llena de sudores nocturnos no se disolvió aquella mañana como en las mañanas anteriores. Los más animosos fuimos corriendo desnudos al cuarto de baño, que es el más frío de todo el cuartel, con suelo de asfalto y baldosas resbaladizas como el jabón, donde teníamos que pisar cuando nos lavábamos bajo los chorros congelados que los grifos de cobre derramaban en los largos cubos que parecen dornajos de pocilga en fila contra la pared. Del techo cuelga la ducha, que está muy bien para quitar de

encima de golpe los recuerdos nocturnos. El chorro frío como el hielo le lava a uno de pies a cabeza de todo cuanto tenga pegado al cuerpo por causa de la noche, y esta es la razón de que las duchas frías tuviesen de pronto tanto éxito entre nosotros. Hasta un tipo tan débil como el llamado Glader, que solía lavarse muy por encima, estaba ahora apretujándose entre los demás para ver si también a él le tocaba algo de agua.

Fue Gideon, naturalmente, el que se mantuvo aparte, y esta mañana se le ocurrió a Sorenson la idea de tomarle un poco el pelo a Gideon. Bastantes de nosotros dijimos que bueno, pero Edmund y Joker dijeron que no estaba bien hacerle esas cosas a Gideon, aunque no faltaban los que decían que tampoco Gideon se portaba demasiado bien con nosotros. Bueno, portarse bien quizás no fuese la expresión más adecuada en este caso. Gideon no se chivó la vez que pasamos un sábado con él en la oficina de la compañía cuando le tocaba estar de guardia junto al teléfono y nos bebimos entre todos una botella de aguardiente. El, por su parte, ni gota probó.

-Yo soy antialcohólico, muchachos-, nos dijo con esa voz que no llegaba a ser malvada, pero que era, en cierto modo difícil de explicar, siniestramente irritante. Luego comprendimos que lo que ocurría era que Gideon era amabilísimo y estaba lleno de buenas intenciones, y esto sí que resulta difícil de aguantar en grandes dosis.

No, desde luego no se podía decir que Gideon fuese tontó, pero era tan distinto de los demás que, sin duda, deseguilibraba la armonía reinante entre nosotros. Hasta entre dos tipos tan distintos como Edmund y Sorenson había algo en común; Gideon, en cambio, era verdaderamente un caso aparte. Como nos había irritado aquella mañana no tuvimos inconveniente en aceptar cuando a Sorenson se le ocurrió la idea de tomarle un poco el pelo, porque Gideon era el único de todos nosotros que no se acercaba a la ducha. Siempre era más lento que los demás, porque tenía que aclararse antes muchas cosas que para los demás estaban clarísimas desde hacía tantísimo tiempo que ya se nos había olvidado que hubiera podido constituir alguna vez un problema. Uno de nosotros, de guien se susurraba que era escritor o algo parecido, y a quien, por esta razón, llamábamos Scriver, como la máquina de escribir, y que era el más alto de todos, y muy delgado, y tenía una voz profunda, oscura, casi como un zumbido, que no le sentaba nada bien, solía decir que Gideon no había sabido lo que es la vida hasta ahora, que había dado con sus más bajos fondos.

Por lo que se refiere a lavarse, Gideon era muy lento porque no quería ir desnudo por el pasillo, lo cual nos parecía exagerado, porque las chicas de la oficina no llegaban hasta dos horas más tarde, si es que era esto lo que le preocupaba, y había tipos atrevidos, como Kalle Glader, que iban por ahí desnudos hasta cuando se estaban mudando para salir de permiso por la tarde, a pesar de que las mecanógrafas todavía no se habían ido a casa y corrían como gorriones entre las oficinas con papeles en las manos.

Gideon tenía, primero, que buscar sus pantalones gimnasia, que hasta llevaban claramente marcado su nombre: G.K. Gideon Karlsson, y sólo con ellos puestos se atrevía a salir con nosotros camino del cuarto de baño. Ahora bien, no hace falta mucha fantasía para gastarle una broma como la que teníamos pensada. En el cuarto de baño había una larga manguera con el tapón puesto, y se usaba para lavar el suelo. Mientras dos de nosotros distraíamos con charla insustancial a Gideon, que tenía colgada del brazo una toalla, marcada con su nombre, naturalmente, una monísima y reluciente caja de jabón en una mano y un estuche de cepillo de dientes en la otra, llevándole con disimulo a una esquina de la habitación, Sorenson conectaba la manguera a un grifo e iba despacio hacia el mismo rincón. Cuando estuvo lo bastante cerca hizo un signo con la mano hacia la puerta, y Erik Jasson, a quien llamábamos el Payaso por causa de su larguísima pelambre, que él se negaba a cortarse, dio el agua.

El fuerte chorro helado que le dio en plena espalda delgada tuvo que ser para Gideon un terrible shock. Era lastimoso verle, junto a la ventana, con un fino hilo de agua cayéndole de las manos encogidas. Todos sentíamos curiosidad por ver cómo iba a tomar la broma. ¿Se pondría a pegarse con todos, a gritar quizás, o saldría corriendo de allí con lágrimas en los ojos? Era esto lo que solía hacer, a pesar de ser persona mayor, siempre que alguien le trataba con más aspereza que de costumbre. Pero esta vez Gideon no hizo nada de lo que esperábamos. Se limitó a volverse, indefenso, y nos dimos cuenta de que estaba al borde mismo de echarse a llorar.

-¡No, no! -gritó-, ¡dejad eso, os digo que lo dejéis!

No gritó esto de manera que pareciese que estaba furioso, no, al contrario, parecía, en cierto modo, que nos daba instrucciones, que nos exhortaba, y es justo así como se comportan los que merecen azotes y están a punto de recibir más. El Payaso abrió el grifo del todo y saltaba a la vista lo bien que lo estaba pasando, porque, por una vez, era él quien llevaba la voz cantante en algo. Esto es lo que a él le gustaría ser siempre: el mandamás, pero era el más joven de todos nosotros y cada vez que trataba de ponerse gallito había siempre alguien al lado que se le echaba a reír a la cara o le ponía afectuosamente el brazo en el hombro, haciéndole ver que no iban por ahí los tiros; él entonces se

ponía muy colorado y acababa sonriendo de oreja a oreja. Tenía una sonrisa muy llamativa, parecía estar siempre sonriendo al sol, y a las chicas, desde luego, les gustaba, porque raro era el lunes en que el Payaso no tenía una nueva aventura que contarnos de alguno de los bares de los alrededores o de la hierba del Djurgrn.

Ahora sonreía como si fuera el amo, manejando el grifo, y el agua salía de la manguera como una pequeña catarata, y Sorenson tenía los labios muy apretados y parecía más puntiagudo que de costumbre, y el chorro le corría por el pecho y por la boca y por los ojos y por la tripa y por la ingle al pobre Gideon. Había soltado la toalla, que ahora estaba en el suelo como un trapo húmedo, y trataba, indefenso, de protegerse con las manos, pero apenas podía.

Finalmente alguien dijo que ya estaba bien. Esto nos sorprendió mucho, porque fue el compañero del Payaso, llamado el Salmón Alegre porque hacía frente a todos los altibajos de la vida con el mismo invariable mal humor. Jamás habíamos visto a nadie tan agrio en nuestra vida. Y su ingenio, por lo que se refería a encontrar excusas para su acritud, era también enorme. Nunca pasaba nada alegre sin que el Salmón Alegre le encontrara algún inconveniente. Aparte de esto todos le considerábamos buen compañero y, por causa de su edad, servía de contrapeso al Payaso. El Salmón Alegre había sido aprendiz de boxeador en otros

tiempos, y si alguien no se lo creía les mostraba una oreja que sacaba de entre su abundante caballera para que vieran lo magullada que la tenía. Se llevaba bien con el Payaso y sabía manejarle; lo que más impresionaba al Payaso eran los boxeadores, sobre todo si estaban magullados de alguna manera.

Fue ésta la razón de que el Payaso no se pusiera a protestar como de costumbre cuando el Salmón Alegre, de pronto, le apartó del grifo de un empujón, lo cerró y arrancó la manguera. Se limitó a sonreír, como de costumbre, pero era la suya una sonrisa más bien desagradable, porque nunca se sabía si estaba furioso o contento, o ninguna de ambas cosas. Finalmente se alejó de allí afectando indiferencia, y Sorenson se quedó solo en medio del cuarto de baño con la manguera goteante en la mano y su agresividad puntiaguda desapareció cuando nos vio a los demás junto a los dornajos, en silencio y mirándole. Pero no había peligro alguno de que perdiéramos el respeto, y él lo comprendía, perfectamente, porque se apartó con desdén de Gideon, que no parecía darse cuenta de que la broma había terminado, y se puso a arrollar la manguera.

Los que estábamos allí mirando no sentíamos otra cosa que lástima por Gideon, y todos habríamos querido ayudarle, pero nos sentíamos muy perezosos. De cualquier manera no es exageración decir que le teníamos tremenda compasión viéndole allí retorcer su toalla empapada. Tiritaba por la ducha y, además, en el cuarto de baño hacía mucho frío, porque daba al norte, de modo que también nosotros empezamos a sentirlo un poco, y nos dispusimos a ir al dormitorio. Era innecesario, y una pérdida de tiempo, además de extraño, seguir allí como pasmarotes, mirando a Gideon, sobre todo en vista de que ninguno de no-sotros se decidía a acercarse a él, darle un golpe en el hombro y decirle: «Hale, hombre, eso fue una estupidez, pero ya verás cómo un día de estos le gastamos una buena a Sorenson».

El sol nos miraba por la rendija de la puerta y jugueteaba con los espejos metálicos, y todos empezamos a sentirnos tontos de verdad. Pero entonces va Gideon y se vuelve hacia nosotros y nos dice, con la boca llena de pasta de dientes:

-Seguimos siendo camaradas a pesar de todo, ¿queréis ayudarme para que esto no pueda volver a ocurrir?

Fue el tono de voz lo que nos decidió, aquel tono suplicante que tan nerviosos nos ponía. Nada le pone a uno tan furioso como que traten de despertar su compasión. Y a todos nos alegraron sus palabras, porque en cuanto las dijo pensamos que ya no teníamos motivo alguno de compasión y, sin más, cogimos y nos fuimos y le dejamos solo. ¿Qué otra cosa se podía hacer con un tipo así?

Nos fuimos, despacio y en grupo, por el desolado pasillo de la compañía, que siempre está igual de oscuro y polvoriento, y cuyas tablas están tan gastadas por los tacones metálicos de cuatro generaciones que dan la impresión de estar deseando saltar del suelo de una vez. Es un trayecto bastante largo, incluso recorriéndolo a buen paso, pero cuando hay que barrerlo acaba uno pensando que no hay en todo el mundo pasillo tan largo como éste. Todos tenemos que limpiar, menos Gideon y Scriver, que echan una mano en el departamento de personal y se pasan días enteros sin dar golpe. Bueno, la verdad es que Gideon trabaja bastante. Todos los que le ven en la oficina se ríen y le preguntan si cree que podría acabar consiguiendo allí un puesto fijo, ya que lo toma con tanto interés. Del techo del pasillo cuelgan tiestos de latón con flores artificiales casi cada cinco metros. Hay una sociedad que se ocupa del bienestar de los soldados y envía esos tiestos a la compañía para que veamos que no se nos olvida.

Cuando llegamos al dormitorio percibimos el habitual, debilísimo, punzante olor a miedo. De día este olor es tan débil que apenas si se nota, pero nosotros lo notábamos porque ahora siempre que entramos en el dormitorio husmeamos el ambiente. Pero no vimos nada raro cuando entramos, de modo que nos pusimos sin más nuestras galas militares. Nosotros, los que barremos el pasillo, no nos andamos con mucho perifollo, sólo Glader se acicala mucho,

pero también es verdad que a veces le toca dirigir el almacén.

Luego volvimos a salir al pasillo, porque ya no nos sentíamos a gusto allí dentro, sobre todo desde que empezamos a notar aquel olor en el aire, y nos pusimos a fumar asomados a las ventanas. Estábamos a fines de verano y se habían acabado las mañanas de rocío. Ahora los días empezaban de golpe, abrupta y apresuradamente. Desde las ventanas exhalábamos el humo hacia los árboles frondosos que se levantaban en la estrecha cinta herbosa que bordeaba la pared del cuartel y casi llegaban hasta nuestra ventana, en el primer piso. El patio del cuartel se extendía como un mar ante nosotros, parecía infinitamente grande, sobre todo ahora que no había un alma en él. El patio era ligeramente convexo, descendiendo un poco hacia cada una de las cuatro paredes del cuartel en que estaba encerrado. A esta hora temprana de la mañana parecían pintadas con zumo de frambuesa aguado, pero cuando el sol cobraba fuerza se volvían casi rojas como la sangre. En la leve eminencia del centro del patio había un refugio de cemento con rendijas como ojos de chino que miraban ceñudas en todas las direcciones. El enorme minutero del reloj que colgaba del barracón donde estaba el comedor del cuartel temblaba como un dedo nervioso cada vez que daba un paso adelante en la esfera. El tiempo avanzaba, perezoso, hacia el momento de la instrucción.

Y fue haciendo la instrucción aquella mañana cuando tuvimos la gran sorpresa. En general, la instrucción es una cosa más bien aburrida y triste, y el cabo de turno pasa lista. Sólo hay instrucción un par de días a la semana, y sólo en las mañanas en que hay gimnasia en el programa puede decirse que tenga algo de emoción, porque entonces todos tratan de escurrir el bulto lo más disimuladamente posible. El verdadero experto en esto es, naturalmente, Kalle Glader. Una vez tenía tales llagas en los pies que sólo podía andar con uno, otra era la rodilla que se le había hinchado de tal manera que apenas le cabía en la pernera, pero el récord lo batió un muchacho del dormitorio de la tercera quinta, a quien todos llamaban el Manitas. Éste le hizo al oficial de turno tal comedia que no tuvo más remedio que causar gran impresión.

Lo malo era que aquella mañana no tocaba gimnasia. Lo único que había era que pasaban lista, como de costumbre, con mucha desidia, y a nadie se le alcanzaba la utilidad de que estuviéramos allí todos, formados de dos en fondo en tales circunstancias. Sería inexacto decir que había alguna disposición o providencia superior en aquellas sesiones de instrucción. Pocas cosas hay que tanto le desmoralicen a uno y tanto vulneren la idea que uno tiene del orden como el concepto del orden que imponen los militares. En todas las demás actividades de la vida el orden es, por así decirlo, evidente, pero en la vida militar tiene que ser impuesto con

ayuda de regulaciones y cláusulas, y todo ello resulta tan ridículo que la única solución es zafarse y tomarlo a broma. Por lo tanto, hasta los que habitualmente se comportaban con más prudencia acababan convirtiéndose, lenta, pero seguramente, en grandes tramposos y haraganes, y pasándose el día tan inactivos como la ropa colgada a secar; barrían a veces la porquería amontonándola debajo del armario cuando les tocaba asear el dormitorio, y hacían el catre de cualquier manera solamente porque una regulación detallada, tirada a ciclostil en trescientos ejemplares, disponía cómo había que hacer los catres de hierro de la corona de Suecia.

Y esta desmoralización, por lo que al orden se refiere, se vuelve, por supuesto, más y más tentacular, hasta acabar, cuando tiene uno que pasarse las horas muertas en el cuartel (en campo abierto es distinto), dándole a uno un concepto del trabajo completamente distinto de cuando era uno civil. En la vida civil pensaba uno, aparte de que el trabajo era necesario para poder vivir, que trabajar era una actividad honrosa, pero cuando, como nos ocurre a nosotros ahora, hay que ponerse a barrer un pasillo y varios dormitorios el día entero de ocho de la mañana a cinco de la tarde, con unos ratos de descanso, el concepto básico que se tiene del trabajo sufre una transformación radical. Y también contribuye a esto el saber, y lo sabe todo el mundo, que lo que hacemos es poco menos que inútil, y que un solo

hombre podría hacerlo en la tercera parte del tiempo que nos lleva a seis de nosotros. La razón de que, a pesar de todo, tengamos que hacerlo, es que nadie sabe qué otra cosa hacer con nosotros en el sistema de producción militar, y que, una vez que se nos llama a filas, ya no se nos puede enviar de vuelta a casa hasta que hayamos terminado el período establecido para el servicio militar.

Este proceso de desmoralización afecta también a la actitud de uno ante los juegos de naipes, las bromas y las novatadas y la fidelidad matrimonial. Ya no se siente ningún gusto por las cosas que le interesaban a uno antes, se vuelve uno indiferente por todo cuanto no sea inventar nuevas triquiñuelas para escabullirse de barrer el pasillo, nuevas maneras de pasar el tiempo y nuevos subterfugios para pedir dinero prestado. Lo único que no desmoraliza es la camaradería. Al contrario, a quien más cariño se coge es precisamente a la persona con quien se ha confabulado uno para contar mentiras y preparar estratagemas, con quien le han cogido a uno con las manos en la masa y ha compartido el castigo con uno, con quien uno se ha juramentado y se ha aburrido.

Este largo paréntesis es necesario para poder entender debidamente lo que nos desesperamos aquella mañana, cuando tuvimos la gran sorpresa. Ya estábamos un poco desesperados, después de las largas noches en blanco, y aquello era lo único que nos faltaba para colmar la medida. Cuando estábamos todos firmes y ya casi se había terminado de pasar lista, llegó de pronto el oficial de turno dando grandes zancadas por el pasillo. Los ocho nos dimos cuenta inmediatamente de que algo traía, y la verdad es que no nos equivocamos. Era sargento, ni joven ni viejo, o, por lo menos, si era viejo no se le notaba. Daba pena aquel hombre, porque era uno de los pocos que pensaban que en Suecia el sistema de castas estaban tan desarrollado como en la India, y que la casta militar era la más alta de todas, justo debajo del marajá, o como se llame.

## El sargento rugió:

-¡Firmes!-, exactamente igual que si se tratara de un regimiento entero y no de unos veinte hombres. Luego nos señaló a nosotros, los de la segunda quinta, y todos los otros, como es natural, nos miraron sonriéndose y con un cierto airecillo de superioridad. Fue entonces cuando nos llegó la gran sorpresa.

Nosotros esperábamos una buena reprimenda pública, por hablar de noche, y cuando nos la echó, la verdad es que no nos impresionó demasiado. Pero cuando luego nos comunicó que había decidido poner su cama en nuestro dormitorio y dormir allí hasta que nos acostumbráramos a estar en silencio durante la noche, entonces sí que nos estremecimos todos de pies a cabeza; poco a poco nos

fuimos dando cuenta de que esto iba a significar otra larga noche de insomnio, una larga noche de soledad y silencio, con ese suave olor pegajoso y punzante del miedo.

Nos desesperamos de verdad, y hasta nos volvimos un poco, un poquitín locos, aunque no de golpe. Pero durante el día fue formándose en nuestro interior un ligero frenesí, y cuando llegó la tarde, y aquel día era miércoles con permiso, estábamos todos en un estado de ánimo peligroso, tan que puede peligroso el invadir como a personas completamente normales cuando les sucede algo como lo que acababa de sucedemos a nosotros. Lo que nos había invadido era, pura y simplemente, miedo, y a ver quién es el ser humano que no se vuelve peligroso cuando se siente asustado.

Durante el día trabajamos como de costumbre, lo cual significa, exactamente, que hacía largo tiempo que habíamos dejado de llamar trabajo a aquello. Después de la instrucción nos pusimos las guerreras del rancho, que parecen algo así como sacos de harina, aunque algo más pequeñas, y son la única prenda que puede llevar el recluta para entrar en los comedores de la corona sueca. La costumbre de mudarse de uniforme para comer se mantiene, como se ve, incluso en el ejército. Luego fuimos los ocho juntos por el recinto, y Gideon entre nosotros, pues ya se nos había olvidado lo ocurrido con él, camino del comedor. Hablábamos poco, tan

poco como por las mañanas, pero el estado de ánimo que nos dominaba era muy otro, y se notaba. Subimos en silencio la escalera y entramos, metiendo mucho ruido, en el mar de piedra del suelo del comedor, una vasta estancia con siniestras paredes y columnas grises y largas filas de mesas y bancos que parecían perdidos en aquella enorme y desolada sala. A lo largo de una de las paredes había una larga baranda del mismo tipo que las que suelen verse en los cruces peligrosos, y al amparo de ella se iba formando una larga cola que llegaba hasta el mostrador donde se nos daba la comida, una larga cola que parecía una serpiente gris, porque todos llevábamos las mismas guerreras de rancho. Al comienzo de la baranda estaba un cabo que arrancaba un cupón de las tarjetas que le alargaban los de la cola. Este cabo tenía que comprobar también que todos llevábamos la guerrera de rancho, como estaba mandado, porque, de no ser así, todo el engranaje militar chirriaría, y también que todos estábamos bien peinados. Esto último era igual de importante, porque los únicos pelos que se toleran en la sopa son los de los pinches.

Y cuando nos pusimos uno detrás de otro a la derecha de la baranda, ocurrió algo que comprendimos que no podía pasar más que en un día como aquel. Se oyó de pronto rugir al cabo del comedor; llevaba una chapa plateada al pecho, en la que se reflejaba su gorda barbilla:

- ¿Me oyes, tú, ése de ahí abajo?, ¡ahora mismo vas a peinarte antes de venir a comer!

Era al Payaso a quien llamaba, que estaba el último de la cola, y nosotros nos volvimos al mismo tiempo a mirarle para ver lo que iba a decir. Vemos su rostro, surcado por una sonrisita, alisarse, enrojecerse, y va y dice con voz irritada al tiempo que se adelanta a codazos cola arriba para llegar junto al cabo:

- ¡Pues me tiene sin cuidado!

La barbilla, en la bandeja, del cabo se pone coloradísima, y da media vuelta y hace una seña al suboficial del comedor, que está algo lejos, junto a una ventana, observando con ojos de águila todo cuanto ocurre en su territorio. En cuanto ve al cabo hacerle una señal con la mano se acerca apresuradamente, como un pequeño cohete, cruzando el vasto suelo en dirección a nosotros, con su chapa dorada rebotando contra el correaje.

Miramos inquietos al Payaso, pero éste nos hace un guiño tranquilizador.

- Este hombre -dice el cabo con gran dignidad a su superior-, se niega a obedecer órdenes. Se mega a ir a peinarse.

El sargento echa a un lado al cabo, se apoya en la baranda y mira fijamente a los ojos al Payaso, que empieza a ponerse un poco nervioso, se le nota un tic desesperado en los músculos en torno a los ojos, pero baja la cabeza y consigue recobrar su aplomo en cuanto fija los ojos en el suelo, y entonces vuelve a levantarlos y dice, consiguiendo asumir un aire de gran compunción:

- Bueno, es que oí mal. Pensé que me decía que no llevaba la guerrera de comer, y salta a la vista que entré aquí con ella puesta.

Pero el sargento no le cree. Se lo notamos en los ojos, que tiene como pegados con cola al cráneo. Y entonces ocurre algo que sólo podría ocurrir ese o parecido día: Jokes salta por encima de la baranda y va hacia el sargento, da un taconazo y le dice:

También yo lo oí, mi sargento.

Nosotros, en tanto, nos acercamos al mostrador, y cogemos cada uno un plato sopero y una cuchara. Pasamos ante el largo mostrador como si fuera una cinta de producción. Las chicas, algunas de ellas simpáticas y otras gordas y enrojecidas por el calor de la cocina, nos esperan con cucharones goteantes y nos sirven grandes grumos de gachas y tarugos de carne. Tienen estupenda puntería. La cinta de producción sigue rodando. El último alto en el

camino es el tazón de leche, que parece una torre blanca de las de antes de la guerra y ha sobrevivido a muchos ejércitos suecos por causa de su solidez.

Después de este último alto salimos de aquí manteniendo en equilibrio nuestras bandejas entre todos los ruidosos comensales que ingieren sus gachas grises en grises platos, con grises tazones delante y envueltos en grises guerreras, sentados a grises y largas mesas planificadas en el gris cemento del suelo. No hay nada en todo el mundo tan gris como comer gachas en un regimiento sueco.

Habitualmente no somos muy escogidos en eso de la compañía, lo que pasa es que, al principio por lo menos, se siente uno más seguro si tiene al lado un rostro conocido, por antipático que sea, que con uno completamente extraño, aunque sea amigable y exude buena voluntad. Pero lo que acaba de ocurrir nos induce a seguir juntos, forja una especie de cadena entre nosotros. Nos apretamos, nos sentimos los brazos y las piernas.

-Diablo -dice Sorenson, irritado y punzante-, el tío ése lo que debía hacer es cerrar el pico.

Pero todo ha terminado. El Payaso salió a peinarse y ya vuelve repeinado en compañía de Joker, cada uno con su bandeja. Los caballos relinchan en el recinto y sus cascos golpean el pavimento de piedra como palillos de tambor. El

olor, suavemente acre, de los montones de estiércol fermentante se cierne en el aire, entra por la ventana abierta que da al sur y nos hace cosquillas en la nariz. Aparte de esto, el silencio es tal que el golpear de las cucharas contra el fondo de los platos resuena como cuando se clasifica algo metálico. Nosotros estamos sentados a una larga mesa gris como forzados encadenados al duro banco de la galera hasta para comer gachas, como dice Scriver, que sabe poner todo cuanto ocurre como en marcos de semejanzas, y esto es lo que más le diferencia de nosotros, que pensamos que no es necesario saber qué aspecto tiene una cosa para comprender otra.

Esto fue lo que Edmund, que tiene facilidad para dar con sutiles giros de frase y sabe discutir con largas parrafadas, le dijo una tarde, mucho antes de que ocurriese todo aquello, antes incluso de que empezáramos a oler el miedo, que cuando un hombre como Scriver ve una manguera de incendios colgando de la pared lo que dice es que cuelga de ahí como un cartucho de tinta china. Pero ¿qué pasaría si tuviera que utilizar la manguera de incendios y el cartucho de tinta china en el mismo momento y con el mismo sentido?, ¿cómo se las arreglaría para no confundir ambas cosas de tal manera que los bomberos se pusieran a soltar tinta china sobre las llamas mientras el artista trataba de ejecutar sus dibujos con ácido carbónico?

Ahora empieza a parar el trabajo de clasificación en el vasto comedor y en su lugar se oye el susurro de la conversación, baja, pero acalorada como un abejorro. Se forman largas colas grises que, poco a poco, derivan hacia los dornajos de lavar la vajilla, donde se limpian, rasca que te rasca, los últimos restos de comida pegados a los platos. La chapa metálica inoxidable que rodea a los dornajos está manchada de leche y gachas y no parece muy apetecible para un estómago un poco sensible. Gideon suele excusarse diciendo que tiene muchísima prisa y se va de allí derecho al mostrador gris, donde se amontonan los platos sucios. Sorenson, que es un sádico con todos cuantos puede dominar, suele describir a Gideon todos los mediodías con gran detalle el aspecto que tienen los dornajos de los otros regimientos. Hay raspadores con mango de madera y cepillos blandos que se usan para limpiar y rascar de los platos todo cuanto resiste a tenedores y cucharas. Con particular predilección se detiene Sorenson en la descripción de los ingredientes que componen los poco apetitosos restos, con lo que a Gideon se le guitan todas las ganas de comer. Se va de allí y toma un poco de café en el cafetín del parque.

Pero esta mañana todo pasa de manera distinta. Gideon va con nosotros al lavadero y a ninguno de nosotros le extraña lo que se dice nada. Luego salimos al recinto, que todavía está adormecido. El sol, bien cimentado en el cielo, casi justo

encima de nosotros, enrojece con sus rayos las paredes del cuartel, y un grupo de tenientes vuelve al trote corto de su pequeña cabalgata matinal; van en caballos negros de cuello orgullosamente estirado, con apliques metálicos relucientes y cascos que arañan el guijo como cuando termina un disco de gramófono. Los automóviles zumban suavemente. Acechan como bulldogs, con el chasis hoscamente bajo. Los conductores, con polainas relucientes, guardan silencio, sentados en el estribo, fumando. Las nubecillas de humo azul se mezclan con las nubes temblorosas que exhalan los motores. El calor ya es opresivo en el patio del cuartel; nosotros saludamos firmes a los tenientes que pasan a caballo a nuestro lado. Las puertas del comedor vomitan sus grises colas como culebras que serpentean en dirección a las diversas entradas del cuartel. Son las ocho menos cinco y el pequeño corneta sale camino del fortín. Su instrumento reluce al sol como una gran condecoración sobre el pecho. Junto al fortín se para, da media vuelta, echa el cuello para atrás, se lleva a la boca la embocadura de la corneta, que parece apuntar al cielo. En este momento tiembla por última vez el gran minutero del comedor, al borde mismo de dar las ocho, y, como por golpe de magia, el enorme patio queda repentinamente desierto. Sólo quedan algunos retrasados en medio de la desolación del patio, y echan a correr para desaparecer de allí, pero corren como sobre alguitrán, y les alcanzan los primeros roncos compases de la llamada de la

bandera, que suenan como un chico a quien se le acaba de cambiar la voz; se quedan quietos, como petrificados, firmes como estatuas ante la bandera, que sube lentamente hasta arriba, sobre el tejado de la casa del general.

Nosotros, entretanto, subimos la ancha y sucia escalera en silencio. La llamada de la bandera queda sofocada en la mitad de un compás porque el diligente corneta deja de tocar en cuanto la bandera ha llegado a la punta del asta, y grises formas armadas de carabinas romas e infladas cartucheras se nos echan encima en plena escalera; a punto estuvieron de aplastarnos bajo su peso. Nos asustamos en el pasillo y nos congregamos ante una ventana. Como si alguien, de pronto, hubiese abierto una docena de gigantescos grifos, surge una inundación de gente gris por las puertas del cuartel. Luego surgen elegantes parterres entre el guijo, parterres de flores de guijo regadas con la salida burbujeante de órdenes escupidas, dice Scriver (él, siempre con sus semejanzas.)

El gris cañón de las órdenes resuena de acuerdo con el ritual, y la primera columna desaparece taconeando en dirección al portal de salida del patio. Otros grupos, menos avanzados, hacen angostos círculos en torno al fortín, como una desconsolada emigración de bueyes, y el polvo se levanta suavemente de la tierra, da la impresión de que se extendiera sobre el lugar una nube de gas. Abajo, debajo de

nosotros, una tropa está siendo inspeccionada, tienen todos las manos a la espalda, y adelantan dubitativamente el pie derecho al tiempo que reciben instrucciones. A diez pies izquierdos del soldado situado más a la izquierda hay un hombre a quien todo el mundo llama el Papagayo, en parte por causa de su voz y en parte también por su aspecto. Por pura crueldad el oficial le ha puesto allí, separado de los otros, y él no acaba de comprender la causa de esto, porque ha hecho de su vida una constante defensa contra los que le rodean, y sus grandes ojos de idiota, siempre abiertos y siempre fijos, denuncian implacables todas sus culpas.

El Papagayo es más bajo que el más bajo de los tambores, pero tan ancho como el más ancho de los comandantes, aun cuando nadie llegaría al extremo de llamarle gordo. Parece como si le hubieran comprimido entre los pies y la cabeza con un par de parachoques. Su voz es chillona y fina, y en su rostro, grotescamente comprimido, apenas es la nariz otra cosa que un gigantesco semicírculo de piel reluciente. Nosotros vemos, indiferentes, desde nuestra ventana, sus manos gigantescas, rojas y pecosas, oscilando como pesas de sus muñecas. Pero en el rostro de Sorenson se ve ahora esa sonrisita cortante que tan difíciles de ver sin que le den a uno ganas de vomitar. Escupe contra una viña que sube hasta la ventana y se acaricia la hebilla del cinto como si fuera un revólver. Ahora oímos a los inspeccionados dar un sonoro taconazo, formar en columna y salir en formación

pisando isócronamente el guijo. Solamente el Papagayo va despacio y forcejeando, con las manos entrelazadas contra el pecho como un gigantesco corazón, en dirección a un banco situado justo debajo de nuestra ventana, donde se deja caer de espaldas como un saco. La gran criba del sol irradia calor sobre la tierra, y el polvo sigue subiendo, más y más alto, en torno a las formas grises de la emigración de bueyes, amortiguando las órdenes estentóreas hasta reducirlas a chillidos sofocados. Dos enormes camiones que tiran de cañones antiaéreos cruzan el recinto, cautelosos como si el suelo estuviera cubierto de cristal, y desaparecen con oscilantes traseros por las puertas del parque. Sorenson silba entre los dientes puntiagudos y le tira la colilla al Papagayo. Pero cae a una pulgada de distancia de su nuca hinchada, y se apaga entre la hierba requemada.

Ahora se oye un fuerte portazo a nuestras espaldas y las botas rechinantes son una nueva advertencia. Cuando el sargento Boll aparece por el pasillo de la compañía y pasea por él sus miradas de búho, lo mejor es poner todo el mundo manos a la obra. Sorenson, el Payaso y el Salmón Alegre salen corriendo al urinario y luchan a brazo partido con el cubo de la basura. Kalle Glader se sitúa en el almacén y se pone a hojear las listas de provisiones, y Joker y Edmund fingen mudar de sitio un cajón, llevándolo de una pared del pasillo a la de enfrente. Gideon y Scriver salen a la ciudad

para comprar un periódico, su jornada de trabajo no empieza hasta las nueve.

Y así va pasando el día, amarillo y polvoriento y con llamas rojas de las paredes del cuartel por los pasillos. El aire sigue siendo asfixiante y tenso bajo el techo sudoroso. El tractrac de ametralladora de las máquinas de escribir penetra venenosamente hasta nosotros. Las empleadas administrativas van de una oficina a otra. Y entonces nos apoyamos más profundamente sobre el mango de la escoba y hablamos de ellas como una posibilidad para nuestras camas. Vamos como el sembrador, sembrando nuestro serrín, cubo en mano, por el suelo del pasillo. Luego mojan pelucas en escobas superficies, nuestras sus las racionadas, del pasillo, cuidadosamente suelo del cuidadosamente racionadas por nosotros, porque tienen que duramos durante todo un largo y amarillo día. En el urinario los congelados rayos de agua de las mangueras negras lamen las ventanas, cuidadosamente cerradas, que parecen cubiertas de ásperas telarañas, y en la chimenea de hierro, rígidamente firme, del pasillo, quemamos papeles y serrín húmedo hasta que los humos acres serpentean y penetran por el ojo de la cerradura del comandante. Hacia el mediodía golpeamos en la cabeza los dignos armarios del pasillo ligera y reverencialmente con un humeante plumero y, fatigados de tanto trabajo, vamos en fila cerrada, silenciosos y con la angustia en los bolsillos y en torno al

cuello, por el patio del cuartel, donde todavía no levantan nubes de polvo los tacones giratorios de los soldados. El remolgue de cañones reluce con grandes ojos mate al sol del mediodía. Todos los ruidos están aspersor completamente despiertos y gritando a media voz. Los caballos están en el establo, en la herrería resuena el yunque y una hoja de sierra muerde salvajemente la garganta del día. Una hilera de armas sujetas entre sí se tiene en pie sobre el polvo con sus mandíbulas mordisqueantes. Y el día sigue adelante, el amarillo día de cobre se va volviendo aluminio. Jugamos al póker en torno a la mesa que está junto a la ventana del cuarto de reunión del cuartel. Los seises de los dados relucen como ojos de niños recién nacidos, las casuchas regulares, con su reluciente geometría, están hondamente melancólicas, y los cinco estafadores abren desconcertados la boca bajo nuestras sudorosas: Pero jugamos en silencio y los labios están más fuertemente cerrados que de costumbre y la cosa se pone seria mucho antes que de costumbre. Un enemigo nos acecha y los cinco dados resuenan en su mano cerrada. Sabemos que es la angustia la que lo hace. Nuestra angustia gotea amargura y recelo nuestras reacciones. Seguimos ansiosamente los dados que gotean de la mano abierta aunque en cada tiro sólo se juega calderilla. Sin el menor cuidado ni consideración, implacables, nos lanzamos luego, en el café de junto a la iglesia, sobre la máquina de jugar;

apretando el lugar preciso con dedos crueles lanzamos bolas de metal contra el blanco del adversario, mientras el día sigue adelante, a trompicones. La moneda del sol da vueltas detrás del tejado. La tarde, sorda y digna, se va hundiendo, silenciosa como una lechuza. Camiones zumbadores suben recinto arriba. En el parque chirrían malhumorados disparos de fogueo y acres nubes de humo claro se filtran entre el verdor. Nos llega el estrépito de las vasijas vacías en el sótano de la cocina. Del piso alto de uno de los edificios tiran sacos llenos de ropa sucia a los camiones que esperan junto a la escalera grande. Lacios como focas hinchadas caen piso tras piso hasta rebotar ligera, perdida, sordamente contra el blanco. Los primeros grupos de instrucción llegan por el camino humeante y entran por el portal. Todas las cabezas están fatigadas y se doblan como flores que llevan largo tiempo sin agua. Las órdenes, como látigos, rebotan contra la gruesa piel de su fatiga. El día de aluminio resbala hacia el día de permiso, y la gran plancha que hay en el alféizar de la ventana comienza a incandescer suavemente. Sacamos la mesa de planchar al pasillo, y sin las bromas de costumbre, pero sí con amenazadora vigilancia de nuestras posesiones, quemamos uno a uno los pliegues de nuestras galas de permiso. Echamos de menos el habitual rociado de la ropa y el amigable resoplar de la plancha, y todos llevamos careta, como si hubiéramos descubierto que el que tenemos al lado es un tramposo que juega con dados cargados.

Y ahora, de pronto, todo el recinto del cuartel se llena de duros, chirriantes ruidos de partida. Culatas que golpean fuertemente el suelo de guijarros donde el talón de hierro muele arena. Violentos relinchos de sudorosos corceles con grupas relucientes de rocío que, llenos de alegría y con gráciles pasos, van despacio por el guijo amortiguador, se mezclan con los zumbidos y los gruñidos de anchos camiones militares que arrancan cuesta arriba entre el establo y la cocina, en dirección a la plaza. Los ordenanzas, inclinados sobre los grandes manillares de sus bicicletas, propiedad de la Corona sueca, atacan silbando estrechas curvas en torno al cuartel y corren rebotando por el patio lleno de baches donde cañones de amplia tripa con las abiertas como voraces alimañas v cañones antiaéreos de finos miembros, esbeltamente dibujados en el claro aire de la tarde, se yerguen unos juntos a otros. Las colas grises van creciendo ante el comedor.

Llega la hora de ir a por el volante del permiso. Lo tiene el sargento Boll, que se sume entonces en uno de sus ataques de solemnidad militar. El sargento Boll es un hombre peligroso, como todos los que se toman a sí mismos en serio. Como esta peligrosidad está en proporción inversa a lo que hay en él que pueda tomarse en serio, el sargento Boll se vuelve tan peligroso como una granada de mano con el seguro quitado, al menos por lo que respecta a los que están en torno a él, porque considera que su misión en este

mundo consiste, entre otras cosas, en comprobar con una seriedad profunda, sobrecogida, religiosa casi, que seis limpiadores de pasillo esparcerán de la manera debida serrín húmedo sobre las baldosas de los suelos de la compañía. En las tardes de permiso el sargento Boll tiene todo el aspecto de un sumo sacerdote, pues se muestra extáticamente rojo y con un destello de solemnidad en los ojos, amén de un volumen corporal que sobresale a ambos lados de la pequeña silla en que está sentado ante la mesa de escribir y que no guarda la debida proporción con la extensión de la pequeña estancia, al ponerse a dar los volantes de permiso a la larga e impaciente cola.

- El permiso no es ningún derecho extra del soldado -repite el sargento Boll a todos los indignos objetos que pasan ante él y reciben sus volantes, poniendo, al decir esto, un quintal de peso en cada palabra; y a nosotros ocho nos lo dice con resonante énfasis.
- Al diablo. -dice Sorenson cuando salimos al pasillo y nos deslizamos sigilosamente, con la cabeza como animales a punto de cornearse.

Poco a poco vamos recorriendo el desolado pasillo, cuya desolación se aferra en torno a nuestros cuellos y acaba casi asfixiándonos. Tacones de hierro aislados tocan retreta en la muda escalera. Las ventanas del cuartel relucen al sol que ahora llega de oriente como gigantescos ojos de vaca. Un

perro de tripa melancólicamente colgante pasa rozando la pared de piedra. Llevados de nuestra angustia vagamos por el patio, silencioso con el silencio del día de fiesta. Salimos por el portal abovedado, oscuramente vigilado, pasamos junto a los cañones de gala, hoscos, con ojos de perro dogo, y junto a las garitas de los centinelas de la gran explanada desolada, libre de hierba y cubierta de guijo, que se yerguen como islas en el atardecer del día de permiso. La torre de la iglesia de San Osear, rígida como una estaca, se levanta por encima de nuestras cabezas. Cruzamos la silenciosa calle de Narva, adornada con rígidos espantapájaros y pilas de madera, y así llegamos al puente del Djursgrd. Un sujeto medio desnudo en una barca verde corta el agua en pardas franjas con sus remos afilados. Alguno de nosotros escupe largo y duro sobre la baranda.

Luego nos separamos de pronto como si hasta aquí nos hubiera unido algún frágil vínculo que alguien acaba de cortar. Con rostro indiferente y silenciosos saludos nos vamos cada uno por su lado, en pequeños grupos o solos, según la angustia nos dicte.

## El espejo

El arrepentimiento viene de la angustia. Otros se desesperan cuando les golpea el miedo. A muchos se les aclara considerablemente el cerebro y esto les da la febril lucidez del perseguido. Lo que ha sido esencial para uno antes revienta ahora como un globo pinchado. El que ha cometido un error se siente dominado por el arrepentimiento, el pendenciero se vuelve un completo monomaníaco y el obseso osa -gracias al miedo-, o, mejor dicho, se siente obligado a abandonar sus posiciones y salir corriendo hacia lo desconocido.

El Payaso y el Salmón Alegre no tenían ningún problema, o, por lo menos, ninguno que no pudiese resolverse devanándose un poco los sesos, ni tampoco estaba su disposición al arrepentimiento más desarrollada de lo normal. Al contrario, sufrían de una tendencia a la pelea y de un afán por empujar a la gente que eran perfectamente normales. Pero lo que más les distinguía era su deseo de aventuras, la fiebre sueca: hambre de chicas y sed de alcohol. Y ahora estaban desesperados. Ahora el hambre se

les volvía voraz, tenían una cuerda tensa en el pecho que decía klang, y vibraba sin darles tregua.

Estaban sentados junto al agua en el café de Nojet y veían las luces publicitarias de la ciudad chispear como fuegos artificiales. Se sentían un poco borrachos y pensaban que las luces nunca se apagaban, sino que se extendían como gotas por un papel secante hasta volver a encenderse de nuevo. El Salmón Alegre apartó de sí las tazas y puso su gruesa mano de boxeador con los nudillos magullados, como una plaza, en medio de la mesa. Su gorra de marino se había deslizado rizo abajo y estaba ahora colgada de una oreja como un alpinista en apuros. El Payaso tenía la suya sobre las rodillas, y estaba menos borracho. Guardaba en ella un frasco de bolsillo con aguardiente rancio que los dos habían comprado a un marinero en los retretes del Tivoli. Se habían humedecido en él la punta de la lengua, y ahora lo escanciaban en sus tazas, lo que daba al café cierto aspecto de petróleo sucio.

«He bebido muchísimo más que él», pensaba el Payaso, mirando una de las luces de la ciudad pestañear entre el follaje de Kastellholm, «y estoy muchísimo menos borracho que él». La estrella estaba emperchada en la punta de un atizador de fuego o algo parecido, y se acercaba rápidamente. El Payaso entrecerró los ojos y frunció superiormente las cejas; miró a su amigo: oscilando sobre la silla en que estaba sentado se puso a examinar críticamente

los tendones tensos que le abultaban a éste en la parte posterior del cuello.

Ahora, evidentemente, se iba a poner a echar faroles. Estiró voluptuosamente la mano, que ya había plantado muy jactanciosamente en medio de la mesa, y dobló el dedo índice hasta formar una u.

-A que no hay nadie que se atreva a echarme un pulso con los dedos, -dijo torponamente, y él mismo se dio cuenta de que era un poco demasiado pequeño para tal reto, pero, así y todo, miró benévola y amenazadoramente en torno a la mesa.

Las chicas reían bajo y revolvían pensativa mente su café. Tenían dedos finos de señoritas, ligeramente en punta como lápices bien afilados. Una de ellas, la del Payaso, llevaba guantes de redecilla que parecían hechos de tela de araña blanca. « Demonios », pensó él, y esta idea le pareció como un rayo llegado del monte mismo de la transfiguración; se dijo que era el alcohol lo que le inspiraba tan sutiles ideas, «ni que estuviéramos en el campo, en una condenada boda». Y, cuidadosamente, como si fuera una fina taza de porcelana, se llevó una de sus manos gruesas a la rodilla y la volvió a subir hasta donde estaba la taza, pero calculó mal y no dio con el mango de la taza, o sea que tuvo que tomarse un ruidoso trago cogiendo el fondo de la taza con la mano.

Le invadió entonces un remolino que le cogió y le llevó, aire arriba, al tejado de la pista del Tivoli, donde vio sentado a un viejo con auriculares en la cabeza que le ofreció alpiste. El no pudo menos de echarse a reír, pero tan alto que se despertó a sí mismo y se sintió de pronto completamente frío de miedo, de modo que, en alas de una ola de terror, volvió a sentarse a la mesa del café Nojet.

La chica que tenía enfrente le miró con largas pestañas como si lo supiera todo, y sus ojos le llegaban como a través de una ligera niebla. «Uno es boxeador, y toda la pesca», pensó él, sintiéndose digno de lástima, «y esta chica me mira como si tal cosa». Y, justo en aquel momento, la oyó decir con voz fría, tersa y luciente, como llegada al plato directamente de la nevera:

## - ¿Está sereno?

«Diablos, hablan de mí», trató de pensar en la cosa claramente y con interés, y dio dos fuertes brazadas de buen nadador para llegar con el pensamiento al agua somera. Y entonces oyó la voz del Payaso, ya en tierra firme:

- Sí, bueno, es que él es así al principio, pero no es tan grave como parece. Al principio da la impresión de que se va a venir abajo, pero enseguida se pone bien otra vez y da gusto con él.

«Ah, vaya, es que piensan que estoy borracho», pensó el Salmón Alegre, y se asió firmemente al borde de la mesa con ambas manos y fijó con toda su energía la mirada en los listones de la superficie de la mesa, tratando de arrojar lejos de sí la borrachera a fuerza de pensar claro: «Estoy sereno. Diez veces ocho es ochenta. La chica ésta tiene una cinta roja en el pelo.

En esta mesa hay cuatro tazas. Ahora viene la camarera. Tiene un pañuelo rojo en el bolsillo del pecho».

Y de pronto los dejó a todos muy sorprendidos, al decir, alto y claro, a la camarera, como quien quiere mostrar a todo. el mundo lo sereno que está:

- Tengo que pagar dos cafés, dos pastelillos de Viena, y un pastel de almendras.

Las estrellas, que hasta ahora habían danzado sobre la orquesta, se juntaron en un punto y se transformaron en lámparas. El Payaso se inclinó sobre él y le dijo al oído con un guiño, al tiempo que trataban de abrirse paso a codazos hacia la vía pública con las chicas a modo de cuña delante de ellos:

Hora de irnos a la cama.

En la explanada del Djurgoard tomaron un taxi.

Ahora una viva luz azul llenaba las copas de las calles casi hasta los bordes. El Salmón Alegre se había sentado en uno de los transportines y pensó de pronto que tenía el techo del taxi de sombrero. Subieron por una ancha calle de Ostermalm listada de gris, con casas que parecían cajas fuertes a la media luz ambiente. Los cuatro iban en silencio. Los chicos porque ahora la cosa estaba clara y todo lo que se dijera a partir de este momento sería lo mismo que hacer horas extraordinarias. No tenían necesidad de hacer ningún esfuerzo, porque el objetivo estaba ganado. Podían cerrar los ojos y ver la casa ante cuyo portal se pararían. La portezuela con la entrada directa a la cocina. Luego habría que subir, uno, dos, tres o cuatro tramos de escalera. Una cocina blanca, de las antiguas, con cortinas floreadas, una habitación de servicio con una lámpara colgante y un bodegón olvidado entre bandejas en la pared. A veces era una habitación verdaderamente grande, con un ancho canapé, y un carrito de té con tazas de café marrones, amarillas, floreadas o blancas. El bizcochuelo tenía con frecuencia los bordes quemados y demasiado limón o levadura en polvo o salsa de manzana. Alguna vez había también gramófono, o por lo menos una modesta radio portátil que tocaba música de un pequeño club de París o de un restaurante de Brazzaville. Con frecuencia lo único que había era un cuartito o pequeña alcoba con un poco de cretona floreada en las paredes o una guitarra antigua con un lacito en las cuerdas.

Las chicas también guardaban silencio. Se habían sorprendido cuando las acres gotas del fondo de las tazas les dieron una cierta sensación de ebria camaradería con los chicos. Ahora se levantaban las nieblas y se arrepentían. Una bajó el cristal de la ventanilla del taxi y sacó la mano, como suelen hacer las chicas cuando van en lancha. La otra estaba sentada, la barbilla en la mano, mirando con resignación a su caballero. Un momento antes se había dicho que tenía la barbilla muy llena de fuerza, pómulos refinados, y que su abundante cabellera negra azulada era ondulada y atractiva. Pero ahora le miraba desde abajo y le notaba la barbilla rugosa y áspera, los pómulos puntiagudos e inflamados, y la expresión de los ojos muy tonta.

El taxi dejó la parte hinchada de la calle y se pegó al borde de la acera, parándose con un ligero rebote. Los chicos se bajaron y miraron primero la casa con aire de expertos. Se miraron, como en secreto acuerdo. El Salmón Alegre pagó el taxi con monedas de veinticinco ore, y el taxi arrancó a pequeños saltitos; dio la vuelta a la esquina con los faros discretamente encendidos, parecían cortos de vista en la media luz oscuroazulada.

Era la entrada de la cocina, como de costumbre, y los chicos pensaron: «Habrá que subir dos tramos de escaleras, una gran cocina con nevera, un canapé ancho y un gramófono tolerable». Pero las chicas no abrieron la puerta. La que tenía guantes se quitó lentamente el derecho y su pequeña mano de señorita se deslizó, blanca como un helado, hacia el Payaso, y luego, como éste no se la cogía, se desvió hacia el Salmón Alegre. Pero tampoco el Salmón Alegre se la cogió, porque tampoco él entendía de qué se trataba. La chica de los guantes tosió nerviosamente y dijo, acercándose despacio al portal:

- Bueno, pues nada, adiós, chicos, a ver si volvemos a vernos otro día.

La otra chica volvió la espalda y se puso a agitar un llavero. Arriba, en un balcón de la casa, alguien cogió un gato en volandas y el animal llenó la calle con sus maullidos.

- Es mi da -dijo la chica de los guantes, y trató de introducirse en la casa y cerrar la puerta rápidamente, aprovechando que la otra chica se la había abierto, pero el Payaso ya tenía metido el pie y había cogido por la muñeca a la chica de los guantes; se la retorció, no tanto que pudiera acusársele de brutalidad, pero sí lo bastante enérgicamente para dejar bien sentada su protesta. No era la primera vez que se veía metido en una de estas riñas: unas acababan arreglándose con buenas palabras multicolores, otras no tenían arreglo posible, pero nunca hasta ahora había

acompañado a una chica a su casa en taxi para quedarse luego a la puerta con las manos vacías.

Si todo hubiera ido como de costumbre no importaría tanto. Todavía les quedaban unas horas de permiso, y habrían podido irse los dos en el tranvía catorce al Djurgrd, o, simplemente, bajar andando hasta Strandvag, y allí dar unas vueltas tan tranquilos bajo los tilos.

Pero el miedo que ahora habitaba en ellos les había vuelto desesperados. Querían una solución, una redención. La angustia les dio una audacia y una indiferencia a todo lo que, en otras circunstancias, habría sido extraña a ellos. Les hizo desesperados, les indujo a anhelar con verdadera fuerza una liberación. Sentían que reventarían si no conseguían desahogarse, cruzar los límites y entrar en un terreno que, en otras circunstancias, apenas habrían llegado a rozar. La posibilidad de perder esta partida les aterraba. Pensaban que todo se perdería para ellos si se les cerraba aquella puerta, y este peligro les hizo exageradamente duros de puños y de voces.

-Oye, que aquí hemos venido a algo -dijo el Payaso, abriendo la puerta con el hombro; el Salmón se le acercó, y la abrió más todavía-, no iréis a creer que os hemos traído a casa en coche para que nos dejéis en la puta calle -su ansiedad le hacía patético como... como un par de zapatos viejos.

Apretó el botón de la luz. Resonó en toda la casa una súbita luz vacilante que caía desde el techo. La chica de los guantes se resignó. Se encogió de hombros, su piel tembló perceptiblemente como la superficie inquieta del agua bajo la seda de la blusa.

-Olrait, pero no tenéis que hacer ruido, porque a estas horas el comandante está dormido.

Subieron, uno detrás de otro, por una escalera de madera reluciente que olía vagamente a pescado asado y un poco también a cebolla.

-Ah, vaya, ahora es comandante, en el café no era más que comerciante al por mayor -dijo el Payaso, tratando de expresar así la amargura que le producía este engaño.

La otra chica, sin duda porque le resultaba más fácil perder la compostura, rio por lo bajo. El Salmón iba el último, y de pronto se dijo que tenía el techo de la escalera de sombrero, y que todo cuanto éste le cubría producía efervescencia como coñac con azúcar.

Esta vez no había más que un tramo de escalera. Y en la pared del cuarto de servicio colgaba un bodegón. Constaba de una manzana, dos plátanos y un par de peces escuálidos, nada parecidos a los que se sirvieron en la comida del Sermón de la Montaña. En la cocina había una nevera, y las chicas tenían una habitación bastante grande para ellas

solas, con ventanas que daban al patio, pero ni guitarra ni gramófono ni radio portátil. Por lo menos había dos anchos canapés, situados en sendas esquinas, y un carrito del té bastante espacioso. En la nevera había pollo, un mejunje de tomate y vinagre, y agua de Vichy. El Salmón sacó su botellín de bolsillo, que llevaba en el gorro, y escanció cuatro vasos. El ambiente, algo tenso hasta aquel momento, se distendió un poco. El Payaso le hizo un guiño a su amigo desde detrás de la chica de los guantes mientras ésta sacaba el álbum de las fotos del escritorio. El solía comenzar, en estos casos, pasando servicialmente el brazo por detrás de la espalda de la chica para ayudarla a tener cogida la tapa, pero el Salmón no estaba ahora para tales sutilezas. Le había caído encima un sombre-ro más grande todavía al entrar en la habitación aquella, y por dentro bullía como loco. Se fijó en la lámpara de pared, cuyo cordón colgaba donde se tocaban ambos canapés, cogió un caramelo de un cuenco lleno y se lo metió en la boca con papel y todo. Con sólo tirar del cordón se apagaría la luz, y tirando de él otra vez volvería a haber luz. La mar de sencillo.

Y entonces ocurrió algo que dio al traste con todas las buenas intenciones. Sonaron golpes en la puerta, suaves y decididamente benévolos, pero no por ello menos enérgicos. Los cuatro se sobresaltaron y en todos los rostros se dibujaron arrugas que expresaban decisión de escuchar.

Luego se oyó el murmurar, suspirar casi, de una voz suave que entró en el cuarto como un soplo lento:

## Decidme, queridas, ¿puedo entrar?

Y antes de que nadie hubiera podido responder asomó una cabeza por la rendija de la puerta. Y allí siguió, moviéndose ligeramente de un lado a otro, como si no perteneciera a cuerpo alguno y estuviera hincada en una estaca, exactamente como un caballito de juguete. La cabeza tenía el pelo blanco, como fibras de hojas de palmera, y el rostro era pequeño y rojo y liso, pero daba, así y todo, una impresión de vejez, parecía el de una muñeca que ha pasado largo tiempo bajo la lluvia. Luego entró también el cuerpo, un tronco exiguo, escueto, ligeramente torcido, semejante a un bastón, cubierto con un pequeño, bonito vestido de muñeca con puntillas en torno al cuello y en los puños.

La chica de los guantes miró, seria y perentoria, a la otra, pero la chica sin compostura le dijo, con susurro de cine:

- Es la vieja mamá del comerciante al por mayor.

Se levantaron de los canapés exactamente igual que si hubiera entrado la maestra. La vieja les miró amablemente a todos, uno por uno, y dijo, con voz suave, metódica, que, por curioso que parezca, no sonó como cuando se le aprieta la tripa a una muñeca:

- Estábamos allí y nos aburríamos muchísimo, total, que dijimos: pues nada, a ver si vuelve la juventud y nos hace un poco de compañía, pero ahora veo que tenéis invitados, y a lo mejor también ellos quieren venir con nosotros, o puede que la juventud prefiera seguir aquí a solas.

En aquel momento la chica de los guantes vio llegada su oportunidad de darles a ellos con la puerta en las narices, y, sin más, asintió, contenta como un potrillo que muerde el bocado, y la otra, que ya había empezado a ceder, se rindió también, pero con silenciosa protesta.

La vieja de rostro de muñeca ya les había vuelto la espalda y salía al pasillo con paso lento y suave. La siguieron muy juntas y pisándole casi los talones, como si tuvieran miedo a perderla de vista. Y los chicos, desconcertados, fueron tras ellas, pero, antes de salir del cuarto, el Salmón se acercó a la lámpara de pared y tiró del cordón hasta quedarse con él en la mano. Se lo metió en el bolsillo y esto le hizo sentirse algo mejor por un instante.

El pasillo hacía un movimiento agudamente curvo, como si fuera de una torre. Las paredes estaban empapeladas de verde, y el dibujo recordaba el paisaje lunar. A ambos lados del pasillo colgaban bodegones, pero en tal número que podría pensarse en una especie de mausoleo de bodegones. Y estaban cuidadosamente clasificados: de la pared izquierda colgaban frutas tropicales y otros productos de la huerta; de la de enfrente, peces, cangrejos de un rojo vivísimo, langostas con grandes pinzas y gambas que parecían tener ya una semana.

El Payaso, que empezaba a recuperarse del golpe y necesitaba una válvula de seguridad para no reventar, dijo en voz alta y clara y con un amplio ademán que abarcaba ambas paredes:

-El viejo que vive aquí tiene que tener algún negocio de pescado y hortalizas.

La chica de los guantes se volvió y le miró con los ojos abiertos de par en par y llenos de reverencia, pero la otra dejó escapar una delgada cinta de risa mal contenida que revoloteó en su estela.

El pasillo verde desembocaba en una estancia cuadrada, un cruce entre un pabellón de caza y sala de espera de dentista. Dos bayonetas siniestramente cruzadas sonreían desde la pared donde colgaban como tibias, y sólo la calavera parecía faltarles. Muy alto, tocando casi la cornisa del techo, colgaban de sus gruesas correas dos escopetas de caza de modelo antiguo.

Pues ya tendría gracia que el tipo éste resultase ser comandante de verdad, pasó por la cabeza cansada del Salmón cuando vio el arma. Vaciló un poco y el sombrero se le volvió aterradoramente pequeño. En una silla de mimbre

se sentaba un pequeño perro gordo y blanco, de orejas puntiagudas. La vieja castañeteó los dedos en dirección a él y fue un ruido como el que hace una ramilla al chascarse; el perro entonces se bajó a tierra como una pelota de jugar a los bolos. Una enorme puerta alta, de color entre blanco, amarillo y gris, que decididamente le recordaba a uno su mortalidad, se deslizó como soñolienta, con un largo chirriar. El perro entró a saltitos, moviendo la cola, y la vieja deslizándose como una ratita, por el gran vano que dejaba la puerta al abrirse, y que daba acceso a una habitación muy pequeña, con su propia lámpara, que colgaba del techo. Lo primero que vieron fue una cabeza de alce disecada que miró a los recién llegados con fijos e impertinentes ojos de pimienta. Había también un espejo de cristal barato, pero cuyo voluminoso marco antiguo era más antiguo que la antigüedad. Era un espejo gigantesco, y cuando se miraba uno en él y se ponía a pensar en el marco podía imaginarse que su propio reflejo era un retrato del siglo XVII. Y si se tenía mala conciencia y se miraba en tan enorme espejo, lo primero que se le ocurría a uno era que la mala conciencia estaba mirando también por encima del hombro, impaciente por verse reflejada en el cuadro.

El Salmón quedó inmediatamente prisionero del reflejo en el espejo. Se le ocurrió pensar que el espejo era alguna especie de control por el que había que pasar para tener acceso a aquel cuarto interior. Había llegado a un estado de ánimo en

el que ningún impulso era demasiado alocado para que su mente lo tomase en serio. Así pues se detuvo ante el espejo y al principio se sintió muy sorprendido viéndose allí. Al principio no acababa de darse cuenta de que lo que estaba viendo era él mismo. Tiene que ser el inspector, se dijo, buscando su número de recluta en los recovecos de su memoria, pero mientras buscaba, el hombre del espejo se identificó lentamente, como cuando se aclara el reflejo de uno limpiando la superficie empañada del cristal de la ventana.

La primera reacción fue hondamente dolorosa.

Vaya, diablos, ¡si soy yo! Se miró con angustioso desconcierto la gran barbilla panzuda con la sombra azul ligeramente perceptible. Se sintió dominado por la repulsión y quiso romper el espejo, pero el respeto que le infundía el marco le contuvo. Ante su mirada empañada se agrandaron las cumbres inflamadas de los pómulos hasta que llegaron a parecerle enormes manchas de mermelada. De pronto le dio un hipo, indicio de inminentes sollozos, y cayó en lo más profundo del pozo de la compasión de sí mismo. Habría sido mejor dar media vuelta y salir corriendo por las escaleras, y luego perderse noche adentro, quizás llegar hasta el bosque y perderse por él, y esto era exactamente lo que sentía en aquel momento.

Pero se puso a hojear en su estado de ánimo como en un libro aburridísimo, y así es como llegó a él el piano, que tomaba largos sorbos del vaso del silencio detrás del grueso cortinaje de nudos dorados que acababa de ocultar a los otros. Le llegó entonces la sensación del deber, que apretó su tapadera contra su cerebro, haciéndole pensar, lleno de súbito sentido de la responsabilidad: Diablos, no puedo seguir aquí, acaban de invitar a otro.

Se inclinó en correcto saludo y se separó de la imagen del espejo para ponerse a buscar una entrada entre el amplio cortinaje. Poco a poco fue entrando en una gran estancia, grande como una pequeña plaza, pero una plaza que hubiera sido adaptada para aparcamiento. Cada pulgada de su superficie estaba ocupada por mesas, o por lo menos eso es lo que pareció a la mirada confusa del Salmón: mesas grandes y pequeñas, de nogal, de roble o abedul teñido, mesas para todas las actividades imaginables: mesas para comer, para beber, para jugar al ajedrez, para jugar al bridge, para coser, para poner gramófonos o tiestos de flores, las había incluso que tenían agudos clavos de madera bien pulida, quizás para solaz del fakir de la familia.

Y no solamente había mesas, sino también sillas, y donde no había ni mesas ni sillas había un piano. Estaba misteriosamente puesto en la parte central de la estancia y les miraba, con la boca alegremente abierta, mostrando los

amarillos dientes de caballo. La chica que no tenía compostura se sentó en el taburete del piano. Tenía en la espalda un escote en forma de uve y el Payaso, completamente distraído, posó la mano en él. Bajo los dedos de la chica fue ascendiendo la escala de las notas, que, a veces, se tropezaban unas con otras, enredándose los talones y haciendo ruido.

En otro lugar de la estancia se había conseguido encontrar sitio para tres personas: la chica de los guantes, la animada vieja y un sujeto gordo con un batín que parecía un cortinaje y cuello color tomate, cráneo calvo, pulido y reluciente, el comerciante al por mayor. Se pusieron a jugar al billar. La vieja que, evidentemente, era experta, hacía juego doble e iba en torno a la mesa charloteando como una loca. El comerciante al por mayor y la chica de los guantes estaban en pie, el uno frente al otro, y cuando hubieron terminado, el comerciante al por mayor se puso a hurgarle a ella jugetonamente en el pecho con su taco. Ah, demonios, pensó el Salmón, de modo que es por ahí por donde van los tiros. Se le aclaró el cerebro y le invadió esa ligera sensación jubilosa de la persona serena que irrumpe en una fiesta donde empiezan a estar todos borrachos.

Miró un momento las paredes, de las que colgaban cuadros que se apretujaban unos contra otros como en un baño turco, poniéndose en cola para ir a situarse bajo la ducha de la lámpara que colgaba del centro del techo. Todo aquel colgante hablaba, si no de otra cosa, de lo sistemático que tenía que ser su dueño: había, por ejemplo, un grupo de cataratas que se habrían derramado el agua unas en otras de no ser porque los marcos se lo impedían. Qué lástima, pensó el Salmón, y se sintió súbitamente invadido por una breve alegría misantrópica porque nadie había notado todavía su entrada.

Al lado había una colección de salidas de sol, con pinos, abetos, rocas de playa o prados floridos, que, todo lo más, mostraban un cuarto de hora de diferencia entre la más temprana y la más tardía.

Finalmente, una gran colección de casas campesinas: delante de algunas de ellas se veían vacas con aros en el morro, delante de otras jugueteaban niños campesinos bien vestidos y bien lavados con ternerillas saltarinas.

En uno de los cuadros había hasta cinco terneras, lo que parecía, desde luego, un poco excesivo para tan pequeño establo como el que se veía pintado al fondo. Quizás fuera que aquel día habían pedido unas cuantas prestadas para no decepcionar al pintor, se dijo el Salmón, bostezando.

Y fue entonces cuando la vio. Su mirada cayó del marco y, por así decirlo, dio de lleno en ella. Estaba en la obscuridad, como pegada a una mesita coja, cerca de la esquina, y casi se

fundía con el respaldo de la silla. Delante de ella se erguía una botella de agua de Vichy, y, al lado, un vaso espumeante. Hacía punto con gran concentración, las agujas volaban por el aire en torno a ella como rayos de luz, y sus ojos no se apartaban nunca del agua de Vichy.

Estaba allí sentada como si estuviera completamente sola en el mundo, casi como si habitara en aquella silla y junto a aquella mesa y ante aquella botella de agua de Vichy. El Salmón pensó de pronto: ¡lástima que se encuentre tan sola! Era la compasión que sentía por sí mismo lo que ahora transfería a ella. Acababa de hojearse a sí mismo hasta llegar a un periodo como aquel, y ahora todas las cosas que le rodeaban le parecían tener contrapartidas con las que podían intercambiarse sus pensamientos. Sólo él se encontraba terriblemente solo.

Mientras iba tanteando el terreno por entre el laberinto de mesas y sillas, hacia donde estaba la solitaria, observó, reflejado en el espejo trasero de su consciencia, que el comerciante al por mayor que jugaba al billar estaba ahora del mismo lado de la mesa que la chica de los guantes, y que cada vez le costaba más apartar los dedos de ella. La vieja, que se había vuelto muy juguetona y animada, con llamas rojas en las mejillas, no se daba cuenta de que ahora era ella la única que se ocupaba del espejo. El Salmón sí que se la

dio, exactamente igual que si se lo hubiese leído en la frente, de que la solitaria era la mujer del comerciante al por mayor.

El piano lamía calladamente el silencio. La mano del Payaso se había ahogado en el pecho de la chica que estaba sentada a él, y la piel bajo su escote había comenzado ya a incandescer. El Salmón sintió de pronto gran pena de sí mismo, y, al tiempo, también, de la solitaria.

Ella no le había oído acercarse. Se sentó a su lado en el sillón pechugón, desvergonzado imitador de estilo antiguo, situado debajo de una gran catarata juguetona que abría la boca de par en par entre dos bosques azulverdosos y románticamente propensos a los ladrones generosos. Entonces ella dejó las agujas sobre las rodillas y dijo, con una claridad que a él le dejó muy sorprendido:

-¿Es usted el otro militar del que me habló la abuelita?

Su voz era frágil, delgada como un hilo, y tenía que forcejear con las patas embotadas del piano para poder ser oída. De la compasión por uno mismo a la vergüenza hay muy poca distancia, y ahora él se avergonzó como un gigante con botas sucias y crujientes que ha recalado en un obrador de muñecas. El reflejo del espejo se volvió hacia él y se situó socarronamente en la mesa entre los dos, delante de la botella de agua de Vichy. El se esforzó en pensar cómo tendría que poner los labios y la lengua y la garganta para

que su «sí» fuese tan digno y tan claramente frío como las palabras de ella, pero cuando, por fin, consiguió pronunciarlo, se le había enroñecido por el camino.

Ella se había vuelto a poner a hacer calceta y ya no le miraba, y él se alegró de esto. Le observaba con gran cuidado y con ojos tímidos, temeroso de mancharla con sus miradas. De pronto se le ocurrió una idea muy graciosa, que le dejó sorprendido por lo evidente que era. Habría podido ponerse a silbar, la cosa saltaba a la vista, se dijo a sí mismo de la manera más inesperada.

Piensa lo que sería si esta mujer ahora resulta que no existe, se dijo, si ahora resulta que no es más que una entelequia que yo mismo me he imaginado, algo que hay entre esa silla y yo, un relieve tallado en el brazo del sillón y que mi imaginación ha hinchado. Y le pareció encontrar confirmación de esta posibilidad en la conducta de los otros.

Aquí lo que pasa es que no hay nadie, pensó, sorprendido, nadie que se dé cuenta de que existimos. Una silla vacía no podría despertar la menor atención. Observó ahora que el gordo comerciante al por mayor, cuyos bombachos verdes entreveía bajo la tripuda silla Chippendale, y la chica de los guantes se habían retirado del juego. Solamente la vieja, a la que la solitaria había llamado abuela, continuaba jugando. Ahora daba la impresión de haberse partido en dos o más partes, que jugaban vigorosamente unas contra otras para

conseguir la hegemonía del hoyo de la mesa de billar. Con energía infatigable daba más y más vueltas a la mesa con su taco, buscando sin parar posiciones nuevas. Al Salmón aquella vieja le recordaba a uno de esos juguetes mecánicos de cuerda, sólo que con mucha más cuerda de lo corriente.

Los dos estaban sentados en silencio, cada uno en su asiento. Delante tenía vasos de vino cuyo interior relucía como recién barnizado. Ahora el comerciante al por mayor cogía la mano de la chica y la llevaba contra la luz como si fuera la de un campeón de boxeo que acaba de ganar un match. En el dedo de ella relució súbitamente un grueso anillo, bárbaramente grande como una verruga que tuviese luz propia. ¿Lo llevaba antes?

Estoy haciendo punto -dijo la solitaria.

Allí estaba de nuevo, no cabía duda. De pronto ella cerró su mano en torno a la muñeca de él, como unas esposas demasiado grandes, pero antes le acarició la manga. Y, sin más, le tiró de la mano, sobre la superficie de la mesa, acercándosela hacia sí.

- ¿Qué le parece a usted esto? -le preguntó, y cuando él bajó la vista vio que le había puesto la mano Junto a su costura.

Bueno, qué diablos, pensó él, irritado y despierto, ¿por que motivo tiene que empeñarse en existir cuando antes

estábamos tan bien? Y tomó esta cuestión como un matemático a quien acaban de refutar una teoría.

- Mucho me alegraría -dijo ella- de que tuviese la amabilidad de mirar y ver si le va bien.
- ¿Si me va bien? -preguntó él.

Recogió la costura y dobló una de las agujas para formar una pequeña curva.

- ¿En la mano, quiere decir?
- Sí, claro -dijo ella-, en la mano.

Era algo que parecía un calcetín de niño en azulverde, pero de un niño muy crecido. Lo estiró y metió exactamente dos dedos en él.

- Me va muy bien -dijo, devolviéndoselo con cierta aspereza.

Bueno, se acabó la broma, pensó, sintiéndose momentáneamente brutal. Era como estar con el agua al cuello, y se dijo que no iba a quedarle más remedio que agarrarse a cualquier pértiga para poder salir a flote.

Levantó la vista y miró la catarata, dejó nadar sus ojos entre sus verdes piedras, aunque estaba completamente decidido a no dejarse vencer.

- Ah, pues me alegro -dijo ella- de que le esté bien. Le diré, es que yo coso para los soldados. Esto es un calientamuñecas. ¿Está usted seguro de que así le queda bien?
- Sí, naturalmente -dijo él.

Y pensó: Bueno, para soldados enanos será, si es que los hay. ¿Y por qué no va a creer la mujer ésta que mi muñeca mide dos dedos de anchura? A lo mejor, después de todo, esto es lo único que cree en el mundo. Hay gente que cree cosas mucho más estúpidas. Se acarició la muñeca tostada por el sol, se encontró el reloj de pulsera y se sintió brutalmente sacudido por la evidencia de que ya era hora de salir furtivamente de allí.

No quedaba más que una hora del permiso. Una hora le separaba todavía del miedo. Al otro lado de esta frontera estaría esperando el espanto con su gran tridente y su linterna verde, y de pronto experimentó, inesperadamente cortados todos los hilos que le mantenían unido a la realidad, y a aquella estancia, un momento de efímero, pero profundamente perspicaz espanto.

Cuando despertó ya estaba completamente obscura la estancia, y la lámpara del techo apagada, y la vieja daba voces junto a la mesa del billar. No parecía estar jugando, y

golpeó el taco varias veces contra el borde de la mesa como un director de música.

Finalmente renunció y desapareció de la habitación entre pequeños gañidos, dejando a su paso un leve reguero de irritación.

El comerciante al por mayor encendió una lámpara de mesa, escondiéndose después en la oscuridad con la chica de los guantes. Apenas unos susurros recorrían alguna vez el cuarto. La lámpara del piano tendía una manta melancólica en torno a la chica del piano y su amigo. El Salmón se sintió muy solo.

¿Por qué, pensó, he de ser el único en sentir esto? Y le invadió un violento deseo de herir y de asustar. No era ahora tan tolerante como hacía un momento, cuando pensaba que la solitaria podía conservar su fe en sus muñecas. Encendió una lámpara debajo de la catarata. Arrojaba una ligera cascada hacia arriba, y la iluminó, dándose aspecto de espuma de jabón. Un cono de luz se mantuvo en equilibrio sobre la mejilla de ella, y la luz se le filtraba entre el cabello, junto a una sien.

- ¿Pero lo cree usted de verdad, lo que se dice de verdad? -preguntó él.
- ¿Qué cosa?

- Pues eso que dijo de que va a proveer a todo el ejército sueco de calientaempeines, o lo que sea.
- Bueno, sí -dijo ella-, a mi me parece perfectamente creíble, ¿o tiene usted otra proposición mejor?
- No -reconoció él-, pero ¿se le ha ocurrido pensar que hace demasiado calor ahora precisamente para sus calentadores? Además, no debía estar usted aquí, en esta habitación, sin otra compañía que usted misma. ¿Es que no se da cuenta de lo que está ocurriendo aquí?, y si se la da, ¿porqué no hace algo?
- Las creencias -dijo ella- no son cosa que vayan cambiando con el tiempo. ¿Me dice usted acaso que tengo que creer en sandalias y faldellines cuando hace calor y en calientaempeines y calcetines de esquiar el resto del año? Una creencia no es un termómetro. Y en cuanto a lo demás que dijo usted, la verdad es que no entiendo lo que me quiso decir.
- ¿No? -preguntó él con violencia.

Y la cogió por la barbilla con una mano, y por el carrillo con la otra, pero suavemente, con cuidado, de modo que no sintiese necesidad de asustarse, y al mismo tiempo le volvió la cara hacia la estancia.

Hale, hale -susurró-, ¿no ve a esos dos que están allí?

Pero cuando la soltó, ella volvió de nuevo la cabeza como movida por un resorte.

- Ahora la chica ésa está sentada en la rodilla de él, el gordo -continuó-, y ahora..., pero, hale, véalo usted misma.
- No -dijo ella-, ¡cuéntemelo usted!
- Están ahí sentados, sin el menor reparo, bajo la lámpara. Y ahora él le coge a ella el brazo y lo levanta, llevándoselo a la boca. Y ahora le coge la oreja y se la acerca y se inclina hacia ella para besársela. Para verlo no tiene más que volver un poco la cabeza, lo mínimo.
- Haga el favor de dejar de hablar de eso -dijo ella, muy cortante-, ya comprenderá usted que le veo. Y no sabe cuánto me gustaban sus rizos. Fíjese, cómo relucen a la luz de la lámpara. Justo como aquellas mañanas, cuando venía en coche de caballos a buscarme a la pequeña pensión de la Rue Lamartine. El sol lucía, me entiende usted, la patrona tenía una jaula con canarios colgando del descansillo. Y no se puede imaginar cómo cantaban cuando el sol asomaba por la puerta. Él estaba sentado junto al cochero, y cuando los caballos se paraban delante del portal se bajaba de un salto, siempre muy ágil, me entiende usted, y me tiraba al balcón una rosa que llevaba en el ojal.

«Ahora o nunca», pensó él, «podría llevármela a un callejón sin salida. Y también podría meterle el miedo en el cuerpo. Se acabó la soledad».

- Sí -dijo-, todo eso puede muy bien haber sucedido. Y es muy bello. Me recuerda una película que vi no sé dónde, o quizás sea algo que leí en algún sitio. Pero ya puede usted comprender que todo eso se ha acabado. Ahora ya no vive usted en la isla ésa, o lo que fuese. Ahora está sentada en una habitación, en Estocolmo, aunque con muebles muy raros, por cierto, y él está en la misma habitación, y ahora está gordo y casi calvo del todo, y esto tiene que metérselo bien usted en la cabeza, le tiene a él en la misma habitación, y está magreando a una chica joven y cachonda.
- Ay -dijo ella, y ahora su voz tenía un curioso filo que las notas del piano, desgranándose indolentemente, puntuaban-, ya le conozco a usted, conozco muy bien a la gente como usted. Tan mentiroso es usted como los otros. No crea que no le conozco. No es usted mejor que los demás, absolutamente nada. Esta situación me la conozco pero que muy bien. Y por poner de ejemplo a la chica ésa de ahí, dice usted que está magreándose con él, pero, en realidad, lo único que hace es ayudarle a mejorar el texto de ciertas cartas de negocios en francés; comprenda usted que lo que pasa es que a él el francés siempre se le dio mal; bien podría contarle yo a usted la de cosas que me hace la chica

ésa. Me paso el día entero aquí, haciendo punto, y cuando tengo una prenda terminada no tengo más que decirle: A ver, señorita Brant, ¿tendría usted la bondad de pasar esto a la Asociación de Niños Desamparados?; esto, por supuesto, no es un calientamuñecas para soldados, aunque si se lo dije fue para ver si así usted, por lo menos, dejaba de contarme de nada, mentiras. sirvió siguió pero no porque contándomelas, y hasta me dijo, como probablemente recordará, que le sentaba muy bien. Bueno, pues ahora, cuando se vaya, permítame que le llame la atención sobre una caja de cartón que hay en el vestíbulo, junto a la balda de los chanclos. Ellos pensaban que yo no la vería, pero ya ve que la he visto.

Dios mío, pensó él, sintiéndose de pronto completamente sereno, qué lástima de mujer. Está aquí, en un callejón sin salida, exactamente como yo, aunque el callejón no sea el mismo. Él creía comprender lo trágico de su situación al tiempo que sentía un violento deseo de defenderla de los rufianes que llenaban la estancia. Deseó que la atacaran con insultos, con injurias, incluso con bastones y puños. Y de pronto sus manos se acordaron de la mejilla de ella, de la barbilla de ella, y se inclinó sobre la mesa y la acarició.

-Si le parece bien -dijo ella-, le puedo cantar una cancioncilla que él solía susurrarme al oído cuando nos separábamos al atardecer en la esquina junto al tenderete del vendedor de tulipanes, pero entonces me tiene que prometer que se olvidará de todas esas tontas fantasías que trató de hacerme creer hace un momento.

Y sin esperar su respuesta ni cambiar de expresión o postura, comenzó a cantar. Cantaba entre las manos de él, y él sentía palpitar su pulso bajo las frágiles mandíbulas.

Au clair de la lune,
mon ami Pierrot,
prete-moi ta plume
pur écrire un mot.
Ma chandelle est morte,
je n'ai plus de feu.
Ouvre-moi la porte
pour l'amour de Dieu.

-Sí -dijo él al cabo de un momento; el piano había dejado de desgranar sus notas y la estancia estaba llena hasta el borde de bellísimo silencio-, pero lo malo es que no se entiende mucho, lo único que entendí fue amour, al final.

Y ahora ya sabía qué era lo que iba a salvarle.

No sería un rato apasionado con la chica que tocaba el piano, ni un cálido acoso a la solitaria con palabras como látigos, ni compartir su dolor con otra persona.

Tengo que hablar con ella, pensó, y adaptó sus manos abiertas a la forma de sus mejillas, como cuencos, decirle que la quiero. No voy a hacer otra cosa, esto es lo único que hace falta. Tiene que darse cuenta de que no le estoy contando mentiras como las chicas, ni engañándola como el gordo ése. Es preciso que cuando me vaya yo de aquí ella sepa que la quiero.

Pero de sobra sabía que no iba a poder decírselo directamente. Comprendía que ella entonces le miraría, a él, al mentiroso, con completo recelo. Y entonces su voz no podría resistir este recelo. Se le ocurrió una idea: apartó cuidadosamente las manos del rostro de ella y se inclinó en busca de la balda para periódicos que había bajo la mesa. Allí encontró una voluminosa revista de modas, y en un amplio espacio en blanco entre dos modelos escribió con lápiz y en letras muy grandes: TE AMO.

Estaba dudoso sobre si sería mejor poner TE o LA AMO, pero se dio cuenta de que TE se le quedaría más grabado, se le quedaría fijo como un anzuelo.

- Qué está haciendo bajo la mesa -dijo ella cuando sintió su contacto contra sus piernas.

Él, tímido, se apartó, sin responder. En lugar de responder lo que hizo fue poner el periódico sobre la mesa, delante de ella, soltarle una mano de la aguja de hacer punto y ponérsela bajo la línea.

Y justo entonces se encendió la luz. Era la vieja, que volvía. Y volvía con ganas de guerra, llevaba el bastón como un arma.

- Ahora sí que voy a echar una partida -gritó.

Al mismo tiempo se levantaron el comerciante al por mayor y la chica de los guantes y el Payaso. El Salmón observaba la sospechosa agilidad de sus movimientos y la rapidez de sus voces.

- A ver, mayorista -gritó el Payaso-, no se ofenderá usted si me voy. Tenemos que estar de vuelta en el cuartel en media hora, y antes de irme quiero decir adiós a mi primita.

La chica que estaba al piano soltó una risita que resultaba difícil de traducir. La chica de los guantes estaba delante del comerciante al por mayor como una especie de parapeto, estirando sus largos dedos. El Salmón echó una ojeada a la solitaria. Ahora que había luz, las grandes letras de la revista de modas parecían gritar, pero la mano de ella seguía

inmóvil, bajo las palabras como una caja que ella misma hubiera dejado allí porque no había ningún otro sitio donde ponerla. Y su mirada descansaba sobre el vaso de agua de Vichy, que había perdido efervescencia.

Y entonces dijo el comerciante al por mayor, y su voz era gruesa e hinchada y purulenta:

-Sí, por supuesto, váyanse ustedes, caballeros, si no les queda otro remedio. Nosotros a lo mejor nos quedamos aquí un poquitín más. Je je je je je.

Su risa gruesa, fungosa, se mezcla con la risita de la chica de los guantes.

Y fue entonces cuando ocurrió la cosa. La solitaria se levantó. Puso las manos sobre la mesa como quien va a pronunciar unas palabras y su grito fue como un tajo que rajó el tejido de todas las palabras sucias y de todos los actos camuflados.

-Pero, idiotas, es que no os dais cuenta de que estoy ciega!, ¡ciega!, ¡ciega!

Y él entonces salió con pasos pesados e indecisos. Iba tanteando los cortinajes como un artista poco veterano que tiene que presentarse al público al bajar el telón. En la estancia de los cortinajes topó con su reflejo en el espejo, que le miraba como a través de una máscara gris. Y de pronto sintió asco y quiso vomitar.

¿Por qué no se lo dije?, resonaba en su interior, como un martilleo, ahora no lo sabrá nunca. Y, de pronto, sintió odio por aquella lastimosa sombra, aquel harapo que estaba en pie justo enfrente de él. Y para quitárselo de en medio lo golpeó con el puño hasta hacerlo morir.

Continuó su camino, salió por la puerta que todavía crujía adormecida. La abrió, y, bajo una capa doble de papel de seda, vio las prendas que había hecho la solitaria, capa sobre capa de calcetines de niño color verde, grotescamente cortos y como atrofiados.

De pronto oyó voces a sus espaldas, o quizás no fuera más que una: la del comerciante al por mayor, gruesa, ligeramente asmática:

-Estas son las gracias que le dan a uno... por invitar... sí, sí, gente simpática... maldita gentuza... y de pagar el espejo, nada... carísimo... antiquísimo... irreemplazable... fuera de aquí... gentuza... que no les vuelva a ver yo por aquí... lo voy a decir en el regimiento...

Tantearon la pared, buscando la llave de la luz de la escalera. El Payaso fue el primero en dar con ella. Bajaron despacio la escalera de gruesos pilares oscuros toscamente tallados. Al llegar al peldaño que estaba al nivel de la espléndida ventana de la escalera, de cristal pintado, el Salmón sintió un brazo contra su hombro. Cuando se volvió le deslumbró la mirada de su compañero, y un instante después su sorpresa se rompía bajo una serie de acuciantes punzadas contra su rostro indefenso. Con un leve eco de sorpresa aún en el rostro, se hundió, despacio, como cuando se pliega un catre bajo una mesa.

Al cabo de un rato, con una cuarta parte de sí mismo todavía consciente, sintió que el granizo iba cesando, poco a poco, dejando sitio a una contundente e impetuosa ola de dolor, y después de un rato más sintió que alguien, lenta, casi tiernamente, le levantaba por los hombros.

## El fleje de hierro

Ya atardecido aparecieron en el Café Norman, en la calle de Got. Llovía suavemente, una lluvia constante y fina, como una aspersión, y los que entraban en el café dejaban relucientes huellas húmedas en el suelo de azulejos rojos. Entraron justo en la hora floja, cuando a los clientes habituales se les ha aflojado el resorte y los abejorros de la charla han perdido sus alas. Primero estuvieron un momento junto a la puerta, buscando con los ojos una mesa. Entre el leve zumbido de conversación distinguían acá y allá matices chillones de voz, y de los fumadores subían finas columnitas de humo como fuegos de sacrificio.

Había una mesa libre junto a la ventana que daba a la calle. El marco de la ventana no quitaba apenas vista, y desde allí podía uno pensar que veía transcurrir la vida. Ellos se sentaron y parecían un poco distraídos. La lluvia había oscurecido la tarde. A la entrada del cine, justo enfrente, se veían vagas sombras bajo las lámparas que se recortaban glotonamente contra el crepúsculo. La luz de neón a la entrada de la confitería de la esquina relucía en el papel secante de la calle. A veces paraba un coche discretamente junto a la acera y la gente se bajaba o se subía cerrando las

puertas sin hacer ruido. Ellos veían pasar gente por delante de su ventana iluminada. La mayor parte de la gente que veían eran simples perfiles. O sea, no veían ni lloros ni risas. Quizás el dueño de ese perfil riente prorrumpiera en lloros en la calle transversal siguiente. Pero ellos no tenían necesidad de saberlo, podían contentarse con lo que veían desde su ventana y tomarlo por la realidad. Era, pura y simplemente, una imagen ideal de la vida lo que estaban viendo, una vida sin ruido, donde todas las acciones se mostraban benéficamente carentes de sentido, y la mano del usurero asida al brazo de un cliente no producía ninguna impresión de maldad por brevedad misma de la escena.

Habían ido de café en café durante toda la tarde, pero sin llegar a embriagarse de verdad. Empezaron cuando aún era pleno día, y ahora ya estaban en el crepúsculo. Empezaron en un extremo de la ciudad, y ahora se encontraban en el opuesto. Vieron docenas de veces el anuncio de Carnegie, el hombre simpaticote de la pipa, fumando con una botella delante, pero sin notar que jamás llegara a emborracharse en absoluto. Pasaron por tantísimas calles que finalmente todas ellas acabaron fundiéndose en una sola, la calle promedio, de la misma manera que ya antes se habían formado una idea del café promedio, y del portero promedio, encargado de expulsar del café a los borrachos.

La larga, monótona caminata, había acabado por hacerles indiferentes a todo. Y pensaban: «Así es como tiene que ser la vida, después de todo, siempre las mismas calles grises, siempre los mismos porteros, como gorilas con botones dorados. Las mismas mesas exiguas con las mismas huellas de vasos de cerveza. La hora de la metafísica y el análisis de la vida se acercaba ahora a pasos agigantados. Dejaron que las esbeltas botellas tosieran en los vasos que descansaban sobre pies ebrios e inciertos y sintieron un misterioso vínculo entre la acción y la vida. Les habría gustado expresar esto en palabras. Decir, por ejemplo: la vida es una nada que desaparece, es como un líquido, se limita a pasar de vasija en vasija como la cerveza, y cuando, finalmente, parece que se despide para siempre, no es más que una transformación que le garantiza la forma más alta de la vida: la vida bajo las aves.

Pero todas las palabras estaban fatigadas y se habían ido a descansar en el saco de dormir. Y ellos tenían que sacudir el saco como es debido para que se quitase de encima incluso las cosas más necesarias. Posiblemente bastaría con un simple cubo de agua. Por esto estaban ahora mudos e inmóviles como bloques de mármol, mirando a la calle como si fuera una película. La lluvia se había vuelto a las nubes, y dejado solamente la oscuridad, pero todavía se cernía sobre calles y aceras como una membrana dorada bajo las farolas.

Horas antes, cuando las palabras todavía no habían ido a acostarse, ellos estuvieron hablando del estado.

- Pensamos que vivimos nuestra propia vida, pero no hay nada de eso, en absoluto -dijo Edmund.
- Ah, ¿no? -dijo Kalle Glader-, ¿de quién es entonces?, ¿del viejo Carnegie o de Hitler o de Juan el del Pico?
- A mi modo de ver -dijo Edmund- sólo se puede vivir si se tiene dominio sobre uno mismo. Pero lo cierto es que uno está vendido desde que nació. Uno se vende cada día por un poco de seguridad, por una miserable pizca de seguridad, la seguridad barata de las patatas y el aguardiente. Luego se acepta sin chistar la verdadera, la grande inseguridad. Por ejemplo, cuando te ponen en la mano una granada con el seguro levantado y tienes que volar al infierno con tus bonos del tesoro y tus pólizas de seguros y tus papeletas de empeño y todo.
- Lo que a mí me deprime -dijo Edmund-, lo que a mí me deprime como un fleje de hierro en la cabeza, es saber que hay leyes que nadie me ha pedido que acepte y que me dejan prácticamente indefenso. Es cierto que, desde un punto de vista teórico, tengo todavía la posibilidad de alquilar una plaza y un sistema de altavoces, y que nadie me puede cortar las cuerdas bucales, pero en realidad estoy aquí de prestado. En cualquier momento me pueden

reclamar los grandes dispensadores de seguridad, porque no se ha estipulado ningún plazo al préstamo, esto forma parte de las condiciones del préstamo, y decir que donde yo hago falta es en el Manchukúo. Y entonces tengo que ir allí a disparar contra camellos que amenazan la seguridad del dispensador de seguridad. O bien tengo que ponerme en marcha hacia Tanganika. Allí resulta que hay un cocodrilo que ha hablado denigrantemente de mí en tanto que miembro del Estado, y ahora, de pronto, el dispensador de seguridad piensa que lo que tengo que hacer es desplazarme allí para que me devore el cocodrilo.

- Esto hace -dijo Edmund- que yo me sienta amenazado, siento terriblemente sí. amenazado por el eso. me dispensador de seguridad. Me siento mucho más amenazado que cuando vivía en un barrio de gángsters. Allí me tengo que enfrentar con magnitudes sobre las que tengo una idea. Allí puedo pedir ayuda a mis amigos. Allí puedo, si no otra cosa, por lo menos ser fusilado honrosamente. Pero nadie me obliga a coger una pistola y llevarme a la cara una careta negra e irme a la calle de Óstermalm para matar a tiros a un mayorista que ha empezado a transgredir el territorio de la banda de gánsters.
- Pero el dispensador de seguridad -dijo Edmund- es en parte una amenaza contra mi seguridad personal, un peligro físico. Otra cosa es que el dispensador de seguridad ofenda

mi dignidad personal robando a mi voluntad su integridad. A ojos del dispensador de seguridad mi voluntad no es más que una vejiga de goma que se hincha con gran amabilidad en los días de fiesta nacional para darme la ilusión de que es mi voluntad la que se manifiesta.

Como yo, en principio -dijo Edmund-, considero que mi voluntad es el más preciado de mis instrumentos, tengo, naturalmente que considerar también la intrusión en ella de ese dispensador de seguridad como un asunto sumamente serio, y pensar que es un deber sacrosanto el que me asiste de aclararla lo antes posible. En teoría esto se puede hacer de una manera sencilla y sin dolor alguno para ambas partes. Puedo ir a ver al dispensador de seguridad en su propio domicilio y decirle: Señor dispensador de seguridad, llevo largo tiempo observando, con tanto temor como sorpresa, la agresión que comete usted contra mí. Y para rectificar esto, como me parece que usted ya sabe, he tenido que dirigirme a usted por medio de gran número de cartas muy largas. Pero éstas, por la razón que sea, han quedado sin respuesta. Entonces he escrito en la prensa muchos artículos explicando la situación, pero esos artículos no han dado resultado alguno. Finalmente no me ha quedado más remedio que alquilar la plaza mayor de la ciudad y desvelar, delante de grandes masas del pueblo, los planes de usted contra mi persona. Conviene añadir también que he hecho imprimir y distribuir gratis gran número de hojas dirigidas contra usted. Pero nada de esto me ha servido de nada. De modo que sólo me queda una salida. Doy por supuesto que usted, señor dispensador de seguridad, no tendrá demasiado que objetar si yo ahora, con el revólver que estoy sacando del bolsillo del pantalón en este momento, voy y le dejo a usted en el sitio de un balazo en la frente. Imagino que se tiene que dar cuenta de que es usted mismo quien, con su provocador silencio, me ha puesto en la tesitura de tomar esta medida, o sea que, en el fondo, me disculpa usted.

-Esto es lo que se podría hacer -dijo Edmund- si el dispensador de seguridad fuera una persona como las demás, con domicilio fijo, teléfono propio y cuenta corriente en el Banco Sueco-Inglés. Lo malo es que no es así. Entro en una oficina, me veo ante un jefe de departamento o ante un segundo portero, y digo: A ver, querría ver al señor Estado, también llamado dispensador de seguridad. Pero tengo que verle en seguida. Porque la verdad es que tengo muchísima, pero que muchísima prisa. Este revólver que llevo aquí, digo, tocándome el bolsillo, se lo he pedido prestado a un amigo que quiere que se lo devuelva, como muy tarde, a la una en punto, y ya son menos cuarto. Qué lástima, me contesta el jefe de departamento o el segundo portero, no sabe usted lo que lo siento, pero no puedo servirle. En nuestras nóminas no hay ninguna persona con ese nombre, pero si tiene usted verdadera necesidad de disparar, no se preocupe, porque sí que puedo servirle. Ah, muy bien, digo yo entonces, sí que me interesa, pero ¿de qué me va a servir?, ¿cesará acaso, si disparo, la agresión del Estado contra mi existencia?, ¿dejaré de correr el riesgo de ver pisoteado mi derecho? Desgraciadamente, señor mío, me dice el jefe de departamento, o el segundo portero, todo seguirá exactamente igual que antes. El único resultado visible podría ser que salgan dos anuncios en el Dagens Nyheter. ¿Y por qué -pregunto yo- dos anuncios? Sí, eso, dos, una esquela y un anuncio en la sección de puestos de trabajo libres.

- Así es como están las cosas, por tanto -dijo Edmund-; quiero ser agresivo, quiero defender mis más elementales derechos humanos, pero es como luchar contra una pared. Las posibilidades de anarquismo activo se ven súbitamente agotadas y el fleje de hierro me ciñe y me aprieta el cráneo. Ya no estamos en 1937, ni es esto España, donde luché para salvar mi alma. Después de España esto se volvió imposible, es un camino que ha quedado cortado. Si luché después de 1939 fue para salvar mi cuerpo.
- Para mí, entonces, lo único que queda -dijo Edmund-, y puedo aseguraros que me sentiría feliz si supiera que mi situación no es única en el mundo, son dos salidas, si es que merecen tal nombre. Puedo, por ejemplo, dejar que el fleje de hierro siga donde está sin tocarlo siquiera y fingir que

nací con él puesto. O bien, puedo decir: Vamos a ver, amigos míos, ésta es la última moda masculina del planeta, el fleje de hierro estatal, que ha acabado con todos los demás tocados. Es una verdadera maravilla de comodidad, y no hace falta ponerle badanas que absorban el sudor. Tampoco hace falta guitárselo cuando se entra en un restaurante. Se puede estar en el cine con él puesto. Se puede encender el trece de diciembre, se le puede forrar de azul y oro el seis de junio [El trece de diciembre, día de Santa Lucía, se encienden velas en Suecia. El seis de junio es el día nacional sueco. Los colores de la bandera nacional son el azul y el amarillo. (N. del T.)]. Se adapta muy bien a todos los cambios de temperatura. En el invierno, cuando más falta hace, refresca muy agradablemente; en el verano quema como la boca de un horno. Otra ventaja que tiene es que crece. Quizás es el único tocado del mundo que crece. Pronto llega un momento en que ya no te hacen falta orejeras. Y no tienes necesidad alguna de bandas para la cabeza, y no te digo nada de gafas de sol. Ya puedes tirar al cubo de la basura el calentador de narices y el cepillo de los bigotes, y tampoco te hacen falta calientamejillas bufandas. Total, que te ahorras un dineral en ropa. Ya puedes dar tu cupón de racionamiento de zapatos a quien lo necesite. Ni siguiera tus plantillas te harán falta cuando el fleje de hierro haya crecido lo suficiente. Y cuando llegas a esa tesitura en seguida te das cuenta de que es esto lo que tiene que ser la felicidad. La felicidad tiene que estar pegada a la parte interior del fleje de hierro, o estar unida a él de alguna otra manera misteriosa. Se siente una grande, grandísima seguridad, una seguridad como nunca sentiste otra antes de ponerte el maravilloso fleje de hierro, y llegado a esta situación está claro que tienes que recomendar tan maravilloso requisito a tus amigos.

- Pero esto -dijo Edmund-, esta salida, quiero decir, a mí me parece inmoral. Una vez que se ha conocido el fleje de hierro yo diría que es injusto coquetear con él. Sin duda, en comparación con no haberlo conocido nunca, es una verdadera felicidad conocerlo, pero luego, cuando se vuelve uno cobarde y ya no tiene fuerza para llevarlo, lo honorable es quitárselo, incluso a riesgo de arrancarte la piel al hacerlo, más honorable, desde luego, que conservarlo y fingir que se trata de una joya cara. No se adopta una actitud como si fuera una prenda de vestir, por mucho que no falten quienes creen que sí, las actitudes se las imponen a uno las circunstancias, y encima hay que estar agradecido.
- Pero existe otra actitud también -dijo Edmund-, y en este caso concreto no puede decirse que actitud sea sinónimo de salida, porque no es de una salida de lo que se trata. Se trata, sin duda, de aceptar el fleje de hierro, pero no de una manera positiva, convirtiéndolo en gran medida en un atuendo de payaso, sino tratando de considerarlo como un peso, una cruz que hay que soportar y llevar

encima mientras no surjan posibilidades de oponerse activamente a él. Pero, tened presente: no lo llevéis nunca como si fueseis mártires, como si el fleje de hierro fuera una corona de espinas. No hay que llevarlo en expiación de una culpa, sino por la cobardía de muchos y por la propia insuficiencia.

En aquel momento se extendió sobre la mesa una sombra que parecía la prolongación del portero encargado de echar de allí a los revoltosos. Edmund hablaba demasiado alto. Se le había calentado la boca al ver que, sin ningún esfuerzo, se le ocurrían constantemente nuevos descubrimientos e ingeniosidades.

- Pero -dijo, animándose, como si no hubiese visto la sombra, y lo más probable era que así fuese-, mientras lleve puesto el fleje de hierro, mi angustia será la mayor del país. Nadie puede sentir mayor angustia que yo.

Dijo esto chillando, casi como si acabase de dar con una nueva ley de la naturaleza, sintiendo al tiempo la angustia, pero no solamente como una palabra, sino, por el contrario, como una realidad completamente nueva. Era como quien mete la cabeza por una ventana extraña y se siente súbitamente atontado por un aroma nuevo y extraño. Sintió el fleje ceñírsele de pronto al cráneo, tensársele más y más, y pensó que ni siquiera había espacio para meter el dedo entre la banda de hierro y la piel. No duró mucho tiempo la

sensación, la verdad es que no duró más que el corto tiempo que pasó desde que la sombra apareció sobre la mesa hasta que el portero le cogió por los sobacos.

Les echaron de allí como a perros, y como perros se fatigaron vagando por las calles, metiendo la nariz en todos los agujeros que les parecían atractivos, impulsados por su inquietud. Llevaban la angustia en su interior de la misma manera que se lleva una fiebre incipiente, sin saber a punto fijo qué es lo que va a acabar pasando.

Y así es como llegaron a la calle de Got. A través de la gran ventana veían la calle como por la pared de cristal de un acuario. Grandes autobuses reflejaban un instante su roja mole en el espejo del asfalto, ciclistas solitarios pasaban relucientes como luciérnagas delante de ellos, del cine salía la masa de gente como un torrente de lava, las farolas de la entrada se apagaban. Un ciego iba por el extremo de la acera, golpeando el bordillo con su bastón. Delante mismo de la ventana estaba aparcada una bicicleta con su cabeza de toro a punto de embestir, y ellos habrían querido dar un golpe al cristal para advertir al ciego, pero no lo hicieron por miedo a llamar demasiado la atención; justo en aquel momento fue un joven y cogió al ciego por el brazo, y le guió, sorteando el obstáculo.

Ellos, viendo esto, exhalaron un hondo suspiro de alivio y apuraron sus vasos.

Llegó entonces el momento de la última copa, antes de que se cerrase el café. Las puertas del café estaban ya medio cerradas, aún entraba gente con las chaquetas abrochadas y ojos descoloridos, en busca de mesas vacías. La charla no tardó en adquirir más revoluciones por minuto. Zumbaba más y más alto. De pronto las mejillas sentían que había llegado la hora de vivir y cobraban más color. Lo mismo les pasó a las manos. Hendían el aire espeso y cargado con ademanes cortantes. Las camareras corrían de un lado a otro. Las comandas se pisaban los talones unas a otras. Momento hubo en que las bocas no se sentían contentas más que cuando estaban llenas de palabras grandes y sabias.

Edmund y Kalle Glader y Joker se vieron sumidos en seguida en el calor general. Y Joker sentía ahora algo siniestro, algo completamente ajeno a su experiencia. Había vuelto la mirada hacia el interior de la sala. Kalle Glader a su lado, se hurgaba los dientes con un palillo. Edmund marcaba una marcha contra el pie del vaso. Y Joker pensó: Ahora es cuando tengo que decirlo. Ahora es el momento exacto de decirlo. Ahora es cuando ya no debo esperar lo que se dice ni un momento más.

Abrió la boca para soltar las palabras. Tanto tiempo hacía que las tenía dentro de la boca que pensó que saldrían volando por sí solas en un decir amén, pero lo cierto es que ni siquiera se movieron. Y entonces sintió de pronto el fleje

de hierro apretársele en la cabeza. Tan física fue la sensación que se quedó sorprendido de no sentir también el martillo que le calaba el fleje cabeza abajo. Y entonces la mitad de su yo se estranguló como si quisiese claridad a toda costa, como si anhelase libertad. Al mismo tiempo, sin embargo, la otra mitad recibió el doble de espacio en que moverse. La otra mitad de él, que decía: Esto a ti no te concierne, esto no son más que estúpidas imaginaciones. Déjalas. Dales una buena patada en el culo. Mándalas al infierno. Y era ahora esta mitad la que guiaba su lengua. En el fleje de hierro había ventanillas, y a través de ella se disparaban palabras indiferentes que él no tenía necesidad de pensar para poderlas decir. Comenzó a hablar de los transbordos de autobuses en el distrito de Alvsborg; y luego sobre una especie de tejas que era peor que todas las demás clases de tejas; y, finalmente, sobre un constructor de Sodertalje que él conocía y que había recibido una buena tanda de sopapos una tarde, estando ilícitamente sentado en un sofá con la mujer del dueño de una droguería de Enskede.

Y Edmund y Kalle Glader asentían y reían de sus ocurrencias cuando las tenía, y de pronto Joker soñó que él era dos habitaciones, así, literalmente: dos habitaciones con cuadros colgando de las paredes y sillones y otomanas en el suelo. En una de las habitaciones se oía música de cabaret por la radio y estaba medio llena de gente alegre con vasos de coñac en las manos, y todos reían a carcajadas. Como habitación,

Joker era muy sensible, y tantas risas le hacían cosquillas en las alfombras, y soñaba que empezaba a hipar, pero tan fuerte que cuadros y colgaduras (hogar, dulce hogar, 2,25 X 0,86) saltaban contra las paredes, y algunos de los borrachos lo veían y se asustaban, pensando que ya les había entrado el delirium tremens.

Pero en la otra habitación, pared por medio, reinaba una gran angustia. La gente que estaba allí no tenía dinero para lámpara, mucho menos para radio. Eran dos personas, cada habitación. una una esquina de la completamente silenciosos, caídos sobre sus sillas, y cuando los brazos de éstas chocaban contra la pared le hacían daño al que era la habitación, lo sentía exactamente como si tuviera allí mismo las puntas de sus nervios. Justo debajo de aquel techo se reunía tantísima angustia que el techo habría preferido, con mucho, levantarse y subir hasta el desván de no ser por el piano de cola que pesaba sobre el suelo del piso superior.

Y ahora hipaban las paredes en la habitación que era él, y en la habitación menor que también era él dominaba una gran angustia y las paredes retrocedían asustadas y hubieran dado cualquier cosa por abandonar la casa. Y como una de las habitaciones que era, la de la angustia, él pensaba ahora: «Tengo que salir de aquí a trompicones, como sea, meterme por las paredes y el techo y el suelo y filtrarme por la puerta

hasta la radio que toca música de cabaret, porque, de otra forma, terminaré, como habitación que soy, cuarteándome en grietas». Y entonces comenzaron a oírse risas que llegaban de una de las sillas de angustia, y un rostro blanco que tenía dos puntiagudas linternas en lugar de ojos levantó la vista y la fijó en los suyos, que, en aquel momento, se encontraban en el techo.

«Jajajajá», se oyó del lado de la silla, «piensas que ahora te vas a agrietar, qué gracia. Jajajajajá».

Y entonces vieron sus ojos, que ahora, de pronto, estaban en el suelo, clavados con ganchos de colgar cuadros, que una estructura maciza de hierro, un esqueleto monstruoso, sujetaba paredes y techo con grapas de hierro, de modo que se mantuviesen juntos, y allí tendría que agolparse muchísima angustia para conseguir que se combasen. El fleje de hierro, el fleje de hierro, pensó él.

Y despertó. La risa era de Kalle Glader. Cuánto le irritaba aquella risa. Habría sido capaz de extender las manos con toda su fuerza y cogérsela y sofocársela, pero, en lugar de esto, lo que hizo fue seguir tranquilamente, como estaba, y oyó a su propia voz que decía:

-En este caso, yo, desde luego, preferiría cemento.

«Pero ¿en qué condenado caso?», pensó. A lo mejor era que algunos de ellos tenía pensado construirse un chalet,

Edmund o quizás Kalle Glader, o él mismo, vete a saber. A lo mejor era de esto de lo que hablaban. La cosa es que no lo sabía. Se sintió, de pronto, muy fatigado.

«Todo habría salido mucho mejor», pensó, «de no ser por el condenado fleje de hierro». Entonces sí que nadie habría podido impedirme decir: A ver, amigos, quiero que me echéis una mano ahora. Quiero que me escuchéis con atención ahora y cuando me hayáis escuchado quiero que digáis: No tienes la menor razón para tener remordimientos. ¿Acaso pudiste remediarlo si él ya estaba muerto cuando volviste tú con el cubo de agua? ¿Crees que él pensó mal de ti por eso? ¿No crees que lo que pensó fue: Este es un amigo que ha ido corriendo a por agua para mí, un amigo en quien ha aprendido a tener confianza? Me doy cuenta de que corre como una liebre para volver lo antes posible. Es un amigo de verdad, eso lo sé perfectamente. Pero, sin embargo, no sé si me va a valerla pena esperarle. La verdad es que ya no tengo lo que se dice nada de sed».

Pero mientras las manecillas puntiagudas del reloj cortaban el zumbido sordo de las voces y el café cabeceaba y escupía a los clientes, súbitamente mudos, a la noche incipiente, él sintió que el fleje de hierro le apretaba más y más, con creciente dureza, el cerebro. Y salieron a recorrer las calles monótonas y desérticamente ruidosas, y, entretanto, el fleje seguía tensándosele en torno a la cabeza. Pasaron por el

barrio de Sluss, donde los anuncios de neón llameaban hieráticos, siguieron por el sombrío puente de Skepp, con farolas cortantes y deshojadas sobre la calzada, cruzaron la plaza de Gustavo Adolfo, donde alguien había dejado una botella de cerveza a medio beber justo debajo del heroico rey, llegaron al Strand, pasaron detrás de una prostituta ebria y un caballero de edad más bien avanzada que llevaba el sombrero ladeado y daba azotitos a la chica en la espalda con su bastón hasta que ella rompió a cantar, pasaron la elegante calle de Narva, que yacía, dormida, con la pechera de la camisa desabrochada, cruzaron el desierto de arena que se extiende delante de los cuarteles, y el fleje de hierro no hacía más que apretar. Se le hundía más y más profundamente en el cráneo, impidiéndole deshacerse en grietas.

Cuando se vieron delante de la verja y apretaron el timbre, él sintió de pronto frenético miedo. Aferró el brazo de Kalle Glader, apretándolo sin piedad, como si su brazo fuera el pico de un milano. ¡Sálvame, sálvame!, quería gritar, ¡sálvame o pronto será demasiado tarde! Pero el fleje de hierro no dejaba que las palabras salieran de sus labios.

-Oye, Edmund -dijo Kalle Glader-, agarra aquí, haz el favor. Me parece que Joker está muy borracho.

Uf, la verdad es que habría querido morderles las manos sudorosas y serviciales.

## La muñeca de trapo

De la calleja salieron dos niños. Llevaban entre los dos en brazos una muñeca de trapo. El cuerpo escuálido colgaba y las piernas delgadas se agitaban grotescamente. Uno de los niños se sacó del bolsillo del pantalón una armónica roñosa y tocó con ella unas cuantas notas. El otro niño río y miró en torno a sí con audacia. Los dos estaban descalzos y sus pantalones cortos eran anchos y largos, de tela de abrigo dada la vuelta. Uno de ellos llevaba chaqueta negra larga con desgarrones en los codos. Dio un salto con los dos pies al tiempo para no caer en un montón de boñiga de caballo que humeaba sobre el asfalto. Por la ventana de enfrente de la escuela se veía a una chica pelirroja que estaba sentada dando de comer a las palomas con migas de pan. Algunas migas cayeron a los pies de un sujeto muy alto que llevaba sandalias como las que lleva Jesucristo en las películas y andaba inclinado hacia adelante. Apretó el puño hacia la ventana y siguió apresuradamente su camino.

Los niños fueron corriendo al parque con su muñeca. La muñeca tenía prendido en la nariz de tela, redonda e hinchada, un imperdible que no desentonaba mucho de su aspecto desastrado. La niña que estaba sentada en la

parcelita de arena, jugando con una pala verde de plástico, se puso a chillar al ver el imperdible. El niño de la armónica le cogió la pala y la tiró a la calle. La niña se puso a quejarse a gritos como si le hubiesen dado retortijones. Entonces se oyó una voz que parecía llegar del cielo, pero no llegaba más que del piso más alto de una casa estrecha e inclinada que se levantaba en la esquina de la calleja; la voz gritaba que «esos diablos de niños debieran tener mejor educación y ser amables con la niña». La niña le sacó la lengua al niño de la armónica y salió corriendo a coger su pala, metiéndose luego con agilidad de pequeña rata en el portal de la vieja casa. Tenía largas y delgadas piernas relucientes de araña. El niño de la chaqueta cogió la muñeca con una mano como si fuera una pelota, le dio varias vueltas y la soltó con toda su fuerza a la vuelta más aita. La muñeca fue zumbando por el aire y cayó suavemente contra el cristal de una ventana detrás de la cual no había nadie, en el piso de más arriba de la casa estrecha. Cayó de cabeza, rebotando del cristal contra el alféizar de latón, quedándose allí de bruces como si la hubieran fusilado. Fini.

Del alto y largo y rojo pálido edificio de la escuela que llenaba uno de los lados de la placita, la cual, por otra parte, era poco más que una calleja algo ensanchada, llegaban malhumorados y redondos acordes de corneta que rebotaban y morían de golpe contra las paredes de las casas de enfrente. Morían con un último quejido, cayendo a la

calle. Una chica pálida con camisa de hacer gimnasia y flequillo que estaba asomada a la ventana más alta sacudió un trapo de borrar pizarras sujeto a la punta de un puntero. La nube de tiza se levantó como una columna de humo y fue bajando y llegó hasta el asfalto.

- ¡Di al chico ése que haga el favor de dejar de atormentar al buey! -gritó el niño de la armónica, tirándola al aire como una pelota.
- ¡Menuda peluca que lleva tu madre! -gritó el niño de la chaqueta, llenando todo el parque con sus risas.

La chica de la ventana fue a por otro trapo de borrar pizarras. Se diría que todo aquello a ella le daba igual.

-¡Hale, baja y ya verás! -dijo el niño de la armónica, sacando un cucurucho del bolsillo del pantalón.

La chica cerró la ventana de manera retadoramente ruidosa.

-¡Al diablo! -le gritó el niño de la armónica, sacando la lengua en dirección a la escuela.

La corneta comenzó a sollozar su abandono, y, finalmente, reinó de nuevo el más completo silencio, de modo que se podía pensar que habría acabado por echarse, doblada en dos, en un banco, dejando que las lágrimas le atascaran los pistones. Al cabo de un rato apareció en la plaza un chico con pantalones largos muy gastados: había salido por la

apertura de la verja. La corneta enfundada de negro le colgaba de la espalda como una trompa de elefante. Atajó por el parque e iba a pasos rápidos, ceñudo y con los ojos fijos en el suelo.

Cuando llegó a la parcelita de arena, le gritó el niño de la chaqueta:

-¡Eh, tú, jorobado! -tirándole un puñado de arena. El niño de la armónica saltó sobre el borde de la parcelita, cantando a todo cantar con voz que cortaba las orejas:

> ¡Papá está en la taberna, mamá está en el bosque, acostada con un tío!

Evidentemente aquella canción tenía algo que ver con el chico de la trompeta, porque en cuanto éste hubo desaparecido calleja abajo, los dos se sentaron en la arena y se pusieron a reñir por una navaja. Al cabo de un rato se reconciliaron y empezaron a jugar con la navaja: ponían una mano con los dedos abiertos en abanico sobre la arena y acuchillaban la arena con la navaja entre los dedos con tremenda rapidez. La hoja de la navaja relucía al sol que bañaba el parque y enrojecía las paredes de la escuela. Parecía que tenían en las manos una lagartija coleteante.

Enseguida se cansaron y prosiguieron el juego con la hoja menos cortante de la navaja, y el niño de la chaqueta se clavó la punta en el dedo índice justo debajo de la raíz de la uña. Chillando lastimero como un perro salió corriendo por el parque, cruzó la calle y desapareció en la calleja, con la mano herida envuelta en el forro de la chaqueta. El niño de la armónica escupió en la arena y siguió un rato más jugando con la hoja menos cortante.

En aquel momento se levantaron dos jubilados tocados con gorros de visera muy viejos. Habían estado sentados en el banco junto a Sorenson y ahora querían dar un paseo al sol, que envolvía sus figuras deshilachadas como en una armadura reluciente. A la sombra del portal de la casa estrecha se pararon y se pusieron a curiosear alargando el recio cuello de pájaro. Uno de ellos se golpeó siniestramente en el pecho antes de desaparecer por el portal oscuro. Al cabo de un momento se oyó del interior el suspiro del corcho que salta de la botella.

El alero puntiagudo de la casa estrecha quitaba un poco el sol. La luz del sol había dejado el parque y comenzaba a encaramarse por la pared de la escuela. Una gaviota perdida y chillona llegó volando sobre la explanada y describió un trazo invisible de tiza entre el asta de bandera de la escuela y la punta de su propia ala extendida. Las palomas charloteaban en los alféizares y dejaban caer migas de pan a

la acera. Los gorriones, ratas aladas, piaban en torno al montón de boñiga. Abajo, en la calleja, alguien daba patadas a una lata de conserva vacía contra el empedrado. En el patio de la escuela unas cuantas niñas vestidas de verano jugaban a la pelota: ¡Zas!..., el duro golpe de la raqueta de madera, el leve raspar de pies rápidos, el rebote suave de la pelota, risas contenidas, el grito estridente: ¡Perdiste! En la parcelita de arena, el niño, solo, seguía jugando con la navaja. Ahora se dedicaba a rasgar la piel de la arena en suaves surcos.

Pero, de pronto, en medio del verde oasis de silencio y calma tuvo Sorenson una visión espantosa. Los despertadores comenzaban a chillar y él pensó que se levantaba a toda prisa del banco y salía corriendo por el parque en una fuga insensata para entrar en el portal oscuro tanteando pared adelante en busca del picaporte familiar. Y, sin embargo, no era así, porque seguía allí sentado, mirando la figura vestida de negro y sin sombrero que se deslizaba a lo largo del reborde desconchado de la casa de enfrente. Y comprendió de pronto que tenía que haberle visto llegar mucho tiempo antes de que su consciencia le avisara. Así pues se levantó y fue despacio, tanteando pared adelante, como un ciego que acaba de recuperar la vista. Parecía que tuviera un recado que comunicar a cada una de las ventanas bajo las que pasaba, a cada uno de los portales, incluso a cada -uno de los adoquines de la calle. Se paró en la acera, enfrente justo de la parcelita de arena, y allí, de pronto, se dio cuenta de que el hombre proyectaba su sombra hacia adelante. Sorenson vio con toda claridad cómo la sombra se ponía en pie insolentemente de un salto y se inclinaba hacia el hombre, le cogía del brazo y empezaba a tirar de él calle adelante, observando en torno a sí con su cabeza polvorienta en forma de bala de acero.

Y ahora, súbitamente, todo cambió de calidad en el mundo de Sorenson. Las hojas verdes se encogieron hasta convertirse en pequeñas puntas de dedos, amargas y de negro relucir. Los gorjeos afanosos de los gorriones salían disparados como crueles flechas de tómbola y se le hincaban en los oídos, y los estridentes «¡Perdiste!» de las chicas que jugaban a la pelota se le convirtieron en siniestros, agoreros gritos de aviso. Un anillo de terror rodeaba la parcelita de arena, donde jugaba el niño. De dos direcciones, por delante y por detrás, se le acercaban ahora el hombre y su sombra. Quiso gritar: ¡Corre!, pero comprendió que el niño no podría oírle a través del anillo. De pronto comenzó a sentir tremendo frío, y con un estridente resonar metálico el tejado de la casa estrecha brindó con la pared de la escuela.

El hombre vestido de negro se erguía ahora sobre la arena delante de su propia sombra y se sacó del guante un largo cuchillo. Probó cuidadosamente el filo contra la piel de su dedo pulgar. Luego atravesó con él a su sombra, que cayó de cabeza en la arena entre las rodillas del niño. Y entonces levantó el niño la cabeza y el hombre echó a un lado a su sombra de un empujón, de modo que los dos pudieron mirarse a los ojos. El hombre de negro se sentó junto al borde de la parcelita de arena y se puso a hablar con el niño. De vez en cuando levantaba los ojos para echar una ojeada a la casa, calle arriba, calleja abajo.

Pero ahora la sombra estaba muerta y todo volvió a su estado anterior en el mundo de Sorenson. Las hojas recuperaron su color, las casas se volvieron a enderezar y las jugadoras de pelota no se ponían símbolos en la boca. El anillo de terror e inseguridad se había roto en pedazos, y Sorenson supo súbitamente lo que iba a suceder. El hombre vestido de negro no tenía secretos para él, que pensaba conocerle tan a fondo que no se sorprendió cuando hombre y niño se levantaron, aquél rápidamente, éste vacilando. Tampoco le sorprendió ver que el hombre vestido de negro metía el largo cuchillo, con funda y todo, en el bolsillo del niño, ni que cogía al niño de la mano y tiraba de él calle adelante. La mano del niño colgaba lacia de la del hombre, como pegada a ella con chicle, y sus pies se pegaban a la calle. Una paloma se elevó a desgana y revoloteó sobre el arroyo, posándose en él. Una pelota describió una silbante lira sobre la plaza y cayó como una bomba sobre una bandada de gorriones, que rompieron a piar histéricamente, y el niño se volvió y les miró con ojos tristes. Entonces, el hombre, sonriente, le dio un golpecito en el bolsillo donde guardaba el cuchillo, y el niño, entonces, le dio, por fin, paz. Los dos dieron la vuelta a la esquina de la escuela y se sumieron rápidamente en la calleja.

Sorenson se levantó y fue lentamente en pos de ellos.

Cuando hubo llegado al final de la calleja les vio a los dos muy abajo, como en el fondo de un pozo. El niño andaba con pies doloridos por los adoquines como por un campo recién sembrado de trigo. El mango del cuchillo le salía del bolsillo del pantalón. El hombre iba un poco delante de él, a un paso muy apropiado para andar sobre adoquines, y esto le llamó la atención a Sorenson: Este hombre es marino, se dice, y el cuchillo ése lo ha comprado en Ábo o en Lovisa.

Pero sin que Sorenson lo supiera ya se había reunido su comité de identificación. Habían reservado una habitación y colgado de la pared una placa que decía: Se Ruega se Abstengan de Ruidos Extraños y Motivos Ulteriores. Recaderos con las mejillas enrojecidas de fatiga corrían por las vueltas y revueltas de los pasillos con bandejas cargadas de material para la identificación, y crecían las carpetas y el comité ya se frotaba las manos ante las perspectivas que ofrecía el informe final. Durante todo este tiempo algunos miembros seguían en el pasillo y discutían en voz alta jactándose de conclusiones tomadas ya para que el jefe no se impacientara demasiado. Todo aquello del marino y el

cuchillo eran palabras que él había captado escuchando a través de la puerta.

El paseo desembocaba en el vasto mar de piedras de la Cuesta del Palacio [Lo que sigue se refiere a lugares del centro de Estocolmo. Algunos han sido traducidos, otros no, o sólo en parte.]. El dedo índice del Obelisco husmeaba el viento vespertino. Los tres volvieron hacia el agua, evitaron el Puente de Skepp y dieron la vuelta a la esquina. Los últimos rayos del sol ahogaron el ventanal de la iglesia de la isla de Skepp y ya comenzaba el crepúsculo a vestir de una redecilla azul las avenidas del jardín de la Plaza del Rey. El niño se sacó la funda del cuchillo del bolsillo y la fue rozando contra la tapia de piedra camino del Norrstrom. Gente bien vestida se volvía para mirar con desaprobación al niño desharrapado y descalzo. No les gustaba ver destruida de esta manera la paz de su vesperal paseo chino.

En el mar humano del Puente del Norte perdió Sorenson contacto con ellos momentáneamente. Un pelotón de infantería pasaba justo entonces por el puente y su paso fue un corcho en el embotellamiento de tráfico delante de Palacio. El tráfico se levantaba como una torre y las campanillas de los tranvías tintineaban como relojes de péndulo entre el zumbido de los motores de los coches. Los ciclistas, con sus traqueteantes guardabarros salpicaban en torno a sí y serpenteaban por entre los coches. Sorenson se

abrió camino a codazos hasta el extremo sur del puente y allí se paró debajo del león, oteando el panorama de la Plaza de Gustavo Adolfo, y luego calle de Strom abajo. Las farolas rojas de la Ópera ardían con un rojo mortecino, y el último rayo del sol se ahogaba en la Bahía de los Caballeros; un ferry se arrastraba sobre el agua y parecía mantenerse en equilibrio por encima de ella. Una gaviota con sangre en las alas planeaba sobre el Parlamento, cayendo en picado hacia los jardines del Strom.

Y en aquel momento les vio acercarse por el puerto. Solamente alcanzaba a ver las piernas del niño metidas en un par de botas de oficial. Se inclinó sobre la baranda y se puso a mirar al agua para no tener que saludar. Un pescador de salmones luchaba con los remos tensos contra la corriente para acercarse al muelle. El cerró los ojos y oyó a su lado el pisar pesado de las botas. Los dos pasaron tan cerca de él que habría podido coger al niño por un brazo y salvarle, llevándoselo consigo.

Pero no podía. No puedo, se dijo, llama-ría demasiado la atención. A lo mejor hasta venía la policía y entonces estábamos listos. Está uno muy expuesto cuando no es más que un mozo en edad de ir a filas... Pero entonces intervino otra voz, porque él tenía con frecuencia todo un coro de voces que se le apretujaban dentro, disputándose la primacía; y esa voz dijo: No intentes engañarnos, lo que

pasa, pura y simplemente, es que eres un cobarde. Renuncia de una vez, porque lo que de veras querrías hacer en este momento es irte a tomar una cerveza».

Así y todo no renunció a seguirles. En el tenderete del Puente del Norte el hombre le compró un helado al niño, a modo de último pago a cuenta, y el helado se fundió en las manos sudorosas del niño y sus gotas blancas caían sobre el negro papel secante del asfalto. La gente borraba estas gotas sin fijarse con las suelas de los zapatos, transformándolas en grises líneas curvas que no se interrumpían hasta algo más allá del kiosco. Allí era donde estaban los dos, y el hombre le compró algo al niño, que metió un dedo índice sucio y ansioso por la ventanilla. Había soltado la mano del hombre y la verdad era que en aquel momento habría sido facilísimo para Sorenson aferrarle de golpe y echar a correr con él calle de Strom arriba, desapareciendo sin más entre la muchedumbre.

Pero en lugar de esto lo que hizo fue ir lentamente a lo largo del muelle. Fue en equilibrio por el extremo mismo del borde de piedra. No había más que dos barcos junto al muelle, algo lejos, justo debajo del Grand Hotel, pero sin humo en las chimeneas y con las escotillas despobladas. El muelle situado enfrente de la Plaza del Rey estaba desierto y limpio de cajas de arenques y de cajones de fresas. A veces sólo se veía una fina capa de escamas de arenque que

relucían sobre la piedra. El agua bajo el muelle dibujaba remolinos siniestros y la corriente había lavado a golpe de ola el sucio bordillo de papeles putrescentes, cáscaras de huevo y condones usados que siempre se pegan a los lados de los barcos en los grandes puertos. Oteó el agua y vio un ferry arrastrarse sobre el agua azul del atardecer. La luz reluciente de su farol de cabina chispeaba en el agua como perlas de ácido carbónico. El dio una cauta patada a una anilla de amarras del muelle, que resonó, metálica como un reloj, y terriblemente ruidosa.

Todo el tiempo que estuvo allí tenía las orejas pendientes de lo que pasaba detrás de él, y cuando oyó la voz estridente y acalorada del niño muy cerca de sus espaldas se inclinó sobre la anilla de amarre y ató rápidamente a ella el miedo que sentía. Al cabo de un rato comenzó de nuevo a seguirles, pero esta vez a mayor distancia. Ellos iban costeando el primer barco, y al mismo nivel, en el muelle, había un montón inclinado de cajas de arenques.

«Vaya, menos mal que pasan por ahí», pensó, porque cada aplazamiento era una gracia para él. De la terraza del Grand Hotel llegaba música de cuerda, extendiendo a través de las ventanas abiertas su red, en la que se enredaban los transeúntes. El ferry que se arrastraba allá fuera se enfrentaba con agitadas olas y saltaba pesadamente sobre los obstáculos. Las gaviotas chillaban en torno a él y en torno

también a las chimeneas de otros barcos blancos y picoteaban los manchados toldos de los botes salvavidas. «Seguro que no van allí», pensó él, y estaba completamente frío. Pero el muelle terminó y ya no había nada que escoger, de modo que pensó que esto era precisamente lo contrario de lo que él había deseado: él habría querido que el muelle durase eternamente, de manera que la acción se volviera innecesaria. Se dio cuenta de que era ésta la esperanza que le había inducido al principio a seguirles. Nunca había pensado que fueran a ponérsele delante, y por eso había empujado la acción delante de él como se empuja una carretilla. Ahora lo que él quería era soltarla, y que se fuese rodando ella sola cuesta abajo, y él se refugiaría de un salto en la cuneta. Pero, a fin de cuenta, era la cuneta lo que más le asustaba.

No había ninguna pasarela, y la escotilla de cubierta estaba cerrada; las barras de la baranda eran puntiagudas. El crepúsculo comenzaba a amontonar sombras sobre las cubiertas, y las gaviotas, con sus cuerpos intensamente blancos, se lanzaban como relámpagos sobre las retinas. Iban a grandes zancadas y en silencio sobre las maromas que colgaban lacias, pero que se tendían como potentes músculos en cuanto la corriente tiraba contra las popas. El hombre saltó ágilmente sobre la baranda y luego ayudó con rapidez al niño a hacer lo mismo. Fueron por la cubierta recién alquitranada, que soltaba a desgana las plantas

desnudas de los pies del niño. Salieron de allí, y el niño se asustó y se puso a quejarse, porque, pensando en el cuchillo, tampoco a él se le había ocurrido que el muelle pudiese llegar a tener fin. Echó la cabeza hacia atrás y miró muelle arriba con sus ojos pequeños y asustados. Al mismo tiempo relució una luz en la fachada de palacio y una llama verde de los hilos del tranvía chamuscó las copas de los árboles del Logard.

Sorenson tenía miedo de mirar al niño, sus ojos volaron como balas de máuser hacia el puente de Skepp, y ahora las nubes blancas de las gaviotas se levantaban de los barcos, luciendo un momento bajo el cielo azul que se atornillaba como un yelmo de acero en torno al cráneo de la ciudad.

Como un tranquilo paseante vespertino que va camino de casa, donde le espera un puro, iba ahora Sorenson pasando junto a los barcos, y luego continuó su camino hacia la isla de Skepp. Pensaba que habría debido temblar con todo su cuerpo y chillar estridentemente porque las piernas no le obedecieron al saltar sobre la baranda, pero lo único que sentía ante tal fallo era un ligero desengaño. Era exactamente como una vez en que fue a la boda de un amigo, y cuando llegó allí no pudo entrar en la casa y tuvo que seguir su camino, pasando de largo. Sólo eso, pasar de largo, vergonzosamente simple. Y luego se había sentido

muy decepcionado e interminablemente sorprendido. Ahora, en cambio, lo único que sentía era decepción.

Continuó, a pesar de todo, por el muelle desierto, y sus pensamientos se mantenían en equilibrio sobre las cuerdas sueltamente tensas del violín. Un racimo de nubes preñadas de lluvia abrió sus paraguas sobre el cielo de la isla de Skepp y un viento molestísimo se atornilló sobre él llegando de la gran plaza desierta. Comenzó a oscurecer rápidamente el agua y los muelles que flanqueaban la isla y el puente de Skepp hacían rodar grandes almohadones de sombra contra la orilla. El perfil dentudo del Soder sobre los montes del Stadsgard desapareció bajo los negros paraguas, y poco a poco comenzó a llover. Grandes trozos de seda azul oscura se tendían en torno a todos los racimos de árboles verdes v hasta las gaviotas solitarias quedaron cubiertas por ellos. Sorenson siguió por el muelle hasta el arranque del puente de la isla de Skepp, y al volverse y mirar a sus espaldas fue cuando experimentó aquello.

En la lluvia que llegaba despacio del Strom en nubes azules perdió ahora el barco blanco sus contornos, los colores amortiguaban su luz y la tosca chimenea negra se volvió fina e infantil, pero en la escotilla de popa, inmediatamente detrás del asta de la bandera, desnuda como un árbol sin hojas, vio Sorenson dos ojos fijos en él. Sorprendido, comenzó a ir por el borde del muelle, rehaciendo su camino,

hacia el barco. Parejas de enamorados se apretaban contra la escalera del Museo Nacional y otras corrían hacia allí sobre suelas ruidosas huyendo de la lluvia. Él no estaba solo, pero estaba solo ante la experiencia inminente de aquellos ojos. Pensó que estarían pegados al cristal de la escotilla, y sólo cuando ya era demasiado tarde se dio cuenta de que, sin duda, habría hecho mejor tirándose al mar, y desapareciendo, que yendo a su encuentro.

El gorro de acero se apretaba en torno al cráneo de la ciudad, que era el suyo propio, y sintió que le hacían daño los tornillos en las sienes, y de pronto se dio cuenta de que iba corriendo por una larga calle que no terminaba nunca y estaba flanqueada por escaparates. Y en todos ellos los letreros eran idénticos. Los crueles ojos del niño oscilaban de ganchos a lo largo de toda la calle que no era más que el costado de un barco con sus escotillas empañadas. Y él corría lluvia rala calle baio la ٧ la llevaba ininterrumpidamente hasta el final del muelle. Finalmente se paró y se restañó el agua de la cara con las manos y quedó sorprendido de que no supiese salada cuando le llegó a las comisuras de la boca.

Ahora los paraguas se iban cerrando uno <letras de otro, y el techo saltó hacia arriba, levantándose muchas millas cielo arriba. Cesó la lluvia y el viento se la llevó consigo con un suspiro alado. Las alas de las gaviotas se desprendieron de la

oscuridad, cortándola en azul con sus cuchillos. Los cuencos de las farolas callejeras se llenaron de una luz que salpicaba y fluía lentamente sobre el asfalto. Su sombra estaba descansando delante mismo de él, que, al verla, se inclinó sobre ella como quien se inclina sobre una barrera; se puso a mirar a las mujeres, que apenas eran otra cosa que espaldas cubiertas de relucientes impermeables y piernas que lucían por la calle de Strom. Y todo el tiempo sabía perfectamente que la calle de los ojos de niño estaba a sus espaldas, y que lo único que tenía que hacer era volverse un poco, solamente un poco, solamente un poco, para cortarse los ojos contra ellos.

Así pues, fue muy deprisa, pero no tanto que pudiera dar la impresión de una fuga.

Cuando llegó al puente del Norte, pensó: «¿Y qué sé yo si, después de todo, era un pariente del niño, y sólo quería enseñarle el barco».

Cuando dio la vuelta a la plaza del Parlamento su memoria le recordó de pronto el cuchillo, y pensó:

«¿Y qué sé yo lo que hace con el niño? Además, los chicos tienen. que acostumbrarse a valerse por sí mismos».

Cuando pasó el puente de la Casa del Gobierno su memoria se puso a contarle que, a pesar de todo, les había seguido hasta el barco mismo. «Bueno», pensó él, irritado, «pero es que también yo tengo mi libre voluntad, y no tengo por qué ser responsable de lo que haga el condenado niño ése».

Cuando se metió por la calle de Vasterfang, su memoria le preguntó abiertamente por qué había sentido tanta angustia al acordarse súbitamente de la mirada del niño que llegó incluso a emprender algo que se parecía mucho a una fuga, y entonces él se sacudió de sí la desgana de tal manera que buena parte de ella cayó a la calle, pero el resto se quedó colgando de los hilos de cobre. Toda su sala de espera comenzaba ahora a llenarse de un murmullo de expectación de mecanógrafas alegremente charloteando y de fotógrafos que respondían con zumbadoras cámaras de cine en el comité de identificación.

Cuando subió por la colina de la Iglesia Grande pensaba él, sin embargo: Esta noche habrá que pasarlo bien. Lo pensó de manera espasmódica, como piensa uno que se está ahogando y ya es demasiado tarde: Mañana tengo que ir de todas formas a la clase de natación. Esta noche habrá que pasarlo bien. Lo sopló en la calleja como un son arrancado a una trompeta llena de agua.

Cuando llegó a la Plaza Mayor comenzó, sin embargo, a seguir a una exuberante espalda cubierta con una chaqueta de sport color rojo oscuro. Pero desapareció por un gran portal que inmediatamente cerró los dientes. Además, había en el portal un jabalí guardián de hocico amenazador.

Luego le ocurrió algo que le dio pánico, algo muy extraño. Iba por una larga calle, tan estrecha que incluso una persona que no fuera otra cosa que codos tendría que apretárselos contra el cuerpo para no rozarlos con las paredes. De pronto se le ocurrió que estaba dormido y soñando, y en sueños se vio entonces a sí mismo yendo por la calle estrecha, despacio y con las manos en los bolsillos del pantalón, a un paso alegre y confiado que reconocía, pero que no era suyo. Y en sueños se sintió de pronto alocadamente aterrado, y quería salir corriendo, y el que yacía en su cama y dormía le gritó al que iba por la calle que lo que tenía que hacer era rehacer a todo correr el camino andado. Pero el otro se limitó a seguir calle adelante, sin alterar el paso, y además no podía volver porque la calle se iba cerrando a sus espaldas, y el que dormía se volvió ahora más aterrador todavía, pero todo parecía ya demasiado tarde. De pronto se detuvo en sueños, y ahora las casas amenazaban con tragarle con sus grandes bocazas, pero, en lugar de tragarle, lo que hicieron fue retirarse, y entonces se quedó aterradoramente solo. Estaba en pie en un lugar abierto donde las farolas salpicaban y los árboles lucían. Estaba en una acera y en medio de la calle había una parcelita de arena, y él la veía, pero al mismo tiempo se encontraba muy lejos de sí mismo.

Había llegado el momento. Los miembros responsables del comité de identificación se ponían las chaquetas de gala y olían a la misma loción de afeitar y llamaban a la puerta de su consciencia y se ponían en fila según el rango de cada uno delante de su mesa de escribir y entregaban con rostro de oficial seriedad el resultado de su trabajo. Luego se inclinaban con mesura y se iban, dejándole a él en pie sobre deferentes suelas de fieltro.

Y un miedo que le petrificaba el yo de tal manera que no le era posible mover ninguno de sus miembros le invadía ahora entero. Vio que el hombre se inclinaba sobre el niño que estaba jugando. en la parcelita de arena y quiso correr, pero, sintiendo al mismo tiempo el soplo de su aliento contra la nuca, se volvió en la escala para cogerse a la piedra, y en seguida sintió al hombre a su lado y los dos salieron corriendo por el muelle caliente para conseguirse un médico que les echase una mano.

Ahora apenas si había ya diferencia entre el miedo y la alegría. Descubrió de pronto que estaba solo, no había en la arena otra cosa que un cubo de latón volcado con el fondo medio roto. Despertó y sintió el alivio del que despierta después de un sueño angustioso. ¡Dios mío!, ¿qué habrá pasado? No había pasado nada, esa era la verdad, nada de todo lo que habría podido pasar. No se habían encontrado. No habían tenido necesidad de vomitar juntos o de llamar a la policía para protegerse el uno del otro. No habían tenido necesidad de sentirse juntos una vez más. Podían continuar

cada uno por su lado, tirando cada uno de su suerte o, por lo menos, de su tranquilidad, que siempre es relativa.

Mientras él iba por la calle camino del banco del parque sintió una callada alegría por haber sacrificado al niño. Pero ¿por qué servirse de palabra tan dura?, se dijo, al fin y al cabo lo que había pasado había sido lo mejor; siempre hay alguien que tiene que salir perdiendo, ¿y no es quizá lo mejor que ése sea precisamente el que menos sabe del asunto? Él prefería no recordar que cuando estaba persiguiéndoles tampoco sabía tanto de aquel asunto como ahora. Con lo fácil que es actuar sin eliminaciones. Con un poco de costumbre en seguida se olvida todo lo que no es ventajoso para la propia paz.

En aquel momento oyó ruido de ramas a su espalda entre los arbustos y se volvió, esperando ver aparecer un perro o una rata. La luz caía de las hojas que ahora relucían de lluvia reciente. Miró, lleno de curiosidad, entre las ramillas que se sacudían las últimas gotas de lluvia. También a él le goteaba cuello abajo, y se estremeció. Ahora, de pronto, alguien se puso a gritar muy bajo, y él se dijo que sería uno que trataba de llamar a su perro, y no pensó más en el asunto; en lugar de pensar lo que fue tratar de adivinar detrás de qué fachada viviría el niño. Ya no sentía arrepentimiento, esto es cierto, pero eso no quiere decir que hubiera perdido todo interés por la suerte del niño. Pensaba en él con una cierta

simpatía, como se piensa en una persona que va delante de uno por la calle y le cae una teja en la cabeza que igual habría podido caerle encima a uno. Esperaba que no estuvieran ahora demasiado inquietos por él los que tenían su destino en sus manos.

Pero de todas formas ya era demasiado tarde. Alguien le cogió suavemente por el hombro y él dio la vuelta en el banco como una peonza, dispuesto a defenderse. No era más que una viejecita, con la cabeza descubierta y una negra arruga en la frente, que le miró a los ojos y le dijo:

- ¿No ha visto usted al niño, señor?
- ¿Qué condenado niño? -gritó su conciencia despierta, que solamente había caído en un ligerísimo sueño-, ¿es que tengo que estar pendiente de todos los niños de esta ciudad o qué?

Y entonces la vieja salió de los arbustos y se sentó junto a él en el banco, y él miró sus manos cuando las dejó descansar sobre sus rodillas y se dijo que parecían piedras, piedras planas de esas que tiran los niños al mar para que reboten.

Ella, al principio, no dijo nada, se limitó a estar allí sentada, y tan inclinada tenía la cabeza que podría habérsele caído del cuello. Él entonces trató de aprovechar su silencio para levantar grandes muros en torno a su cobardía y sus miedos. Siguió sentado, tratando de calcular dónde podría iniciar el

ataque; finalmente fue la vieja quien habló, y no estaba claro si era a él a quien se dirigía:

-Soy la abuela del niño. Y ahora ha desaparecido. Me he pasado la tarde entera corriendo de un sitio para otro. He ido a casa de los Matsen, he estado en la tienda y he llegado hasta Palacio. Fíjese, hasta el puente de Skepp, y lo he pasado y vuelto a pasar. He mirado en los portales y he preguntado en la escuela.

¡Dios mío!, ¿qué voy a hacer ahora?, ¡estoy asustadísima!

Pero él ya tenía listos los muros, y dijo consoladoramente, tan consoladoramente como es posible cuando se habla con un enemigo a quien se está seguro de poder derrotar:

-Hale, tranquilícese. Habrá ido por la ciudad con algún amigo. A lo mejor es que se han ido con el circo nuevo ése que llegó anoche. Recorrió la ciudad entera y se instaló en el jardín del Stallmastare. Ya se sabe lo que son los pequeños (la verdad es que el circo ya no viene a Estocolmo de esta manera, piensa, sintiéndose cubierto de sudor.)

La miró a las manos, porque no se atrevía a mirarla al rostro, y vio que se asía a imposibilidades. Naturalmente que ella no creía esto que le había dicho, ni más ni menos que él mismo, y, sin embargo, a los dos les era útil creerlo.

- Será lo que usted dice -dijo ella-, naturalmente que ha de ser lo que usted dice. No hay que fiarse de los niños. Pero, así y todo, estoy asustadísima, no sabe usted lo asustada que estoy, estoy asustadísima de estar sola.
- Dígame -añadió, y, diciendo esto, le miró a los ojos, pero él no conseguía pasar con los suyos de la negra arruga que tenía la vieja en la frente-, ¿no me haría usted el favor de venir conmigo arriba y hacerme compañía hasta que vuelva el niño? Así me ayuda a esperar. Ha sido usted muy amable, pero a lo mejor esto es pedir demasiado.

Y tanto que lo es, habría querido gritar, ¿ha oído usted jamás que se pida a alguien subir arriba a ahorcarse?, pero entonces su miedo dio un curioso rodeo, y la siguió, pensando: «Sí, bueno, ¿y por qué no?, he sacrificado al niño, a ella me tiene sin cuidado sacrificarla, ¿no es eso lo que está diciendo?: sálveme usted a mí. ¿Y por qué no lo voy a hacer? Sacrificar lo que hay que sacrificar, salvar lo que hay que salvar, ¿no es ése el modelo a seguir?

Y por eso la siguió. Vivía en el primer paso de la casa estrecha e inclinada de la calleja. Olía a moho y a periódicos viejos, la escalera estaba desgastadísima y hubieron de hacerse a un lado para dejar pasar a la chica que había estado dando de comer a las palomas. Ahora estaba borracha y sangraba por la rodilla. Sin duda se habría caído por la escalera. En lo más alto se oyó el grito de la pequeña

de la pala. Seguramente era que estaba sola y gritaba lo más alto que podía.

La casa de la vieja era sólo una habitación a la que se entraba directamente del vestíbulo. Apestaba a platos sucios que habían ido amontonándose sin que nadie los lavara. Él se sintió mal, y justo cuando se sentía peor que nunca se dio cuenta de pronto de que ya se había acostumbrado. Se sentaron cada uno en su catre de hierro junto a la ventana.

- Aquí es donde suelo sentarme para verle jugar con la arena. Hace castillos y se pone muy contento con su bonito traje nuevo. Un día le dio su do el jardinero una pala verde nueva, pero la chica ésa tan mala se la quitó y la tiró a la calle.

Él tuvo que apoyarse bien contra la cama de hierro y oírla chirriar para convencerse de que estaba despierto. ¿Qué estamos tratando de hacernos creer el uno al otro?, pensó, ¿qué tipo de escondite es éste que estamos jugando? Y entonces se produjo un silencio que duró largo rato, y el grifo de agua que colgaba sobre una gran pila en el otro extremo del cuarto goteaba apresuradamente. Al lado había una cómoda, y sobre ella una cocinilla de gas, y la llama que salía de ella parecía una dormida florecita azul que algún sádico había hincado en un montoncito de chatarra. Sobre la llama había una cafetera de cuyo pico salía humo.

La vieja le acercó a su lado de la mesa una caja de cartón rojo alegre que parecía de bombones, y mientras ella ponía el mantel él la abrió y vio que contenía fotografías, como había pensado. Era un montón grueso como la mitad de su dedo, y todas ellas del niño. El niño se llamaba Lars-Goran y él le reconoció, a pesar de que en las fotos era más pequeño. En muchas se leía Varberg, 1939, y se le veía en un embarcadero o levantando castillos de arena en la orilla. El sol le daba en los ojos, y él miraba bajo el flequillo. En una estaba en un coche, riendo con las manos cogidas al volante. En ninguna tendría más de cinco años, y, de pronto, Sorenson se dio cuenta de que para la vieja nunca podría tener más. No había comprendido ni quería comprender que el niño crecería, que adquiriría malas costumbres, que juraría, que diría palabras feas, que pegaría a las niñas y se pegaría con los niños. En cierto modo, se dijo él, esto hacía menor su culpa, porque a veces le parecía que todo era culpa suya. ¿Qué más le da a ella, se dijo, que el niño tenga diez o quince años, o que cumpla cinco años más de golpe en una sola tarde, hoy mismo por la tarde?

Tornaron café y ya se iba echando encima la noche. El puso la baraja en la mesa para hacer un solitario, y ella le ayudaba con dedos impacientes. Subió un coche, acunándose, calleja arriba, y se paró delante de la casa. La vieja abrió la ventana y adivinó quién iba a salir del coche. Pero era la pelirroja que daba de comer a los pájaros y un hombre que llevaba

sombrero de ala ancha. Subieron la escalera riendo chillonamente. Y cuando la vieja cerró la ventana tenía en la mano la pequeña muñeca de trapo.

-Mire -le dijo, dejándola sobre las barajas-, ¿verdad que es preciosa? Se la dieron el lunes pasado, cuando cumplió cuatro años y desde entonces se la pone en la cama todas las noches y no puede dormir sin darle antes un beso de buenas noches. ¿Verdad que es encantadora?

El miró con repulsión el cuerpecito sucio y el imperdible reluciente que le brillaba en la nariz. Se fijó entonces en que la cabeza era de tela y alguien la había cortado con un cuchillo, de modo que se le veía el relleno, que era de una especie de serrín. ¿A dónde va toda la pulcritud?, pensó, y yo, asiéndome a ella convulsivamente y rehusando aceptar que desaparece gota a gota día tras día. La vieja ésta no me da pena. ¿Es acaso peor que yo? ¿No es cierto que se ha sacrificado por él más que yo? ¡Ella es la culpable! Comenzó a tener pena de sí mismo, que había sido blanco inocente de todas las sospechas.

De pronto la vieja se dejó caer sobre la cama y se puso a mirar al techo con los ojos medio cerrados.

-Tenga la bondad de despertarme cuando vuelva del circo -le dijo-, prométame que lo hará así. Me pondré contentísima entonces.

En el mismo momento de decir esto se quedó dormida y él siguió sentado escuchando al grifo goteante y la respiración de la vieja. Y cuando la respiración llegó a ser más fuerte que el grifo, se levantó, cobarde, y se fue. Dejó la puerta a medio cerrar para no despertarla al cerrarla. En el piso de arriba de la casa la juerga estaba en su auge. La pelirroja gritaba y el gramófono sonaba. El deseó estar con alguien que le acariciase, le hablase de todo. Pero por lo menos había recuperado la calma; pensó que llevaba en el pecho una balanza cuyos platillos pesaban exactamente igual. Las pesas (cobardía y temor contenido, aunque esto él no lo sabía) tenían justo el mismo peso que la armonía.

En el portal tropezó con el niño. Estaba buscando a tientas la llave de la luz, aunque en la escalera había claridad. Sus ojos no se encontraron, y el niño habría pasado corriendo junto a Sorenson de no ser porque Sorenson se le puso delante. Y si hizo esto no fue porque le había sacrificado. Lo único que quería era darle las gracias por el sacrificio. No ocurre todos los días que alguien se sacrifique espontáneamente en aras de la serenidad ajena. Con frecuencia hay que persuadir a la víctima a fuerza de golpes. Por esto mismo le atrajo hacia sí y le acarició suavemente el cabello. El no sabía lo caro que es el sacrificio. ¿Serían bastantes veinticinco céntimos o sería poco una corona?

Mientras estaba pensando esto notó de pronto que el delgado cuerpo del niño se soltaba y colgaba de su brazo. Luego se contrajo como un músculo y la cabeza le colgó como rota. Se puso a vomitar en el vestíbulo sobre el brazo de Sorenson. Sorenson le puso la mano bajo la barbilla y sintió lo violenta que era la erupción interior que sufría. Le volvió cuidadosamente de espaldas cuando notó que se le estaba pasando y entonces fue como si viese por segunda vez los ojos del niño. Y como la luz de la escalera seguía luciendo no pudo menos de ver en sus ojos la razón de que hubiera vomitado. No había sido por causa de vino o de comida grasienta, sino de asco ante el repulsivo mundo de los mayores, ante la marrullería que había en todos sus actos, ante la cobardía, o sea, ante el miedo a sentir miedo. Había vomitado contra Sorenson, que creía que se puede escapar de la angustia ajena como se escapa de la cuenta de un figón.

Sorenson salió corriendo a la plaza, y aunque la tarde era fresca se sintió empapado en sudor. Pasó rozando el obelisco, y mirar el agua del río era como mirar en un tintero. Veía ahora con meridiana claridad que todo aquello no había sido otra cosa que cobardes tergiversaciones. Comprendió perfectamente que el obsequioso comité de identificación no se había atrevido a llegar a otro resultado porque el jefe se llamaba cobardía. Dio la vuelta a todo correr al puente de Skepp, pero al volver la esquina se sintió

tan cansado que casi se cayó. Se apoyó contra una barrera y vio el agua negra retorcerse en tormentos a sus pies. Los barcos del río, con los cestos de pescar levantados, se pegaban al muelle y la música del parque ya había terminado y se había ido a casa. La luz del tenderete de salchichas del puente del Norte salpicaba detrás del toldo.

Cuando, finalmente, se atrevió a mirar al Grand Hotel lo vio relucir en la escotilla del barco que estaba más lejos, río abajo. La luz bajaba en torrente por el costado del barco y se diluía en el agua. Era allí donde había sucedido. Trató de dejar de mirar, pero el caso era que si miraba a la Opera veía allí la escotilla iluminada, y si miraba a la isla de Skepp, cuyos árboles estaban todos hollinosos, se la encontraba en sus ojos sin remedio. Qué molesto es tener una escotilla de barco en el ojo. Trató de quitársela del ojo como si fuera una astillita, pero no pudo.

Cuando no tuvo más remedio que irse sintió en el bolsillo la muñeca de tela. La sacó y la examinó a la luz de la escotilla luminosa que tenía en el ojo. Donde le salía el relleno aplicó una cerilla encendida y luego arrojó la antorcha al río. A través de la escotilla luminosa la vio relucir sobre el agua como una luciérnaga por un instante solamente. Luego se apagó a toda prisa y siguió la corriente. Quizás desapareciese bajo el reborde del muelle y se quedase allí, cogida entre cajas de cerillas o preservativos usados. Fini.

## La serpiente

Cuando llega la noche y las lámparas desnudas comienzan a lucir sobre los sucios portones cuarteleros en el caserón de anchas escaleras polvorientas de piedra, cubiertos de escupitajos sus primeros escalones, hay un momento en la vida del cuartel en el que el habitante, que va y viene en la obscuridad por el patio y hacia la lámpara, piensa de pronto que todos los pasos cuyo eco ha resonado contra las paredes, todos los tiros de fogueo que han detonado, todos los gritos, órdenes o chillidos de desesperación que se han levantado por el patio del cuartel durante días de lluvia, sol cortante, granizo o pingüe nieve, desde 1890, siguen colgando sobre su cabeza en forma de nubes altas, implacables, opresivas. Quizá se asuste y quiera salir corriendo, alejarse de todo esto, pero lo que ocurre es que no tiene otro sitio a donde ir que donde está la lámpara. Y entonces pasa corriendo junto a ella y va al cuarto de reunión, una vasta estancia cuartelera con un retrato de Carlos XII en la pared, un piano que fue destrozado el año mismo en que lo instalaron allí y seis filas de largos bancos pardos para sentarse y oír las arengas. Hay también una

radio en una mesa junto a un montón de revistas del regimiento que ya se han leído todas con sólo haber leído una. El disco de cristal de la radio donde se indican las estaciones está tan roto como el botón de buscarlas. El habitante del cuartel mete una regla por la parte de atrás del aparato y golpea el mecanismo hasta que oye música.

Luego lo puede dejar si quiere, porque ya se echa encima la hora de dormir.

Pero si está asustado puede salir al pasillo, que es largo y ancho y sucio. Allí decenas de miles de pares de zapatos han desgastado el suelo de madera, abriendo hoyos en él. Decenas de miles de pares de manos han gastado las puertas de los armarios de los soldados hasta combadas y torcerlas. Decenas de miles de pares de ojos han mirado hostiles, o simplemente desesperados, al techo del pasillo, que es gris y está lleno de lámparas muertas. ¿No habrán tenido que dejar huella en el techo tantísimos ojos? Va hacia la ventana, donde decenas de miles de pares de codos, o quizá sean cientos de miles, han manejado los ganchos de las contraventanas sobre el alféizar, mientras todos esos ojos miraban el patio del cuartel, lleno de caballos emparejados o de coches, tanto a la luz del día como en plena noche, como ahora.

Pero todo esto, tanto Carlos XII, colgando de la pared, como los hoyos del suelo, se llama tradición. Así es como lo llaman

todas las almas fuertes que llevan correaje, todos esos esclavos de las frases que por la mañana, al despertarse, se hinchan el pecho pensando en desfiles para evitar así que la caja torácica se les junte con la espina dorsal. Pero para el que está asustado y va solitario por el pasillo en espera de que se le termine el permiso, la tradición es algo temible. Gritaría, pero el que tiene miedo cuartelero no grita, porque siente una presa en el cuello.

Y llega un momento del miedo cuartelero en el que tradición significa el recuerdo de todos esos muertos, de los que se han ahorcado o se han pegado un tiro o han saltado de la ventana del desván desde 1890. Y entonces el que tiene miedo piensa de pronto que los cadáveres de uniforme cuelgan del techo a lo largo de la pared por encima de los armarios, o que los cadáveres de los que se han envenenado yacen de bruces en posturas rígidas sobre los bancos del pasillo, o bien que hay cuerpos sentados en los rincones obscuros del pasillo con la cabeza colgando y la boca ensangrentada abierta y el arma, con su correa de cuero reluciente y satisfecha de sí misma, sobre las rodillas.

Y entonces sale corriendo, pero ¿a dónde irá? Sobre el patio se cierne la nube y afuera no puede salir porque se ha dejado el volante del permiso dentro y pronto tocan a retreta. Con manos temblorosas abre el candado que cuelga de la puerta del cuarto de la administración, y cuando entra

se apresura como loco a encender las lámparas del techo. Aquí huele a virutas secas entre las grietas del suelo, que parecen rendijas de huchas cuando se para uno a mirarse los zapatos.

Al principio fue el olor lo que le hizo sentirse mal y también la suciedad del suelo y el muchísimo polvo que había en las escaleras y en las mesas y en las baldas y en los documentos que iba a tener que copiar. Habría podido vomitar sobre toda aquella gente en torno a él que ya había dejado de tomar las cosas en serio, o quizá fuese que no habían empezado nunca. Se rieron cuando se ofreció a limpiar el suelo del cuarto de la administración con un cepillo de fregar, sonrieron desdeñosamente cuando preguntó en qué orden debía guardarse la ropa interior en el armario del pasillo. Y el día en que limpió la hoja de cristal de la mesa ele trabajo del sargento con alcohol etílico le dejaron que comiera solo.

Pero la verdad es que no tardó en rendirse en toda la línea. El orden, trataba él de decir, ¿no es cierto que el orden es lo más necesario de todo? Pero nadie le hacía caso. Y pensaba, sólo porque había aprendido muy pronto a leer el reloj, pues, eso, pensaba que siempre lo había sabido. Pensaba que no podía vivir sin reloj, y los días en que lo tenía el relojero se sentía en cierto modo como fracasado. Toda la gente conocida suya en la ciudad de donde procedía tenía

reloj: de péndulo en sus casas y de pulsera en la muñeca, con brazalete inoxidable, regalo de cumpleaños por ejemplo, y lo llevaban siempre consigo a dondequiera que iban. En las veladas de bridge, dos viernes al mes, trataban de engañar al reloj después de beber tres copazos, nunca bebían más de tres, y el que lo conseguía se convertía en objeto de envidia general y nunca más volvía a intentarlo.

A veces su madre estaba despierta cuando él volvía a casa un viernes sí y otro no, y para entonces la asistenta ya se había ido, de modo que tenía que ayudarla él a meterse en la cama.

- Estoy muy sola desde la muerte de papá -decía ella, y esto lo decía a pesar de que él siempre había vivido en casa.

Con frecuencia su madre quería salir a dar un paseo cuando empezaba a atardecer, y éste era un capricho suyo de siempre, desde el comienzo mismo de sus recuerdos. El nació estando ya su madre en el umbral de la vejez, de modo que cuando tuvo edad de salir de paseo con ella iba a pasos muy cortitos, por miedo a caerse. Salían del chalecito, con su seto y su verja de hierro, e iban por la acera derecha por los barrios ajardinados de la ciudad, dejando siempre a sus espaldas los grandes edificios de cemento armado recién construidos. Es decir, ella los veía siempre recién construidos, pero la verdad era que hacía años que se levantaban con sus aterradoras superficies húmedas, y él,

contando los años que hacía desde su construcción, se decía que el tiempo pasaba muy deprisa. Los inviernos, cuando salían juntos, hablaban de la nieve que enguataba los solares o del hielo que cubría la calle y que nadie cubría con guijo; en cuanto llegaba la primavera hablaban del peligro que suponía el agua de nieve para las fuentes; en el verano del aroma de las florecillas o del calor opresivo o del hombre que había aparecido muerto en la parcela del ruibarbo hacía no sabían con seguridad si uno o cinco u ocho años, y que era, respectivamente, su marido y su padre.

El se acordaba de que después del entierro del jefe del departamento se había acercado a ellos dos, que estaban entre parientes y gente entristecida que tomaba café en la sala de reuniones, y les dijo lo mismo que había dicho ante la tumba: que tanto la familia como la empresa podían estar orgullosos de haber tenido entre ellos a una persona tan como es debido y tan fiel a sus deberes (eso de fiel a sus deberes sonaba decididamente mejor). Después, uno de los cínicos de la familia había dicho bastante alto que ahora Gideon recibiría aumento de sueldo, porque el jefe del departamento era también jefe de Gideon. Y así, poco a poco, fue ascendiendo hasta llegar a segundo contable, que era donde se había atascado su padre, y sentía una cierta pequeña satisfacción al pensar que acabaría subiendo más alto que él.

Cuando llegaba el otoño miraban los dos las manzanas de los jardines vecinos durante el paseo y pensaban que las suyas eran mejores. Luego caía la nieve y notaban, con ligera sorpresa, que ya había transcurrido un año más, que él no había tenido ningún problema durante el recién pasado, y esperaban que en éste llegara por fin a primer contable. Pero él no se daba cuenta de que sus pasos se hacían más cortos cada año que pasaba, y de que su madre era la única persona con quien podía pasear sin miedo a tropezarse. Comenzó a reverenciar los libros de la empresa y a pensar en la vida como en una columna bellamente caligrafiada de renglones rectos como reglas y sumas exactamente calculadas; cuando él se fuese, los que quedaran detrás podrían hacer la prueba de todas sus sumas y comprobar todos sus ingresos y anotaciones, y llamar a los revisores, porque a él le parecía que la conciencia es una de esas cosas cuya necesidad sólo surge cuando todo ha terminado.

Luego llegó la guerra, y él, que siempre se había reído de la política, lo único de que puede reírse una persona amante del orden y pacífica, siguió riéndose de ella. Pero se sintió emocionado cuando la guerra tuvo lugar en Finlandia, y dio enseguida su óbolo en las colectas. Y así es como empezó a hablar de la patria, porque, de pronto, comprendió que su propia patria tenía muchísimo más derecho que todas las demás patrias. Este descubrimiento le llenó de alegría porque hasta entonces no había estado nunca tan

completamente seguro de que era posible amar a la patria sin ser político. Y ahora le llenaba un maravilloso alivio, y este alivio lo sintió casi al mismo tiempo que caía París. Algo parecido volvió a ocurrirle un poco más tarde. Entre tanto había adquirido muchas obligaciones del Tesoro para la defensa, y se decía que éste era el deber de todos para con la patria, y, además, para un hombre amante del orden como él, era algo muy atractivo eso de poder comprar acciones de la patria.

Y así las cosas, empezó a resultar evidente que Alemania iba a perder la guerra, y, un día, de pronto, le pareció meridianamente claro que en realidad era posible desear que la ganaran los aliados sin volverse político por este hecho, porque a él esta idea se le había ocurrido mucho antes de que se comenzara a hablar de los «malditos alemanes».

Un día fue llamado a filas y muchos pensaron que ya era hora. El se dijo que era un deber para con la patria pasar por las incomodidades de la llamada a filas, y se dedicó a escribir listas a máquina de todo lo que debía llevar consigo. Trabajaría en la administración militar, porque no estaba bien del corazón. Dejó a la asistenta viviendo con su madre y se sintió lleno de alegría y expectación al subirse al tren.

Pero cuando llegó se dio cuenta enseguida de que nada era como él se había imaginado que iba a ser. Al principio había pensado que la preparación militar quería decir que uno iría por ahí siempre listo para la defensa, siempre con el arma cargada, con el dedo índice contra el gatillo, siempre alerta, con los ojos siempre abiertos y pendientes de todo. Por las novelas y los poemas que había leído él sobre preparación militar se había hecho a la idea de que el soldado sueco no tenía necesidad de comer ni de dormir, y tanto menos de pensar, ni tenía otra cosa que hacer que estarse firme en su puesto de vigilancia junto a un puente o un precipicio, y que, por causa de la patria, cambiaría sin la menor vacilación su cartera por el librillo de las regulaciones militares en el bolsillo interior de la guerrera.

Ni siquiera le dieron arma cuando llegó. Tuvo que estar esperando un día entero para que le dieran calzoncillos y botas y casi otro tanto para que le asignaran una cama en la residencia militar. El tercer día le dieron una mesa y una silla en la administración, y el quinto, que cayó en domingo, también se le dio algo que hacer. Durante todo este tiempo no había hecho otra cosa que darse vueltas por el cuartel, y se fijó con sorpresa en lo manga por hombro que estaba allí todo, cómo, por ejemplo, el encargado de barrer el pasillo tardaba medio día en hacer el trabajo de una hora para que no le encargasen vaciar los cubos de la basura, y cómo el encargado de vaciar los cubos de la basura los llevaba de un sitio para otro entre la escalera y el retrete cosa de media docena de veces hasta, por fin, sacarlos, para evitar así que

le encargaran luego asear el pasillo. Los que trabajaban en las oficinas sacaban sus legajos de 1940 ó 1941 y los ponían junto a sus máquinas de escribir, y siempre tenían en las máquinas las mismas cartas empezadas a fin de dar la impresión de que estaban trabajando. Esto era fácil, porque los que debían velar porque no perdieran el tiempo tenían que estar recordándose a sí mismos constantemente la importancia de su función sin por ello llegar nunca a tomarla en serio todo lo que hubiera sido de desear. Por el contrario, una cierta altanería, que en ellos era ingénita, les inducía cada mañana a estimular en los otros la pereza y el obstruccionismo.

Pero el que había dado su apoyo al empréstito de defensa se quedó absolutamente aterrado al darse cuenta de que en la actitud, que tan popular llegó a ser, de quejarse y protestar cuando la guerra de Finlandia, y que se dio en llamar derrotismo, participaba prácticamente todo el mundo. Muchos anuncios destinados a mantener alta la moral militar hubieron de ser arrancados de los tableros de avisos de su compañía para que cayera en que lo que él y muchos más llamaban derrotismo no era otra cosa que un necesario reflejo de autoprotección contra el siniestro, estúpido y temerario espíritu militar que se disfrazaba de amor a la patria y que llegó a ser sumamente repulsivo para quienes barrían los suelos del patio trasero de los preparativos defensivos.

Al principio él trató, a pesar de todo, de vivir como se vivía en esos anuncios: rígidamente, con consciencia de los objetivos a cumplir, pendiente siempre del reloj. Esas figuras de los anuncios tenían con frecuencia sus deberes tan cronometrados que parecían publicidad de relojes de pulsera para caballero, pero en el patio trasero de los preparativos de defensa nada se hacía consultando con el reloj. El se atuvo al horario durante tres semanas, o, quizás, un poco más; volvía del descanso de la tarde después de una hora exactamente y nunca pasaba más de media hora justa en el café de la calle de Banér, donde se jugaba al futbolín cuando había dinero, y, cuando no, al ajedrez de los vagabundos [En el original, Lufarschack, juego muy sencillo que requiere dos personas, pluma y papel cuadriculado, y que no tiene correspondencia en castellano. (N. del T.)] y a los dados cuando se tenía dinero y se quería tener un poco más. El no jugaba nunca a nada porque se pasaba todo el tiempo escribiendo cartas a su madre o levendo la prensa de la comarca que recibía la compañía.

Mientras todo esto ocurría en torno a él había empezado ya a ocurrir también algo en su interior sin que él mismo se diese cuenta, pero lo cierto es que el miedo le indujo a la introspección, y cuando comprendió que estaba cambiando cogió más miedo todavía. Entonces comprobó que él, que había pasado verano, invierno, primavera y otoño recorriendo su pequeña ciudad por el camino de la parte ajardinada en compañía de su madre, o subiendo por la calle

que le conducía a su trabajo, o jugando al bridge por las tardes, y explicando, con un lenguaje controlado y sin apasionamiento alguno, a los que iban y venían como él, las ventajas de las diversas estaciones del año, ahora era capaz de decir una palabrota, un juramento, sin reaccionar inmediatamente después contra tal desmán. Y, de la misma manera, pudo comprobar también que él, que no sólo no había tenido necesidad de hacer ningún esfuerzo por llegar a ser lo que su madre y él mismo llamaban limpio, sino que siempre lo había sido, deseaba ahora en secreto poner su cuerpo a prueba contra el de alguna otra persona, y después jactarse de ello delante del espejo en el cuarto de los lavabos, como hacían los demás cuando llegaba el atardecer. Y con un sobresalto de ironía, o quizás fuese pena, en las comisuras de los labios, constató, con afortunada imagen, que hasta entonces se había comportado como un reloj de pared correcto y exacto en un bar del oeste norteamericano que continúa, terco, dando la hora a tiempo por más que al péndulo le hayan pegado dos tiros y el cristal esté destrozado y los clientes yazgan todos inconscientes bajo las mesas.

Todo empezó un día en que entró él en el pasillo después de subir la escalera. Era un caluroso día de agosto y nubes de arena colgaban inmóviles sobre el patio. Las secciones armadas de la compañía acababan de volver de una maniobra de tres días junto con la fuerza que había sido

asignada a un acuartelamiento situado más al sur. Venían a pie desde la Estación Central con armas y pesados bagajes con todo aquel calor encima y por eso se cernía una gran nube de sudor bajo el techo del pasillo. Las voces eran altas y alegres, como siempre que volvían los hombres de una de estas duras expediciones, convencidos de que aquella sería la última de todas. Los bagajes yacían por el suelo en informes montones como estiércol de algún animal gigantesco.

En el fondo mismo del pasillo había un pequeño grupo, inmóvil y silencioso, y todos miraban a un chico alto que llevaba corbata negra. El fue por entre los bagajes que había en el suelo exhalando calor y se preguntó al principio por qué estarían todos tan quietos. Luego, cuando era demasiado tarde para buscar una excusa que le permitiera irse de allí, vio que del brazo del muchacho colgaba una serpiente. Empezó entonces a sentir un poco de miedo, no más del que es posible dominar, pero preocupante para él, tan poco acostumbrado al miedo. Luego tuvo oportunidad de oír la historia de la serpiente. Era que le habían cambiado a alguien la mochila durante la maniobra. En la última tarde, cuando volvían al cuartel, alguien se había puesto a gritar y a meter bulla protestando de la falta de su bonita mochila nueva; la que le habían dejado en su lugar era vieja y con las correas rotas. Todos corrieron a verla, pero nadie la guería tocar. Entonces el robado abrió la mochila, miró en su

interior y se puso completamente pálido y la arrojó de sí. En el fondo había una serpiente, y a uno de los muchachos, que estudiaba zoología en la vida civil, le dieron tres coronas para que la sacara de allí. Pero no la mató, sino que se la llevó consigo, porque decía que quería hacer experimentos.

Y ahora la serpiente tenía su caja en el armario. Ahí se pasaba echada los días y las noches y todos se maravillaban de lo distinto que se había vuelto el armario desde que estaba en él la serpiente. Era exactamente como si se hubiera convertido en un armario nuevo, y todos habrían jurado que ahora era más alto

y más amenazador y con colores más agresivos que todos los demás armarios del pasillo.

Y a pesar de que Gideon se sentía ahora más asustado que en ningún otro momento de su vida entera, su miedo no era nada en comparación con el que le entró más tarde y que llegó a parecerle imposible de superar. Un día en que llovía y a él le tocaba trabajar dentro del cuartel, el zoólogo había puesto la caja en el cuarto donde dormía Gideon. Había unos cuantos quintos allí jugando a los dados sobre una manta que cubría la mesa situada junto a la ventana. De pronto se oyó ruido y desorden en el pasillo. El sargento Boll había notado que faltaban algunos y estaba buscándolos. Pero los que jugaban allí dentro cogieron mantas de las camas y salieron al pasillo y dijeron que habían recibido orden de

sacudir las mantas. El zoólogo estaba más nervioso y salió corriendo y recibió también una buena regañina, bien merecida, pues no había sido capaz de aprenderse la más elemental treta del soldado: defender las actividades más grotescas y desvergonzadas apoyándose en una orden, inventada o no daba igual, ya que la simple palabra orden es la clave para comprender a los militares.

El zoólogo afirmó después, naturalmente, que había tapado bien la caja, sujetándola con las correas como es debido, pero el hecho era que cuando volvió la tapa estaba en el suelo y la caja vacía. Y entonces todos cogieron muchísimo miedo. Primero trataron de dominar su miedo, como suele hacerse, metiéndose con el zoólogo, pero cuando, de pronto, descubrieron que con gritos no conseguían quitarse el miedo de encima, se pusieron a buscar. Buscaban como busca la gente cuando está muy asustada, pellizcando las mantas y levantando los colchones con cautelosísimos movimientos para mirar debajo de ellos. Se ponían de rodillas en el suelo después de comprobar que la serpiente no tenía alas y podía amenazar sus cuellos. Pero, al mismo tiempo, daban gritos muy altos, a semejanza casi de ciertos indígenas salvajes que baten sus tambores para asustar a los malos espíritus. Gritaban y aullaban para poner en fuga a su propio miedo. Se pasaron la velada entera buscando, y se volvían más estentóreos y más asustados con cada momento que pasaba. Pero la búsqueda fue en vano.

La primera noche pasó de cualquier manera, porque eran bastantes los asustados y pudieron repartirse el miedo de modo que cada uno recibiera la misma ración que los demás. Los que no durmieron trataron de incorporarse sobre sus brazos todo lo más que les fue posible, para no topar con la serpiente, pero, por desgracia, no consiguieron separar sus brazos de su consciencia; y los que pudieron dormir se llevaron su ración de miedo al sueño.

Al día siguiente recibieron orden de salir armados. Desaparecieron, saliendo por el portal del cuartel y subiéndose a los grandes camiones de transporte de tropas cuyos motores zumbaban perezosamente. Se sentaron en su interior, muy apretujados en los bancos, de aquellos camiones abiertos, con los cañones de sus armas saliéndoles de entre las piernas, inclinados y con rostro de deportados forzosos.

Y luego, durante la primera, la segunda, la tercera noche, nadie consiguió pegar el ojo. Ahora eran demasiado pocos para repartirse el miedo como se reparten paquetes de acciones, y su compañerismo sufrió entonces un sorprendente cambio. Antes se juntaban con la mayor desgana, y solamente cuando había que juntarse contra alguien, pero ahora tenían miedo de estar solos. Como no existe medio más eficaz de hacer amigos que el miedo

compartido, nada tiene de particular que, en este caso, los tentáculos se extendieran también hasta el mismo Gideon.

Gideon pasó despierto la primera, la segunda y la tercera noche. La primera noche le pareció oír el reptar seco del cuerpo de la serpiente por el suelo. Se encerró en la manta como en una bolsa, y la envolvió tan fuerte en torno a sí que no podía caber el menor miedo entre ella y su cuerpo. La segunda noche le pareció que su miedo había disminuido mucho. Escuchó en la oscuridad, hasta con una sonrisa divertida, para ver si captaba algún ruido, pero por mucho que esperó no consiguió oír nada; a pesar de todo no le era posible dormir. Pero la tercera noche, cuando terminó el último de contar su cuento, comprobó con grande y auténtica sorpresa, quizás la más auténtica de toda su vida, que el miedo seguía latiéndole dentro, aunque ya había olvidado a la serpiente. Había llegado a un acuerdo con ella. Había pensado: Esto, por supuesto, no es más que un bluff, es el zoólogo que quería tomarnos el pelo, se metería a la serpiente en el bolsillo del pantalón, porque, si no, se cae de su peso que ya la habríamos encontrado. Y su autodisciplina, o sea, su capacidad de engañarse a sí mismo, era tan grande que llegó a creérselo.

Pero cuando comprobó que seguía sintiendo miedo, comprendió, por fin, aunque fuese a costa de casi todo lo que había creído antes, que la serpiente era un símbolo, un

pretexto: tarde o temprano habría tenido que suceder. Miró en la oscuridad y extrajo de ella un recuerdo: él y su madre estaban comiendo, y esto sucedía en un periodo muy oscuro de su vida en el que no había días de cumpleaños; tendría él entonces diez u once años. Habían comido en silencio, y ahora estaba comiendo el ruibarbo con crema, que estaba duro y se masticaba con dificultad y le hacía cosquillas en la garganta.

-Come -le dijo su madre, aunque él trataba de comer lo mejor posible-, tienes que comer.

Había tres sillas en torno a la mesa, y una de ellas estaba vacía. En la mesa, delante de la silla vacía, había un plato con albóndigas, y otro, hondo, con ruibarbo con crema. El había comido tan a desgana que se sentía mal con sólo mirar aquello. Todo el tiempo, mientras comía, había oído los pasos de su padre golpear el suelo en la habitación de arriba. Su padre iba tan rápido que al niño le daba vueltas la cabeza cada vez que trataba de seguir sus pasos. Finalmente, terminaron de comer, y cuando él juntó las manos sobre el brazo de la silla se hizo de pronto un silencio insoportable. El hombre que estaba arriba se había parado, y el niño no se atrevía a moverse. Pensaba que su padre bajaba ahora por el techo y se ponía en equilibrio sobre su cabeza. Esto le hacía muchísimo daño. Luego se oyó el grito, el grito de su padre, y esto le liberó. Una tarde oyó a sus padres hablar de ello,

pero él no conseguía comprender que una persona tan grande como su padre pudiera estar asustado.

Una tarde, mucho después, cuando estaban regando berros en el jardín, su padre le dijo de pronto:

- Un día tendrás mucho miedo. Te sentirás tan asustado que pensarás que no lo puedes soportar, pero siempre se soporta. Lo que pasa es que antes de seguir tiene uno que ejecutarse a sí mismo.

Tanto le emocionaron estas palabras que el agua se le salió de la regadera y le mojó los zapatos, y esto ocurrió inmediatamente antes de que encontraran a su padre caído de bruces entre los ruibarbos.

¿Qué quiere decir esto?, se preguntaba ahora, ¿qué quiere decir conocer el reloj, ser exacto, ser puntual, ordenado, fiel al deber, trabajador, cuando, a pesar de todo, nada de esto te puede liberar de este brete? ¿Por qué no es uno un mecanismo de relojería, cuando hay tantísimos que querrían serlo? ¿Por qué no hay en todo el mundo ninguna empresa de seguros capaz de liberarnos? ¡Qué primas no estaría uno dispuesto a pagar por ello!

De pronto descubrió la salida. Por su gusto se habría puesto a dar gritos de alegría. Claro que había un seguro. Hojeó ansiosamente el prospecto. Primas baratísimas, una décima parte del asegurado cada trimestre, y a todos los clientes que quedasen descontentos se les devolvía la prima con sólo que lo pidieran.

Y entonces se dio cuenta de que ya había sacado aquella póliza, de que estaba pagando puntualmente la prima todos los días. Pero esto no era suficiente, tenía que acelerar los pagos. La casa de seguros exigía ahora, de pronto, que invirtiera en ella todo cuanto le quedaba a Gideon en su cuenta de la caja de correos, y él comprendió que no iba a tener más remedio, aun cuando tuviera que gritar cuando fueran a separarle de sí mismo.

Al toque de diana pensó que ya sabía lo que iba a tener que pasar. El seguro contra el miedo sería como todos los demás seguros. Pisa fuerte, le gritó el agente, jura, ponte a jugar, olvídate de que el reloj está ahí para ti, aprende incluso a negar la posibilidad de que el orden tenga la menor importancia para tu satisfacción. Confiésate a ti mismo que el que se comporta ejemplarmente, rastrilla las veredas de su jardín y le quita el polvo a las encuadernaciones en cuero, lo hace únicamente por cobardía, porque sabe que hay otras cosas que hacer, pero se aferra a éstas para evitar el verse obligado a lanzarse a algo desconocido. Fíjate en todos estos setos tan bien podados, en todas estas colecciones de sellos tan ordenaditas, señor asegurado, y piensa en todo el miedo que acecha detrás de todo esto.

¡Compañeros, quería él gritar cuando sonaba el toque de diana y todos se bajaban de los catres con malhumorados gruñidos matinales, oídme, compañeros!, ¡a partir de hoy soy otra persona, ahora voy a echar abajo todos los muros y reunirme con vosotros!, ¡quiero ser uno de vosotros, recibidme!, ¡alegraos!, ¡esta noche me he ejecutado a mí mismo y, por eso precisamente, me he vuelto otra persona!... Pero, naturalmente, la cosa no podía ser así, porque no se puede hacer uno amigo de otra persona, entrar en comunidad con otra persona, por el simple procedimiento de desnudarse hasta tal punto. No, hay que arrastrarse, entrar furtiva, cautamente, tener mucha prudencia. No se puede arriesgar uno a hacer el ridículo, entre risotadas, cuando se lanza a misión tan delicada.

Cuando los otros se metieron con él, habría querido apaciguarles, decirles: ¡Hale, hombre, si no grité!, ¿acaso no me comporté como uno de vosotros?, ¿acaso no tuve valor? Vosotros queríais ponerme a prueba, digamos, para ver si estaba a vuestra altura. Y quiso convencerse a sí mismo de esto, y se pasó el día entero tratando de creérselo, no les dejaba solos, estaba siempre pisándoles los talones, revoloteaba como un pájaro importuno en torno a sus cabezas, trataba de posarse en sus cráneos o en sus hombros. Y a veces pensaba que le salía estupendamente el arte de mantenerse en equilibrio sobre ellos, a nadie se le

daba tan bien eso de caer en picado sobre un invitado bienvenido o tragarse una sonrisa apuntada en su dirección.

Y cuando llegó la noche pensó: Ahora salimos todos juntos y nos vamos de juerga. A lo mejor nos emborrachamos, y por supuesto que estaré a la altura de cualquiera.

Salieron del cuartel y pasaron en grupo por delante del local de Osear, cruzaron la calle de Narva. El quería gritar a la gente que pasaba junto a ellos: Esta es la pandilla del dormitorio número cinco, en el primer piso del viejo cuartel de Gota. Como tenemos permiso, nos vamos de juerga.

Pero de pronto se vio solo. Nadie le decía:

- Hola, Gideon, qué tal, hale, vente con nosotros ahora mismo, que vamos Lindgrdeden, o: Tenemos pensado coger un coche e irnos a Stallis. Ahora vamos a jugarnos entre tres el dinero del coche, que así nos sale más barato. Y él se echó atrás, subió por la calle de Narva hasta la plaza de Karl, y cuando pasó la calle de Linneo encontró a una de las secretarias de la oficina a la que solía ayudar porque había descubierto que tenía las manos bonitas. Iba con un alférez que trataba de sonreírle, pero ella le miraba como quien mira un autobús lleno de gente.

El pequeño agente de seguros, el único en todo el mundo que sabía que él había pagado toda la prima con su dinero de la caja postal, corría detrás de él, y le dijo que no debía enfadarse. No podía introducirse así, establecer contacto de manera tan brusca, eso saltaba a la vista. Lo mejor era que esperase, esta noche quizás, al final del permiso. Ahora están de paseo por la ciudad y hablan de Gideon, se preguntan si sería buena idea aceptarle como miembro de su pandilla. Sí, claro que sí, dice uno, es un buen chico, eso se vio bien claro esta mañana, no dijo una palabra a pesar de lo que le hicimos. Total, que acaban admitiéndole por mayoría de votos.

Y él se consoló, se quedó tranquilo, contento casi. En la plaza de Karl fue a telégrafos y pidió hablar con Vasteras, y cuando oyó la voz de su madre, fina y jadeante y casi acallada por las interferencias, se sintió primero muy inquieto y arrepentido. Ella tuvo que chillar «haló» varias veces hasta que él, por fin, pudo contestarle, pero luego la cosa fue más fácil de lo que había pensado.

-No, mamá -le dijo-, no puedo ir a casa, han cancelado todos los permisos. Nadie puede ir a casa el sábado y el domingo. Tendrás que arreglártelas sin mí.

Era curioso lo fácil que resultaba contar mentiras. Lo que había que hacer era dejar de escucharse a uno mismo.

-Bueno, pues, nada, adiós, mamá -gritó, contento de terminar por fin la conversación-, a lo mejor voy dentro de quince días. Luego fue a sentarse a un café de la plaza de Karl y allí siguió hasta oscurecido. Estaba lleno de confianza, se dijo que ahora había acabado de una vez para siempre con aquellos lamentables juegos al escondite entre el miedo y el yo. Ahora formaba parte de una liga fuerte y grande de almas asustadas.

Pero ¿por qué se siente ahora tan terriblemente asustado? ¿Por qué no está sentado en la oficina con la cabeza entre las manos? Por supuesto que no llora, pero tampoco se atreve a levantar la vista, ni se atreve ni tiene fuerzas para mirar a la habitación directamente. Un cuartel no es una cosa a la que se le da un golpecito en el hombro y se le habla cuando se siente uno solo. Tan terrible es el silencio que cree oír su corazón tictaquear como un reloj. A lo mejor está en la pared, puntuando el tiempo. No se atreve a ver si está ahí.

Y entonces llegan a él voces a través de la puerta cerrada, y es el agente de seguros, que se había mantenido a discreta distancia y ahora se le acerca andando como un gato y le dice al oído:

-Mira, ahora ya no estás solo. Ahora es el momento, ¿te das cuenta? Ahora lo que tienes que hacer es salir y sacar tu carnet de miembro del club de los que no están solos.

Sale de la estancia, apaga la luz, cierra bien la puerta y va hacia la sala del cuartel. Vaya, ya están allí todos juntos. Están reunidos en un grupo silencioso en medio del pasillo, exactamente como en uno de esos bailes en corro cuando todos esperan la señal de empezar, aunque saben que al violinista le ha dado dolor de estómago y no piensa venir. ¿Hay sitio para él en este grupo? Ve un intersticio y se introduce en él. ¿Por qué no puede gritar: ¡Aquí me tenéis!, ¡estoy en medio de vosotros! ¡Tocadme y veréis que existo!?

Pero lo que hace es quedarse mirando sin decir una palabra a los rostros cerrados y silenciosos que ve en torno suyo. ¿Por qué se le cierran de esta forma, por qué no extienden alfombras donde ponga «Bienvenido» ante la puerta de alguien? Dejadme entrar, dejadme entrar, pide, angustiado, pero ¿cuánto tiempo tendrá que pasar hasta que uno de ellos vaya y embizque a su perro contra él?

Y entonces levanta la vista una vez más y se da cuenta del aterrador espanto que se lee en sus rostros. Tan hundidos están en su propio espanto, tan asidos a él con los dientes que no se fijan en ninguna otra cosa. Es pura casualidad que se hayan reunido allí, en corro, en el pasillo, y sólo porque apenas se pueden distinguir unos a otros.

-El Payaso y yo -dice finalmente el Salmón, y se inclina, fijando la mirada en las puntas de sus propios zapatos, pero en aquel mismo momento el Payaso le empuja a un lado y

calla. Y ahora callan todos. ¿Por qué no quieren admitirle a él entre ellos? Ahora que no tienen siquiera un miedo común que les sirva de vínculo fiable, ¿qué razón puede haber?

Alguien llama entonces desde el fondo del pasillo, alguien llega corriendo, alguien pasa a toda prisa junto a ellos, llamando a todas las puertas cerradas con el puño cerrado. Y todos abren de mala gana. Kalle el Enanito, que no estaba en el corro, se encuentra ahora delante de ellos. Tiene una bota en la mano, y la reconocen por el juego del poker: es allí donde suelen ir a parar sus ganancias. Y allí están todos, mirando a una bota de lo más corriente, de reglamento, reluciente y opulenta de betún, con su boca glotona abierta de par en par. Y ahora la bocaza se vuelve, ahora vomita algo al suelo. Tocios miran al suelo con ojos llenos de codicia y lascivia y ya se han abierto todas las puertas de par en par, aunque sólo por curiosidad. Allí está la serpiente, con el espinazo roto. Yace inmóvil como muerta, estirada como una cinta de medir, como si fuera a medir los azulejos del suelo. Uno trae una caja de cartón, otro una pala, un tercero ata la caja con una cuerda y la tira al cubo de la basura.

«Tiene gracia», piensa él, «estaba en la bota de Glader, en la bota del póker. Tiene que ser que se refugió allí mientras nosotros la buscábamos, y alguien la mató en el dormitorio de un pisotón, y no sabía nada cuando cogió la bota y se la llevó al almacén».

-Había metido las cartas en la punta -dice Glader- para ir a jugar con un sujeto del regimiento de Svea que tenía un par de billetes de diez coronas que le estorbaban. Metí la mano en la bota y ya podéis imaginaros el miedo que me dio cuando sentí ahí dentro al bicho ése.

Formaban un corro muy cerrado y muy firme, lleno de admiración, en torno a Kalle Glader, y en el corro estaba también Gideon. Miraba lleno de maravilla todos aquellos rostros tensos y cerrados a cal y canto que iban abriéndose poco a poco como las puertas de una sala de baile, y el que estaba lleno de inquietud porque quería pedir prestado dinero o alguna otra cosa podía oír la orquesta ajustando, sonora y hospitalaria, sus instrumentos allí dentro.

«De qué manera más sugerente me miran todos los rostros, no tengo más que cogerles las manos que me dan la bienvenida y ofrecerles que se hagan accionistas de mi propio terror.»

Pero él, que sigue con su terror encima, no sabe todavía que ellos han encerrado el suyo en la caja de cartón y lo han tirado al cubo de la basura. No puede saber que a ellos, a diferencia de él, les han ido inyectado el miedo dentro desde hace muchísimo tiempo, desde que tienen recuerdos, en

pequeñas dosis, y tan poco a poco que han acabado poco menos que inmunizados. Y tampoco sabe que la razón de que ahora saquen sus alfombras caseras donde pone «bienvenido» es solamente que antes tenían miedo de la serpiente, de aquella oscura cinta de medir de medio metro de longitud, que la serpiente ha dejado de existir como simple recuerdo. Sin duda no sabe tampoco que los peores enemigos del idealista son todos los que han sido idealistas, ni que el que sigue viviendo en el terror no puede esperar otra cosa que lo peor de los que han conseguido deshacerse del suyo. Y los que con más afán lo rechazan son precisamente esos ex idealistas, que ven una amenaza escondida en el hecho mismo de que osen existir todavía predecesores de sus ideales perdidos; el temor es un ideal para los que llevan suficiente miedo dentro.

Y ahora están todos tan contentos de poder dar pasaporte a su miedo que no les importa negar tres o cuatro veces todos los hechos que han tenido lugar y todos los pensamientos que se han pensado mientras ellos sentían ese anillo de hierro del miedo en torno a sus pescuezos. Y todos se ríen al tiempo de estas lamentables figuras que son ellos mismos. Ahora se sienten todos muy gallitos.

- Al diablo -dice el Payaso-, qué se le va a hacer si al Salmón le dio un buen golpe en la mandíbula el marino aquel, todavía se le nota en la barbilla, nada, hombre, le echas un poco de humo y luego le das otro y le tumbas, ya verás que bien le dejas.

Y el Salmón, oyendo esto, dice que sí con la cabeza y se ríe del pobre marino.

Que camaradería, piensa el que no sabe nada, qué maravilloso compañerismo.

- Y tú, Joker, estabas muy borracho, me habría gustado verte haciendo guardia -ríe Kalle Glader.
- Sí, la verdad es que la cogí buena -dice Joker, riendo sin el menor reparo.
- Conocí una vez a un tipo de Bermudas -se jacta Sorenson- que era especialista en chicas negras. Fuimos a tomar un copazo, y habríais debido estar allí, ¡las cosas que me contó de las chicas que conocía del Congo y de Estados Unidos! ¡Se le hacía a uno la boca agua sólo de oírle!

«Con estos», piensa él, que siente miedo de la soledad, pero todavía no lo sabe, «con estos debieran unirse los débiles y los solitarios, todos esos hombres de gran ímpetu que también se dejan dominar por el miedo pero se acaban acostumbrando a la idea de que es necesario, y se enseñan a sí mismos a equilibrarlo por medio de una reconciliación interior». El no sabe que lo que más miedo les da es

precisamente sentir miedo, y por eso sólo aceptan como amigos a los que les convencen de que el miedo no existe.

Y ahora va él por el pasillo en medio de ellos, y en su derredor relampaguea el fuego cruzado de las sonrisas rápidas y las palabras como fuegos artificiales que estallan en el aire. De pronto se da cuenta de que allí no está Scriver. En seguida llegan a las pilas del cuarto de las duchas y saludan, reconociéndolos en el espejo, sus rostros serenos, felices, unidos unos a otros. Hacía varios días que no se veían así y por eso les alegra tanto volverlos a ver. Y él entra en este momento de felicidad como un elefante en una tienda de porcelana fina.

- Tenemos que ser camaradas -dice él, levantando la voz en lugar de meterse el puño por la boca y callarse la lengua-, tenemos que ser camaradas ahora que estamos todos juntos con el mismo miedo.

Es terrible cómo rebotan estas palabras en la habitación. Se diría que se les van a reventar las orejas, pero cuando se dan cuenta de que siguen vivos se tiran todos sobre él como lobos. Le tienen sujeto entre todos como contra un yunque, mientras el chorro de agua le golpea el cuerpo entero como un látigo. Pero no habría sido necesario sujetarlo. No puede moverse, lo que le está sucediendo es tan espantosamente incomprensible que se ha quedado paralítico de sorpresa. Le

sueltan y se van y él tarda mucho tiempo en recuperar el movimiento.

Y más tiempo tarda todavía, hasta que el sol matinal baña la parte más alta de la ventana con su capa roja, tarda en comprender. Y entonces prorrumpe en gritos. Su grito no dura mucho tiempo, es corto y estridente como un toque de trompeta que no quiere decir nada. Nadie despierta al oírlo, pero penetra en el sueño de todos y les suscita sueños a todos. Alguien sueña quizás con una cacería de faisanes y ve el faisán corriendo entre los juncos, chillando estridente mientras los perdigones le rocían el cuerpo entero. Otro está bajo la lluvia en el andén de una estación, diciendo adiós con un pañuelo negro a su hermana muerta. Y ahora el silbido corta la lluvia y el tren desaparece envuelto en su propio humo.

¿Qué sabe él de sueños ajenos?

## La fuga que nunca ocurrió

Aquella misma tarde estaba Scriver sentado en la cama de una habitación de hotel en Klara. Era una verdadera habitación de oropel, con dos pomposas camas. Las bolas metálicas de las camas estaban doradas y recordaban, por su tamaño, relucientes cabezas calvas de comerciantes al por mayor. De una de ellas colgaba el sombrero del poeta. El poeta, por su parte, estaba junto a la ventana y jugueteaba con los nudos color malva de las cortinas de una silla que era una desvergonzada falsificación del estilo gustaviano. En la otra estaba echado el cultísimo escritor a la moda, lidiando con sus pensamientos. Entre sus ambiciones estaba la de lidiar siempre de esta forma con sus pensamientos.

Scriver levantó su vaso de cerveza hasta que vio la bola de la punta del asta de bandera que salía del hotel sobre la angosta calle de Klara flotar en el líquido como una boya.

- Insisto -dijo, enjugándose de la boca la espuma de la cerveza-, insisto decididamente en que mi miedo es el más grande del mundo.

Había dicho esto un instante antes, pero lo notable era que no le creyó nadie. El cultísimo escritor se negaba a creerle porque, por principio, sentía recelo de la gente que decía cosas que le habría gustado a él decir; el poeta porque, en secreto, tenía la misma convicción sobre su propio miedo. Pero de pronto soltó los nudos de las cortinas y volvió lentamente su frente blanca como un espejo hacia el interior de la estancia.

Ten la bondad de explicar -le dijo-, todo el mundo está convencido de que vive, como mucho, a un cuarto de milla del pantano más siniestro del planeta. Pero en cuanto se les pide que vayan a estudiarlo de cerca sin prejuicios..., bueno, entonces descubren de pronto que el tal pantano no es un pantano sino un lugar completamente adecuado para instalar un campo de tenis o un campo de golf en miniatura.

El cultísimo escritor escuchaba, distraído. Pensaba que iba a venirle al pelo utilizar la observación de Scriver en su próximo ensayo.

- Sí, por supuesto -dijo Scriver-, por supuesto que estamos de acuerdo en que hay pantanos para todos, tanto en este país como en los demás.

Pero también pienso que tu experiencia, querido amigo, sobre pantanos que resultan tan fáciles de convertir en campos de tenis o de golf no encaja con la realidad. Pregunta a cualquier dueño de un pantano o de un lodazal y ya verás cómo no tiene la menor idea sobre la existencia de

una cosa así en su tierra. Es posible que incluso se sonroje cuando se lo digas, a lo mejor no se sonroja, pero la verdad es que da lo mismo. En lo que tenemos que estar de acuerdo es que el tiempo nos da una extraña tendencia al miedo. Esto puede parecer muy curioso en un tiempo en el que incluso los más insignificantes tienen sus aparatos de radio, de modo que nadie necesita estar solo y en silencio la noche entera a menos que se empeñe en ello. Pero, a pesar de todo, hasta los que más firmemente lo niegan tienen un pantano, un lodazal, al que asomarse en cuanto se hace oscuro.

«Es una verdadera lástima que la invención del reflector no haya servido para ayudar a la gente en sus deseos de iluminar el agua de su pantano hasta el fondo mismo. Posiblemente algunos se hayan dejado engañar hasta el punto de creerlo, y si se para uno a pensar en ello seguramente son muchísimos los que se encuentran en este caso. Corren por los prados con pies ligeros, muchos quizás hasta juegan al fútbol y todo sin darse cuenta de que llevan su miedo consigo como un grillete de hierro colgado del pie. Es posible que lleguen a creerse que se puede uno vacunar contra el miedo de la misma manera que contra las viruelas. Y luego llega un día en el que desaparece una serpiente de su habitación Todos se desesperan y la buscan, pero no la pueden encontrar. ¿Qué hacer? Y entonces comprende la gente que el miedo es una enfermedad que está siempre

latente en nosotros, que trata de penetrar en los hilos más sutiles de nuestra consciencia, y cuando lo consigue los pincha hasta que se vuelven candentes y arden. Y entonces se da cuenta uno también de que no hay nada que elegir: y lo que uno se había hecho creer a sí mismo que era libertad del miedo resulta entonces no ser otra cosa que un intento, más o menos espasmódico, de excluir el miedo de la existencia. Es posible que, en su situación desesperada, llegue uno a descubrir que todo está equilibrado sobre una columna de miedo, y entonces lo que hay que hacer es ajustarse a vivir de acuerdo con este descubrimiento. Pero lo que ocurre en tal caso es que de pronto reaparece la serpiente, y justo entonces ocurre lo más lamentable: los desvergonzados negadores del miedo se levantan diciendo: nunca estuvimos asustados, era ése el que se lo hacía en los pantalones, jejejejeje.

-Y esto -prosiguió Scriver viendo la bola de oro nadar en su vaso-, esto es penoso, pero también trágico. Es la tragedia del hombre de nuestro tiempo, que ha cesado de osar tener miedo. Y es funesto, porque así lo que ocurre es que se ve forzado también a dejar de pensar. Y es lógico, porque quien no se atreve a tener miedo tiene que renunciar a las actividades que puedan inquietarle, y entonces el miedo se le puede infiltrar por la puerta trasera. ¿No es ésta la razón de que el antiintelectualismo encuentre tan fácil la popularidad? ¿No es ésta la razón de que los que, por

cobardía, quieren reducir todos los problemas al estómago y las glándulas, acepten agradecidos toda clase de místicas de la sangre en torno al sexo y su culto?

-Un callejón sin salida -dijo el poeta, levantándose.

Apartó de sí el vaso, dejándolo sobre una mesita junto a la ventana, y fue con lentos pasos indios de un extremo a otro de la mullida alfombra inglesa. Llevaba su frente como si fuera un espejito de marfil, y el crepúsculo cayente se reflejaba en ella.

- -¿Será que he comprendido mal mi papel?
- -dijo, finalmente-. Yo había pensado que el papel del poeta consiste en salvar a los demás del miedo, en demostrar lo sorprendentemente nimia que es la necesidad de tener miedo. ¿No debe ser la armonía el ideal de todos los hombres? Y tú, que te dices socialista, debieras, en consecuencia, propugnar un sistema en el que a cada uno se le asegurase por lo menos un mínimo de armonía, en la medida de sus necesidades.
- -Sí, eso es cierto -dijo Scriver-, es completamente cierto que soy socialista, pero no de la forma que piensas. Además, es una idea muy corriente la de que el llamado equilibrio espiritual, es decir, la libertad del miedo, tiene que ocupar su lugar en el programa cotidiano entre las exigencias de justicia social. Esto depende, claro está, de que muchos vean

en la armonía espiritual algo digno de ser conquistado, quizás lo más digno que hay de ser conquistado. Yo lucho por la justicia social, es decir, por un sistema en el que se pueda prescindir del comercio de esclavos, en el que se considere como cosa antinatural el que la gente tenga necesidad de sentir agradecimiento hacia el que da trabajo, un banco o una lotería o lo que sea, sólo porque les asegura el derecho a la vida. Es decir, un sistema en el que el derecho a la vida sea indiscutible y en el que cada uno tenga los medios necesarios para considerar como belicistas locos a todos esos fanáticos de la guerra, que sirven de ancla a los reaccionarios, como tiros al blanco de juguete y armas de mentirijillas. Pero, por otra parte, no propugno en absoluto ningún sitio para la armonía en ese sistema. La felicidad silenciosa tiene, por desgracia, como se ha visto, una cierta inclinación a degenerar en eructos de saciedad. Y en un mundo de eructos constantes la armonía se deshilacha y la capacidad de miedo se vuelve probablemente lo más necesario de todo. Por esto quiero desgarrar la alambrada que cada uno ha levantado en torno a su miedo, abrir entradas para las serpientes en el cercado de las serpientes y turbar el reposo de los que dicen que no han tratado de encontrar la felicidad porque es una ocupación muy poco caritativa ir en busca de armonía cuando hay tantos solitarios en el mundo. Como poeta considero, por lo tanto, no que mi deber sea levantar rompeolas serenamente, sino,

por el contrario, inquietar y derrocar diques mientras esté en mis manos hacerlo. Solamente el que tiene confianza con su propio miedo se da cuenta de su propia valía, o sea que no siente necesidad alguna de cerrar los ojos cuando pasa junto a un pantano o junto a campos de tenis.

Crujió la cama del cultísimo escritor. Todavía no había perdonado a Scriver por haberle robado una expresión tan afortunada. Concentró su mirada en una mancha abstracta en el techo, como solía hacer Georg Brandes, o quien fuese, no recordaba, y dijo, quejándose un poco:

- Me pareció oír a alguien decir que su miedo era el más grande del mundo. Sería interesante oír a esa persona desarrollar más detalladamente esta idea.
- Justo -dijo Scriver, dando a la bola dorada, cuyo brillo comenzaba a empañarse, un poco de agua de baño de la botella del poeta-, a eso iba.

El poeta abrió la ventana y se asomó al crepúsculo. Al mismo tiempo algo relampagueó en lo más profundo de la calle, a sus pies. Eran las farolas, que se encendían. En un portal, justo enfrente del hotel, vio a una chica con boina roja que le miraba. Él, por su parte, no la miró con mucha atención. Se sentó en la mesita junto a la ventana, volviéndole la espalda.

-Posi ble mente creáis que fue jactancia -añadió Scriver-, cuando dije que mi miedo era el más grande de todo el

mundo, pero no era ésa mi intención. Para mí, como poeta, es absolutamente evidente que mi miedo tiene que ser mayor que el de todos los demás. Y es evidente, porque el poeta, a mi modo de ver, tiene que ser un símbolo de todos los seres humanos del mundo entero, y no dejarse llevar por la ambición de sofocar su miedo. Y, de la misma manera que, por ejemplo, el símbolo del trabajador es el minero de carbón o barrenero, y no el cosechador de remolachas, el de la reacción es el fabricante de armamentos, y no el tercer contable de una empresa, así debemos simbolizar al hombre angustiado por el que va al fondo mismo de su miedo, o sea, el que mejor lo conoce y menos lo teme, porque está acostumbrado a coexistir permanentemente con él. Ese hombres es el poeta. ¿Acaso no es natural que ser poeta signifique estar en posesión de una angustia que es mayor que la de los demás seres humanos del mundo entero?

El poeta apuró su vaso y dio unos pasos por la habitación. Comenzaban los tres a sentir los efectos del alcohol, y esto se notaba en la habitación, que parecía encogerse, de modo que las paredes, movedizas, les apretaban a unos contra otros. Una nube de buena voluntad se desleía del techo como una lluvia de polvo. El cultísimo escritor, echado en la cama, empezaba a perdonar. Quizás pudiera utilizar la expresión, después de todo, en su próximo ensayo. El poeta volvió a la ventana y miró a la calle. La chica de la boina roja seguía en el portal. ¿Qué tal llamarla? Se escanció el vaso

hasta los bordes e hizo como que brindaba por ella desde la ventana. Ella no hizo el menor gesto, limitándose a seguir mirándole hoscamente. El poeta, molesto, se volvió hacia el interior de la estancia.

Empezó a encontrar dificultad en mantener sus pensamientos en orden. Eran como las llaves de un llavero cuyo cierre se ha abierto, que se le salían y se caían al suelo una detrás de otra. Tuvo que volverlas a poner cuidadosamente en el llavero una a una. Por eso hubo de tardar un poco en hablar:

- ¿No crees, querido amigo -dijo-, que estás dando un tono un poco fantasioso y romántico a la angustia?, ¿es realmente tan necesario coexistir con el miedo, estar siempre mano a mano con él como tú dices, querido amigo?
- No lo sé -dijo Scriver-, pero lo que creo es que es muchísimo más peligroso dar un tono romántico y fantasioso a la armonía. Permíteme que te recuerde que la filosofía de la armonía, cuyo instrumento más usual es el antiintelectualismo, acaba de sufrir su más dura derrota ahora, durante la guerra. Por miedo a perder la paz mental, por terror a sentir terror, hasta los que debieran estar mejor enterados se lanzaron a participar con sus gritos en el coro de la preparación para la defensa. Ante todo la armonía,

icomo si fuera posible conquistarla tan por lo barato, simplemente escupiéndose uno a sí mismo en la cara! Y allí salieron a relucir todas las viejas frases, como niños pequeños, vestidas a la moda del 37 y el 39 y provistas de ametralladoras y metralletas, pero nadie se atrevió a susurrar siguiera que el rey estaba desnudo. ¿No os parece que resulta patético, un verdadero bluff, a ojos del que ha presenciado la inflación de las consignas en el patinillo de los preparativos para la defensa? Éste, por lo menos, tiene la responsabilidad de pensar que la solución, o no solución, porque es posible que no haya solución, pero, bueno, que la posibilidad de una solución está en una nueva época de intelectualismo capaz de dar por lo menos a alguien el valor de mirar a la angustia a los ojos en lugar de refugiarse en el misticismo infantil de la alcoba. Quizás sea necesario huir, pero, en ese caso, por lo menos que no sea a la manera ingenua de los que se las quieren dar de duros.

-Perdóneme que le interrumpa -dijo el cultísimo escritor, levantándose de la cama-, pero acaba de mencionar, caballero, a los que se las quieren dar de duros.

El cultísimo escritor había llegado, por lo menos una hora antes que los otros, a la fase de embriaguez en que la buena voluntad termina y la agresividad comienza.

- Y, por tanto, imagino -continuó, con ganas de disputaque ha leído usted mi ensayo sobre Hemingway, Calderón y el Suboficial Griego, que se publicó en el Nuevo Semanario, ¿no?, bueno, ¿y qué le pareció?, ¡desde luego mucho mejor que el del arrogante ése de Westin sobre Faulkner y la Lagartija Mesopotámica!, ¡como si las lagartijas mesopotámica s pudieran tener algo que ver con Faulkner!, ¡jejejejeje!

Pero Scriver, que sabía que, si no le interrumpía a tiempo, el cultísimo escritor iba a recitar toda la lista de los críticos a quienes consideraba por debajo de él, la cual constaba de más de cien nombres, siguió hablando como si aquella interrupción no hubiera sido otra cosa que un simple aparte:

- Lo único que se me ocurre decir es que resulta terriblemente ingenuo tratar de escapar saltando de una de las ventanas para volver a introducirse en la habitación por la otra. Pero ¿no es exactamente esto lo que tratan de hacer algunos místicos que quieren dárselas de duros?
- ¡Un momento, un momento! -gritó el cultísimo escritor, irritado-, ¡tenga usted la bondad de no plagiar, caballero!

Se acercó vacilante, a la cama de Scriver, y se asió a las bolas doradas, poniéndose los postes de la cama bajo los sobacos, a modo de muletas.

- Eso lo ha tomado usted de mi ensayo, ¡las cosas como son!

Scriver apuró el vaso. Miró a la bola dorada y pensó que estaba hinchándose y que se volvía del tamaño de una cabeza de niño. Al mismo tiempo sintió un susurro como de ala de gigante. La lluvia comenzó a picotear la superficie metálica del alféizar. El poeta se asomó. La chica de la boina seguía allí. «¡Ah!,

iestá esperando a que me quede solo!», pensó, halagado, frunciendo la frente de marfil. Echó una ojeada para ver si quedaba mucho coñac. Pero Scriver miró fijamente al cultísimo escritor cuyos ojos llameaban, rojos como de animal. Era curioso lo ligero que se sentía, como si tuviera la cabeza llena de gas e impulsada por un deseo casi irresistible de salir volando de allí. Se sentía capaz de grandísimas decisiones.

- Tiene usted razón -dijo sin vacilar un instante-, esa frase está tal y como en su ensayo, pero, por otra parte, no remata usted en él su concepto, y eso es justo lo que estaba yo a punto de hacer ahora, cuando me interrumpió usted.

## El cultísimo escritor se inclinó, irónico:

- ¿y cómo, si me permite usted la pregunta? Un pensamiento salvaje, fantástico, relampagueó un instante en el cerebro de Scriver. En aquel mismo instante se dio cuenta de lo que tenía que hacer: asesinar a aquel sujeto tan ridículo.

 Si tiene usted la bondad de venir conmigo a la ventana
 dijo-, tendré el honor de demostrarle cómo pienso rematar su concepto.

La bola se hinchaba cada vez más. Scriver echó a un lado al poeta y se subió a la mesa que estaba junto a la ventana.

- ¡Qué diablos...!-dijo el poeta, pero el cultísimo escritor le hizo callar.

Scriver miró a la calle. En la acera, casi justo debajo de él, había una gran bolsa blanca. La lluvia la golpeaba como si fuera un tambor. Estaban altísimos. En un portal, casi enfrente del hotel, vio a una chica con boina color rojo oscuro que le miraba. Scriver le hizo un guiño, por más que se diera cuenta de que ella no podía verlo desde tanta distancia. Estaba allí esperando a que dejase de llover.

Se volvió con cuidado sobre la mesa de la ventana hasta que estuvo con la tripa hacia el interior de la habitación. Miró por encima de las cabezas de los otros y apuntó a una miniatura que colgaba en la pared del fondo. Lentamente alargó el brazo y se asió a la superficie húmeda del muro, al tiempo que ponía el pie izquierdo en la cornisa. Con infinita lentitud se fue deslizando por la cornisa con pequeños movimientos atentos y espasmódicos hasta quedar como un crucificado, aunque en dirección contraria, entre ambas ventanas. Volvió cuidadosamente la cabeza y entonces algo

se le hincó en el ojo, y, aunque sabía que lo que estaba haciendo era muy peligroso, volvió más aun la cabeza para ver lo que era. Era la bola dorada del asta de la bandera, que estaba allí lamiendo la lluvia, tan cerca de él que con sólo que diera un saltito caería justo encima de ella.

Se deslizó más a lo largo de la pared y no tardó en verse sobre el alféizar metálico de la otra ventana.

Los otros dos le miraban, convencidos de que ahora entraría de nuevo en la habitación. Cuando el poeta se dio cuenta de que, por el contrario, iba a continuar, le gritó:

- ¡Pero entra de una vez, so loco de atar!, ¿no ves que vas a caer a la calle?
- ¡Al diablo! -dijo Scriver; y sentía sobre él una serenidad alegre, reluciente y lisa como u n globo-. No soy yo de los que piensan que la huida al punto de partida es un recurso progresivo. Cuando se huye hay que buscar nuevos lugares de refugio. Dile esto al cultísimo escritor.

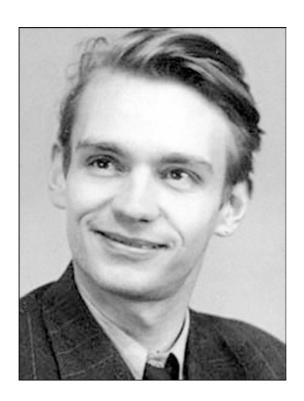
Volvió la cabeza y vio al cultísimo escritor asomado a la otra ventana. Parecía lleno de curiosidad. Scriver miró hacia abajo, a la chica de la boina que estaba al otro lado de la calle. Levantó la mano y le hizo una seña, pero ella seguía inmóvil, mirándole con ojos como platos. Scriver sintió inquietud en medio de su serenidad. Luego, cuando quiso seguir por la cornisa, se dio cuenta de que terminaba allí,

porque la ventana se encontraba en la esquina misma de la casa. A continuación vio el tubo de desagüe del alero, al otro lado del cual comenzaba otra cornisa. Estaba recién cubierto de chapa reluciente y bajaba en picado hasta la calle. Encima había una ventana abierta con unas cortinas de encaje que colgaban como la lengua de un perro. Seguramente le sería posible, dando un paso largo y cogiéndose bien al tubo del desagüe sin soltarlo en ningún momento. Era demasiado tarde para volverse. Miró abajo, a la chica, una vez más. Estaba apoyada contra el portal y tenía las manos cogidas sobre el vientre y le miraba con gran fijeza. De pronto comenzó a sentir escalofríos, aunque no soplaba el menor viento. Muy por debajo de él vio un letrero de tienda que salía de la pared como el dorso negro y reluciente y convexo de un búfalo. Unas cuantas cerillas flotaban en el arroyo y Scriver se dijo que no las habría visto con más claridad si hubieran sido troncos de árbol. Los aleros murmuraban como fuentes y la lluvia le pinchaba con traidoras punzadas como de aguja. Alguien reía incontenible y áspera- mente calle de Drottning arriba.

Para no seguir tiritando se inclinó hacia adelante y cerró ambas manos en torno al tubo de desagüe. Estaba frío y sus bordes cortaban. Pasó la pierna por encima de él y tocó con el pie la otra cornisa. Entonces levantó el otro pie y dejó caer todo su peso contra el tubo del desagüe. El pie colgó sin sostén en el aire y Scriver tardó un tiempo espantoso en

afianzarlo, pasando sobre el tubo de desagüé, en la otra cornisa. El pie resbaló sobre la chapa metálica nueva, deslizándose por ella sin que le fuera posible pararlo ni hacer nada. El cuerpo, implacablemente, se dobló hacia afuera y, al final, tuvo que soltar el tubo de desagüe para no romperse los brazos.

Cayó de espaldas contra el reborde de la acera. Fue tan terriblemente rápido que ni siquiera pudo asirse al asta de bandera que, de cualquier modo, estaba demasiado lejos. Pero aún alcanzó a oír chillar a la chica de la boina, y su chillido desapareció para él casi al mismo tiempo que dejó de sentir la lluvia.



## Acerca del autor

Stig Dagerman (Älvkarleby, 1923 - Enebyberg, 1954). Nacido en la Suecia rural de principios del siglo XX, a los 11 años se trasladó definitivamente a Estocolmo. Militó desde muy joven en los círculos anarcosindicalistas suecos y escribió para su prensa; se integró en la sección juvenil de la Sveriges Arbetares Centralorganisation (SAC), a la que pertenecía su padre desde 1920.

Entre los 21 y los 26 años escribió cuatro novelas, cuatro piezas de teatro, una colección de novelas cortas y un gran número de artículos, crónicas y reportajes. Influido por los

novelistas estadounidenses de los años veinte, publicó la novela La serpiente (1945), que reflejaba la ansiedad y el temor resultantes de la II Guerra Mundial. En 1946 emprendió un viaje por la Alemania destruida como corresponsal del Expressen.

En 1954 se suicidó dando lugar al mito del escritor joven, brillante y melancólico.